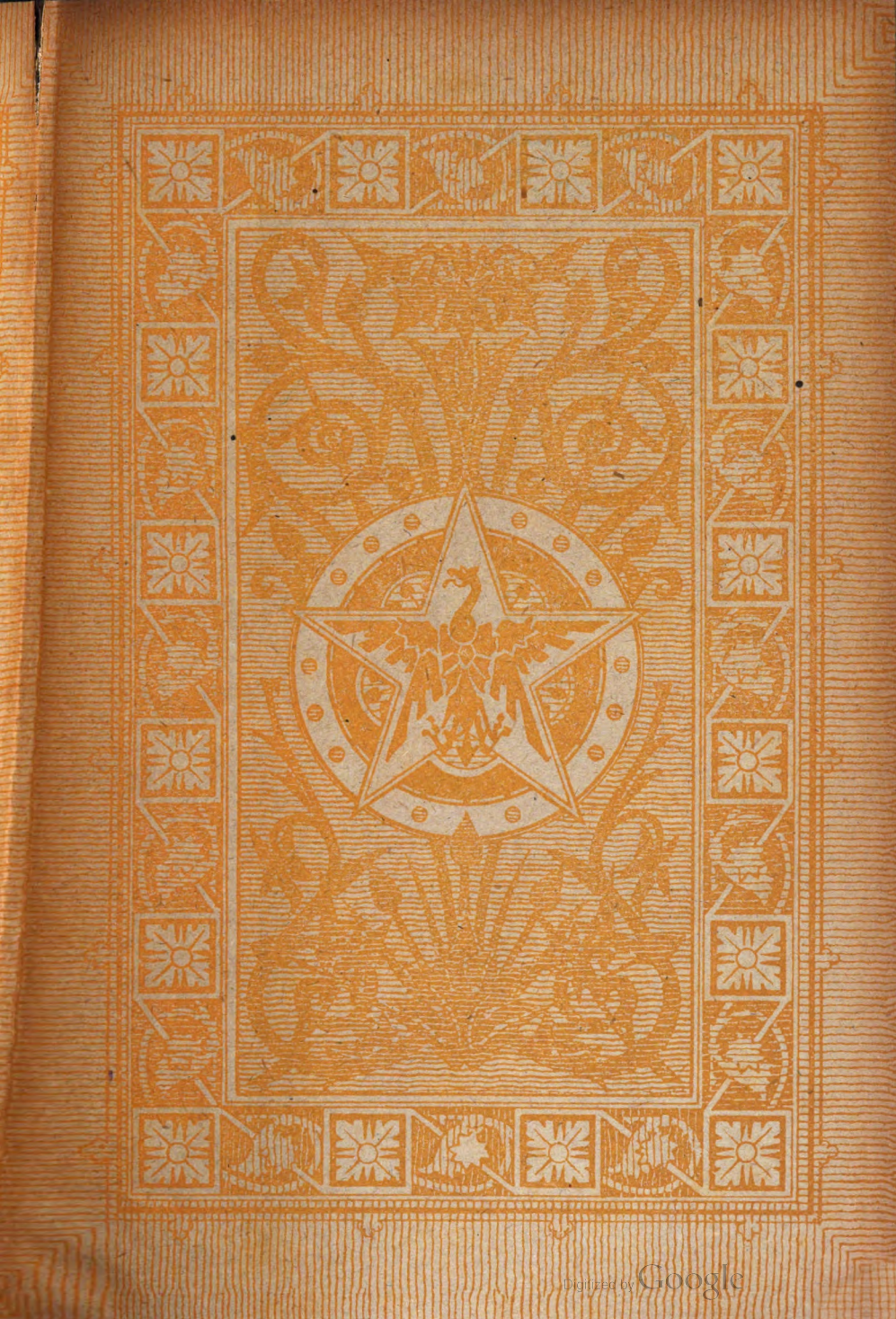
WALTER SCOTT
QUINTIN DURWARD

Digitized by Google



Digitized by Google

رقم التصنيف
ع. ١٧. ٥ م

Arcq. Leathes
B. IV. 39

QUINTIN DURWARD

ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

QUINTÍN DURWARD

NOVELA HISTORICA

DE

SIR WALTER SCOTT

VERSIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

ILUSTRACIÓN ALEMANA

TOMO SEGUNDO

BARCELONA
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»
CASA EDITORIAL MAUCCI.—MALLORCA, 166
1910

. 327. 712

Establecimiento tipográfico de la Casa Editorial Maucci

CAPITULO XIX

La ciudad

> Amigos míos, mis buenos amigos, no os precipitéis por causa mía á un ímpetu semejante de temeraria sedición.
> SHASPKEARE.—«Julio César», acto III.

Separado de la condesa Isabel, cuyos ojos fueron por muchos días su estrella polar, Quintín sintió en su corazón un extraordinario vacío, con una especie de hielo que no experimentara aún en medio de todas las vicisitudes á que estuvo expuesta su vida. Era de prever sin duda que las íntimas y familiares relaciones que la necesidad estableciera entre ellos deberían cesar luego después de su llegada á una residencia fija: pues ¿bajo qué pretexto, aun suponiendo que la condesita lo hubiera deseado, podría ella sin faltar á las leyes del decoro, llevar siempre á su lado un escudero tan joven y galán como Quintín?

Pero por más indispensable que pareciese esta separación, no por esto fué menos acerba la pena que ocasionó á Durward; y su altivo corazón hinchábase de dolor al ver que se separaban de él como de un ordinario postillón, ó de una escolta que había terminado sus funciones; y hasta llegaron sus ojos á derramar algunas lágrimas secretas sobre las ruínas de aquellos castillos en el aire que su imaginación se ocupara en construir durante aquel viaje para él harto interesante. Hizo un animoso esfuerzo para salir

del abatimiento de espíritu en que se hallaba, pero no pudo por entonces conseguirlo. Abandonándose, pues, á las ideas que le era imposible desterrar, sentóse Quintín en el apartado rincón formado por una de las ventanas que iluminaban el gran salón gótico de Schonwaldt, é hizo profundas reflexiones acerca la crueldad de la fortuna que no le concediera ni la elevación ni las riquezas que necesitara para llegar al colmo de sus deseos.

Quintín probó de disipar la tristeza que le abrumaba enviando á Charlet, uno de los criados, con cartas á la corte del rey Luis, anunciándole la llegada de las señoras de Croye á Lieja. Distrájose por fin, volviendo á entrar casi en su natural estado, contribuyendo mucho á ello el título de una antigua novela, recientemente impresa en Estrasburgo, que vió junto á sí en el alféizar de la ventana, cuyo título decía de esta suerte: «De cómo un pobre escudero tuvo amores con la hija del rey de Hungría.»

Mientras estaba recorriendo la primera página de aquella historia impresa en letra gótica, y que tanta relación tenía con su propia situación, sintióse Durward interrumpido por una mano que le daba un golpecito en la espalda, y levantando la vista, vió que era el gitano.

Hayraddin, á quien nunca había mirado con buenos ojos, pasó á ser para él una persona antipática desde el día que descubrió su traición. Preguntóle pues con aspereza por qué se tomaba la libertad de poner la mano en un cristiano, en un caballero?

— Hablando francamente — respondió el ex-guía, — porque quería ver si el caballero cristiano dejaba de sentir los efectos del tacto, como había perdido la vista y el oído. Cinco minutos que estoy delante de vos para hablaros, sin que hayáis apartado nunca los ojos de ese papel amarillo, como si fuera un objeto de hechicería para convertiros en estatua y hubiese ya producido la mitad del efecto.

—¡Y bien! ¿qué quieres? Habla, y vete.

—Quiero lo que quieren todos y nadie cree tener bastante; quiero lo que me es debido: diez coronas de oro por haber servido de guía á esas señoras hasta aquí.

—¿Y cómo te atreves á pedirme otra recompensa que la de perdonarte tu indigna vida? Ya sabes que tu intento era venderlas por el camino.

—Pero «no» las vendí: si lo hubiese hecho, no sería por cierto á vos ni á ellas á quien pediría yo mi salario, sino al que hubiera podido aprovecharse de su pasaje por la orilla del Mosa. Los que han recibido mis servicios son los que deben pagarme.

—¡Perezca tu salario contigo, traidor!—exclamó Durward contando el dinero que reclamaba.—Vete á encontrar al Jabalí de las Ardenas, ó al diablo, si quieres; pero no vuelvas á presentarte delante de mí, si no deseas que te despache á los infiernos antes de tiempo.

—¡Al Jabalí de las Ardenas!—repitió el gitano con mayor sorpresa de la que solía notarse en sus facciones.—¿Luego no era una vaga conjetura, una sospecha sin objeto fijo, lo que os hizo insistir en mudar de camino? ¿Sería posible que existiese realmente en otras regiones un arte de adivinar más seguro que el de nuestras tribus errantes? El sauce bajo el cual hablábamos, no puede haber referido nada. Pero no... no... ¡necio de mí!... ¡ya sé lo que es! ahora caigo en ello. El sauce se halla á la orilla del río, cerca del convento de franciscanos; yo noté que lo mirabais mucho al pasar; él no podía hablar seguramente; pero sus ramas podían ocultar á alguien que nos escuchase. ¡Oh! de aquí en adelante celebraré mis consejos en campo raso, y ni una espesura de cardos toleraré cerca de mí, que pueda ocultar á un escocés. ¡Ah! ¡ah! el escocés batió al gitano con sus propias armas; pero oid, señor Quintín Durward: vos trastornasteis mis proyectos en detrimento de vuestros propios intereses. Sí, la fortuna que os predije al examinar las rayas de vuestra mano, estaba toda hecha á no mediar vuestra obstinación.

—Por San Andrés—dijo Quintín,—tu descaro me hace reir á pesar mío. ¿En qué y cómo las consecuencias de tu perfidia hubieran podido acarrearme alguna utilidad? No ignoro que contrataste bajo el pacto de salvarme la vida, condición que pronto hubiesen olvidado tus dignos aliados

al llegar el caso de medir los aceros; pero lo que excede toda humana comprensión es imaginar cómo la traición que hacías á esas señoras podía haberme valido otra cosa que el cautiverio ó la muerte.

—No os devanéis en ello los sesos; mi gratitud os prepara todavía una sorpresa. Si hubieseis guardado mi salario, me consideraría desquitado con vos y os abandonara á los caprichos de vuestra locura; pero en la actualidad, aun quedo deudor vuestro por lo que pasó cerca de Tours en las orillas del Cher.

—Paréceme que quedo pagado con las pestes y maldiciones que te eché.

—Las injurias y los cumplimientos no son más que aire, y no añaden el menor peso á la balanza. Si me hubieseis sacudido en vez de amenazarme...

—Pues cuidado, que es esa una moneda con que pudiera muy bien pagarme, si continúas provocándome por más tiempo.

—No os lo aconsejo, pues semejante paga percibida por una mano inconsiderada, podría exceder de la deuda, y por desgracia hacer caer la balanza á la parte opuesta; y yo no soy hombre que olvide ó perdone fácilmente lo que se me debe. Ahora es preciso que me separe de vos, pero no será por mucho tiempo... Voy á despedirme de las señoras de Croye.

—¡Tú!—exclamó Quintín en el colmo de la admiración.—¡Tú, ser admitido á hablar á esas damas!... en el retiro donde viven casi reclusas!... cuando se hallan bajo la protección de una ilustre canonesa, hermana del obispo!... ¡Imposible!

—Sea como quiera, Marta me aguarda para presentarme á ellas—replicó el gitano con una sonrisa de escarnio.—Os suplico que me dispenséis si os dejo tan precipitadamente.

Diciendo esto dió algunos pasos para alejarse; pero volviéndose de pronto, acercóse á Quintín, y díjole en tono grave, serio y enfático:

—No se me ocultan vuestras pretensiones; son atrevidas,

pero no resultarán vanas si yo las apoyo con mi poder. Conozco también los temores que os agitan: ellos deben infundiros prudencia, no timidez. No hay mujer en el mundo que no se pueda conquistar. El título de conde es una pamplina y puede adaptarse á Quintín, como el de duque á Carlos, y el de rey á Luis.

Hayraddin había partido antes que Durward tuviese tiempo de contestarle. Púsose á seguirle; pero el gitano, sabiendo mejor que el escocés las distribuciones interiores del castillo, conservó siempre su ventaja, y desapareció bajando por una escalerilla excusada. Quintín continuó, sin embargo, en perseguirle, aunque apenas supiese por qué quería alcanzarle. Al pie de la escalerilla veíase una puerta que daba á un jardín; entró en él, y volvió á ver al gitano corriendo por una avenida de muchas vueltas y revueltas.

Cercaban este jardín por dos lados las fábricas del antiguo edificio, más parecido á un castillo que á un establecimiento religioso; y los dos lados restantes quedaban cerrados por bien fortificada y alta muralla. Al atravesar otra calle del jardín para dirigirse hacia una parte del edificio donde se veía una puertecita detrás de un botarel macizo cubierto de hiedra, volvióse Hayraddin á Durward é hízole con la mano una seña de despido, ó por mejor decir, de triunfo. Quintín vió, en efecto, que Marta le abría la puerta, introduciendo al vil gitano, según debía suponer, en la habitación de las condesas de Croye. Mordióse el joven los labios de indignación, y arrepintióse de no haber dado á conocer á las dos señoras toda la infamia del carácter de Hayraddin, y la conspiración que tramara contra su seguridad. El aire de arrogancia con que el gitano le había ofrecido ayudar sus pretensiones, aumentaba su cólera y disgusto, y hasta le parecía que la mano de la condesa Isabel quedaría profanada si la debiese á la protección de tal sujeto.

—Pero todo esto no es más que dolo—dijo para sí,—un rasgo de su vil truhanería, y un artificioso ardid. Ha procurado introducirse en la habitación de esas damas bajo un falso pretexto y con malas intenciones. Me alegro de

haber descubierto su morada. Haré por ver á Marta, y solicitaré una entrevista con ellas, aunque no sea más que para prevenirlas que estén advertidas. Es muy sensible para mí tener que recurrir á medios indirectos y sufrir dilaciones, cuando semejante ente es admitido abiertamente y sin escrúpulo. Así verán ellas, sin embargo, que, aun cuando excluído de su presencia, la seguridad de Isabel no ha dejado de ser el principal objeto de mi vigilancia.

En tanto que el joven amante hacía estas reflexiones, un antiguo oficial de la servidumbre del obispo, entrando en el jardín por la misma puerta por donde se había introducido Durward, acercósele y puso en su noticia, con la mayor urbanidad, que aquel jardín no era público, y que estaba exclusivamente reservado para su ilustrísima, y para los forasteros de primera distinción que acaso recibía.

Dos veces se vió obligado á repetir este aviso antes que Durward acabase de comprenderle. Saliendo, por fin, de la especie de estupor en que se hallaba, saludóle y partió del jardín, siguiéndole despacio el oficial, y abrumándole con repetidas satisfacciones, fundadas en la necesidad en que se hallaba de cumplir con su deber. Llegó de tal modo á recelar que hubiese ofendido al joven extranjero, que ofreció acompañarle para que se le pasara el enojo. Quintín, maldiciendo interiormente su oficiosa atención, no supo pretextar mejor medio para deshacerse de él, que el deseo de visitar la ciudad vecina, y empezó á andar tan de prisa, que pronto se le pasaron al anciano las ganas de acompañarle más allá del puente levadizo. Al cabo de algunos minutos, hallóse Quintín dentro el recinto de los muros de Lieja, que era entonces una de las ciudades más ricas de Flandes, y por consiguiente del mundo entero.

La melancolía, aun aquella que trae origen del amor, no echa tan profundas raíces en los caracteres varoniles y que saben adaptarse á las circunstancias, por lo menos, como se complacen en persuadírselo los derretidos entusiastas que adolecen de esta enfermedad. Cede efectivamente á las fuertes é inesperadas impresiones que causan en nuestros sentidos una variación de domicilio, las escenas que suscitan

ideas nuevas, y al influjo que ejerce sobre nosotros el espectáculo de una población activa y bulliciosa. Los diversos objetos que le ofrecían en rápida sucesión las calles populosas de Lieja, absorbieron tan completamente la atención de Quintín, como si no hubiesen existido en el universo ni el gitano ni la condesa Isabel.

Las sombrías y estrechas calles, aunque imponentes por la elevación de las casas, los almacenes y las tiendas, con la espléndida ostentación de las mercancías más preciosas y de las más ricas armaduras; el tropel de afanados vecinos de todas condiciones, pasando arriba y abajo con aire de estudiada importancia ó de atareada precipitación; los enormes carros importando ó extrayendo géneros de mil especies, unos cargados de paños, sargas, armas, clavos y quincallería de toda clase; otros introduciendo en el recinto todos los objetos de lujo y de necesidad que exigía el consumo de una ciudad opulenta y muy poblada, algunos de los cuales estaban destinados á transportarse á otra parte: todos estos objetos reunidos formaban un cuadro animado de actividad, riqueza y esplendor, que cautivaban la atención, y de que Quintín no había formado hasta entonces idea. Admiraba también los diversos canales que habían sido abiertos para comunicar con el Mosa, y que atravesando la ciudad en todas direcciones, ofrecían al comercio en todos los barrios las comodidades y ventajas del transporte por agua. Finalmente, no dejó de asistir á una misa en la antigua y venerable iglesia de San Lamberto, edificada, según se dice, en el siglo VIII.

Al salir de aquel edificio consagrado al culto religioso, fué cuando Quintín empezó á observar que, después de haber examinado todos los objetos nuevos para él con una ávida curiosidad que no se cuidaba mucho de reprimir, había pasado á ser él mismo un objeto de atención para muchos grupos de ciudadanos, cuyo aspecto demostraba ser personas acomodadas, quienes parecían haberse reunido para mirarle de arriba á abajo cuando salió de la iglesia, moviendo entre ellos un ruído sordo y una especie de cuchicheo que pasaba de uno á otro, en tanto que el número

de curiosos continuaba aumentándose á cada instante, y que los ojos de los que iban llegando se dirigían ansiosos á él con una expresión de interés y curiosidad, que no carecía al propio tiempo de respeto.

Hallóse por fin en el centro de numeroso concurso, que le dejaba no obstante el paso libre para que continuara su camino; pero los que le componían, sin embargo de ir contando sus pisadas, tenían gran cuidado en no arrimársele mucho, ni incomodarle en su carrera. Con todo, esta situación era embarazosa para Durward, y no pudo tolerarla mucho rato sin hacer esfuerzos para salir de ella ó á lo menos para obtener una explicación.

Mirando en derredor suyo, y viendo á un sujeto corpulento, fresco y de respetable aspecto, que, á causa de su traje de terciopelo y de la cadena de oro que llevaba, tomó por uno de los primeros ciudadanos, y aun tal vez por algún magistrado, preguntóle: «Si notaban en él alguna curiosidad particular que llamase la atención pública en tan alto grado, ó si tenían los liejenses por costumbre agruparse de aquel modo en torno de los extranjeros que traía la casualidad á su recinto.

—No por cierto, señor mío—respondió el liejense;—los ciudadanos de Lieja no tienen ni tanta curiosidad ni tan pocas ocupaciones para adoptar esta costumbre, y no se nota en el aire y en el traje vuestro circunstancia que no sea favorablemente acogida en esta ciudad, ni requisito que no celebren mucho ver y no deseen honrar.

—Habéis contestado con mucha urbanidad y cortesía—caballero,—pero por la cruz de San Andrés, mal haya si comprendo lo que queréis decir.

—Ese juramento—respondió el liejense,—agregado á vuestro acento, caballero, me prueba que no nos equivocamos en nuestras conjeturas.

—Por mi patrón San Quintín, ahora os entiendo menos.

—Otra prueba más—dijo el liejense con política atención, pero haciendo á Durward ciertos signos de inteligencia que impacientaban al joven escocés.—Ciertamente no nos conviene aparentar que vemos lo que juzgáis á propósito ocul-

tarnos; pero, ¿por qué jurar por San Quintín, si no queréis que se dé cierta interpretación á vuestras palabras? No ignoramos que el buen conde de San Pablo se halla, actualmente, en la ciudad de aquel nombre, y que favorece nuestra causa.

—¡Por vida mía!—exclamó Quintín.—Estáis fascinados por alguna ilusión. Yo no conozco al conde de San Pablo.

—Nosotros no os interrogamos, señor mío; sin embargo, servíos oir una palabra al oído. Yo me llamo Pavillón.

—¿Y eso qué me importa á mí, señor Pavillón?

—¡Oh! nada; únicamente me parece que esto debe bastar para convenceros que podéis tener alguna confianza conmigo: aquí está mi colega Rouslaer.

Rouslaer se adelantó. Era un funcionario de buenas carnes, cuyo barrigón le abría un camino por entre la muchedumbre, al modo que un ariete abre brecha en las murallas de una ciudad. Acercóse á Pavillón con ademán misterioso, y le dijo reconviniéndole:

—Vos olvidáis, querido colega, que nos hallamos en paraje demasiado público. El señor no tendrá inconveniente en subir á vuestra casa ó á la mía á beber un vaso de vino del 'Rhin preparado con azúcar y entonces nos dirá algo más relativamente á nuestro digno amigo, nuestro buen aliado, á quien estimamos con toda la honradez de nuestros flamencos corazones.

—Nada tengo absolutamente que decir—replicó con impaciencia Quintín,—no iré á beber ningún vaso de vino del Rhin; y todo lo que os suplico, pues sois hombres respetables y gozáis al parecer de alguna reputación, es que procuréis dispersar ese tropel de ociosos que me rodea, y permitáis á un extranjero salir de vuestra ciudad tan tranquilamente como entró en ella.

—Pues bien, caballero—dijo Rouslaer,—ya que tenéis tanto empeño en guardar el incógnito, aun con nosotros mismos, que somos hombres de confianza, permitidme una pregunta sencilla: ¿por qué llevar el distintivo de vuestro cuerpo si queríais permanecer desconocido en Lieja?

—¿De qué cuerpo habláis? La apariencia vuestra es de

hombres graves, de ciudadanos respetables; pero á fe mía, que habéis perdido la cabeza ó tratáis de hacérmela perder á mí.

—«¡Supperment!»—exclamó Pavillón.—Este joven sería capaz de hacer jurar á San Lamberto! ¿Quién llevó jamás un gorro con la cruz de San Andrés y las flores de lis, sino los arqueros de la guardia escocesa del rey Luis XI?

—Y suponiendo que sea yo un arquero de la Guardia—dijo Quintín con impaciencia,—¿qué tiene de extraño que lleve la gorra de mi compañía?

—¡Lo ha confesado! ¡lo ha confesado!—gritaron á una Rouslaer y Pavillón, volviéndose á la multitud con aire de triunfo, levantando los brazos, extendiendo las manos, y radiantes de alegría sus anchos y redondos rostros.—Confiesa ser arquero de la guardia de Luis, de Luis el conservador de las libertades de la ciudad de Lieja.

Sucedió á estas palabras un tumulto universal y se oyeron resonar por todas partes los gritos de: «¡Viva Luis de Francia! ¡Viva la Guardia escocesa! ¡Viva el valiente arquero! ¡Nuestras libertades, nuestros privilegios ó la muerte! ¡Fuera contribuciones! ¡Viva el esforzado Jabalí de las Ardenas! ¡Muera Carlos de Borgoña! ¡Caiga Luis de Borbón y su obispado!»

Medio atolondrado por este ruído, que no bien terminaba en una parte, cuando empezaba en otra, subiendo y bajando con sordo murmullo y horrísono estrépito semejante á las olas del mar, y que se iba aumentando con millares de voces que rugían á coro desde las plazas y calles más apartadas, apenas tuvo tiempo Quintín de conjeturar la causa de aquel tumulto, y de formarse un plan de operaciones.

Había olvidado que después de su combate contra el duque de Orleans y Dunois, hendido su casco por un tajo de este último, uno de sus camaradas, por orden de lord Crawford, le dió un gorro forrado de acero de los que formaban parte del vistoso y bien conocido uniforme de la Guardia escocesa. La presencia de un individuo de aquel cuerpo, que, como era sabido, no se apartaba nunca de

la persona de Luis, paseándose por las calles de una ciudad donde se atizara el descontento por los manejos de los agentes de aquel monarca, fué naturalmente interpretada por los liejenses como el anuncio de la determinación que había tomado de abrazar abiertamente su partido. La vista de uno solo de sus arqueros parecíales segura prenda de inmediato y eficaz apoyo. Fundados algunos en lo mismo, llegaron á creer que las fuerzas auxiliares de Luis entraban al propio tiempo por una de las puertas de la ciudad, aunque nadie supiera decir cuál.

Quintín vió desde luego que era imposible disipar un error tan generalmente admitido, y hasta llegó á persuadirse de que no podría desengañar á unos hombres tan tenaces y aferrados en su opinión, sin correr algunos riesgos á que no creyó necesario ni prudente aventurarse. Determinó por de pronto contemporizar, para librarse de aquel solícito gentío del mejor modo que le fuese dable. Entretanto, íbasele encaminando á las casas consistoriales, donde se reunían ya los principales de la ciudad apresuradamente para enterarse de las noticias de que le suponían portador, y obsequiarle al mismo tiempo con un espléndido banquete.

A pesar de todas sus observaciones, que se atribuían á modestia, fué rodeado por los jefes y dispensadores de la popularidad, cuyo importuno agrupamiento flotaba entonces en torno suyo. Sus dos amigos burgomaestres, que eran «Schoppen» ó síndicos de la ciudad, acompañábanle cogiéndose de su brazo. Precedíales Nickel Block, pro-hombre del gremio de cortantes, quien llegará apresuradamente del matadero, blandiendo una gran cuchilla teñida todavía en la sangre y sesos de las víctimas que acababa de inmolar, y presentábase con un valor y una gracia que sólo puede inspirar el aguardiente. Seguíale el patriota Claus Hammerlein, hombre alto, sin otra cosa que la piel y los huesos, con tan completa mona, que apenas podía tenerse en pie: este era presidente de la sociedad de cerrajeros, y seguíanle á lo menos un millar de ellos, á cual más tiznado y asqueroso. Salían por fin á tropel de cada una de las es-

trechas y sombrías calles, engrosando el acompañamiento, claveteros, sogueros, tejedores y artesanos de todas clases. Procurar escaparse de tal apretura, parecía temeraria empresa que no podía surtir buen efecto.

En este apuro, Quintín recurrió á Rouslaer que le cogiera un brazo, y á Pavillón que le asiera del otro, conduciéndole ambos á la cabeza de aquella marcha triunfal, de la que tan inesperadamente había venido á ser el principal objeto. Informóles rápidamente de que llevaba sin intención la gorra de la Guardia escocesa, á causa de un accidente que le privó del casco que debía usar en el viaje. Manifestó sentir mucho que esta circunstancia y la sagacidad con que los liejenses descubrieron su condición y objeto de su venida, hubiesen dado á esta publicidad, tanto más, cuanto si le conducían á las casas consistoriales, sería posible que se viese en la necesidad de comunicar á todos los diputados que allí se reuniesen ciertas cosas que el rey le había encargado reservar para el oído de sus excelentes compadres Rouslaer y Pavillón.

Estas últimas palabras produjeron mágico efecto en los dos ciudadanos, que eran los principales jefes de los rebeldes, y que, como todos los promotores de revoluciones intestinas, deseaban reservarse, en cuanto les fuese posible, el monopolio de los negocios. Convínose, pues, precipitadamente en que Durward partiría entonces de la ciudad, y que volvería la noche siguiente á Lieja para tener una conferencia particular en casa de Rouslaer, situada cerca de la puerta que hacía frente al castillo de Schonwaldt. Quintín no tuvo inconveniente en decirles que residía en el castillo del Obispo, so pretexto de traer unos pliegos de la corte de Francia, aunque el verdadero objeto de su viaje tenía relación con los ciudadanos de Lieja, como ya lo habían adivinado muy bien. Este medio indirecto de comunicarse, y la clase y circunstancias del que se suponía encargado de esta comisión, eran tan conformes á lo que debía esperarse del carácter de Luis, que no podía excitar duda ni sorpresa.

Casi seguidamente después de estas explicaciones llegó

el alarmado gentío á la puerta de la casa de Pavillón, situada en una de las principales calles de la ciudad, pero que por su parte posterior comunicaba con el río por medio de un jardín y de un extenso local destinado para el adobo de las pieles, pues el ciudadano patriota era de oficio curtidor.

Nada tenía de extraño que Pavillón quisiese honrar su casa con la presencia del supuesto enviado de Luis XI; y un alto delante de su puerta no causó la menor admiración á la multitud, que, muy al contrario, le estuvo victoreando por largo rato cuando vió que introducía en ella á tan distinguido huésped. Quitóse inmediatamente Quintín su gorro que llamaba demasiado la atención, tomó otro de fieltro, y cubrió todo su traje con una gran capa. Pavillón le entregó entonces un pase por cuyo medio podía entrar y salir de Lieja, tanto de día como de noche, conforme le conviniera, y dió las instrucciones necesarias á su hija, hermosa y risueña muchacha flamenca, para que le hiciese salir de incógnito de la ciudad. Pasó en seguida con su colega á las casas consistoriales, para entretener á sus amigos, disculpándose del mejor modo que le fué posible acerca la desaparición del enviado de Luis. No podemos, como dice el gracioso de la comedia, acordarnos exactamente de la clase de embuste que espetaron á la muchedumbre; pero no hay cosa más fácil que engañar al pueblo cuando sus preocupaciones hicieron ya la mitad del camino antes de que abra sus labios el impostor.

Apenas había vuelto las espaldas el digno ciudadano, su rolliza hija Trudchen, sonrojándose y sonriéndose al mismo tiempo, circunstancias sumamente favorables á unos labios encarnaditos como guindas, á unos azules y retozones ojuelos, y á un finísimo cutis de perfecta blancura, acompañó al gallardo extranjero por los frondosos senderos del jardín de su padre hasta la orilla del río, y le dijo que entrara en un esquife que dos vigorosos flamencos, con sus cortos calzones, aforrados gorros y coletos abrochados con un centenar de botones, hicieron andar tan aceleradamente como les permitía la cachaza nacional.

Como la hermosa Trudchen no sabía hablar más que alemán, Quintín, sin faltar á su leal afecto por la condesa de Croye, no halló otro medio de darle las gracias que aplicando un beso en sus encarnados labios, beso que fué dado con mucha galantería y recibido con modesta gratitud, pues

jóvenes de la fisonomía y buena figura de nuestro arquero escocés no se hallaban á cada paso entre los artesanos de Lieja.

Mientras que el esquife subía al río, surcando sus perezosas aguas, y atravesaba las fortificaciones de la ciudad, Quintín tuvo tiempo de reflexionar la relación que debía hacer de su aventura de Lieja luego que llegase al castillo

de Schonwaldt. No siendo su intento burlar la confianza de nadie, aunque se la habían otorgado por equivocación, y deseando al mismo tiempo no ocultar al digno Prelado los elementos de una sublevación que existía en su capital, resolvió hablar en términos generales, para que pudiese precaverse el Obispo, sin señalar á su venganza ninguna persona en particular.

Desembarcó á la distancia como de media milla del castillo, y dió un «guilder» de gratificación á sus conductores, que se mostraron muy satisfechos de su generosidad. Sin embargo de hallarse poco distante de Schonwaldt, llegó cuando la campana del castillo había ya anunciado la hora de comer, observando además que aquella parte del edificio era distinta de la otra que conociera, y que tardaría demasiado rato en dar la vuelta. Continuó, pues, adelantándose hacia el lado de que se hallaba más inmediato, mayormente habiendo visto una muralla fortificada, la misma probablemente que cerraba el jardín de que hablamos y en que notó una puerta que daba al foso y atada junto á ella una barquilla, que servía sin duda para pasar el foso, y tenía esperanza de que llamando acaso se la enviarían.

Al acercarse con esta idea, abrióse la puerta, salió un hombre del castillo, introdújose en la barquilla, remó él mismo hacia el otro lado, saltó en tierra, y sirvióse de un largo palo de virar para repeler el esquife hacia el sitio en que se había embarcado. Cuando se fué aproximando, Quintín conoció al gitano; pero éste evitó su encuentro, lo que no le fué difícil, cogió por otro camino que conducía igualmente á Lieja, y en breve se perdió de vista.

He aquí otro motivo de reflexión. El pagano vagabundo ¿podía haber pasado todo ese tiempo con las señoras de Crove? ¿Qué razón tendrían ellas para favorecerle con tan larga audiencia? Atormentado por esta idea, creyó Durward tanto más necesario procurarse una explicación con las dos condesas, á fin de informarlas de la perfidia de Hayraddin, y poner al mismo tiempo en su noticia la peligrosa situa-

ción en que se hallaba su protector el obispo de Lieja, á causa de la insurrección de la ciudad.

No bien acababa de tomar esta resolución, cuando llegó á la puerta principal del castillo; entró y encontró comiendo en un gran salón al clero del obispo, con los superiores de su palacio y algunos extranjeros, que no perteneciendo á la nobleza de primera clase, no podían sentarse á la mesa del prelado. Reservárase sin embargo para el joven escocés un lugar en la parte preferente de la mesa, al lado del limosnero del obispo, que le dió la bienvenida espetándole el antiguo fallo del colegio: «Sero venientubus ossa;» pero al mismo tiempo le regaló y sirvió con abundancia, para desmentir el proverbio que se usa en el país de Quintín, á saber, que una burla no es burla si no es verdaderamente pesada.

Para que no se atribuyese su retardo á falta de educación, dió Quintín breve ralación del tumulto que ocurriera en Lieja luego que se descubrió pertenecía á la guardia escocesa de Luis, y procuró dar un giro chistoso á la narración, diciendo que no le costó poco trabajo salir del apuro, y aun gracias á un paisano gordinflón y á su hermosa hija.

Pero la compañía tomaba harto interés en la historia para celebrar sus chistes. Suspendiéronse todas las operaciones de la mesa durante la relación de Quintín; y cuando la hubo terminado, reinó solemne silencio, que rompió únicamente el mayordomo diciendo en tono bajo y melancólico:

—¡Ojalá esas cien lanzas de Borgoña hubiesen llegado ya!...

—¿Y por qué sentís tanto su ausencia?—preguntó Quintín.—No faltan aquí soldados aguerridos; y vuestros antagonistas no son más que la canalla de una ciudad en desorden: echarán á correr luego que vean desplegar un estandarte sostenido por esforzados guerreros.

—Traslúcese á la legua que no conocéis á los liejenses—respondió el limosnero.—Puede decirse que, sin exceptuar los de Gante, son los hombres más revoltosos é indoma-

bles de toda Europa. El duque de Borgoña los ha castigado dos veces por sus reiteradas sublevaciones contra el obispo; dos veces los ha puesto á raya, cercenándoles sus privilegios, apoderándose de sus banderas, y aplicándoles derechos de que debería estar exenta una ciudad libre del Imperio. La última vez hizo de ellos una gran mortandad cerca de Saint-Tron, jornada que costó á Lieja cerca de seis mil hombres, unos muertos en el campo de batalla, y ahogados otros huyendo. Para quitarles toda ocasión de sublevarse de nuevo, el duque Carlos no quiso entrar en la ciudad por ninguna de sus puertas, por más que se le presentaran las llaves: sino que mandó derribar cuarenta toesas de muralla, y entró en Lieja por una brecha como conquistador, calada la visera y la lanza en ristre á la cabeza de toda su caballería. Los liejenses supieron también, á no poder dudarlo, que sin la intercesión del duque Felipe el Bueno, ese Carlos, entonces conde de Charolais, hubiera entregado á saco la ciudad. Y á pesar de esto, con la memoria de tales desastres, que no son de fecha muy antigua, apenas provistos de nuevo sus arsenales, con las brechas abiertas en sus muros no reparadas todavía, bástales ver el gorro de un arquero para entregarse á nuevos desórdenes. ¡Ojalá les inspire el cielo mejores sentimientos! Pero entre una población tan atrevida y tan impetuoso soberano, témome que corra sangre á raudales. Quisiera que mi bondadoso y excelente amo ocupase una silla episcopal que le diese menos honor y más seguridad; pues su mitra está forrada de espinas en lugar de piel de armiño. Os hablo así, oh joven extranjero, para daros á entender que si vuestros negocios no reclaman indispensablemente vuestra presencia en Schonwaldt, este es un punto que todo hombre sensato debe abandonar lo más pronto que le sea posible. Creo que las señoras que acompañasteis son del mismo dictamen, pues han despachado á la corte de Francia un hombre de los de su comitiva, con cartas que probablemente manifiestan su intención de buscar más seguro asilo.

CAPITULO XX

El billete

> Adelante; hecha tienes tu suerte, si tú quieres. De otro modo vas á ser siempre un simple mayordomo, como un criado, é indigno de tocar la mano de la Fortuna.
> SHAKSPEARE.—«La noche de Reyes, acto 2.º

Cuando se levantaron de la mesa, el limosnero, que parecía haber tomado cierta afición al trato de Durward, ó que acaso deseaba le diese nuevos pormenores sobre las ocurrencias de Lieja, le condujo á un salón cuyas ventanas daban al jardín; y como notase que las miradas de su compañero se volvían continuamente hacia aquel sitio, propúsole bajar allí para ver las plantas curiosas y los arbustos exóticos con que procurara adornarle el obispo.

Excusóse Quintín, refiriéndole el modo atento con que le habían expelido por la mañana.

—Es verdad—le dijo sonriéndose el limosnero—que un reglamento antiguo prohibe la entrada en el jardín particular del obispo; pero fué publicado cuando el reverendo príncipe era joven, como que apenas tendría treinta años. Un número harto crecido de hermosas damas venía entonces al castillo en busca de consuelos espirituales; y ya veis que era indispensable—añadió bajando los ojos con una sonrisa que tenía parte de ingenua y maligna,—que aquellas bellas penitentes, que se alojaban en las habitaciones que ahora ocupa la noble canonesa, tuviesen un lugar de recreo

donde les diese el aire sin recelar las miradas de los profanos. Pero de mucho tiempo á esta parte, la prohibición, sin haber sido formalmente derogada, carece de toda observancia, y sólo existe en la cabeza del viejo alcaide, que es seguramente el que os ha hablado. De consiguiente, si gustáis bajaremos; y veréis cómo ya no recibimos el mismo cumplimiento.

Nada podía haber más agradable para Durward que la idea de entrar libremente en aquel jardín, por cuyo medio y á merced de alguna feliz casualidad que favoreciese su pasión, prometíase entablar correspondencia con el objeto de todo su cariño, ó verle por lo menos á la ventana ó balcón de alguna torrecilla, como en la posada de la Flor lis, ó en la torre del Delfín en el castillo de Plessis; pues Isabel, en cualquier parte que se encontrase, parecía destinada á ser la dama de la torrecilla.

Cuando Durward hubo bajado al jardín con su nuevo amigo, convirtióse éste en filósofo terrestre, dedicado enteramente á la contemplación de las bellezas del suelo, mientras que los ojos de Quintín si no se clavaban en el firmamento como los de un astrólogo, elevábanse sin cesar á las ventanas y balcones de las torrecillas que guarnecían por todas partes el antiguo edificio y que saliendo fuera de la pared daban al jardín, con el objeto de descubrir el punto donde vería brillar su Cinosura.

Ocupada su imaginación con este objeto, el joven amante escuchó con la mayor indiferencia, si por casualidad alcanzó á oir la nomenclatura de las plantas, hierbas y arbustos que su reverendo conductor ofrecía á su atención. Esta planta era tan preciosa como útil para la medicina, era admirable aquella porque daba excelente sabor á un guisado: pero esotra la sobrepujaba porque no tenía otro mérito que su rareza. Durward debía sin embargo aparentar por lo menos que prestaba oído á aquellos pormenores, lo que le era tan difícil, que de buena gana hubiera dado al diablo al oficioso naturalista con todo el reino vegetal. Oyóse por fin tocar una campana; y como llamaba al li-

mosnero á alguna obligación religiosa, Quintín se encontró libre de su presencia.

Con todo, no se separó de él sin haberle dado mil inútiles excusas acerca de la necesidad de dejarle, y terminó su arenga asegurándole firme y satisfactoriamente que podía pasearse por el jardín hasta la hora de cenar, sin estar muy expuesto á que nadie fuera á distraerle.

—Este es el sitio—dijo—donde vengo siempre á estudiar mis homilias, porque aquí me hallo enteramente al abrigo de los importunos. Ahora mismo voy á predicar una en la capilla: si vos quisierais venir á honrarme con vuestra presencia... Se dignan atribuirme algún talento; pero ¡sea dada la gloria á Aquel á quien es debida!

Excusóse Quintín por aquella tarde bajo el pretexto de un gran dolor de cabeza, para el cual el aire era el mejor remedio: y el servicial sacerdote le dejó por fin.

Ya deja discurrirse que en la atenta inspección que hizo entonces más sosegadamente de todas las ventanas y aberturas que daban al jardín, fijóse en especial su vista en las que estaban más inmediatas á la puertecilla por la cual había visto que Marta introducía á Hayraddin en el cuarto de las condesas, á lo que él presumía. Pero ningún movimiento, ninguna apariencia contribuyó á confirmar ó desmentir las palabras del gitano; y empezando la tarde á declinar, pensó sin saber por qué, que tan largo paseo en aquel jardín podía parecer sospechoso.

Cuando acababa de resolverse á partir y daba la última vuelta al pie de las ventanas que tanto atractivo tenían para él, oyó sobre su cabeza, en lo alto, un ligero ruído como de alguien que tosiese cautamente con idea de atraer su atención sin excitar la de los demás. Levantando los ojos tan alegre como sorprendido, vió entreabrirse una ventana, asomó por un momento una mano femenina, y soltó un papel que cayó sobre un romero al pie del muro. La precaución que se empleara para que llegase á sus manos aquel billete, aconsejábale igual prudencia y misterio para leerle. El jardín, rodeado por dos lados, según hemos dicho, de los edificios del palacio episcopal, estaba cabalmente do-

minado por un gran número de ventanas de diversos aposentos; pero había una especie de gruta que le enseñara el limosnero con mucha complacencia. Coger el billete, ocultarle en su seno y correr á esta guarida, fué negocio de un minuto. Allí abrió el precioso escrito, no sin bendecir la memoria de los monjes de Aberbrothick, cuyos buenos oficios le habían puesto en estado de entregarse á su lectura.

Empezaba por este epígrafe: «Discreción y secreto.» El resto del billete contenía lo siguiente:

«Lo que vuestros ojos me han expresado con demasiada audacia, los míos lo han comprendido acaso con harta facilidad; pero una persecución injusta alienta á la que es su víctima, y vale más entregarse á la gratitud de un hombre solo, que quedar expuesta á la importunidad de muchos. La fortuna tiene colocado su trono en una roca escarpada; pero el hombre esforzado no teme trepar á ella. Si os atrevéis á hacer algo por una que aventura mucho, venid al jardín mañana al amanecer, llevando en vuestra gorra un plumero azul y blanco; pero no esperéis hasta entonces nueva comunicación. Se dice que los astros os destinaron á altos empleos, y os hicieron propenso al reconocimiento... Adiós... sed leal, activo y resuelto, y no dudéis de la fortuna.»

El billete contenía, además, una sortija con un hermoso brillante de figura romboidea, en que estaban grabadas las armas de la antigua casa de Croye.

La primera sensación de Quintín fué en este instante un éxtasis puro... un orgullo, una alegría que parecían elevarle hasta el cielo. Hizo entonces el firme propósito de morir ó llegar al colmo de sus deseos: no pensó en los obstáculos que podían ofrecerse sino para despreciarlos.

En medio de su arrobamiento, y no pudiendo sufrir ninguna interrupción que distrajese su espíritu, aunque no fuese más que por un instante, de un objeto de contemplación tan deliciosa, entró apresuradamente en el interior del castillo, alegó por dispensarse de asistir á la cena con los familiares del obispo el dolor de cabeza que había ya pre-

textado, encendió una luz, y retiróse al cuarto que se le había señalado, para leer y releer el precioso billete, y besar una y mil veces la no menos preciosa sortija.

Pero tan exaltados sentimientos no podían mantenerse largo tiempo en la misma altura. Un importuno pensamiento se presentó á su imaginación, aunque le repelió al momento como un acto de ingratitud... como una blasfemia. Parecióle que una confesión tan franca indicaba menos delicadeza en la persona que la hacía, de la que hubiera exigido el novelesco sentimiento de adoración con que miraba siempre á la condesa Isabel. Apenas empezaba á desarrollarse tan penosa idea, cuando Quintín se dió prisa en ahogarla como si hubiese sido una odiosa y silbadora víbora que intentara introducirse en su lecho. ¿Correspondíale á él, viéndose así favorecido, á él por quien una condesa joven y hermosa se dignaba descender de su elevada esfera, correspondíale, digo, vituperar un acto de condescendencia, sin la cual nunca se hubiera atrevido á levantar los ojos hasta ella? ¿Su fortuna y su nobleza, en su apurada situación, no la dispensaban de someterse á aquella regla general que prescribe á toda mujer el silencio hasta después de la declaración del amante? A estos argumentos, que él mismo se concedía y con que formaba irresistibles silogismos, acaso su vanidad añadía otro á que, ni siquiera mentalmente, se abandonaba con igual franqueza, á saber, que el mérito del objeto amado autorizaba tal vez á una dama á desviarse un poco de las reglas del decoro, de lo que al fin y al cabo, lo propio que en el caso de Malvolio, no faltaban ejemplos en las crónicas. El escudero de la novela de que acababa de recorrer algunas páginas, era, como él, un caballero pobre, sin hacienda ninguna; y, sin embargo, la generosa princesa de Hungría no escrupulizara mucho en darle ciertas pruebas de cariño, algo más substanciales que el billete que acababa de recibir:

«Bien venido seas, dijo la princesa, mi buen escudero, »vida de mi vida y objeto de todos los deseos de mi alma: »quiero darte tres besos, y regalarte además quinientas li»bras.»

Y la misma relación verídica refiere luego que el rey de Hungría mismo confesó que:

«Había conocido á más de un paje á quien el himeneo »hizo príncipe.»

De suerte que, bien reflexionado todo, concluyó con magnánima generosidad Quintín, que no había cosa vituperable en la conducta de la condesa, por cuyo medio tan altos beneficios iba á alcanzar.

Pero este escrúpulo fué reemplazado por otro que era de peor digestión. El traidor Hayraddin había pasado en la habitación de las dos damas, según los cálculos de Durward, como cosa de cuatro horas; y reflexionando acerca de la desfachatez algo ambigua con que se había gloriado de ejercer el más interesante influjo sobre el destino de Quintín, empezó á recelar que toda esta aventura no fuese una maquinación suya, con el objeto quizás de arrancar á Isabel del asilo que le aseguró la protección del digno prelado. Negocio era este que merecía muy detenido examen, pues Durward miraba á aquel miserable con una aversión proporcionada al descaro con que confesó su perfidia; y no podía llegarse á persuadir que ningún asunto en que tomase parte pudiera tener feliz y honroso éxito.

Estos diversos pensamientos se revolvían en el espíritu de Quintín como opacas nubes que desfiguraban y obscurecían el hermoso paisaje que su imaginación trazara en un principio; y el sueño aquella noche desertó de su lecho. Al amanecer, y aun una hora antes, estaba ya en el jardín, y nadie se opuso entonces por cierto ni á que entrase ni á que permaneciese allí. Tuviera buen cuidado de ponerse en la gorra un plumero azul y blanco del mejor modo que le fué posible procurárselo en tan poco tiempo. Dos horas se pasaron antes de que nadie diese muestras de haber notado su presencia. Oyóse, por fin, tañer un laúd; una ventana encima de la puertecita por la cual Marta había introducido á Hayraddin, abrióse pocos momentos después; asomóse Isabel en todo el esplendor de su virginal hermosura; saludóle con bondad, aunque con alguna circunspección; púsose muy colorada de ver la respetuosa pero expre-

siva cortesía con que le devolvió el saludo; cerró la ventana y desapareció.

La luz del día y la dilatada campiña no podían mostrar las cosas con más claridad. Probada quedaba la autenticidad del billete; no le faltaba saber más que las consecuencias, y sobre este punto cabalmente la hermosa autora de aquel escrito no le había hablado una palabra. La verdad, que no amenazaba ningún peligro inmediato. Hallábase la condesa en una fortaleza, bajo la protección de un príncipe tan respetable por su poder secular, como venerable por su dignidad eclesiástica. Nada al parecer exigía del joven y valeroso escudero ninguna proeza de caballería: bastábale, pues, por entonces estar pronto á ejecutar las órdenes de la condesa Isabel en el mismo instante que las recibiera. Pero el destino tenía dispuesto darle ocupación más presto de lo que él creía; y esto fué lo que sucedió la cuarta noche de su llegada á Schonwaldt.

Resolviera Quintín enviar al día siguiente á la corte de Luis XI uno de los dos hombres que componían su escolta, el único que le quedara, con cartas para lord Crawford y para su tío, á fin de participarles que se separaba del servicio de Francia, para cuyo paso la traición á que le habían expuesto las secretas instrucciones de Hayraddin, suministrábale un motivo que la razón y la prudencia no podían menos de aprobar. Acostárase llena la imaginación de todas aquellas ideas de color de rosa que rodean el lecho de un joven cuando ama entrañablemente y cree que su amor es de un modo sincero correspondido.

Sus sueños participaron al principio de la influencia de las gratas ilusiones que le ocuparan al cerrar los ojos; pero fueron poco á poco tomando un carácter espantoso.

Parecióle que se paseaba con la condesa Isabel por la orilla de las aguas pacíficas de un hermoso lago, semejante á aquel que caracterizaba principalmente su valle natal, y que le hablaba de su amor sin pensar en ninguno de los obstáculos que entre ellos se levantaban. Ella se ruborizaba y se sonreía escuchándole, como hubiese podido prometérselo después del contenido del billete que, dormi-

do ó despierto, llevaba siempre dentro de su corazón. Pero cambióse repentinamente la escena; tornóse el verano en invierno, la calma en tempestad; silbaron los vientos y se encresparon las olas con mortal estruendo, como si todas las furias del aire y de las aguas se disputaran en rival contienda el imperio de sus estrepitosos dominios. Montañas líquidas les presentaban por todas partes una barrera que no les permitía avanzar ni retroceder, y el furor de la tempestad, que aumentaba á cada instante, impeliéndoles con violencia uno contra otro, les quitaba la esperanza de poder permanecer seguros por un instante más en aquel lugar. La viva agitación producida por el sentimiento de un peligro inminente despertó á Quintín.

Luego que estuvo despierto, las circunstancias imaginarias de su sueño desaparecieron para presentarle otra vez la realidad de su situación; pero un ruído semejante al de una tempestad, que había probablemente ocasionado aquella horrible pesadilla, resonaba todavía en sus oídos.

Su primer movimiento fué incorporarse y escuchar con asombro un estrépito que si era producido por una tormenta, debía considerarse superior á los más terribles huracanes que descendieron de los montes Grampians; pero en menos de un minuto no le cupo la menor duda de que las iras de los hombres, y no el furor de los elementos, era quien promovía todo este tumulto.

Saltó de la cama y asomóse á la ventana de su cuarto que daba al jardín: todo estaba tranquilo por aquella parte, pero se aseguró más y más de que el castillo se hallaba atacado por numerosos y determinados enemigos, cuyos alaridos, que percibía distintamente, eran una prueba harto convincente de ello. Buscó apresuradamente sus vestidos y armas; y en tanto que se vestía y armaba con toda la precipitación que le permitían la obscuridad y la sorpresa, oyó llamar á la puerta. No respondiendo Quintín tan pronto como deseaba el que quería entrar, éste forzó la puerta, que no era muy sólida, abriéndose de par en par, y presentóse en su cuarto el gitano Hayraddin, á quien conoció por su dialecto. Llevaba en su mano una redomita en

que introdujo una pajuela; una viva llama, que sólo duró un instante, iluminó todo el aposento, y encendió con ella una lámpara que sacó de su seno.

—El horóscopo de vuestro destino—dijo con energía á Durward, sin saludarle de otro modo,—depende de la resolución que vais á tomar ahora mismo.

—¡Miserable!—exclamó Quintín,—la traición nos está rodeando; y en cualquier parte que la traición exista, es imposible que dejes de ser su cómplice.

—Habéis perdido el juicio—respondió Maugrabin:—jamás he vendido á nadie sin que me valiera algo. ¿Qué necesidad tendría, pues, de venderos, cuando de serviros me resultará mayor beneficio? Atended por un momento, si os es posible, á la voz de la razón: de lo contrario, la muerte y las ruínas serán las que os obliguen á atenderla. Los liejenses se han sublevado; Guillermo de la Marck con su banda se ha puesto á su cabeza. Aunque hubiera en el castillo madios de resistencia, el mayor número de los enemigos y su furioso valor los superaría todos; pero no existe casi ninguno. Si queréis salvar á la condesa y conservar vuestras propias esperanzas, seguidme en nombre de la persona que os envió el brillante en que se ven grabados tres leopardos.

—Muéstrame el camino—respondió Quintín con viveza.—A este nombre estoy pronto á arrostrar todos los peligros.

—Por los medios que yo adoptaré—dijo el gitano,—no correremos ninguno, como os sea posible no mezclaros en lo que no os interesa. ¿Qué os importa á vos que el pastor degüelle á su rebaño, ó que el rebaño sea quien le degüelle á él?... ¡Ah! ¡ah! ¡ah! Seguidme, pero sea con paciencia y precaución. Olvidad vuestro valor y entregáos á mi prudencia. La deuda de mi gratitud queda satisfecha, y tenéis una condesa por esposa. Seguidme.

—Te sigo—dijo Quintín desenvainando su espada;—pero á la menor señal de traición que observe, tu cuerpo y tu cabeza estarán á tres pasos de distancia.

Sin hablar más palabra, el gitano viendo que Durward estaba ya bien armado y dispuesto, bajó precipitadamente

por la escalera y atravesó varios pasadizos desviados que les condujeron al pequeño jardín. Ni una luz se descubría, ni se oía una mosca en aquella parte del edificio; pero luego que llegaron al jardín, oyóse el tumulto diez veces mayor que antes resonar en el lado opuesto del castillo y Quintín llegó á distinguir los gritos diversos de guerra: «¡Lieja, Lieja! ¡Jabalí, Jabalí!» despedidos en alta voz por los acometedores, en tanto que los soldados del prelado, quienes cogidos de sorpresa y sin ventaja alguna habían corrido á la defensa de los muros, respondían con gritos más débiles y vacilantes: «¡Nuestra Señora por el Príncipe obispo!»

Pero, á pesar del genio guerrero de Durward, el combate que se daba nada era para él en comparación de la suerte de Isabel de Croye, que con razón temía debería ser horrible si llegara á caer en manos de aquel cruel y disoluto bandido, que estaba haciendo entonces todos sus esfuerzos para violentar las puertas del castillo.

En este apuro aceptó el auxilio del gitano con menos repugnancia, lo propio que un enfermo desahuciado de los médicos resuélvese á tomar la pócima que le presenta un curandero ó charlatán. Resolvióse guiarse enteramente por sus consejos, pero con ánimo de traspasarle el corazón ó cortarle la cabeza á la primera sospecha de perfidia. El mismo Hayraddin dió muestras de temer mucho por su seguridad, pues luego que puso los pies en el jardín se abstuvo completamente de sus acostumbradas pullas y sarcasmos, como si hubiese hecho voto de portarse con modestia, actividad y valor.

Al llegar á la puerta que conducía á la habitación de las condesas, Hayraddin hizo una seña á media voz, y se presentaron dos mujeres encubiertas de pies á cabeza con aquellos grandes velos de seda negra, que llevaban entonces las flamencas y todavía están en uso el día de hoy. Quintín ofreció el brazo á una de ellas, que le aceptó temblando y apresurada, apoyándose de tal modo en él, que á ser más pesada, hubiera retardado considerablemente la marcha. El gitano, que acompañaba á la otra dama, diri-

gióse en derechura á la puerta que daba al foso, junto á la cual había la barquilla de que sabía Durward que Hayraddin mismo se valió pocos días antes para salir del castillo.

Mientras estaban haciendo esta corta travesía, oyéronse gritos prolongados de triunfo, que parecían indicar que la violencia consiguiera su objeto y el castillo estaba tomado. Aquellos gritos enojaron tanto á Quintín, que no pudo menos de protestar:

—Por vida mía, si no estuviese irrevocablemente consagrada toda mi sangre á la causa que defiendo en este instante, correría á las murallas, pelearía lealmente por ese hospitalario prelado, y haría callar á algunos de esos bribones que excitan á los demás al saqueo y al asesinato.

La dama que se apoyaba en su brazo, se lo apretó ligeramente cuando hablaba así, como para darle á entender que tenía ella más derecho á contar con su socorro que el castillo de Schonwaldt; en tanto que el gitano por otra parte exclamaba, en voz bastante alta para ser oído:

—He aquí lo que yo llamo un verdadero frenesí cristiano, querer volver al castillo para pelear, cuando el amor y la fortuna aconsejan la fuga lo más pronto posible. Adelante, adelante; no se pierda un momento; los caballos aguardan en aquel bosquecillo de sauces.

—No veo más que dos—dijo Quintín que los percibió con la claridad de la luna.

—Era imposible reunir más sin infundir sospechas—respondió el gitano.—Ni tampoco los necesitamos. Vosotros dos os serviréis de ellos para pasar á Tongres, mientras están seguros los caminos. En cuanto á Marta, se quedará con las mujeres de nuestra horda, de quienes es antigua conocida. Sabed que Marta es hija de nuestra tribu y ha permanecido con esas señoras únicamente con el objeto de servirnos cuando llegase la ocasión.

—¡Marta!—exclamó la dama que se apoyaba en el brazo de Quintín, mirando á la otra tapada y lanzando un grito de sorpresa.—¿Con que no es mi parienta?

—No es otra que Marta, señora—respondió Hayraddin,—

dispensadme este pequeño ardid. No he tenido valor para robar «las dos» condesas de Croye al Jabalí de las Ardenas.

—¡Malvado!—exclamó Quintín;—pero todavía... no, no será demasiado tarde... Yo vuelvo al castillo á salvar á la condesa Amelina.

—Amelina—murmuró su compañera con voz confusa,—está apoyada en tu brazo y te da las gracias, por la buena intención y oportuno socorro.

—¡Cómo! ¿Qué quiere decir esto?—exclamó Quintín, retirando su brazo con menos cortesía de la que hubiera mostrado en cualquiera otra ocasión á una mujer de la más ínfima clase.—¿Luego es la condesa Isabel quien se ha quedado en el castillo?... ¡Adiós... adiós!

Cuando se volvía para partir, asióle Hayraddin del brazo, y le dijo:

—Oídme, oídme; eso es correr á la muerte... ¿Por qué diablos os engalanasteis con los colores de la tía en vez de?... En mi vida volveré á fiarme en blancos ni azules... Pero, pensad que ésta es casi tan rica como la otra... tiene preseas de valor, oro en abundancia... y hasta pretensiones y esperanzas en el condado.

Mientras que el gitano hablaba así con frases entrecortadas procurando detener á Quintín, éste echó mano á su daga para que le soltara.

—Ya que estáis tan empeñado—dijo Hayraddin dejándole libre,—partid, y que el diablo, si lo hay, vaya en vuestra compañía!

Luego que el joven escocés se vió en libertad, corrió volando hacia el castillo, con la rapidez del rayo.

Volvióse entonces el gitano á la condesa Amelina, que cayera al suelo media muerta de miedo y de vergüenza por el chasco que acababa de llevarse.

—Esto ha sido un «quid pro quo»—le dijo.—Vamos, señora, levantáos y venid conmigo. Antes que salga el sol os encontraré un marido mejor que ese niño de afeminado rostro; y si no tenéis bastante con uno, os procuraré veinte.

Las pasiones de la condesa Amelina eran tan violentas, como vano y débil su carácter. Como suele suceder con

mucha gente, portábase muy regularmente en el desempeño de los deberes ordinarios de la vida; pero en una crisis como aquella en que se hallaba, no sabía hacer otra cosa que prorrumpir en inútiles lamentos, reconviniendo á Hayraddin, y llamándole impostor, vagabundo, bandido, asesino...

—Llamadme gitano—dijo tranquilamente Hayraddin,—y todo lo habréis dicho en una sola palabra.

—¡Monstruo!—exclamó la dama furiosa,—tú me dijiste que los astros habían decretado nuestra unión, alucinándome de modo que hasta llegué al extremo de escribirle... ¡Oh! ¡desgraciada de mí!

—Por cierto que la tenían decretada los astros—respondió el gitano,—como hubiesen consentido las dos partes. ¿Creéis que las constelaciones celestes casan á las gentes contra su voluntad?... Esos malditos obsequios, esas tonterías de cintas y colores que usáis vosotros los cristianos, todas esas impertinencias son las que me han inducido á error... El joven, á lo que parece, prefiere la corderita á la oveja: he aquí todo el misterio... Vamos, levantáos y seguidme; haced cuenta que las lágrimas y desmayos son tiempo perdido para mí.

—No daré un solo paso—dijo la condesa con tono decidido.

—¿No? ¡Pues, por el radiante firmamento, yo digo que lo daréis!—replicó Hayraddin.—Os juro que tenéis que habéroslas con un hombre que no repararía mucho en dejaros desnudita como la palma de la mano, ataros á un árbol y abandonaros á Dios y á la buena ventura.

—Vamos—dijo Marta interponiéndose,—con vuestro permiso, no ha de sufrir ningún atropello: ya sabéis que uso cuchillo, y sé manejarlo tan bien como vos. Es una buena mujer, aunque algo loquilla... Vamos, señora, levantáos y seguid nuestros pasos. Es verdad que ha habido una equivocación; pero algo es haber salvado la vida y alguna cosita más. Apuesto á que hay personas allá dentro, que darían todo lo que poseen por hallarse en nuestro lugar.

Luego que hubo dicho estas palabras, el aire trajo hasta

ellos nuevos clamores que salían del castillo de Schonwaldt, entre los cuales pudieron distinguirse festivas aclamaciones por la victoria y gritos de terror y de desesperación.

—¡Oíd, señora!—dijo Hayraddin,—y felicitáos de no cantar en ese concierto. Tened confianza en mí, y os trataré como corresponde; los astros no faltarán á su palabra, y os procurarán un buen marido.

Abatida por la fatiga y subyugada por el terror, abandonóse por fin la condesa Amelina á sus dos guías, y dejóse pasivamente conducir á donde les dió la gana. Tal era la turbación de su espíritu y extenuación de sus fuerzas, que la digna pareja, que más bien la llevaba arrastrando, que la guiaba, pudo conversar con entera libertad delante de ella, sin que tuviese traza de comprender lo que decían.

—Siempre he mirado vuestro proyecto como una locura—dijo Marta.—Si hubieseis podido conciliar la unión de los dos jóvenes, todo iba bien: entonces era fácil contar con su gratitud y meter un pie en su castillo; pero, ¿cómo pudisteis imaginar que tan lindo y gallardo mozo quisiese cargar con esa vieja loca?

—Rispah—respondió Hayraddin,—has llevado un nombre cristiano y vivido tanto tiempo en las tiendas de ese pueblo insensato, que acabaste por participar de sus necedades. ¿Quién había de pensar que algunos años más ó menos fuesen insuperable estorbo para ese joven, cuando hallaba en tal matrimonio tan evidentes ventajas? A más de que hubiera sido mucho más difícil decidir á esa niña melindrosa á dar un paso aventurado, que á esta condesa que llevamos aquí colgando de nuestros brazos, tan inerte como un fardo de lana. Por otra parte, yo apreciaba á ese joven y quería hacerle bien. Casarle con la vieja era labrar su fortuna: dándole á Isabel, se le hubiesen echado encima Guillermo de la Marck, la Borgoña, la Francia y todos los que tienen interés en disponer de su mano. Luego, como la principal riqueza de esta boda consiste en oro y alhajas, hubiéramos tenido nuestra parte; pero rompióse la cuerda del arco, y no pudo partir la flecha. No se hable

más. La presentaremos á Guillermo el Barbudo: cuando haya apurado algunas botellas, según su costumbre, lo mismo tendrá para él una condesa vieja que otra joven. Vamos, Rispah, valor. ¡El astro Aldebarán continúa todavía ejerciendo su brillante influencia sobre los hijos del Desierto!

CAPITULO XXI

El saqueo

> Se cerrarán todas las puertas de la clemencia, y el soldado, ebrio de sangre, de corazón bárbaro y endurecido, tendrá para matar una libertad, una extensión de conciencia vasta como el infierno.
> SHAKSPEARE.—«Enrique V», acto III.

Sorprendida y aterrada la guarnición del castillo de Schonwaldt, defendiérase sin embargo por algún tiempo de los acometedores; pero la ciudad de Lieja vomitaba continuamente nuevas turbas de enemigos, que acudían como enjambres de abejas, emprendiendo furiosos el asalto, dividían la atención de los sitiados, y hacíanles perder el valor y la esperanza.

Observábase también gran indiferencia, por no decir traición, entre los defensores, pues mientras unos gritaban que era preciso rendirse, otros, abandonando sus puestos, procuraban escaparse del castillo. Muchos se arrojaron al foso desde lo alto de las murallas, y los que lograban salvarse á nado, despojábanse de todo lo que podía indicar que servían al prelado, é iban á confundirse en el tropel de los acometedores. Algunos, por adhesión á la persona del obispo, se reunieron en derredor suyo en la gran torre donde se había refugiado; al paso que otros, temiendo que no se les daría cuartel, defendíanse con el valor de la desesperación en algunas otras apartadas torres y baluartes del vasto edificio.

Eran ya dueños los enemigos de los patios y de todos los bajos del castillo, y se ocupaban en perseguir á los vencidos y satisfacer su sed de pillaje, cuando un hombre que parecía ir en busca de la muerte, mientras todos los demás no pensaban más que en los medios de evitarla, esforzóse en abrirse paso entre aquella escena de tumulto y de horror, agobiada su imaginación por temores todavía más horribles que la espantosa realidad que estaba presenciando. Cualquiera que hubiese visto á Quintín Durward aquella noche fatal, é ignorara el móvil de sus acciones, le tomara sin duda por un loco en su mayor acceso de frenesí; pero todo el que estuviese enterado de los motivos que le impulsaban, le elevaría á la clase de los más decantados héroes de novela.

Acercándose á Schonwaldt por el mismo lado de donde saliera, encontró á muchos fugitivos que corrían al bosque, y que, como era natural, procuraban evitarle, tomándole por enemigo, porque venía en dirección opuesta á la que ellos seguían. Cuando estaba más inmediato, vió varios hombres que se arrojaban de lo alto de los muros del jardín al foso ú otros que eran precipitados desde las murallas por los enemigos, y distinguía claramente el ruído que hacían al caer. Esta escena no debilitó un instante su valor. No tenía tiempo para entretenerse en buscar el esquife, aunque hubiese podido servirse de él, y era inútil arrimarse á la pequeña puerta del jardín, donde se agolparan gran número de fugitivos, que empujados por los que venían detrás, caían unos tras otros en el foso, que no tenían medios ni sabían cómo atravesar.

Apartándose pues de aquel paraje, arrojóse Quintín al agua cerca de la que llamaban puerta pequeña del castillo, la que tenía un puente levadizo, que aun estaba alzado. No le costó poco trabajo poder escaparse de los esfuerzos que hacían para agarrarse á él algunos de los infelices que se anegaban, y que hubieran podido causarle la muerte sin evitar la suya. Al llegar nadando hasta el puente levadizo, cogió la cadena de éste y desplegando toda su fuerza y ayudándose con las manos y las rodillas, logró salir del agua

y ya le faltaba muy poco para alcanzar la plataforma sobre la cual estaba suspendido el puente, cuando un lansquenete corrió á él y levantando su espada ensangrentada, preparóse para darle un golpe que probablemente hubiese sido fatal.

—¡Cómo, bribón! ¿Ese es el modo de ayudar á tu camarada? Pronto, dame la mano.

El soldado sin hablar una palabra, y no sin titubear un instante, le tendió su brazo, y le ayudó á subir á la plataforma. Quintín sin darle tiempo de reflexionar, gritó con el mismo tono: «A la torre del Oeste si queréis enriqueceros... El tesoro del obispo se halla en la torre del Oeste.»

Cien voces repitieron estas palabras: «A la torre del Oeste; el tesoro está en la torre del Oeste;» y todos los que pudieron oirlas, semejantes á una manada de lobos hambrientos, corrieron en dirección opuesta al sitio donde Quintín había resuelto llegar muerto ó vivo.

Tomando una actitud de confianza, como si hubiese sido del número de los vencedores y no de los vencidos, fuese en derechura al jardín, donde halló menos obstáculos de los que creía. Los gritos repetidos de «A la torre del Oeste» llevaran á aquella parte gran número de los asaltadores; y el sonido de los clarines llamaba á los demás para rechazar una salida desesperada que intentaban los defensores de la gran torre en aquel momento, esperando abrirse paso hasta salir del castillo, llevándose consigo el obispo. Quintín cruzó entonces el jardín con precipitados pasos y corazón palpitante, encomendándose á las potencias celestiales, cuya protección le favoreciera en medio de los infinitos peligros que había ya corrido, resuelto como estaba á salir con la suya ó perder la vida en la demanda. Cuando iba á entrar en el jardín, tres hombres corrieron á él con la lanza levantada gritando: «¡Lieja! ¡Lieja!»

Poniéndose en defensa, pero sin descargar ningún golpe: «¡Francia! ¡Francia!—contestó Quintín,—¡amigo de Lieja!»

—¡Viva la Francia!—gritaron los tres liejenses,—y continuaron su camino.

Las mismas palabras le sirvieron de alismán para evitar

los golpes de cuatro ó cinco soldados de Guillermo de la Marck, que estaban dando vueltas por el jardín y se le echaron encima luego que le vieron, gritando: «¡Jabalí! ¡Jabalí!»

En una palabra, Quintín empezó á esperar que el concepto en que le tenían de emisario del rey Luis, secreto instigador de los liejenses y protector oculto de Guillermo de la Marck, podría servirle de salvaguardia en medio de los horrores de aquella noche.

Al llegar á la torrecilla estremecióse al encontrar la pequeña puerta por donde poco antes salieran Marta y la condesa Amelina para reunirse á él, atestada de cadáveres.

Sin detenerse quitó del paso á dos de ellos, y hacía lo propio con otro, cuando el supuesto muerto agarrándose á su vestido suplicóle que le ayudase á levantarse. Quintín, hallándose detenido en tan mala ocasión, estaba tentado, en lugar de perder el tiempo luchando con aquel antagonista, de recurrir á medios menos suaves para deshacerse de él, cuando oyó que gritaba:

—¡Yo me ahogo con el peso de mi armadura! soy Pavillón, el síndico de Lieja. Si sois de los nuestros, contad con mis riquezas; si de los enemigos, no importa, yo os protegeré; pero no me dejéis morir como un cerdo en su dornajo.

En medio de esta escena de mortandad y confusión, tuvo Durward bastante presencia de ánimo para reflexionar que acaso por medio de aquel funcionario podría verificar su fuga. Ayudóle, pues, á levantar, y le preguntó si estaba herido.

—No, herido no—respondió el síndico,—por lo menos no lo creo; pero no puedo resollar.

—Sentáos en esa piedra, y cobrad aliento—dijo Quintín,—dentro de un instante estaré de vuelta.

—¿Qué partido seguís?—preguntóle el artesano deteniéndole todavía.

—El partido de Francia—respondió Quintín preparándose á dejarle.

– ¡Durward! exclamó la dama ¿Sóis vos?

—¡Eh! este es mi gallardo joven arquero—exclamó el digno síndico.—Puesto que tuve la felicidad de encontrar á un amigo en esta terrible noche, por Dios que no he de separarme de él. Id á donde queráis, que yo os sigo; y si encuentro algunos intrépidos muchachos de mi corporación, acaso podré seros útil á mi vez. Pero están dando vueltas por una y otra parte del castillo como garbanzos dentro de un saco... ¡Oh qué terrible noche!...

Diciendo esto, iba por decirlo así, arrastrando su cuerpo apoyado en el brazo de Quintín, que conociendo cuánto le importaba asegurarse la protección de un hombre que tal influencia tenía, moderó su paso, aunque maldiciendo en su corazón el retardo que le ocasionaba su compañero.

Subieron una escalera y el primer aposento que encontraron, era una antecámara donde se veían cajas y cofres abiertos que tenían traza de haber sido robados; parte de lo que contuvieran estaba disperso por el suelo. Una lámpara colocada encima la chimenea, ofrecía á la vista, al débil resplandor de su moribunda luz, un cadáver ó un hombre sin sentido tendido á lo largo cerca del hogar.

Arrancándose del brazo de Pavillón como un lebrel que arrastra tras sí la correa con que lo lleva atado el cazador y con tal ímpetu que casi derribó á su compañero, arrojóse Durward rápidamente á otro aposento, y luego á otro, que parecía ser el dormitorio de las condesas de Croye. Ni un alma había en ellos. Llamó á Isabel primero á media voz, luego más alto, después con el grito de la desesperación. Nada; el mismo silencio que antes. Retorcíase el infeliz joven las manos, arrancábase los cabellos, pateaba con violencia, cuando una débil luz que vió brillar por una rendija de ensambladura en un rincón obscuro del aposento, hízole sospechar que acaso podía haber una puerta secreta que comunicase con algún gabinete. Examinólo más detenidamente y vió que, en efecto, no se había engañado. Probó de abrirla, pero fueron inútiles sus esfuerzos. Despreciando por fin el peligro á que le exponía semejante tentativa, precipitóse sobre la puerta impeliéndola con toda la fuerza y peso de su cuerpo; y fué tal la impetuosidad

de su esfuerzo inspirado parte por la esperanza y parte por la desesperación, que aun cuando tuvieran doble solidez la cerradura y los goznes, no hubieran resistido.

De este modo violento se abrió paso, entrando en un pequeño oratorio, donde una mujer, poseída de toda la angustia del terror, había estado de rodillas dirigiendo al cielo sus plegarias ante una santa imagen; pero al oir el estrépito que hizo Quintín derribando la puerta de su retrete, nuevo terror se apoderara de ella y había caído al suelo sin sentidos. Corrió el joven á socorrerla y la levantó... ¡Oh alegría inexplicable!... era la que tanto anhelaba tó.salvar... era la condesa Isabel. Estrechóla contra su corazón... suplicóle que se alentara, que se entregase á la esperanza, pues tenía á su lado un hombre cuyo valor y brazo la defenderían contra ejércitos enteros.

—¿Sois vos, Durward?—exclamó por fin volviendo en sí. —¿Con que puedo tener alguna esperanza? Yo creía que todos mis amigos me habían abandonado á mi desgraciado destino. ¿No os separaréis de mí, no es verdad?

—¡Jamás, jamás!—contestó Durward.—Venga lo que viniere: amontónense sobre nosotros todos los peligros; antes pierda la felicidad que nos promete esa santa imagen, sino participo de vuestra suerte hasta que se torne más dichosa.

—¡Muy patético, muy interesante á la verdad!—dijo una voz fatigada y asmática á sus espaldas,—una escena de amor á lo que veo. Por vida mía, que la pobre jovencita me inspira tanta compasión como si fuese mi hija, mi querida Trudchen.

—No debéis limitaros á una compasión estéril, señor Pavillón—dijo Quintín volviéndose á él.—Es preciso que me ayudéis á proteger á esta señora. Juro que vuestro aliado el rey de Francia la colocó él mismo bajo mi especial custodia; y si no me auxiliáis para ponerla á cubierto de toda especie de insulto y de violencia, la ciudad de Lieja perderá la protección de Luis de Valois. Debemos impedir sobre todo que caiga en poder de Guillermo de la Marck.

—Eso será difícil—respondió Pavillón,—pues esos bribo-

nes de lansquenetes son el mismo diablo para descubrir las muchachas bonitas; pero haré cuanto esté de mi parte. Pasemos á ese otro aposento y allí reflexionaré. La escalera es angosta; podréis guardar la puerta armado de una pica, mientras que yo desde la ventana llamaré á algunos de mis buenos mozos de la corporación de curtidores de Lieja, que son leales como las navajas que llevan en sus cintos. Pero ante todo, desasidme esos broches. No había llevado este coselete desde la batalla de Saint-Tron y peso ahora á lo menos cuarenta libras más que entonces, si no mienten las balanzas de mi taller.

El buen hombre se sintió muy aliviado sin el peso de su armadura de hierro; pues al ponérsela había consultado menos sus fuerzas que su celo por la causa de Lieja. Súpose después que el magistrado, impelido en cierto modo por los individuos de su corporación, á cuyo frente venía, había sido izado á lo alto de las murallas por algunos de sus soldados que contribuían al asalto; que allá siguiera involuntariamente el flujo y reflujo de los combatientes de ambos partidos, sin poder pronunciar siquiera una palabra; y que semejante por fin á un madero que arroja el mar á la playa de alguna bahía, había sido definitivamente tumbado á la entrada de la habitación de las condesas de Croye, donde el peso de su armadura, agregado al de los dos hombres muertos allí mismo y que le cayeron encima, hubiérale tenido por largo tiempo en penosa actitud, si no llegara Durward para ayudarle á levantarse.

Si el entusiasmo de su temperamento y el espíritu de partido hacían de Hermán Pavillón en política un revoltoso, un hombre con los cascos á la gineta, un exaltado y turbulento patriota, las mismas causas producían en él más suaves efectos en la vida privada, pues era humano y pacífico; y si alguna vez desviábale algo la vanidad de la recta senda, podíase contar siempre con su buena voluntad y sanas intenciones. Encargó á Quintín que tuviese muy particular cuidado con la hermosa «yung frau;» y después de esta exhortación, poco necesaria á la verdad, asomóse á la ventana y púsose á gritar con todas sus fuerzas:

—¡Lieja! ¡Lieja! ¡Valiente corporación de curtidores!

Dos miembros de aquella ilustre compañía acudieron á sus voces, y al silbido particular de que fueron acompañadas (pues cada una de las corporaciones de la ciudad adoptara una seña por el estilo,) juntáronsele muchos otros de los suyos y formaron una guardia que se colocó delante de la puerta al pie de la ventana en que veían á su jafe.

Parecía haberse restablecido entonces en el castillo alguna tranquilidad. Toda resistencia había cesado, y los caudillos de las diversas clases que había de acometedores, tomaban medidas para impedir un saqueo general. Oyóse tocar la campana principal para convocar un consejo de guerra: y como su lengua de bronce anunciaba á Lieja la victoria de los insurgentes y la toma del castillo, todas las campanas de la ciudad se echaron á vuelo, y sus distantes y clamorosos sonidos parecían contestar en su idioma: «¡Gloria á los vencedores!» Hubiera sido muy natural que el señor Pavillón saliese entonces de su fortaleza; pero fuese temor de que se atropellara á sus protegidos, ó precaución para la mayor seguridad de su propia persona, ello es que se contentó con mandar uno y otro mensajero para dar orden á su lugarteniente Peterkin Geislaer de venir á reunírsele sin demora.

Llegó finalmente Peterkin con gran satisfacción suya, pues en toda urgente ocasión ó delicada circunstancia en que se tratase de guerra, política ó comercio, Pavillón solía depositar en él su confianza entera. Era un mozo robusto, rechoncho, que parecía hecho á puñetazos, anchísimo de cara y con negras cejazas que indicaban ser hombre de pocos amigos. Llevaba un coleto de piel de búfalo con un cinturonazo que sostenía su machete, y tenía una alabarda en la mano.

—Peterkin, mi amado lugarteniente—le dijo su comandante,—¡qué glorioso día!... noche, quería decir. Creo que por esta vez á lo menos estarás contento.

—Lo estoy mucho de que vos lo estéis—respondió el belicoso lugarteniente,—pero si llamáis á esto una victoria, no

aguardaba vérosla celebrar encerrado en un granero, cuando estáis haciendo falta en el consejo.

—¿Estás bien seguro de que hago falta, Peterkin?

—Sí, voto á tal; hacéis mucha falta para sostener los fueros de la ciudad de Lieja, que se hallan en mayor peligro que antes.

—Vamos, vamos, Peterkin; ya conocemos tu genio: eres un mal contento, un regañón.

—¡Yo un regañón! No, á fe mía. Paso por todo lo que pasan los demás; pero no me gusta tener por rey á la cigüeña en lugar del madero, como dice aquella fábula que el cura de San Lamberto nos ha leído muchas veces en el libro del señor Esopo.

—No comprendo lo que quieres decir, Peterkin.

—Pues bien; debéis saber, señor Pavillón, que ese jabalí parece quiere establecer su cubil en Schonwaldt, y es probable que encontraremos en él tan mal vecino como era el viejo obispo, y acaso peor. Cree que sólo hemos asaltado el castillo para él; y toda su dificultad consiste en si se mandará llamar príncipe ú obispo. Es una vergüenza ver cómo han tratado á ese anciano sacerdote.

—Yo no lo toleraré, Peterkin—exclamó Pavillón, tomando un aire de importancia,—aborrecía la mitra, pero no quiero mal á la cabeza que la lleva. Somos diez contra uno, Peterkin, y no debemos tolerar semejantes abusos.

—Sí, diez contra uno enn el campo; pero en este castillo debemos considerarnos uno contra uno. Por otra parte, Nickel Blok, el carnicero, y toda la canalla de los arrabales se declaran por Guillermo de la Marck, tanto porque ha mandado quitar el fondo á todos los toneles de cerveza y barricas de vino, como á causa de su antigua rivalidad contra nosotros que somos los principales de la ciudad y gozamos de sus privilegios.

—Peterkin—dijo Pavillón levantándose,—volvámonos á Lieja al instante mismo; no quiero permanecer un momento más en Schonwaldt.

—Pero los puentes están alzados, las puertas cerradas, y bien custodiadas por los lansquenetes. Si queremos abrir-

nos paso, nos exponemos á que nos dén una buena tanda, pues esos bribones están acostumbrados á aporrearse todos los días y nosotros sólo los días de fiesta.

—Pero, ¿por qué ha mandado cerrar las puertas?—preguntó el síndico asustado.—¿A qué detener aquí como prisionera á la gente honrada?

—No lo sé, á fe mía: maldita la palabra que entiendo. Háblase de las señoras de Croye que se han escapado durante el asalto. Luego que dieron esta noticia al Barbudo, se puso tan furioso que casi llegó á perder la cabeza; y ahora la ha perdido, en efecto, á fuerza de botellas.

El burgomaestre dirigió una mirada de desolación á Quintín, y no sabía qué resolver. Durward, que no había perdido una palabra de esta conversación, la cual le puso en gran cuidado, conoció que el modo de no perder la esperanza era conservar su presencia de ánimo y sostener el valor de Pavillón. Determinóse pues á tomar parte en la conversación, como si tuviese voz y voto en ella.

—Me maravilla mucho, señor Pavillón, veros indeciso en punto á lo que debéis practicar en este lance. Id á encontrar osadamente á Guillermo de la Marck. Decidle que queréis salir del castillo vos, vuestro lugarteniente, vuestro escudero y vuestra hija. Nada podrá alegar para negároslo.

—Yo y mi lugarteniente, es decir, yo y Peterkin, está muy bien; pero, ¿quién es mi escudero?

—Yo por ahora—respondió el intrépido escocés.

—¡Vos!—dijo el artesano algo confuso.—¿Pues no sois el enviado de Luis, rey de Francia?

—Sin duda; pero mi mensaje es para los magistrados de Lieja, y no le daré cumplimiento en otra parte sino en Lieja misma. Si confesara mi calidad á Guillermo de la Marck, ¿no sería preciso entrar en negociaciones con él? ¿No me detuviera probablemente aquí? No; es menester que me proporcionéis salir secretamente del castillo en calidad de escudero vuestro.

—Sea enhorabuena, escudero mío; pero también, si no me engaño, hablasteis de mi hija. Espero que á estas horas se halla muy tranquila en mi casa. ¡Ojalá que su pa-

dre pudiese decir lo propio! Lo deseo con todo mi corazón y toda mi alma.

—Esta señora—dijo Durward,—os llamará su padre mientras estemos en el castillo.

—Y por todo el resto de mi vida—dijo la condesa echándose á los pies del síndico y abrazando sus rodillas,—si me socorréis en este inminente peligro; y nunca se pasará un solo día sin que os ame y venere como á mi padre, y sin que ruegue por vos al cielo cual una hija por el autor de sus días. ¡Oh!... no me desatendáis; representáos á vuestra hija á los pies de un extranjero, pidiéndole la vida y el honor; y si este espectáculo os conmueve, dispensadme la protección que quisierais que ella alcanzare.

—A fe mía, Peterkin—dijo el buen síndico enternecido por tan patética súplica,—que esta linda muchacha tiene un mirar tan expresivo como nuestra Trudchen: ya se me ocurrió esta idea en el mismo instante que la vi; y este joven, tan vivo y pronto á dar su parecer, tiene también un no sé qué parecido á su novio. Apostaría un «groat,» Peterkin, á que en este lance entra por algo el amor, y sería un delito dejar de favorecerlos.

—Un delito y un oprobio—dijo Peterkin enjugándose los ojos con el faldón de su coleto, pues á pesar de toda su presunción y arrogancia, no dejaba de ser un bueno y honrado flamenco.

—Pues bien; ella será mi hija—dijo Pavillón,—como se cubra bien en su gran velo negro; y si no hubiese curtidores harto decididos para proteger á la hija de su síndico, merecerían no encontrar en su vida pieles que curtir... Pero, un momento; es necesario responder á las preguntas: ¿de qué modo lo gobernamos si me preguntan cómo ha podido encontrarse mi hija en semejante sarracina?

—¿Sabéis por qué nos han seguido hasta el castillo la mitad de las mujeres de Lieja?—dijo Peterkin.—Porque siempre comparecen donde no debieran... Vuestra «yung frau» Trudchen avanzó algo más que las otras, y punto concluído.

—¡Admirable idea!—exclamó Quintín.—Vamos, noble se-

ñor Pavillón, un poco de osadía. Seguid ese buen consejo, y sin apenas molestaros haréis la mejor acción que se ha visto desde el tiempo de Carlomagno. Y vos, señorita, tapáos bien con ese velo (pues había esparcidas por el suelo muchas prendas del traje femenino:) procurad estar serena, y pocos minutos bastarán para poneros libre y en entera seguridad. Vamos, señor mío, adelante.

—Un momento, un momento—dijo Pavillón,—tengo aún molestos pensamientos. Ese De la Marck es un diablo,, un verdadero jabalí, tanto por el carácter como por el nombre. Si esa joven fuese una de las condesas de Croye y llegase él á descubrirlo, ¿quién sabe hasta dónde podría llevar su furor?

—Y aun cuando fuese yo una de esas desgraciadas mujeres—exclamó Isabel queriendo echarse de nuevo á sus pies, —¿podríais por eso abandonarme en este momento de desesperación? ¡Oh, que no sea yo verdaderamente vuestra hija; la hija del más infeliz artesano!...

—No tan infeliz, señorita, no tan infeliz. Gracias á Dios, pagamos lo que debemos—dijo el ciudadano.

—¡Perdonadme, noble caballero!—dijo la desgraciada doncella.

—¡Oh, no! eso tampoco—respondió Pavillón:—ni noble ni caballero; nada más que un simple artesano de Lieja que paga sus letras de cambio en dinero efectivo de oro ú plata... Pero todo esto no es del caso... aun cuando fueseis una condesa, no dejaría de protegeros.

—Estáis obligado á ello, aunque fuese una duquesa—dijo Peterkin,—ya empeñasteis la palabra.

—Tienes razón, Peterkin, tienes mucha razón—respondió Pavillón.—No debemos olvidar nuestro antiguo proverbio flamenco, «ein wort, ein man.» Ahora es preciso obrar. Tenemos que pedir permiso á ese Guillermo de la Marck, y las fuerzas me abandonan cada vez que pienso en ello. Quisiera que fuese posible dispensarnos de esa ceremonia.

—Ya que tenéis fuerzas á vuestra disposición—dijo Quintín,—¿no sería mejor tomar el camino de la puerta, y abrirnos paso con las armas?

Pero Pavillón y su consejero contestaron unánimes que no convenía atacar así á los soldados de un aliado; y añadieron acerca de la temeridad de esta empresa algunas reflexiones que dieron á conocer á Durward que sería imprudente intentarlo con tales compañeros. Resolvieron, pues, dirigirse osadamente al gran salón, donde tenían entendido que el Jabalí de las Ardenas estaba celebrando un banquete, y pedir para el síndico de Lieja y su compañía el permiso de salir del castillo, demanda que parecía harto razonable para no ser otorgada. Sin embargo, el buen burgomaestre gemía y suspiraba mirando á sus compañeros, y dijo á su leal Peterkin:

—He aquí lo que es tener un corazón demasiado tierno y sensible. ¡Ay, Peterkin! ¡cuánto me han costado ya mi valor y mi humanidad! ¡Y cuánto me costarán acaso mis virtudes todavía, antes que el cielo nos permita salir de este infernal castillo de Schonwaldt!

Atravesando los patios, cubiertos aún de muertos y moribundos, Quintín sosteniendo á Isabel en medio de aquella escena de horror, la consolaba y alentaba á media voz, recordándole que su seguridad dependía enteramente de la presencia de ánimo y firmeza que mostrase.

—Nada... nada depende de mí—respondió ella;—con vos cuento únicamente... ¡Oh! si logro escaparme de los horrores de esta noche, jamás olvidaré al que me habrá salvado. Pero tengo todavía que pediros una gracia: os suplico que me la concedáis, por el honor de vuestra madre, por el valor de vuestro padre!

—¿Qué podríais pedirme, señora, que no estéis segura de obtener?—respondió en voz baja Durward.

—Pues bien; clavadme un puñal en el corazón, antes que dejarme cautiva de esos monstruos.

Quintín no respondió á esto sino apretando la mano de la hermosa condesa, que parecía querer expresarle su gratitud por el mismo estilo, si el temor no se lo hubiese impedido. Por fin, apoyada en el brazo de su joven protector, entró en el formidable salón donde estaba De la Marck, precedida por Pavillón y su lugarteniente, y segui-

da de una docena de mancebos curtidores que formaban la guardia de honor de su síndico.

Cuando se iban acercando á aquella sala, las estrepitosas carcajadas, confusas aclamaciones y feroces gritos que se oían en él, parecían indicar más bien una orgía de demonios, celebrando un festín de regocijo por alguna victoria obtenida sobre la raza humana, que reunión de amigos que solemnizan el buen éxito de una empresa. Un firme propósito que sólo podía haber inspirado la desesperación, sostenía el valor ficticio de la condesa Isabel; mas el verdadero é impertérrito de Durward parecía aumentarse con el peligro. Pavillón y su teniente, haciendo de la necesidad virtud, eran como los osos atados á un poste, que se ven obligados á sostener un ataque peligroso que no pueden evitar.

CAPITULO XXII

La borrachera

Cade.—¿Dónde está Ricardo, el carnicero de Ashford?
Dick.—Presente, señor.
Cade.—Cayeron á tus pies como vacas y carneros: vamos, te portaste como si te hallaras en el mismo matadero.
SHAKSPEARE.—«Segunda parte de Enrique VI», acto IV.

Difícil sería imaginarse una mudanza más extraordinaria y horrible que la que se realizara en el gran salón del castillo de Schonwaldt desde la víspera del día en que Quintín había comido en él: era un cuadro que ofrecía todo lo más espantoso de las miserias de la guerra, y de una guerra hecha por los más feroces agentes, los soldados mercenarios de un siglo bárbaro, hombres que por hábito y profesión se familiarizaran con todo lo que su oficio presenta de más cruel y sanguinario, sin albergar una sola chispa de patriotismo, ni distinguirse con un débil rasgo del espíritu romántico de la caballería, virtudes que en aquella época pertenecían, la primera á los animosos plebeyos que combatían por la defensa de su nación, y la segunda á los nobles esforzados que tomaban las armas en nombre del honor y de las damas.

En vez de presentarse á su vista, como pocas horas antes, funcionarios civiles y eclesiásticos, comiendo tranquila y decentemente, sometiéndose á una especie de ceremonial tan rígido que, por no faltar á él, nadie se aventuraba á gastar una chanza en alta voz, y donde á pesar de la abun-

dancia de las botellas y el regalo de la mesa reinaba un decoro que casi degenerara en hipocresía; aquel salón ofrecía ahora una escena de desenfrenada y tumultuosa confusión á que Satanás mismo, si la presidiese, no supiera cómo añadir un exceso.

En el testero de la mesa, en el trono del obispo, que se habían apresurado á traer de la sala del Consejo, veíase sentado el formidable Jabalí de las Ardenas, dignísimo de este nombre temible, que consideraba como ilustre y procuraba justificar por todos los medios posibles. Tenía descubierta la cabeza, pero llevaba puesta su maciza y brillante armadura que se quitaba muy pocas veces. Notábase en sus espaldas una especie de manto hecho de la piel de un jabalí con los cascos de los pies y los colmillos de plata. El pellejo de la cabeza estaba dispuesto de modo que, colocado sobre su capacete cuando armado, ó sobre su cabeza desnuda en forma de capucho, cual se le veía en aquel momento, confundíale con el aspecto del ceñudo y espantoso monstruo; y no porque la fisonomía que sombreara tuviese gran necesidad de ello para aumentar los naturales horrores de su expresión sanguinaria.

La parte superior del rostro de Guillermo de la Marck, tal como le formara la naturaleza, casi desmentía su carácter, pues aunque sus cabellos, cuando estaba descubierto, se parecían á las recias y durísimas cerdas de su capucho, sin embargo, alta y despejada frente, llenas y animadas mejillas, rasgados y chispeantes ojos de un color castaño claro, y una nariz corva de pico de águila, indicaban algo de valor y generosidad. Con todo, la feliz expresión de esttas facciones destruíase enteramente por el hábito de violencia y desvergüenza, que unidas á su destemplanza y excesos, infundíales carácter muy distinto de la tosca galantería que hubieran podido anunciar. La cólera, á que se entregaba con frecuencia, había hinchado los músculos de sus mejillas y en especial los que circuyen los órganos de la vista; al paso que la borrachera y el libertinaje adormecieran el fuego de sus ojos y tiñeran de color sanguíneo la parte que en ellos es naturalmente blan-

ca: lo que daba á todo su rostro una semejanza espantosa con el monstruo de quien el terrible barón se complacía en llevar el nombre. Pero por una especie de contradicción bastante extraordinaria, De la Marck, al paso que procuraba por todos conceptos darse el aire de un jabalí, á quien gustaba tanto parecerse, esforzábase con la longitud y espesura de su barba en ocultar la deformidad natural que en los principios le valiera este apodo. En efecto, la extraordinaria magnitud de su quijada superior que sobresalía mucho de la inferior y unos largos dientes que se le escapaban de la boca por ambos lados, semejantes á los colmillos de aquel animal feroz, fueron causa de que se le llamara mucho tiempo antes el Jabalí de las Ardenas, porque á dichas circunstancias agregábase la de la gran pasión por la caza, á que solía dedicarse en la selva de aquel nombre. Su enorme, crespa y mal peinada barba no disminuía el horror que naturalmente inspiraba su fisonomía, ni nuíllegaba siquiera á moderar su expresión brutal, infundiéndole cierta dignidad.

Los oficiales y soldados del barón estaban sentados indistintamente alrededor de la mesa, confundidos con varios habitantes de Lieja, algunos de los cuales pertenecían á la más ínfima clase. Veíase entre ellos á Nickel Blok el cortante, sentado al lado de De la Marck, con los brazos teñidos de sangre y arremangados hasta el codo, y con una gran cuchilla ensangrentada puesta delante de él encima la mesa. La mayor parte de los soldados llevaban, á imitación de su jefe, larga y erizada barba y los cabellos encrespados, y compuestos de modo que aumentaran todavía su natural ferocidad. Ebrios como parecían estar casi todos, tanto por la alegría de la victoria como por la cantidad de vino que se echaran al coleto, ofrecían tan horrible como repugnante espectáculo. Toda su conversación era un tejido de blasfemias y tan licenciosas las coplas que cantaban, sin que el uno tuviese la complacencia de escuchar la del otro, que Quintín dió gracias al cielo de que el tumulto que reinaba en la sala impidiese á su compañera comprender su sentido.

Sólo nos resta decir que el rostro pálido y aire inquieto de la clase más escogida de artesanos liejenses que estaban reunidos en esta infame borrachera con los soldados de Guillermo de la Marck, indicaban tanto disgusto del festín como temor de sus compañeros. Por el contrario, algunos vecinos de la clase inferior, sin educación ó de más brutal carácter, veían únicamente en los excesos de la soldadesca un ardor guerrero que deseaban imitar y á cuyo nivel procuraban ponerse bebiendo sendos vasos de vino y de «schwarzbier,» vicio que, por desgracia, en todos tiempos ha sido muy común en los Países-bajos.

Tan poco cuidado se había puesto en la simetría de la mesa como en la admisión de los convidados; brillaban por doquiera la vajilla de plata del obispo y hasta los cálices y demás vasos sagrados, pues al Jabalí de las Ardenas se le daba tres pitos de que le acusasen de sacrílego; y estos objetos preciosos estaban mezclados con cántaros de barro, jarros de estaño y vasos de cuerno de la más ínfima calidad.

Sólo haremos mención de una circunstancia horrible de que debemos dar cuenta, y abandonaremos gustosos el resto de la escena á la imaginación de nuestros lectores. En medio de la licencia y desenfreno que se permitían los soldados de Guillermo de la Marck, un lansquenete, que se distinguiera mucho por su valor y audacia durante el ataque del castillo, no habiendo hallado lugar para sentarse á la mesa, cogió descaradamente un gran vaso de plata, y llevándoselo dijo que así se indemnizaba de no haber podido participar del festín. Un rasgo tan conforme con el espíritu de aquella tropa, hizo casi reventar de risa á su jefe: pero cuando otro soldado que no gozaba de igual reputación de valiente quiso tomarse la misma libertad, De la Marck puso término á una bufonada que pronto hubiera despojado la mesa de cuanto más precioso contenía.

—¡Por el espíritu del trueno!—exclamó:—¡los que no se atreven á portarse como hombres en presencia del enemigo, tienen la osadía de querer representar el papel de ladrones entre sus compañeros!... ¡Cómo!... ¡cobarde bribón!...

tú, que para entrar en el castillo aguardaste que la puerta estuviese abierta y echado el puente levadizo, mientras Conrado Horot atravesaba el foso y escalaba vigorosamente los muros, ¿tú eres capaz de mostrar modales tan infames? Que le ahorquen en uno de los barrotes de hierro de la ventana. Así llevará con los pies el compás, mientras nosotros brindaremos por la feliz llegada de su alma á los infiernos.

Esta sentencia fué casi tan prontamente ejecutada como pronunciada; y un momento después, el infeliz, colgado de una barra de hierro, hallábase en las últimas convulsiones de la agonía. Cuando Pavillón entró en la sala con sus compañeros, no habían quitado aún el cadáver; de suerte que interceptando la pálida claridad de la luna, presentábase en el suelo una sombra, cuya incierta forma hacía adivinar de una manera vaga el horroroso objeto que la producía.

El burgomaestre Pavillón, en tanto que su nombre pasaba de boca en boca en aquella tumultuosa asamblea, procuraba afectar el aire de importancia y serenidad que convenían á su autoridad é influencia, pero que la escena que se ofrecía á su vista, y sobre todo la presencia del horrible objeto colgado de uno de los barrotes de hierro de la ventana, le hacían algo difícil sostener, á pesar de las exhortaciones de Peterkin, que le decía al oído, no sin experimentar él mismo alguna perturbación:

—Animo, ánimo, ó estamos perdidos.

El síndico sostuvo tan bien como pudo su dignidad por medio de un breve discurso en que felicitó á la compañía por la señalada victoria que acababan de alcanzar los soldados de Guillermo de la Marck y los buenos ciudadanos de Lieja.

—Sí—respondió De la Marck con sarcástico tono,—hemos reducido la fiera al último apuro, como decía el falderillo al podenco. Pero, ¡oh! ¡oh! señor burgomaestre, llegáis aquí como el dios Marte, llevando á Citerea á su lado. ¿Quién es esa hermosa del velo? Que se descubra, que se descubra. No habrá buena moza que pueda decir esta noche: «Este palmito es mío.»

—Es mi hija, ilustre caudillo—respondió Pavillón,—y yo os suplico que le permitáis conservar su velo, porque es un voto que ha hecho á los tres santos Reyes de Colonia.

—Yo se lo dispensaré dentro de poco—contestó De la Marck,—pues voy á consagrarme obispo de Lieja al golpe de una cuchilla; y me persuado de que un obispo vivo vale por tres reyes muertos.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando se levantó sordo murmullo, pues los habitantes de Lieja tenían gran veneración á los Reyes de Colonia, como comúnmente les llamaban, y entre los feroces soldados del Jabalí de las Ardenas no dejaba de haber algunos que les tributaban un respeto que á ningún viviente concedían.

—No es mi ánimo agraviar á sus difuntas majestades—añadió De la Marck,—digo solamente que estoy determinado á hacerme obispo. Un príncipe á la vez seglar y eclesiástico, que tenga poder para atar y desatar, será el más apto para una caterva de réprobos como vosotros, á quienes no habría otro alguno que quisiera absolver. Pasad adelante, noble burgomaestre; sentáos á mi lado; vais á ver con qué donaire sé yo dejar una sede vacante. Que traigan aquí á nuestro predecesor en la dignidad episcopal.

Hízose en la sala un movimiento para franquear el paso al síndico de Lieja; pero Pavillón, excusándose de aceptar el preferente lugar que se le ofrecía, fué á colocarse en la parte inferior de la mesa, contándole su acompañamiento las pisadas, como se ve algunas veces, cuando un perro forastero se introduce en medio de un rebaño de carneros, éstos se reunen á retaguardia del viejo morueco, pues acostumbrados á considerarle como á su cabeza y guía, le juzgan dotado de valor algo superior al suyo. Cerca de allí estaba sentado un gallardo mozo, hijo natural, según se decía, del feroz De la Marck, por quien mostraba alguna vez este jefe afecto y aun cariño. Su madre, hermosa manceba de aquel monstruo, murió de una patada que le diera en uno de sus arrebatos de embriaguez ó de celos; y este crimen había despertado en el corazón del tirano todos los remordimientos de que era capaz; tal vez esta

misma circunstancia dió motivo á que cobrase algún interés por su hijo. Quintín, que había adquirido todas estas noticias del anciano limosnero del obispo, colocóse lo más cerca posible del joven de que hablamos, determinado á tomarle por prenda de seguridad ó por protector, si se le frustraba todo otro medio de salvación.

Mientras todos estaban en espectación para ver lo que resultaría de la orden que el tirano acababa de dar, un hombre de los del séquito de Pavillón dijo á Peterkin:

—¿No ha asegurado nuestro amo que esta muchacha es su hija?... Imposible que sea Trudchen. Esa bribonzuela le lleva á lo menos dos pulgadas, y veo que por debajo del velo le sale una trenza de cabello negro. ¡Por San Miguel de la plaza del Mercado! tanto valdría decir que el cuero del becerro negro ha pertenecido á una ternera blanca.

—¡Chitón, chitón!—dijo Peterkin con alguna presencia de ánimo.—¿Sabes tú si nuestro amo desea robar alguna tierna corcilla del parque, sin que su señora parienta sepa una palabra? No nos corresponde á ti ni á mí el ir espiando su conducta.

—Muy lejos de esto—replicó el otro,—solamente digo que nunca hubiera creído que á su edad le entrase el capricho de robar una corza de esta naturaleza. «¡Sauperment!» ¡y qué fina pieza! Mira cómo se deja caer en aquel asiento detrás de los otros para que no la vea la gente del Jabalí; ¡pero, chico! vamos á ver lo que hará de ese pobre viejo del obispo.

En este instante, brutal soldadesca conducía ó más bien arrastraba al obispo de Lieja, Luis de Borbón, cautivo en su propio palacio. Su cabello, su barba y sus vestidos desaliñados probaban los malos tratamientos que ya sufriera. Hasta le habían puesto con precipitación algunas de sus insignias sacerdotales, probablemente como irrisión de su sagrado carácter y calidad. Por un favor especial de la suerte, como Quintín no pudo menos de imaginar, la condesa Isabel, cuya sensibilidad, viendo reducido á tal extremo al prelado su protector, hubiera podido vender su secreto y comprometer su seguridad, hallábase colocada de

modo que no podía ver ni comprender lo que iba á pasar; y el precavido joven tuvo siempre gran cuidado de ponerse delante de ella, á fin de que nada pudiese observar, ni llegase á ser objeto de las observaciones de los demás.

La escena que se presentó en seguida fué corta, pero espantosa. Cuando el infeliz prelado se vió en presencia de aquel salvaje caudillo, aunque durante toda su vida se distinguiera tan sólo por su dulce y bondadoso carácter,

ostentó en aquel crítico momento toda la nobleza y dignidad que convenía á su elevada clase. Cuando las indignas manos que le arrastraban dejaron de profanarle con su tacto impuro, notóse en él un mirar tranquilo y firme, un ademán imponente y resignado, y una expresión que le hacía guardar un término medio entre un príncipe de la tierra y un mártir cristiano. El feroz De la Marck no pudo, al presentársele, dejar de sentir el influjo de la heróica presencia de ánimo de su prisionero; y acaso la memoria de los beneficios que de él recibiera, contribuyó á infundirle cierta irresolución y á hacerle bajar los ojos. Sólo después de haber apurado un gran vaso de vino recobró su altivo é imponente aspecto. Fijando entonces la vista en el desgraciado cautivo, con fatigosa respiración, rechi-

nando los dientes, extendiendo hacia él sus apretados puños, y adoptando todos los gestos que podían excitar y sostener su ferocidad natural, le dijo:

—Luis de Borbón, yo te ofrecí mi amistad; tú la despreciaste. ¿Qué no darías ahora por haber observado diferente conducta? Nickel, prepárate ya.

El carnicero se levantó; cogió su cuchilla ensangrentada, y alzando su nervudo brazo, fué á colocarse detrás del tirano, pronto á ejecutar sus órdenes.

—Mira á ese hombre, Luis de Borbón—dijo De la Marck, —y veamos lo que tienes que ofrecerme para salvar tu cabeza.

El obispo dirigió una melancólica pero firme mirada al horrible satélite, cuya actitud daba á entender que sólo aguardaba una seña para ejecutar la voluntad del déspota; y respondió sin dar muestras de haberse inmutado:

—Oye, Guillermo de la Marck, y vosotros todos, hombres de bien, si hay alguno aquí que merezca este nombre, oíd lo único que tengo que ofrecer á ese malvado. ¡Guillermo de la Marck! tú has insurreccionado una ciudad imperial; has tomado por asalto el palacio de un príncipe del sacro Imperio germánico; has asesinado á sus vasallos, robado sus tesoros, y maltratado su persona. Has merecido por todos estos delitos ser desterrado del imperio, declarado fugitivo y proscrito, y privado de tus derechos y haciendas. Has hecho más todavía, más que violar las leyes humanas, más que merecer la venganza de los hombres: te has atrevido á entrar en la casa del Señor, á atropellar á un padre de la Iglesia, á profanar el santuario del Señor con sangre y rapiña, como un sacrílego bandido...

—¿Acabaste ya?—exclamó De la Marck interrumpiéndole y dando furiosa patada.

—No—respondió el prelado,—pues no te he dicho todavía lo que tengo que ofrecerte.

—Prosigue, pues—contestó el Jabalí de las Ardenas,—y ¡ay de tu cabeza cana, si el epílogo de tu sermón no me gusta más que el exordio!

Diciendo esto, se hundió en su silla, apretando los dientes de cólera, hasta que de sus labios brotó la espuma, como de los colmillos del animal cuyo nombre y despojos llevaba.

—He aquí cuáles son tus crímenes—continuó el obispo con el mismo tono de serena determinación,—ahora escucha lo que me digno ofrecerte, como príncipe compasivo, como cristiano prelado, olvidando toda personal ofensa y perdonando cualquiera particular injuria. Arroja tu bastón de mando, renuncia tu autoridad, suelta los prisioneros, devuelve el botín que has hecho, distribuye todo lo que posees á los huérfanos cuyos padres asesinaste, á las viudas que privaste de sus maridos; toma un sayal de penitente, cúbrete la cabeza de ceniza, coge un bordón, y vete peregrinando á Roma. Yo mismo solicitaré de la Cámara Imperial de Ratisbona el perdón de tus delitos, y de nuestro Santo Padre la absolución de tus pecados.

Mientras que Luis de Borbón proponía estas condiciones con tono tan resuelto como si se hallase sentado en su trono episcopal y viese al usurpador prosternado á sus plantas pidiendo perdón, levantóse el tirano lentamente, aumentándose por grados su furor á proporción de la sorpresa que le iba causando semejante heroísmo; y por fin, cuando el prelado dejó de hablar, fijó Guillermo una mirada en Nickel Blok, y levantó un dedo sin desplegar los labios. En el mismo instante el malvado descargó el golpe, como si ejerciera su oficio en el matadero, y el obispo asesinado cayó sin lanzar un solo gemido al pie de su trono episcopal.

Los liejenses, que no aguardaban esta horrible catástrofe, y que creían por el contrario se terminaría la conefrencia con algún convenio amistoso, hicieron un movimiento unánime de horror y prorrumpieron en gritos de execración y alaridos de venganza; pero la voz de trueno de Guillermo de la Marck sofocó todas las del tumulto. Cerrado el puño y extendido el brazo, gritó:

—¡Qué es esto, viles marranos de Lieja! ¿Vosotros que os revolcáis en el cieno del Mosa, osaríais probar vuestras

fuerzas con el Jabalí de las Ardenas? Hola, jabatos míos, pues este era el nombre que él mismo y otros daban frecuentemente á sus soldados, enseñad vuestros colmillos á esos cerdos flamencos.

Todos sus soldados se levantaron á una; y como estaban confundidos con sus ex-aliados, que no esperaban un ataque de esta naturaleza, cada uno de ellos en un abrir y cerrar de ojos asió del cuello al liejense más inmediato, mientras que su mano derecha tenía levantado un ancho puñal, cuya hoja brillaba á la luz de las bujías y de la luna. Todos estaban en actitud de herir, pero nadie descargaba el golpe. Grande fué la sorpresa de los liejenses para que pudiesen pensar en defenderse; y acaso De la Marck sólo se proponía sembrar el terror en el corazón de sus cívicos confederados.

Pero el valor, la presencia de ánimo, y la resolución de Quintín Durward, que poseía estas cualidades en un grado casi incompatible con su edad, y que al mismo tiempo se hallaba estimulado en aquel instante por todo lo que era capaz de exaltar su energía, cambió con una sola acción todo el aspecto de la escena. Imitando á los soldados de De la Marck, precipitóse sobre Karl Eberson, hijo de aquel caudillo, sujetóle fácilmente, y apuntándole un puñal á la garganta, dijo en alta voz:

—¿A ese juego jugamos? En este caso, aquí estoy yo.

—¡Detenéos! ¡detenéos!—gritó De la Marck;—esto no es más que una chanza. ¿Podríais presumir que yo quisiese hacer daño á mis buenos amigos y aliados de la ciudad de Lieja? Soldados, bajad las armas y sentáos. Quitad de ahí ese cadáver—añadió empujando con el pie el cuerpo del Obispo,—que ha sido la causa de esta riña entre amigos, y aneguemos el resentimiento en nuevas oleadas de vino.

Todos obedecieron, soltando los soldados á los liejenses, y unos á otros se miraban como ignorando si debían considerarse como amigos ó enemigos. Quintín Durward aprovechó este momento.

—Guillermo de la Marck—dijo,—y vosotros, ciudadanos y habitantes de Lieja, escuchadme: Vos, joven, estáos quieto,

(pues Karl procuraba escurrírsele:) no os sucederá ningún mal, á menos que se repita alguna de esas chanzas pesadas.

—Por Satanás, dime quién eres—exclamó De la Marck sumamente admirado,—tú que te atreves á coger rehenes en mi presencia, y á imponerme condiciones á mí que las prescribo á los demás y no las tolero de nadie.

—Soy un servidor de Luis, rey de Francia—respondió resueltamente Quintín,—uno de los arqueros de su guardia escocesa, como mi hablar y en parte mi traje puede acreditároslo. Me hallo aquí por orden suya, para ser testigo de cuánto ocurra y participárselo; y veo con asombro que tu conducta es más bien la de un hereje que la de un cristiano, más propia de un insensato que de un hombre dotado de sano juicio. El ejército de Carlos de Borgoña va á ponerse en marcha inmediatamente contra ti; y si deseas alcanzar socorros de Francia, fuerza es que te moderes. En cuanto á vosotros, habitantes de Lieja, yo os invito á que volváis en seguida á la ciudad, y si alguien se opone á vuestra marcha, le declaro desde ahora enemigo de mi señor, Su Majestad Cristianísima el rey de Francia.

—¡Francia y Lieja! ¡Francia y Lieja!—gritaron los curtidores que formaban la guardia de honor de Pavillón, y otros paisanos cuyo valor empezaba á reanimar la audacia de Quintín. ¡Francia y Lieja! ¡viva el valiente arquero! Viviremos y moriremos con él.

Los ojos de Guillermo de la Marck centelleaban de cólera, y puso mano á su puñal como si quisiera lanzarle y traspasar el corazón del atrevido arquero; pero paseando la vista en derredor suyo, leyó en las miradas de sus mismos soldados un cierto no sé qué, que le infundió moderación. Eran muchos de ellos franceses, y nadie ignoraba los socorros secretos que en gente y dinero su jefe recibía del reino de Francia, y aun no faltara quien estaba horrorizado del sacrílego asesinato que acababa de cometerse. El nombre y reputación de Carlos de Borgoña, príncipe que no dejaría de concebir el mayor horror por los acontecimientos de aquella noche, la imprudencia de armar zambra

con los liejenses, la locura de provocar el enojo del rey de Francia, todas estas ideas hacían vivísima impresión en su entendimiento, aunque no le tuviese entonces muy despejado. En una palabra, conoció De la Marck que si se entregaba á algún nuevo acto de violencia, peligraba de no ser sostenido ni aun por su propia tropa.

Por lo tanto, desarrugando su frente y suavizando la expresión de sus inflamados ojos, que tanto terror infundían, declaró que no llevaba malas intenciones contra sus buenos amigos de Lieja, y que podían salir de Schonwaldt cuando les diese la gana; aunque había confiado que pasarían juntos la noche, celebrando la victoria con públicos regocijos. Añadió con un sosiego que le era poco familiar, que estaría pronto á entrar en negociación con ellos para el reparto del botín, y á acordar las medidas necesarias para la defensa común, ya fuese el día siguiente ó el que mejor les pareciere. En cuanto al joven arquero de la guardia escocesa, se lisonjeaba de que le haría el honor de pasar la noche en Schonwaldt.

Agradecióselo Quintín, pero añadió que todas sus operaciones debían determinarse por las del señor Pavillón, con quien tenía orden particular de estar íntimamente unido: sin embargo, no dejaría de acompañarle la primera vez que tendría el honor de visitar al esforzado Guillermo de la Marck.

—Si vuestras acciones han de regularse por las mías—dijo apresuradamente Pavillón,—es probable que no tardaréis un minuto en salir de Schonwaldt; y si no volvéis á poner los pies aquí sin mi compañía, juzgo que tardaréis algún tiempo en venir.

El honrado ciudadano pronunció entre dientes la última parte de esta frase, como si temiese las consecuencias de que se hiciera pública la expresión de un sentimiento, que por otra parte le era imposible disimular.

—Seguidme bien arrimados á mi lado, valientes curtidores míos—dijo en voz baja á sus guardias de corps,—y salgamos lo más pronto posible de esta caverna de asesinos.

La mayor parte de los liejenses, á lo menos los que no

eran de la clase más vil, abrazaban en esta parte la opinión del síndico; y tuvieron menor alegría cuando entraron triunfantes en Schonwaldt, de la que experimentaban ahora que podían esperanzar salir con el pellejo. Nadie puso obstáculos á su partida, y ya se deja considerar el contento y satisfacción de Quintín cuando se vió fuera de aquellas formidables murallas.

Por la primera vez, desde que entraron en la funesta sala donde se ejecutó el abominable asesinato, atrevióse á dirigir la palabra á la condesita, preguntándole cómo estaba.

—Bien, bien—respondió con el laconismo de una persona que está sufriendo un acceso de calentura,—perfectamente bien... No os detengáis en hacerme una sola pregunta; aprovechemos los instantes... Huyamos... huyamos.

Diciendo esto, esforzábase en acelerar el paso; pero se veía tan lejos de conseguirlo, que hubiera caído extenuada á no sostenerla Quintín. Con la ternura de una madre que desea poner á su hijo fuera de peligro, tomóla en brazos para llevarla, y cuando ella le echó el suyo alrededor del cuello, no teniendo otra idea que el deseo de salvarse, no hubiera querido el joven dejar de correr un peligro menos en aquella noche, ya que debía ser este su resultado.

El buen borgomaestre, por su parte, iba sostenido y casi arrastrado por su fiel consejero Peterkin y otro de sus operarios. Así llegaron todos sumamente fatigados á las orillas del río, habiendo encontrado por el camino muchas cuadrillas de vecinos de Lieja, que deseaban saber noticias de Schonwaldt, y preguntaban si era verdad, como empezara á correr la voz, que se había suscitado una reyerta entre los vencedores.

Deshaciéndose de estos curiosos importunos del mejor modo que pudieron, lograron, finalmente, gracias á Peterkin y á algunos compañeros suyos, proporcionarse un esquife, y disfrutar por este medio de un descanso que necesitaban, especialmente Isabel que continuaba casi sin movimiento en brazos de su libertador, y el digno burgomaestre que, después de haber dado con bastantes altos é in-

terrupciones las gracias á Durward, cuya atención estaba en aquel instante demasiado ocupada para poder contestarle, empezó dilatada arenga dirigida á Peterkin por el valor de que diera muestras, la beneficencia con que se distinguiera, y los infinitos riesgos á que le habían expuesto estas dos virtudes tanto en la presente ocasión como en otras muchas.

—Peterkin—le dijo continuando el mismo tema de la noche,—si fuese menos alentado de lo que soy, no me hubiera opuesto á que los vecinos de Lieja pagasen el veinte por ciento, cuando todos los demás se habían ya conformado. Y luego, si mi corazón hubiese sido menos intrépido no me guiara á esa batalla de Saint-Tron, donde un guerrero del Henao me derribó de una lanzada en una zanja de lodo, de donde ni mi valentía ni mis esfuerzos pudieron arrancarme hasta el fin de la batalla. ¿No fué mi valor también el que me excitó esta noche misma á ponerme un coselete harto estrecho que me hubiera ahogado á no ser por el auxilio de ese valiente joven, que no tiene mayor gusto que cuando puede pelear? ¡Dios se lo conserve! ¿Y qué diremos de mi bondad de corazón, Peterkin? Ella me ha empobrecido... es decir, me hubiera empobrecido, por poco más que descuidara la seguridad de los bienes de este mundo perecedero; y Dios sabe en qué apuros puedo encontrarme todavía con esas damas, esas condesas y esos secretos que guardar. Todo esto puede costarme la mitad de mi fortuna, amén del pescuezo.

Quintín no pudo conservar por más tiempo el silencio, y le protestó que si corriera algún peligro ó sufriese alguna pérdida á causa de la señorita que estaba entonces bajo su protección, ella se apresuraría á indemnizarle, tanto con su gratitud como con el dinero que fuese necesario.

—Muchas gracias, señor arquero, muchas gracias—respondió el liejense,—¿quién os ha dicho que yo pida indemnizaciones para cumplir con el deber de un hombre de bien? Sentiría que pudiese costarme alguna cosa de un modo ó de otro; y creo que me es permitido tener esta conversa-

ción con mi teniente, sin achacar á nadie las pérdidas y los peligros que pueda correr.

Quintín dedujo de este modo de expresarse, que el síndico, su amigo, era del número de aquellos que, murmurando y regañando, se recompensan ellos mismos de los servicios que prestan á los demás, y cuyo único objeto, lamentándose así, es dar más brillante idea de su conducta. Guardó, pues, prudente silencio, y permitió al burgomaestre extenderse á su gusto sobre las pérdidas y los peligros á que se había expuesto y se exponía aún en este instante á causa de su celo por el bien público y de su desinteresada beneficencia á favor de sus semejantes; difusa materia que les dió tiempo de llegar hasta la puerta de su casa.

La verdad del hecho era que el honrado ciudadano juzgaba que había perdido algo de su importancia, permitiendo al joven extranjero desempeñar el primer papel durante la crisis que acababa de ocurrir en el castillo de Schonwaldt; y por mucho que hubiese celebrado, en tan crítico momento, el efecto producido por la intervención de Durward, sin embargo, bien reflexionado, conocía el menoscabo que redundaría en su reputación de valiente, y esforzábase en obtener una compensación, exagerando los derechos que tenía á la gratitud de su patria en general, de sus amigos en particular, y más especialmente aun de la condesa de Croye y de su joven protector.

Pero en cuanto el esquife se hubo detenido al extremo del jardín, y con el auxilio de Peterkin pudo echar pie en la orilla, hubiérase dicho que el contacto del terreno que le pertenecía, tenía la virtud de disipar de golpe todos estos sentimientos de envidia y amor propio resentido, y de convertir al demagogo, descontento de haberse visto aventajado por otro, en amigo servicial, atento y hospitalario. Llamó gritando á Trudchen, que pareció inmediatamente, pues el temor y la inquietud desterraron casi enteramente el sueño del recinto de Lieja durante aquella noche tan fecunda en acontecimientos. Diósele la comisión de asistir muy particularmente á la hermosa extranjera, que

apenas había recobrado el uso de los sentidos; y Gertrudis, admirando los atractivos de la condesa y compadeciéndose de la aflicción en que parecía estar sumida, desempeñó el deber de la hospitalidad con el celo y cariño de una hermana.

Por más tarde que fuese, y por más fatigado que pareciera estar el síndico, harto trabajo le costó á Quintín poderse escapar de una botella de vino, tan viejo como la batalla de Azincourt; y se hubiera visto obligado á tomar su parte, muy contra su voluntad, sin la llegada del ama de la casa, á la que arrancaron de la cama las repetidas voces de Pavillón para que le sacara las llaves de la bodega. Era una mujer gorda y chiquitina, á manera de bola, que parecía no haber sido nada fea cuando joven, pero que de algunos años á esta parte se singularizaba por su nariz larga y colorada, su voz chillona y su decisión de calzarse las bragas en su casa, en contrapeso de la autoridad que Pavillón ejercía fuera de ella.

Luego que se enteró de la clase de contienda que se moviera entre su marido y el huésped, falló sin detenerse que Pavillón, muy lejos de tener necesidad de beber más vino, había ya bebido demasiado; y en lugar de servirse, como él deseaba, de ninguna de las llaves del gran manojo que le pendía del cinto suspendido de una cadena de plata, volvióle las espaldas sin ceremonia, y acompañó á Durward al aposento donde debía pasar la noche, tan limpio, tan bien alhajado, y provisto de cuanto podía ser necesario, útil ó agradable, que no se acordaba de haber visto otro que pudiera comparársele: tanto aventajaban los ricos flamencos en aquella época, por lo que mira al lujo, comodidades y placeres de la vida, no sólo á los pobres y toscos escoceses, sino á los franceses mismos.

CAPITULO XXIII

La fuga

Mándame, y me lanzaré á acometer empresas imposibles con la seguridad de conseguir mi objeto.

. . . . . .

Guía el paso, y yo, inflamado el corazón en nuevo ardor, te seguiré para hacer sea lo que fuere.

SHAKSPEARE.—«Julio César», acto III.

A pesar de la confusa mezcla de alegría y de temor, de duda y de inquietud, y de todas las demás pasiones que agitaban á nuestro joven escocés, las fatigas del día anterior habían agotado de tal modo sus fuerzas, que durmió profundamente, y no se despertó hasta el día siguiente muy tarde, cabalmente cuando su digno patrón entraba en su cuarto sumamente inquieto y pesaroso.

Sentóse junto al lecho de Guintín y empezó un largo discurso bastante vago, sobre las obligaciones domésticas de los casados, y en especial sobre el poder respetable y legítima supremacia que le era fuerza conservar al marido, siempre que fuese su dictamen opuesto al de su mujer. Quintín le escuchaba con alguna inquietud. Sabía que los maridos, como otras potencias beligerantes, solían cantar á veces un «Te-Deum,» más para ocultar una derrota que para celebrar una victoria; y trató de asegurarse de ello positivamente, diciéndole que esperaba que su llegada no habría ocasionado ninguna incomodidad á la buena señora de la casa.

—¡Incomodidad!... no—respondió el burgomaestre.—No hay mujer que se halle menos en estado de ser sorprendida

que Mabel: recibir y obsequiar á sus amigos es su mayor complacencia... y tiene siempre, á Dios gracias, preparados para ellos un aposento aseado y una despensa bien provista... Es la mujer más hospitalaria del mundo... pero es lástima que tenga un genio tan particular.

—En una palabra, nuestra permanencia aquí no es de su gusto—dijo Quintín saltando de la cama y principiando á vestirse apresuradamente.—Si yo supiese que esa señorita se hallaba en estado de ponerse en camino, después de los horrores de la noche pasada, no seríamos importunos permaneciendo un instante más en esta casa.

—Esto es precisamente lo que ha dicho ella misma á Mabel—dijo Pavillón,—y yo quisiera que hubieseis visto los colores que se asomaron en aquel rostro mientras se lo decía. Una lechera que á andado cinco millas, de cara contra el aire helado de un día de invierno, para ir al mercado, es una azucena en su comparación... Yo no me admiro que Mabel se muestre algo celosa de ella... ¡Pobrecita mía!

—¿Con que la señorita ha salido ya de su cuarto?—preguntó Durward vistiéndose con doble precipitación.

—No hay duda, y os está aguardando con mucha impaciencia para determinar qué camino tomaréis, puesto que los dos estáis resueltos á partir. Pero espero que no os pondréis en camino hasta después de almorzar.

—¿Por qué no me lo dijisteis antes?—exclamó Quintín con impaciencia.

—¡Cachaza, cachaza! Todavía me parece haberme precipitado, puesto que os amostazáis con tanta facilidad. Sin embargo, aun podría deciros alguna cosita más, si tuvieseis bastante paciencia para escucharme.

—Hablad, señor, hablad, tan pronto y tan aprisa como podáis; os escucho con atención.

—Pues bien, lo único que tengo que deciros es que Trudchen, que siente tanto separarse de esa hermosa señorita como si fuese su hermana, os aconseja que toméis otro traje; pues corre la voz por la ciudad, de que las condesas de Croye viajan disfrazadas de peregrinas, acompañadas de un arquero de la guardia escocesa del rey de

Francia; y añaden que una de ellas fué conducida anoche á Schonwaldt, cuando nosotros acabábamos de salir, por un gitano que ha asegurado á Guillermo de la Marck que no traíais ninguna comisión del rey ni para él ni para el honrado pueblo de Lieja; que habíais robado á la condesita y que viajabais con ella en clase de amante. Todas estas noticias han llegado esta mañana del castillo, por manera que nosotros, los del Consejo, no sabemos qué partido tomar, pues aunque opinamos todos que Guillermo de la Marck se ha portado algo brutalmente, tanto por lo que toca al Obispo, como con nosotros mismos, sin embargo, en el fondo es tenido generalmente por hombre de pró, se entiende, cuando no ha bebido mucho, y por el mejor caudillo del mundo para defendernos contra el duque de Borgoña: yo mismo, en el estado actual de las cosas, casi estoy convencido de que hemos adelantado demasiado para retroceder.

Quintín no le reconvino ni trató de aclararle punto alguno; vió que todo sería inútil, y que el digno magistrado no por eso dejaría de persistir en una resolución que le hicieran tomar sus opiniones políticas y su sumisión á la voluntad de su mujer.

—Vuestra hija tiene razón—le dijo,—es preciso que partamos disfrazados y al momento. Espero que nos favoreceréis con el secreto, y que nos suministraréis los medios oportunos para escaparnos.

—De muy buena gana—respondió el honrado artesano que estando él mismo poco satisfecho de su modo de portarse, deseaba encontrar algún medio para que su huésped se lo perdonara.—Sí, señor, de muy buena gana. Me es imposible olvidar que os debí la vida la última noche, primero cuando me libertasteis de aquel maldito coselete de acero, y luego cuando me sacasteis de un apuro todavía mayor, pues ese Jabalí y sus jabatos se parecen más á diablos que á hombres. De consiguiente, os seré más leal que la hoja al puño, según dicen nuestros armeros, que son los mejores del mundo. Vamos, ahora que ya estáis vestido,

seguidme por aquí; y veréis hasta qué punto tengo puesta en vos mi confianza.

Saliendo del cuarto donde había dormido Quintín, guióle al despacho en que acostumbraba hacer sus pagos. Luego que estuvieron dentro, cerró la puerta, echó el cerrojo, dirigió en derredor suyo una penetrante mirada de precaución, y le introdujo en un gabinete cuya puerta ocultaban los tapices y en el cual había varias arcas de hierro. Abrió una que estaba llena de guilders, y poniéndola á disposición de Durward, le invitó á tomar la suma que juzgase necesaria para atender á sus gastos y á los de su compañera.

Como á Quintín le quedaba poquísimo dinero del que recibiera al salir de Plessis, no dudó en aceptar una suma de doscientos guilders, y obrando de este modo aligeró en gran manera el enorme peso que oprimía á Pavillón, quien consideró el préstamo que hacía voluntariamente, por un heróico esfuerzo, como compensación de la falta de hospitalidad que diversas consideraciones le obligaban en algún modo á cometer.

Habiendo cerrado bien el arca, el gabinete que contenía su tesoro y el despacho, acompañó el rico flamenco á su huésped al salón, donde hallaron á la condesa vestida de doncella flamenca de la clase media. Estaba descolorida, pero había recobrado su salud y conservaba su presencia de ánimo, sin embargo de las desastrosas escenas de la precedente noche. Trudchen estaba sola con ella ocupada en dar la última mano á su traje, é instruyéndola del modo cómo debía llevarle para presentarse con despejo. La condesita tendió la mano á Quintín, que la besó con respeto, y le dijo:

—Señor Durward, es preciso separarnos de estas buenas gentes, á menos que quiera acarrearles una parte de las desgracias que me persiguen desde la muerte de mi padre. Vestíos otro traje y partamos, si no estáis cansado de proteger á una infeliz.

—¡Yo... yo cansado de seguiros!—exclamó Quintín.—Os seguiré hasta el cabo del mundo, os defenderé contra todo el universo. Pero vos, señora, ¿os halláis en estado de

llevar á efecto la obra que deseáis emprender? ¿Y lo podréis después de los horrores de la última noche?...

—No me los recordéis—respondió la condesa,—sólo me ha quedado de ellos una idea confusa como la de un sueño espantoso. ¿Pudo salvarse el digno obispo?

—Creo que nada tiene que temer—dijo Quintín haciendo seña de guardar silencio á Pavillón, que parecía disponerse á empezar la relación de su terrible muerte.

—¿No sería posible reunirnos con él?—preguntó Isabel. —¿Ha juntado algunas fuerzas?

—Sólo en el cielo tiene puestas sus esperanzas—respondió Durward;—pero sea cual fuere el lugar donde gustéis dirigiros, yo seré vuestro guía y decidido apoyo: no os abandonaré jamás.

—Ya lo pensaremos—dijo Isabel; y después de una pausa de un momento, añadió:—Yo elegiría de buena gana un convento, pero temo que sería débil refugio contra mis perseguidores.

—No, no—dijo el síndico,—no podría en conciencia aconsejaros que eligieseis un convento en estas inmediaciones, pues el Jabalí de las Ardenas, valiente jefe por su parte, aliado fiel y lleno de benevolencia por nuestra ciudad, es algo duro de genio, y no respeta claustros, conventos ni monasterios.

—Preparáos á partir, señor Durward, lo más pronto posible —dijo Isabel interrumpiendo estos pormenores,—puesto que os dignáis todavía atender á mi seguridad.

Luego que el síndico y Quintín salieron de la sala, empezó Isabel á hacer varias preguntas á Gertrudis relativas á los caminos y otros objetos, con tal serenidad y presencia de ánimo, que la hija del burgomaestre no pudo menos de exclamar:

—Yo estoy muy sorprendida, señora; he oído hablar del valor varonil que mostraron algunas mujeres; pero el vuestro me parece superior á humanas fuerzas.

—La necesidad, mi querida amiga—respondió la condesa, —la necesidad es madre del valor como del ingenio. No hace mucho tiempo que hubiera sido capaz de desmayarme

Quintín aparecio de improviso

viendo brotar una gota de sangre de un rasguño... y ayer puedo decir que vi correr ríos enteros en torno mío, sin que el sobresalto me hiciese perder el uso de los sentidos... No creáis sin embargo que esto me ha sido fácil—continuó apoyando en el brazo de Gertrudis una mano trémula, aunque conservaba firme la voz;—el valor que alienta mi corazón es como la guarnición de una plaza sitiada por fuerza superior, á quien sólo el propósito más constante puede impedir que capitule y se rinda á cada momento. Si fuese mi situación algo menos peligrosa, si no estuviese convencida de que el único medio que me queda para librarme de un destino peor que la muerte, es el conservar serenidad y presencia de ánimo, me arrojaría en este instante á vuestros brazos, Gertrudis, y desahogaría mi corazón, que estalla de dolor, con un torrente de lágrimas las más amargas que se han derramado en el mundo.

—No, no lo hagáis, señora—respondió la compasiva Gertrudis,—alentáos, implorad la protección del cielo, y si es verdad que éste haya enviado alguna vez un salvador á personas próximas á perecer, ese valiente y atrevido joven debe ser el vuestro. Hay también cierto sujeto con quien puedo yo contar—añadió poniéndose muy colorada,—pero no se lo digáis á mi padre, ¿estáis?... es decir, he prevenido á mi novio, á Hans Glover, que os aguarde á la puerta del Este y que no se atreva á presentarse delante de mí hasta que pueda asegurarme que os dejó sanos y salvos más allá del territorio de Lieja.

La condesa sólo pudo expresar su gratitud á la franca y bondadosa doncella abrazándola cariñosamente; y Gertrudis devolviéndole sus abrazos de la manera más afectuosa, añadió sonriéndose:

—No tengáis pena; si dos jóvenes y dos amantes que tanto las quieren no llevan á cabo con feliz éxito un proyecto de fuga y de disfraz, este mundo no es el mismo que era.

Semejantes frases hicieron asomar unos colores muy vivos en las mejillas de Isabel, y la repentina llegada de Quintín no fué muy á propósito para hacerlos desaparecer. Venía vestido de trabajador flamenco de buena condición,

con el traje de los días festivos de Peterkin, quien acreditó el interés que se tomaba por el joven Durward con la prontitud con que se lo ofreció, jurando al mismo tiempo que aun cuando le costase ser curtido y adobado como el cuero de un buey, no les haría traición jamás.

Habíanse preparado dos excelentes caballos, gracias á la actividad y diligencia de la señora Mabel, quien en realidad no deseaba ningún mal á la condesa ni á su escudero, mientras que su marcha alejase los peligros que su presencia pudiera atraer sobre su casa y familia. Alegróse en gran manera de verlos montar á caballo y partir, después de haberles dicho que hallarían fácilmente la puerta del Este siguiendo á Peterkin, que debía precederles para servirles de guía, pero sin dar á entender que tuviese ninguna relación con ellos.

Luego que hubieron partido sus huéspedes, aprovechó aquella ocasión la señora Mabel para hacer un largo sermón á Trudchen sobre el desatino de leer novelas, pues así era cómo las bellas damas de la corte se habían vuelto tan atrevidas y desvergonzadas, que en lugar de dedicarse á saber gobernar una casa, aprendían á montar á caballo y á manera de damiselas errantes corrían todo el país, sin más séquito que un escudero holgazán, un paje libertino ó un arquero calavera llovido de algún país extranjero, con peligro de su salud, en derimento de su fortuna y en perjuicio irremediable de su reputación. Escuchóla Gertrudis en silencio, sin contestar palabra; pero atendido su carácter, no creemos que sacase de las conclusiones de su madre tal cual consecuencia conforme á lo que ésta hubiera deseado inculcarle.

Entretanto llegaron nuestros viajeros á la puerta oriental de la ciudad, después de haber recorrido calles llenas de inmenso gentío, que por fortuna estaba harto ocupado en noticias del día y acontecimientos políticos, para reparar en una pareja cuyo exterior nada ofrecía que llamase mucho la atención. La guardia los dejó pasar en virtud de un permiso que Pavillón les proporcionara, pero que iban en nombre de su colega Rouslaer; y se despidieron de Peter-

kin Geislaer, deseándose recíprocamente, y en pocas palabras, toda suerte de prosperidades. Casi al mismo instante agregóseles un robusto joven, montado en excelente caballo tordillo, dándose á conocer por Hans Glover, el novio de Gertrudis Pavillón. La fisonomía de este mancebo tenía el tipo propio de su país, sin que se distinguiera por la inteligencia, pues expresaba, más bien que el talento, un corazón bondadoso y un carácter jovial. Isabel casi no pudo resolverse á creer que fuese digno del afecto de la generosa Gertrudis. Dió muestras, sin embargo, de querer contribuir con todo su poder á las bienhechoras miras de la hija del burgomaestre; pues luego de haberles saludado respetuosamente, preguntó á la condesa por qué camino deseaba que la guiase.

—Guiadme—respondió ella—hacia la ciudad más inmediata de las fronteras de Brabante.

—¿Luego habéis determinado ya cuál será el término de vuestro viaje?—le preguntó Quintín acercando su caballo al de Isabel y hablándole en idioma francés, que no comprendía su conductor.

—Sí—respondió la condesa,—pues en la situación en que me encuentro, me perjudicaría prolongar mi viaje, y debo procurar abreviarlo, aunque vaya á parar á una cárcel.

—¡A una cárcel!—exclamó Quintín.

—Sí, amigo mío, á una cárcel; pero yo procuraré que no sufráis la misma suerte.

—No habléis de mí, no penséis en mí: que os vea yo segura, y luego disponga de mí el destino como quiera.

—No habléis tan alto, pues el guía lo extrañará—dijo Isabel.—Ya veis que se ha adelantado algunos pasos.

En efecto, el buen flamenco, haciendo por los demás lo que desearía hiciesen por él en semejante caso, al ver que se acercaba Quintín á la condesa, había cogido la delantera para que no se resintiese la conversación de la presencia de un tercero.

—Sí,—continuó ella cuando vió que el guía estaba harto distante para poderlos oir,—sí, amigo y protector mío... pues ¿por qué he de avergonzarme de daros este título, cuando

ha permitido el cielo que tal fueseis para mí?... Sí, debo deciros que he resuelto volver á mi país natal, y abandonarme á la discreción del duque de Borgoña. Consejos imprudentes, aunque dictados con las mejores intenciones, me determinaron á sustraerme de su protección, para implorar la del falso y artificioso Luis de Francia.

—¿Estáis resuelta entonces á dar la mano de esposa al conde de Campo-Basso, al indigno favorito de Carlos de Borgoña?

Así hablaba Quintín, procurando ocultar bajo fingida indiferencia la congoja interior que le oprimía el corazón, al modo que un infeliz condenado á muerte afecta una firmeza que está muy distante de su alma cuando pregunta si ha llegado la orden de la ejecución.

—No, Durward, no—respondió Isabel irguiéndose en su silla,—todo el poder del duque de Borgoña no será capaz de envilecer hasta este punto á una hija de la casa de Croye. Podrá el duque apoderarse de mis feudos y posesiones, mandarme encerrar en un convento; pero esto es cuanto tengo que temer, y estoy en disposición de sufrir males todavía mayores antes de acceder á dar la mano á Campo-Basso.

—¡Males todavía mayores!—repitió Quintín.—¿Y puede haber en el mundo mayores males que la pérdida de los bienes y de la libertad? ¡Ah! reflexionadlo bien, mientras que el cielo os permite respirar todavía un aire libre, mientras tenéis á vuestro lado un hombre que arriesgará su vida para acompañaros á Alemania, á Inglaterra, á Escocia, y en todos esos países encontraréis generosos protectores. No renunciéis tan pronto á la libertad, al dón más precioso del cielo... ¡Ah! con cuánta razón dijo un poeta de mi país:

«¡Oh! ¡qué bien tan sublime es la libertad! la libertad da la salud al hombre; la libertad es alma del placer; el que es libre vive satisfecho. Tristeza, enfermedades, estrechez, miseria: todos estos males encierra en sí la palabra esclavo.»

Escuchó Isabel con melancólica sonrisa las frases de su

compañero en loor de la libertad, y después de un instante de intervalo, le dijo:

—La libertad sólo existe para el hombre: la mujer debe buscar siempre un protector, puesto que la naturaleza le ha negado los medios de defenderse por sí misma. ¿Y dónde podré yo encontrar ese protector? ¿Será acaso el voluptuoso Eduardo de Inglaterra ó Venceslao de Alemania, tan propenso á la embriaguez?... También me habéis hablado de Escocia. ¡Ah, Durward! si yo fuese vuestra hermana y pudieseis asegurarme un asilo en algún valle pacífico, en el centro de aquellas montañas, que tanto os complacéis en describir, donde quisiesen permitirme, fuese por caridad ó por las pocas alhajas que me quedan, el pasar una vida tranquila y olvidar la elevada clase á que me destinara el cielo; si me proporcionarais la protección de alguna señora respetable de vuestra patria, de algún noble desinteresado, cuyo corazón fuese tan leal como su espada: no hay duda que sería esta una perspectiva que pudiera estimularme á arrostrarlo todo prolongando mi viaje.

Pronunció la condesa estas palabras con voz sumamente débil y con acento de ternura y patética sensibilidad, el cual produjo en Durward una sensación de alegría que penetró hasta el fondo de su corazón. Vaciló un instante antes de responder, discurriendo si podría, en efecto, procurarle en Escocia seguro y honroso asilo; pero le fué imposible cerrar los ojos á la triste evidencia, y creyó que cometería un acto de bajeza y crueldad, empeñándola á dar este paso sin encontrar medio alguno de protegerla eficazmente.

—Señora—dijo, por fin,—yo obraría contra mi honor y las leyes de la caballería apoyando un proyecto que tenga por base la idea de que pueda ofreceros en Escocia otra protección que la de mi brazo, el cual está humildemente dedicado á vuestro servicio. Hasta llego á ignorar si corre mi sangre por las venas de algún individuo que se halle actualmente en mi país natal. El caballero de Innerquharity tomó por asalto nuestro castillo durante una horrible noche en que perecieron todos los Durwards. Aunque me presentase ahora en Escocia, mis enemigos feudales son pode-

rosos y en gran número; yo me encuentro solo y sin protectores; y aun cuando el rey quisiese obrar en justicia, no se atrevería, para desagraviar á un simple individuo, disgustar á su caudillo que manda quinientos hombres de caballería.

—¡Ah!—dijo la condesa,—¿luego no existe en el mundo un solo palmo de tierra que se halle al abrigo de la opresión, pues igualmente despliega su furor en las agrestes montañas que tan pocos atractivos ofrecen á la codicia, como en nuestras ricas y fértiles llanuras?

—Es una triste verdad que no me atrevo á ocultaros—respondió Durward.—La sed de sangre y el deseo de venganza arman los partidos de cada jefe unos contra otros; los Ojilvios y otros semejantes ofrecen en Escocia las mismas escenas de horror, que Da la Marck y sus bandidos en este país.

—No hablemos, pues, más de Escocia—dijo Isabel con tono de indiferencia verdadera ó afectada,—no se trate más de este asunto, prescindiendo de que, no creáis que yo os hablase formalmente; sólo quería probar si os atreviais á proponerme como asilo seguro el reino de Europa, donde existen más desórdenes y turbulencias. Era una prueba que hacía de vuestra sinceridad, y veo con satisfacción que puedo contar con ella, aun en aquellos casos en que más vivamente puede excitarse vuestra parcialidad. Repito que no buscaré más apoyo que el de un honrado barón feudatario del duque Carlos, á quien he resuelto someterme.

—Pero, ¿por qué no os dirigís á vuestros dominios, á vuestro castillo, conforme proyectabais al salir de Tours? ¿Por qué no llamáis para vuestra defensa á los vasallos de vuestro padre y tratáis con el duque de Borgoña, en lugar de rendiros á discreción? No faltará quien combata valerosamente por vos: yo conozco uno, por lo menos, que de buena gana sacrificará su vida para dar el ejemplo.

—¡Ah! este proyecto, sugerido por el artificioso Luis, y que así como todos los demás que ha formado en su vida, tenía más bien por objeto su interés que el mío, ha pasado á ser impracticable por la traición del pérfido Zamet Hay-

raddin, que fué á ponerlo todo en conocimiento del duque de Borgoña. Este ha sepultado á mi pariente en una cárcel, y hecho poner guarnición en mis castillos. Todas las tentativas que yo pudiera hacer ahora, sólo conseguirían exponer mis vasallos á la venganza del duque Carlos: y, ¿por qué he de permitir que se derrame más sangre de la derramada por causa tan poco digna? No; yo me someteré á mi soberano como vasalla obediente, en cuanto no comprometa la libertad que pretendo tener de elegir un esposo: y tengo tanta menos repugnancia á decidirme á ello, cuanto presumo que mi tía, la misma condesa Amelina, que fué la primera que me aconsejó la fuga, y me empeñó á emprenderla, ha tomado ya tal vez el mismo prudente y honrado partido.

—¡Vuestra tía!—repitió Quintín, á quien estas últimas palabras recordaron ideas enteramente extrañas para la condesita, é ideas que alejara de su propia memoria una rápida y sucesiva serie de acontecimientos que exigían toda su atención.

—Sí, mi tía—continuó Isabel,—la condesa Amelina de Croye. ¿Sabéis lo que ha sido de ella? Presumo que se halla ya bajo el amparo del pabellón de Borgoña. ¿Tenéis alguna noticia?

Esta pregunta hecha con tanto interés y ansiedad, obligó á Durward á referirle una parte de lo que sabía referente á la condesa Amelina. Participóle el modo cómo se le dió aviso para acompañarla en la noche de su fuga de Schonwaldt, fuga en que no dudaba tomaría parte su sobrina, circunstancia que, no habiéndose verificado, motivó su regreso al castillo, donde la encontrara en tan desesperada situación. Pero no le habló una palabra del objeto que evidentemente llevaba su tía escapándose de Schonwaldt, ni de las voces que corrían de haber sido entregada á Guillermo de la Marck. Obligábale su delicadeza á guardar silencio sobre el primer punto; y su justa consideración á la sensibilidad de su compañera en un momento en que tanta necesidad tenía de todas sus fuerzas físicas y morales, le re-

trajo de incomodarla con la relación de un hecho, que sólo había llegado á sus oídos por la voz del público.

Esta narración, aunque despojada de las importantes circunstancias que acabamos de indicar, impresionó profundamente á Isabel; quien después de haber guardado un rato de silencio, le dijo con tono de frialdad y disgusto:

—¿Y pudisteis así abandonar á mi desgraciada tía en un bosque, á la discreción de un vil gitano y de una pérfida doncella?... ¡Pobre tía!... ¡Ella que tanto solía elogiar vuestra fidelidad!

—A haber obrado yo de otro modo, señora—respondió Quintín, ofendido, y con razón, del modo cómo consideraba la condesita su conducta,—¿cuál habría sido la suerte de una persona á cuyo servicio me dedicaba yo más especialmente? Si no hubiese dejado á la condesa Amelina de Croye en manos de aquellos que ella misma había escogido por sus consejeros, ¿no se hallaría á estas horas la condesa Isabel en poder de Guillermo de la Marck, el Jabalí de las Ardenas?

—Tenéis razón—dijo Isabel volviendo á su tono acostumbrado,—me reconozco culpada de la más negra ingratitud para con vos: yo he sacado todo el provecho de vuestra decidida adhesión. Pero, ¡mi desgraciada tía!... ¡y esa miserable Marta á quien dispensaba ella tanta confianza, y que la merecía tan poco! Marta fué la que nos presentó á esos infames Maugrabines Zamet y Hayraddin, que con sus supuestos conocimientos de astrología lograron gran ascendiente sobre ella. Marta fué igualmente quien, apoyada en las predicciones de los gitanos, la hizo concebir... no sé de qué término valerme... ciertas ilusiones relativas á un matrimonio, á unos amores, cosa que su edad hacía inverosímil, y casi vergonzosa. No dudo que haya sido desde los principios el artificioso Luis de Francia quien nos mandara rodear de traidores para decidirnos á buscar un asilo en su corte, ó más bien para ponernos bajo su poder. Y después que hubimos dado este imprudente paso, el modo tan indecoroso, tan indigno de un rey, de un caballero, de un hombre de honor, que ha usado con nosotras, vos mis-

mo lo presenciasteis, señor Durward. Pero, ¡mi pobre tía! ¿qué pensáis que será de ella?

Procurando infundirle unas esperanzas, que apenas hubiera él concebido, respondióle Quintín que la pasión dominante de esos miserables era la codicia; que Marta, cuando él se había separado de la condesa Amelina, parecía estar en ánimo de protegerla; y que, por fin, no era posible atinar qué objeto podrían proponerse asesinando ó maltratando una persona de quien debían esperar un buen rescate si la respetaban.

Para distraer á Isabel, y desviar su atención de este melancólico objeto, refirióle el modo cómo descubriera la noche que pasaron en el convento cerca de Namur, la traición proyectada por su guía, que le parecía el resultado de un plan concertado entre el rey de Francia y Guillermo de la Marck. La condesita se estremeció de horror; pero serenándose luego, exclamó:

—Me avergüenzo de mi debilidad; he pecado sin duda teniendo tan poca confianza en la protección de los santos, y creyendo por un instante que un proyecto tan vil y deshonroso pudiese llevarse á efecto mientras existe en el cielo quien contempla las miserias humanas y se apiada de ellas. Es esta una trama que no basta se considere con temor y execración; es infame y abominable traición de imposible cumplimiento, y creer que pudiera verificarse es hacerse culpable de ateísmo. Pero ahora conozco claramente por qué esa hipócrita Marta procuraba sembrar entre nosotras con frecuencia ciertas semillas de leves disgustos y rivalidades pasajeras; porque prodigando lisonjas á la que tenía delante, mezclaba siempre con ellas alguna circunstancia que la imbuyese de ideas poco amistosas contra la que estaba ausente. Y, sin embargo, cuán lejos estaba yo de imaginar que lograse decidir á mi parienta, que no hace mucho parecía apreciarme tanto, á abandonarme entre los peligros en Schonwaldt, habiendo hallado medio ella de escaparse!

—¿Con que no os habló de su proyectada fuga?—preguntó Quintín.

—No—respondió Isabel,—díjome solamente que reflexionase lo que me diría Marta. A la verdad, los misteriosos menejos del miserable Hayraddin, con quien había tenido aquel día larga y secreta conferencia, trastornaron de tal modo la cabeza de mi pobre tía, y acababa de hablarme de un modo tan extraño é ininteligible, que viéndola con tal exaltación de ideas, no tuve por conveniente pedirle ninguna explicación. Era, sin embargo, muy duro y cruel querer abandonarme de esta suerte.

—No creo que la condesa Amelina haya sido culpable de semejante crueldad—dijo Quintín,—pues en medio de las tinieblas de la noche, y en un momento en que era indispensable la mayor precipitación, estoy convencido de que creía tan firmemente salir acompañada de su sobrina como yo mismo, fascinados los dos por el traje y talle de Marta que nos seguía; y tomándola, añadió, bajando la voz pero dando á ésta una expresión notable, por «aquella» sin la cual, en tan crítico momento, todos los tesoros del universo no me hubieran determinado á salir de Schonwaldt.

Isabel bajó la cabeza, y apenas manifestó haber observado el encarecimiento con que acababa de expresarse Quintín. Pero fijó de nuevo la vista en él cuando empezó á hablar de la tortuosa política de Luis, y no tuvieron dificultad en convenir, por medio de mutuas explicaciones, en que los dos hermanos gitanos y Marta su cómplice habían sido los agentes de aquel astuto monarca, aunque Zamet el hermano mayor, con perfidia peculiar á su raza, procuraba comer á dos carrillos, acción por la cual recibió la debida recompensa.

Permitiéndose tales desahogos de recíproca confianza, y olvidando la singularidad de su situación y los peligros á que se hallaban todavía expuestos, anduvieron nuestros viajeros muchas leguas, sin detenerse más que para dar algún descanso á los caballos en un lugarejo desviado á que les acompañó su guía, que se portó en todos conceptos como hombre juicioso y discreto, conforme ya lo había demostrado

poniéndose á una distancia proporcionada para no detener el libre curso de su conversación.

Entretanto la artificial distancia establecida por la sociedad entre los dos amantes, pues bien podemos ya darles este título, parecía disminuir y aun desaparecer por razón de las circunstancias en que se hallaban. Si era la condesa de más elevada clase, si su nacimiento le diera derechos á una fortuna que no admitía comparación con la de un joven que no poseía más que su espada, ello es fuerza advertir que en aquel momento era tan pobre como él, y que debía su seguridad, su vida y honor á la presencia de ánimo, adhesión y valor de Durward. No hablaban, sin embargo, una palabra de amor, pues aunque Isabel, lleno su corazón de confianza y gratitud, hubiese podido perdonarle una declaración, sujetaban la lengua de Quintín no tanto su natural timidez, como un sentimiento de honor caballeresco, que le hubiera acusado de abusar indignamente de la situación de la condesita, aprovechándose de ella para declararle sin rebozo sus sentimientos.

Pero aunque no saliese de sus labios una sola expresión de amor, era imposible que dejasen de tener esta tendencia sus ideas; y hallábanse así colocados, el uno con respecto al otro, en aquella delicada situación en que los sentimientos de mutuo cariño se entienden más fácilmente que se expresan. Permite esta situación una especie de libertad, deja algunas incertidumbres, proporciona frecuentemente las horas más deliciosas de la vida humana, y acarrea, por lo común, otras más largas, acibaradas por el desengaño, la inconstancia y todas las demás desazones que ocasiona burlada esperanza ó mal correspondido afecto.

Eran las dos de la tarde cuando su guía, pálido y con gran consternación, les sobresaltó diciéndoles que se hallaban perseguidos por una partida de «Schwarz-reiters» de Guillermo de la Marck. Habíanse organizado estos soldados, ó mejor dicho estos bandidos, en los cantones de la baja Alemania, y parecíanse bajo todos aspectos á los lansquenetes, con la única diferencia de constituir aquéllos la caballería ligera. Para sostener el nombre de caballería ne-

gra y sembrar nuevo terror en las filas de los enemigos, montaban por lo común caballos negros, llevaban uniforme del mismo color y hasta se teñían de negro la armadura, operación que contribuía á que quedaran igualmente tiznadas sus manos y cara. Por lo tocante á las costumbres y ferocidad eran los Schwarz-reiters dignísimos émulos de sus compañeros de infantería.

Quintín echó una mirada hacia atrás, y viendo alzarse á lo lejos, al extremo de una dilatada llanura que acababan de recorrer, una nube de polvo que iba avanzando, ante la cual se veían correr á todo escape dos jinetes precediendo la tropa, dijo á su compañera:

—Querida Isabel, no tengo más arma que mi espada; pero si no puedo combatir por vos quédanos á lo menos el recurso de huir juntos. Si podemos ganar el bosque antes que nos alcancen, no será difícil hallar medio para escaparnos.

—Probémoslo, único amigo mío—respondió Isabel dando el galope á su caballo,—y vos, buen joven—añadió volviéndose á Hans Glover,—tomad otro camino y no queráis participar de nuestros infortunios y peligros.

El honrado flamenco movió la cabeza y respondió á esta

generosa invitación: «Nein, nein! das geht nicht;» y continuó siguiéndoles, corriendo los tres hacia el refugio del bosque con toda la celeridad que les permitía el cansancio de sus caballos. Por otra parte, los Schwarz-reiters que los perseguían, al verlos huir, espolearon cuanto pudieron los suyos. Pero á pesar de la fatiga, como los fugitivos no llevaban armadura y podían por consiguiente correr más, aventajaban considerablemente á la tropa enemiga; y ya no les faltaba más que cosa de un cuarto de milla para llegar al bosque, cuando vieron salir de él una partida de caballería con la bandera de su jefe, que les interceptaba el paso.

—A juzgar por su brillante armadura—dijo Isabel,—esos son ciertamente borgoñones; pero no importa, sean quienes fueren, más quiero rendirme á ellos, que caer en manos de esos impíos sin ley ni fe que nos vienen al alcance.

Un instante después, viendo desplegado el estandarte, exclamó:

—¡Ah! ya conozco esta insignia. Por el corazón hendido que veo en ella, infiero que es la del conde de Crève-Cœur, noble caballero borgoñón: á él voy á rendirme.

Durward suspiró; pero, ¿qué otro recurso le quedaba? ¡Cuán feliz se hubiera considerado pocos momentos antes pudiendo comprar la seguridad de Isabel, aunque hubiese sido con peores condiciones! Alcanzaron luego la tropa de Crève-Cœur, que había hecho alto para reconocer á la caballería negra. La condesa pidió hablar al jefe; y como el conde la mirase con ademán de duda y de incertidumbre, ella le dijo:

—Noble conde, Isabel de Croye, la hija de vuestro antiguo compañero de armas, el conde Reinaldo de Croye, se rinde á vos é implora vuestra protección para sí y cuantos la acompañan.

—Os la concedo, hermosa prima, por todos y contra todos, excepto siempre mi señor feudal el duque de Borgoña; pero no es ocasión oportuna para hablar de esto ahora. Esos pícaros miserables han hecho alto, como si llevasen intención de disputar el terreno. ¡Por San Jorge de Borgo-

ña! ¡Tienen la insolencia de avanzar contra la bandera de Crève-Cœur!... ¡Cómo! ¿no se escarmentará nunca á esos bribones?... Damián, mi lanza... Porta-estandarte, adelante... Lanzas en ristre... Crève-Cœur y á ellos!

Y dando el grito de guerra, seguido de los suyos, avanzó el conde de Crève-Cœur á galope tendido para cargar á la caballería negra.

CAPITULO XXIV

La prisionera

> Sea ó no rescatado, caballero, soy vuestro cautivo: tratadme conforme vuestra nobleza os aconseje, teniendo en cuenta que los azares de la guerra pueden reduciros algún día al triste estado de prisionero, en que yo me veo ahora.
> «Anónimo.»

La escaramuza entre la caballería negra y los guerreros de Crève-Cœur, duró apenas cinco minutos: tan pronto fué aquella puesta en derrota por la superioridad de las armas, caballos é impetuoso valor de los borgoñones. En menos tiempo que el mencionado, el conde, limpiando su espada teñida de sangre en las crines de su caballo, antes de envainarla, volvió á la entrada del bosque donde se había quedado Isabel espectadora del combate. Seguíanle parte de los soldados; los otros se habían puesto en persecución de los fugitivos.

—Es un oprobio—dijo el conde,—para las armas de ilustres caballeros tener que mancharse con la sangre de esos viles marranos.

Diciendo esto, envainó su espada, y continuó:

—He aquí un recibimiento algo duro en el momento del regreso á vuestra patria, hermosa prima; pero las princesas errantes deben contar con semejantes aventuras. Gran fortuna habéis tenido que yo haya llegado á tiempo, pues mal haya si esos schwarz-reiters tienen más respeto á la corona de una condesa que á la cofia de una aldeana; y me parece que no podríais prometeros gran socorro de vuestra comitiva.

—Ante todo, señor conde—respondió Isabel sin más preámbulos,—decidme si soy prisionera y dónde vais á conducirme.

—No ignoráis, atrevida señorita—contestó Crève-Cœur,—qué respuesta quisiera yo dar á esa pregunta, si de mí dependiese. Pero vos y la loca de vuestra tía, con sus proyectos de cazar un marido, habéis hecho de poco tiempo á esta parte tal uso, ó abuso de vuestras alas, que temo deberéis resignaros por algunos días á no desplegarlas más que en una jaula. En cuanto á mí, habré cumplido con mi obligación, que no deja de serme harto penosa, cuando os haya conducido á la corte del duque, en persona, y este es el motivo porque juzgo á propósito dejar el mando de este destacamento á mi sobrino el conde Esteban, mientras yo os acompaño, pues considero que podéis tener necesidad de un intercesor. Espero que ese joven atolonpeñará este encargo con prudencia.

—Con vuestro permiso, querido tío—dijo el conde Esteban,—si dudáis que sea yo capaz de mandar á estos guerreros, podéis quedaros con ellos, y yo me encargaré de ser el conductor y humilde criado de la condesa Isabel de Croye.

—Bravo, sobrinito mío—contestóle su tío.—Esto se llama enmendarme la plana; pero yo he de seguir mi proyecto tal como lo concebí. Ten pues entendido que no esstás aquí para dar caza á esos negros jabatos, ocupación para la cual demostrabas hace poco una afición particular; y sí únicamente para adquirir y traerme noticias ciertas de lo que pasa en Lieja, para saber á qué atenernos en orden á las voces que circulan. Que diez lanzas me sigan, y quédense las restantes con mi estandarte. Tú, sobrino, tomarás el mando.

—Un momento, primo Crève-Cœur—dijo la condesa.—Constituyéndome prisionera, permitidme estipular la seguridad de los que me han amparado en mis infortunios. Que se permita á ese buen joven, mi leal guía, regresar libremente á Lieja, su ciudad natal.

Los penetrantes ojos de Crève-Cœur fijáronse un momen-

to en el rostro de Glover, en que estaban pintadas la paz y honradez.

—Ese buen muchacho—dijo entonces,—no parece en verdad albergar intenciones hostiles. Mi sobrino le acompañará en el territorio hasta el sitio donde piense adelantarse, y luego tendrá libertad de irse donde le acomode.

—No os olvidéis de dar muchas expresiones de mi parte á la buena Gertrudis—dijo la condesa á su guía,—y rogadle—añadió quitándose un collar de perlas que llevaba,—que se ponga esto en memoria de su desgraciada amiga.

El buen Glover recibió el collar, y besó con poca gracia, aunque con sincero afecto, la bella mano que encontrara este delicado medio de recompensar su trabajo y los peligros á que se había expuesto.

—¡Expresiones y prendas de amistad!—dijo el conde.—¿Tenéis, bella prima, que pedirme alguna otra cosa? Es hora ya que partamos.

—No me queda más que suplicaros—respondió Isabel haciendo un esfuerzo para hablar,—sino que os dignéis proteger á ese... á ese joven...

—¡Oiga!—dijo Crève-Cœur dirigiendo á Quintín la misma penetrante mirada que antes había fijado en Glover, pero esta vez con un resultado que no le satisfizo tanto.—¡Oiga!—repitió remendando chistosamente la turbación de Isabel.—¡Eh! ¡eh! ¡esta es hoja de muy distinto temple!... Y decidme, si gustáis, hermosa prima, ¿qué es lo que hizo ese... ese joven por merecer tal intercesión de vuestra parte?

—Me salvó la vida y el honor—respondió la condesa, á quien la vergüenza y el resentimiento habían puesto el rostro como una grana.

La indignación se vió también marcada en el rostro de Quintín; pero la prudencia le representó que, entregándose á ella, no haría más que empeorar las cosas.

—¡Oiga!—repitió el conde.—¡La vida y el honor! Paréceme, prima mía, que más cuenta os trajera no poneros en el caso de deber tales obligaciones á un mozo tan joven. Pero no importa: éste puede acompañarnos si se lo permite su calidad, y procuraré no sufra ningún daño... solamente

que en lo sucesivo seré yo el que me encargue de proteger la vida y honor vuestro; y á él le encontraré acaso alguna ocupación que le sienta mejor que la de escudero de doncellas errantes.

—Señor conde—dijo Durward incapaz de guardar por más tiempo el silencio,—recelando que habláis de un extranjero de un modo que desaprobaréis vos mismo luego, permitidme os diga que me llamo Quintín Durward, y que soy arquero de la Guardia escocesa del rey de Francia, en cuyo cuerpo no se admiten, como debéis saberlo, más que caballeros y hombres de honor.

—Os agradezco la noticia y os beso la mano, señor arqero—respondió Crève-Cœur en el mismo tono de zumba.—Tened la bondad de marchar á mi lado á la cabeza del destacamento.

Mientras Quintín obedecía la orden del conde, que tenía entonces, si no de derecho, á lo menos el poder de dársela, notó que Isabel seguía todos sus movimientos con mirada tímida é inquieta, expresando un interés que se confundiera fácilmente con la ternura; lo cual le hizo venir las lágrimas á los ojos. Pero reflexionó que debía portarse como hombre delante de Crève-Cœur, que de todos los caballeros de Francia era acaso el más dispuesto á reirse y mofarse de una confidencia amorosa. Resolvió, pues, no esperar á que el conde le dirigiera la palabra, sino entablar él mismo la conversación con un tono que probase el derecho que tenía á ser bien tratado, y á obtener más atenciones de las que Crève-Cœur parecía dispuesto á concederle, tal vez porque estaba incomodado de ver que un hombre de tan poca importancia había merecido tanta confianza de su rica y noble prima.

—Señor conde de Crève-Cœur—le dijo con urbanidad pero con voz firme,—antes de pasar más adelante, ¿puedo preguntaros si soy libre, ó si debo considerarme como prisionero?

—La pregunta es muy justa; pero en este momento sólo con otra puedo responder á ella. ¿Juzgáis que Francia y Borgoña estén en paz ó en guerra?

—Por cierto, señor conde, vos debéis saberlo mejor que yo. Hace algún tiempo que he dejado la corte de Francia, y no he tenido noticias desde el día de mi partida.

—Pues bien: ya veis cuán fácil es hacer preguntas, y cuán difícil dar respuestas. Yo mismo, que he pasado una semana y más con el duque en Perona, no me hallo en mejor estado que vos para resolver este problema; y sin embargo, señor escudero, de su solución depende saber si sois libre ó prisionero. Pero en la actualidad debo consideraros de esta última clase; solamente, que si habéis sido en efecto útil con honor á mi parienta, y respondéis francamente á mis preguntas, no lo pasaréis peor por esto.

—La misma condesa debe juzgar si yo he sido de alguna utilidad: á ella me remito en esta parte. En cuanto á mis respuestas, vos mismo podréis juzgar de ellas luego que me hayáis hecho las preguntas.

—¡Oiga!—dijo Crève-Cœur entre dientes.—No falta aquí altivez por cierto. Así deben hablar los hombres que llevan en su sombrero una cinta de seda, expresión del favor de una dama, y que creen poder levantar la voz en honor de esa preciosa reliquia... Y bien, caballero, ¿podéis decirme, sin que desmerezca vuestra dignidad, cuánto tiempo hace que os dedicáis al servicio de la condesa Isabel de Croye?

—¡Conde de Crève-Cœur! Si contesto á las preguntas que se me hacen en un tono próximo al insulto, es sólo por temor de que se interprete mi silencio de un modo injurioso á una dama que los dos debemos igualmente respetar. He escoltado á la condesa Isabel desde que dejó la Francia para retirarse á Flandes.

—¡Oh! ¡oh! es decir, desde que se fugó de Plessis-les-Tours; y como sois arquero de la Guardia escocesa, ¿la habéis acompañado sin duda por orden expresa del rey Luis?

Sin embargo de lo poco que Quintín creía deber al rey de Francia, quien al procurar que la condesa Isabel fuese sorprendida por Guillermo de la Marck había probablemente calculado que el joven escudero perdería la vida defendiéndola, no quiso faltar á la confianza que Luis le había

dispensado, ó aparentando por lo menos dispensarle. Respondió, pues, al conde: «que á él le bastaban para obrar las órdenes de su oficial superior, y que no tenía que ver con otras personas más elevadas.»

—No hay duda, no hay duda, esto es suficiente; pero á nosotros nos consta que el rey no permite á sus oficiales enviar arqueros de su guardia á correr el mundo como paladines, escoltando princesas errantes, cuando no hay de por medio algún asunto político. Difícil será al rey Luis continuar sosteniendo con tanto descaro, que no tenía conocimiento de la fuga de las condesas de Croye, puesto que las acompañaba un arquero de su propia Guardia. Y ¿hacia qué punto os dirigíais, señor escudero?

—Hacia Lieja, señor conde, puesto que esas damas deseaban ponerse bajo la protección del difunto obispo de aquella ciudad.

—¿Del «difunto» obispo?—exclamó Crève-Cœur.—¿Luis de Borbón ha muerto?... El duque no sabía siquiera que estuviese enfermo... ¿Y de qué ha muerto? ¿lo sabéis?

—Descansa en una tumba ensangrentada, señor conde, si sus asesinos se han dignado concederle una.

—¡Sus asesinos!... ¡Virgen Santísima!... ¡Joven, esto es imposible!

—Yo mismo he presenciado con mis propios ojos este crimen y otras muchas escenas de horror.

—¿Vos lo habéis visto, y no habéis socorrido al buen prelado? ¿Y no levantasteis en masa el castillo contra sus asesinos? ¿Sabéis que el presenciar semejante atentado, sin procurar impedirle, es un abominable sacrilegio?

—Para decíroslo todo en una palabra, señor conde, antes que se cometiera ese horrible crimen, había sido el castillo tomado por asalto por el sanguinario Guillermo de la Marck con el auxilio de los liejenses rebeldes.

—¡Estoy asombrado! ¡Lieja en insurrección! ¡Schonwaldt tomado por asalto! ¡El obispo asesinado!... ¡Mensajero de desgracias! ¡nunca se dieron en un día tan malas noticias juntas! Habla, dame cuenta de esa insurrección, de ese asalto, de ese asesinato... Habla; tú eres un arquero de la

confianza de Luis: sólo su mano ha dirigido ese pérfido golpe... Habla, repito, ó te mando destrozar por cuatro caballos.

—Y cuando lo hicieseis... ¿qué conseguiríais? No por esto, conde de Crève-Cœur, habíais de arrancar de mí una palabra de que tuviese que avergonzarse un caballero. Estaba tan ajeno de todas estas maldades como vos: y lejos de tomar parte en semejantes horrores, me hubiera opuesto á ellos con todas mis fuerzas si mis medios hubiesen igualado la vigésima parte de mis deseos. Pero, ¿qué podía yo hacer?... ellos eran muchos y yo uno solo. Mi único afán fué salvar á la condesa Isabel y tuve la dicha de conseguirlo. Sin embargo, si me hubiese hallado bastante inmediato al venerable anciano cuando recibió el golpe mortal, no dejara de salvar sus canas ó de vengarlas: á pesar de esto, el horror que me causó la atrocidad, expresóse con violencia suficiente para impedir nuevos crímenes.

—Te creo, oh joven. Eres de una edad y pareces de un carácter poco á propósito para encargarte de tan sangrientas comisiones, por mucha que pueda ser tu habilidad como escudero de una dama.

Pero, ¡ah! ¿es posible que ese prelado tan bueno, tan generoso, haya sido asesinado en el hogar mismo en que tantas veces acogiera al extranjero con la caridad de un cristiano, con la hospitalidad de un príncipe? Y ¿por quién? ¡Por un miserable, por el más bárbaro y cruel de los monstruos, criado bajo el mismo techo donde tiñó sus manos en la sangre de su bienhechor! Pero no conocería yo bien á Carlos de Borgoña, y hasta llegaría á dudar de la justicia del cielo, si no fuese la venganza tan tremenda, tan severa como ha sido atroz y sin igual la iniquidad...

Detuvo aquí su caballo, empuñó su espada, y luego, soltando las riendas, apoyó sobre el pecho sus dos manos cubiertas con las manoplas con tal vehemencia que hizo rechinar el hierro de su coraza, y levantándolas al cielo en seguida, dijo con solemne tono:

—Y si no hubiera quien se encargase de perseguir y castigar al asesino, yo, yo Felipe Crève-Cœur de Cordés,

hago formal juramento á Dios, á San Lamberto y á los tres reyes de Colonia, de ocuparme lo menos posible de todo otro negocio mundano hasta haber tomado cumplida venganza en los asesinos del buen Luis de Borbón, ya sea en bosque ó en campo de batalla, en ciudad ó en despoblado, en el monte ó en la llanura, en el palacio del rey ó en el templo del Señor; y empeño para ello mis dominios, mis bienes, mis amigos, mis vasallos, mi vida y mi honor. Si así lo hiciere, Dios, San Lamberto y los tres reyes de Colonia me lo premien; y si no, me lo demanden.

Después de haber hecho este voto y juramento, el conde de Crève-Cœur pareció quedar algo aliviado de la pesadumbre que le ocasionaron la sorpresa y sentimiento por la fatal tragedia representada en Schonwaldt, y pidió á Quintín que le hiciera una relación más circunstanciada de todo lo ocurrido. El joven escocés estaba lejos de querer calmar la sed de venganza que abrasaba al conde contra Guillermo de la Marck, y dióle de consiguiente todos los pormenores que deseaba, sin omitir ninguno.

—¡Esos miserables liejenses!—exclamó el conde.—¡Esos brutos ciegos, inconstantes y desleales! ¡Aliarse así con un bandido infame, con un asesino sin compasión! Y ¿para qué? ¡Para dar la muerte á su legítimo príncipe!

Durward dió cuenta al airado borgoñón de que los liejenses, á lo menos aquellos que no pertenecían al populacho, aunque temerariamente hubiesen tomado parte en la rebelión contra el obispo, no tenían ningún designio, según le había parecido, de cooperar con el barón de la Marck á tan execrable proyecto; antes al contrario, lo estorbaran sin duda alguna, á tener medios para ello, como que todos se horrorizaron en el momento de la bárbara ejecución.

—No me hables de esos miserables plebeyos sin probidad y sin honor—dijo el conde.—Cuando tomaron las armas contra un príncipe que no tenía más defecto que el ser demasiado bueno para una ralea de ingratos esclavos como ellos; cuando se rebelaron contra él; cuando le atacaron en su pacífica morada, ¿qué idea podían llevar sino la de matarle? Cuando se ligaron con el Jabalí de las Ardenas,

el más feroz asesino que existe en toda la Flandes, ¿qué proyecto podían suponer en él sino el de un asesinato, pues esto es lo que le hace medrar? Y luego, según lo que acabáis de decirme, aquel cuya mano vibró el golpe, ¿no pertenece á esa vil canalla? No estaré contento hasta ver correr su sangre por los canales de Lieja al resplandor del incendio de toda su ciudad... ¡Qué príncipe tan noble y tan generoso han asesinado!... ¡Sublévense otros vasallos oprimidos con impuestos y muriendo de necesidad; pero, ¡los liejenses en el seno de la abundancia y de la insolencia que infunde la riqueza!...

Soltó por segunda vez las riendas de su caballo, y retorcióse las manos con violento ademán á pesar de las manoplas. Quintín vió claramente que era mayor el sentimiento del conde por la amarga memoria de la amistad que le uniera con la víctima y las relaciones que los dos tuvieran. Guardó silencio, pues, respetando un dolor que no quería agravar, sin que tampoco tuviese medio alguno para calmarle.

Pero el conde de Crève-Cœur volvió varias veces á lo mo: hízole nuevas preguntas sobre todos los pormenores de la toma de Schonwaldt y de la muerte del obispo; y finalmente, de improviso, como si se acordara de una circunstancia que se le había escapado de la memoria, preguntóle qué se había hecho la condesa Amelina, y por qué no se hallaba en compañía de su sobrina.

—No es porque mire su ausencia como una gran pérdida para la condesa Isabel—añadió con cierto desprecio,—pues á pesar de ser su tía y de tener generalmente buenas intenciones, jamás la corte de la Caponera ha producido una loca igual: y tengo por cierto que su sobrina, á quien siempre he considerado como una joven cuerda y modesta, fué inducida al disparate de huir de Borgoña, para correr la Francia, por esa vieja fantástica y extravagante que no sueña más que casamientos para sí y para los demás.

¡Qué regalo para los oídos de un amante dotado de un espíritu harto novelesco, y en un momento en que hubiera sido ridículo intentar lo que no podía llevar á cabo, es

decir, convencer al conde con la fuerza de las armas que hacía la mayor injusticia á la condesita, incomparable en talento como en hermosura, designándola como una joven cuerda y modesta, elogio que hubiera sido más propio de la hija atezada de un aldeano, de aquellas que aguijonean los bueyes mientras guían sus padres el arado! Y ¡suponer después que se dejaba guiar por una tía loca y extravagante! Esta era una calumnia de la que hubiera querido obligarle á retractarse; pero la fisonomía de Crève-Cœur, en que se veía pintada la franqueza en medio de la severidad, y su completo desprecio por los sentimientos que ocupaban enteramente el corazón de Quintín, le imponían respeto. Por lo que toca á la celebridad que se había granjeado el conde en las armas, no hubiera hecho más que aumentar el deseo que tuviera de desafiarle, á no contenerle el temor del ridículo, que es el arma que más impone á los entusiastas de toda especie, y que por la influencia que ejerce en sus ánimos reprime varias veces sus arranques y sofoca en ellos algunos otros nobles y generosos.

Dominado pues por el temor de ser un objeto de desprecio más bien que de resentimiento, limitóse Durward, aunque no sin dificultad, á decirle en términos generales y de un modo bastante confuso, que la condesa Amelina había logrado escaparse del castillo cuando empezaba el asalto. Fuérale imposible darle más circunstanciados pormenores sin poner en ridículo á la tía de Isabel y tal vez sin exponerse á lo mismo, como objeto que había sido de sus especulaciones matrimoniales. Añadió á esta relación algo vaga, que corría la voz aunque nada justificase su certeza, de que la condesa Amelina había caído otra vez en manos de Guillermo de la Marck.

—Espero que San Lamberto permitirá que se case con él—dijo Crève-Cœur,—y á la verdad, me parece probable que De la Marck lo haga á causa de sus talegas, y que le retuerza también el cuello cuando esté seguro de poseerlas, ó á lo más tardar, cuando las haya agotado.

Hízole entonces el conde tantas preguntas sobre el modo cómo se habían conducido las dos señoras durante el viaje,

el grado de intimidad á que le admitieran, y otros puntos harto delicados, que el joven, cortado é irritado, apenas supo cómo ocultar su turbación al perspicaz soldado y cortesano viejo, que repentinamente se dispuso á despedirse de él exclamando:

—¡Oiga! Descubierto el pastel... no me había equivocado, á lo menos... á lo menos por una parte; espero que encontraré más buen juicio en la otra... Vamos, señor escudero, un espolazo y formad la vanguardia; tengo algo que decir á la condesa Isabel. Juzgo que ya me habéis enterado lo suficiente para que pueda hablarle de todo lo que por desgracia ha pasado y sin herir su delicadeza, aunque haya lastimado la vuestra. Pero, un momento, joven, oíd una palabra antes de separarnos. Vos acabáis de hacer, á lo que imagino, un feliz viaje por el país de los encantamientos, lleno de aventuras heróicas, de altas esperanzas y de lisonjeras ilusiones, como los jardines de la hechicera Morgana... Borrad todo esto de vuestra memoria, joven soldado—añadió dándole golpecitos en la espalda,—no os acordéis de esa dama sino como de la ilustre condesa de Croye; olvidad la dama errante y aventurera: sus amigos, yo puedo á lo menos responder de uno, sólo se acordarán de los servicios que le habéis hecho, y despreciarán la descabellada recompensa á que habéis tenido el atrevimiento de aspirar.

Despechado por no haber podido ocultar al astuto Crève-Cœur unos sentimientos que éste sólo consideraba como un objeto de risa, replicóle Quintín con indignación:

—Señor conde, cuando necesite vuestros consejos, os los pediré; cuando implore vuestra asistencia, tiempo os quedará para concederla ó negármela; y cuando no me sea indiferente el concepto que podéis haber formado de mí, vendrá el caso de que lo manifestéis.

—¡Oiga!—dijo el conde,—heme aquí puesto entre Amadis y Oriana.—¿Quién sabe si habré de prepararme para un desafío?

—Habláis de eso, conde, como de una cosa imposible.

Cuando rompí una lanza con el duque de Orleans, tenía por adversario un hombre por cuyas venas corría una sangre más ilustre que la de Crève-Cœur, y cuando medí mi acero con Dunois, lidiaba con un guerrero más insigne.

—¡Concédate el cielo prudencia, querido joven!—dijo Crève-Cœur usando el mismo tono de broma con el caballeresco y enamorado mancebo.—Si lo que dices es verdad, harto te ha favorecido la fortuna en este mundo; y, á la verdad, si te somete la Providencia á semejantes pruebas antes que te asome el bozo en la barba, reventarás de vanidad cuando puedas llamarte hombre completo. Fácil es que me excites la risa, pero no que provoques mi enojo. Créeme; por más que, gracias á uno de esos caprichos de la fortuna que pocas veces acontecen, hayas combatido con príncipes y sido campeón de condesas, no por esto debes considerarte igual á aquellos de quienes la casualidad te hizo adversario, y otra casualidad mayor te constituyó compañero. Como á joven que ha leído bastantes novelas para juzgarse paladín, puedo dejarte entregar por algún tiempo á un delicioso sueño; pero no debes incomodarte con un amigo que te quiere bien, cuando te agita con alguna violencia para que despiertes.

—Mi familia, señor conde...

—No quiero hablarte exclusivamente de tu familia. Hablo de nobleza, de fortuna, de elevación, de todo lo que forma una distancia entre los grados y clases de los hombres. En cuanto al nacimiento, ya es sabido que todos descendemos de Adán y Eva.

—Mis antepasados, señor conde, los Durwards de Glen-Houlakin...

—¡Ah! si quieres hacer subir tu genealogía más arriba de Adán, ya hemos concluído. Joven, hasta más ver.

El conde volvió las riendas á su caballo, hizo alto y aguardó á la condesa, á quien sus insinuaciones y consejos, aunque dados con buenas intenciones fueron, si cabe, más desagradables todavía que á Durward. Este mientras se adelantaba, iba murmurando:

—¡Insensible burlón!... ¡presumido impertinente! No qui-

siera que el primer arquero escocés que te apunte el arcabuz te dejase escapar con tanta facilidad como yo.

Llegaron por la tarde á la ciudad de Charleroi del Sambre, donde el conde de Crève-Cœur había resuelto dejar á Isabel, á quien el terror y la fatiga del día anterior, un viaje de cincuenta millas hechas de un tirón y todas las dolorosas sensaciones que durante el mismo la afligieran, impedían continuar sin riesgo de su salud. Confióla el conde en estado de suma extenuación á la abadesa de un convento cisterciense de Charleroi, dama de distinguida nobleza, parienta de las dos familias de Crève-Cœur y de Croye, en cuya amistad y prudencia podía depositar toda su confianza.

Crève-Cœur sólo se detuvo allí para recomendar las mayores precauciones al comandante de una reducida guarnición borgoñona que ocupaba aquella plaza, y prevenirle que diese una guardia de honor al convento mientras la condesa de Croye permaneciese en él, lo que en apariencia podía ser para honrarla y servirla, pero en realidad para impedir que intentase escapar. El conde encargó muchísimo la vigilancia de la guarnición, dando sólo por pretexto que tenía algunas noticias de desórdenes acaecidos en el obispado de Lieja, pero había resuelto ser el primero que llevase al duque Carlos las terribles noticias de la insurrección y asesinato del obispo, en toda su espantosa realidad. En su consecuencia, habiendo tomado caballos de refresco para él y su comitiva, montó á caballo con la intención de no detenerse hasta Perona; y previniendo á Durward que era preciso que le acompañase, dióle satisfacción en tono chocarrero por tenerle que separar de tan buena compañía, y añadió que imaginaba que un escudero tan adicto á las damas, preferiría viajar á la claridad de la luna más bien que entregarse desidiosamente al sueño como un mortal cualquiera.

Quintín, harto afligido ya de saber que iba á separarse de Isabel, ardía en deseos de responder á estas palabras insultantes con una indignada provocación; pero convencido de que el conde no haría más que reirse de su cólera

y despreciar su desafío, resolvió aguardar de los tiempos sucesivos un momento propicio en que le fuese posible obtener satisfacción de aquel soberbio caballero, que le era casi tan odioso, aunque por razones muy distintas, como el mismo Jabalí de las Ardenas. Accedió pues á seguir á Crève-Cœur, ya que no tenía medios para negarse á ello; é hicieron juntos con la mayor celeridad el viaje de Charleroi á Perona.

CAPITULO XXV

La visita inesperada

> Las cualidades de que está dotado el hombre, son á manera de un tejido, cuya trama, por bien urdida que esté, tiene siempre alguna imperfección. Una vez ví á un sujeto, que era muy valiente, huir del perro despreciable de un pastor; y este último, hombre discreto, se lo afeó de tal suerte, que hasta un idiota se hubiera abochornado. En cuanto á vuestro sabio, tan sagaz y experto en las cosas del mundo, él más que todos, teje con tanta finura las redes en que quiere coger á los demás, que él mismo se enreda en ellas.
>
> «Comedia antigua.»

Durante el primer período de este viaje nocturno, tuvo Durward que combatir aquella amargura dolorosa del corazón que suele experimentar el joven que se separa, probablemente para siempre, del objeto adorado. A impulsos de la urgencia y perentoriedad de las circunstancias é impaciencia de Crève-Cœur, el pequeño destacamento atravesó volando las ricas llanuras del Hainault, guiado por la benigna claridad de una espléndida luna llena, cuyos plateados rayos derramaban su influencia sobre abundantes prados, hermosos bosques y campos cubiertos todavía del grano hacinado de las mieses, que los labradores, aprovechando una noche tan clara, conducían á sus graneros: hasta tal punto eran ya los flamencos laboriosos en aquella época. El astro de la noche alumbraba anchos y caudalosos ríos conductores de la fertilidad, cubiertos de blancas velas desplegadas para servicio de un comercio floreciente, pues ninguna roca ni torrente interrumpía su curso; alumbraba al-

deas pacíficas en que la limpieza exterior de las viviendas indicaba el bienestar y comodidad que reinaba en lo interior; y uno que otro castillo feudal rodeado de profundos fosos y gruesos muros, y dominado por una atalaya con su campana, pues los caballeros de Hainault eran contados entre los más distinguidos de Europa: á favor de su luz veíanse también á trechos las gigantescas torres de gran número de suntuosas iglesias y monasterios.

Esta agradable y variada perspectiva, tan distinta de la que ofrecían las incultas y desiertas montañas de la patria de Durward, no pudo, sin embargo, entorpecer el curso de sus sentimientos y pesares. Había dejado su corazón en Charleroi; y la única reflexión que hizo durante el viaje, fué que cada paso le iba alejando más de su querida Isabel. Ponía en prensa su imaginación para acordarse de cada una de las palabras que pronunciara, de cada una de las miradas que le dirigiera; y como sucede frecuentemente en semejantes casos, la impresión que causaba en su espíritu la memoria de estos pormenores, era más viva que la producida por la realidad misma.

Finalmente, á despecho del amor y los pesares, luego que hubo pasado la hora de media noche, la extremada fatiga de Quintín en los días anteriores, empezó á producir en él un efecto que el hábito de entregarse á ejercicios de toda clase, su activo genio, natural vivacidad, y aflictivas circunstancias de sus reflexiones, habían hecho que no experimentara hasta entonces. Sus sentidos, rendidos y como anonadados por la fuerza del cansancio, empezaron á ejercer tan poco influjo en sus ideas, que las visiones de su imaginación desviaban ó alteraban todo lo que transmitían los órganos embotados de la vista y del oído. Sólo sabía que estaba despierto por los esfuerzos que hacía á intervalos, conociendo el peligro de su situación, para resistir á un profundo sueño próximo á aletargarle. De cuando en cuando el natural sentimiento infundido por el riesgo de caer del caballo volvíale por un instante el conocimiento; pero inmediatamente mil sombras confusas le obscurecían de nuevo los ojos; el hermoso paisaje iluminado por la

luna iba desapareciendo para él, hasta que se hizo tan visible su estado de postración, que el conde de Crève-Cœur se vió obligado á mandar que dos de la comitiva marchasen constantemente á su lado para impedir que cayese del caballo.

Cuando llegaron á Landrecy, el conde por compasión al joven que pasara con esta tres noches sin cerrar los ojos, dispuso un alto de cuatro horas para que él mismo y su comitiva pudiesen tomar algún alimento y descanso.

Quintín dormía profundamente, cuando fué despertado por los clarines del conde y por las voces de sus furrieles y aposentadores que decían:

«¡Debout, debout! ¡Ha! ¡Messieres, en route, en route!»

Harto matutinal era esta alborada para que pudiese oirla con placer; sin embargo, al despertarse se encontró otro hombre. Con la luz del día recobró sus fuerzas y la confianza que tenía en sí mismo y en su fortuna; ya no pensaba en su amor como en un vano sueño, una quimera sin esperanza, sino que le consideraba como un principio de vigor y actividad, que debía alimentar siempre en su corazón, aunque no pudiese esperar en su vida ver coronado su cariño en medio de los insuperables obstáculos que le rodeaban.

—El piloto—dijo para sí—guía su buque por la estrella polar, aunque jamás espere alcanzarla; y la memoria de Isasabel de Croye me convertirá en digno guerrero, aunque quizás no la vuelva á ver más. Cuando llegue á sus oídos que un soldado escocés llamado Quintín Durward se ha distinguido en un horroroso campo de batalla ó que ha dejado su cadáver en la brecha de una disputada fortaleza, acordaráse del compañero de su viaje como de un hombre que hizo cuánto estuvo en su mano para librarla de los lazos que se le tendieran y apartar de su cabeza las desgracias que la amenazaran; y acaso honrará entonces mi memoria con una lágrima, ó con una flor mi sepultura.

Habiéndose animado de este modo para tolerar con varonil esfuerzo el infortunio, hallóse Quintín más dispuesto á hacer frente á las zumbas de Crève-Cœur, que no le perdo-

nó, chanceándose mucho y tratándole de joven afeminado, incapaz de resistir la fatiga. El joven escocés supo acomodarse á las bromas del conde y contestó con gracia, dando tan felices y respetuosas respuestas, que á esta variación de tono y modo de portarse debió evidentemente el concepto que formó de él el caballero borgoñón, muy superior al que le mereciera cuando irritado el día anterior por el amargo sentimiento de su situación, ó guardaba silencio con sobrado ceño, ó sólo respondía con arrogancia.

El digno veterano empezó á mirarle como á un joven de quien era posible sacar alguna cosa de provecho; y dióle á entender con bastante claridad que si quería separarse del servicio de Francia, le proporcionaría posición honorífica en casa del duque de Borgoña, y que él mismo cuidaría de su ascenso. Quintín, con las más oportunas expresiones de agradecimiento, excusóse de aceptar este favor, á lo menos por entonces, deseando saber positivamente hasta qué punto podía elevar sus quejas contra Luis, su primer protector; pero esta negativa no le hizo perder la gracia de Crève-Cœur: y á pesar de que su entusiasmo, acento extranjero, y modo de pensar y de expresarse produjeran frecuentemente una sonrisa en la grave fisonomía del conde, ésta había perdido todo lo que antes tuviera de desapacible, no se resentía ya del sarcasmo, ni traspasaba los límites de la atención y del buen humor.

Continuando así su viaje con mucha más armonía que el día precedente, llegó por fin el destacamento á dos millas de la famosa y fuerte ciudad de Perona, cerca de la cual estaba acampado el ejército del duque de Borgoña, dispuesto, según se suponía, á invadir la Francia; en tanto que Luis, por su parte, había reunido considerables fuerzas junto á Saint-Maxence, para reprimir á un vasallo demasiado poderoso.

Perona, situada á orillas de un río profundo, en país llano, circuída de gruesas murallas y anchos fosos, reputábase antiguamente, como aun hoy día, por una de las plazas más fuertes de la Francia. El conde de Crève-Cœur, su comitiva y su prisionero íbanse acercando á esta for-

taleza á cosa de las tres de la tarde, cuando, cuando, al atravesar los deliciosos senderos de un gran bosque, que se extiende por el lado de levante casi hasta los muros de la ciudad, encontraron dos caballeros de elevada clase, según denotaba su numeroso séquito. Vestían el traje que se usaba entonces en tiempo de paz; por los halcones que llevaban en la mano, número de cazadores á caballo y perros que los seguían, deducíase que se estaban divirtiendo en el ejercicio de la caza de cetrería; pero luego que divisaron á Crève-Cœur, cuyas armaduras y divisas conocían perfectamente, dejaron de perseguir á una garza real en las orillas de un largo canal y corrieron hacia él á escape:

—¡Noticias!... ¡noticias! Conde de Crève-Cœur—exclamaron á una:—¿Queréis, darlas ó recibirlas? ¿ó queréis que hagamos un cambio?

—Podría acceder á ello, caballeros—respondió Crève-Cœur después de saludarlos cortésmente,—si creyese que vuestras noticias fuesen harto importantes para servir de contrapeso á las mías.

Los dos cazadores se miraron uno á otro sonriéndose; y el de más edad, que tenía una hermosa figura de barón feudal, y en cuyo rostro moreno veíase impresa aquella expresión sombría, que algunos fisonomistas atribuyen á un carácter melancólico, mientras que otros lo consideran como un presagio de muerte violenta, semejantes á aquel estatuario italiano que sacara este mismo horóscopo examinando las facciones de Carlos I; el de más edad, repito, volviéndose á su compañero, le dijo:

—Crève-Cœur llega ahora de Brabante, patria del comercio: habrá aprendido todos sus ardides, y trabajo nos ha de costar hacer un buen ajuste con él.

—Caballeros—dijo Crève-Cœur,—está muy puesto en razón que el primero que vea la muestra de las mercancías sea nuestro duque, pues el señor percibe su derecho antes que se abra la feria. Pero, ¿de qué color son vuestras noticias? ¿Tristes ó alegres?

El individuo á quien dirigía particularmente esta pregunta era de aire despejado, con una mirada muy viva, tem-

plada por una expresión de madurez y gravedad. Toda su fisonomía indicaba un hombre más propio para el consejo que para la acción, que veía y juzgaba rápidamente, pero que resolvía y ejecutaba con toda lentitud y prudencia. Era el célebre señor de Argentón, hijo de Collart ó Nicolás d'Elite, conocido en la historia y entre los historiadores con el nombre ilustre de Felipe de Comines, adicto entonces á la persona de Carlos el Temerario, y uno de los consejeros á quienes el duque tenía en más aprecio. Respondiendo á la pregunta del conde de Crève-Cœur sobre el color de las noticias que él y su compañero, el barón de Hymbercourt, tenían que comunicarle:

—Presentan—le dijo—todos los colores del arco iris y varían sus matices según se pone en su fondo una opaca nube ó el puro azul del firmamento. Jamás un arco semejante se ha visto en Francia ni en Flandes desde los días de Noé.

—Las mías—dijo Crève-Cœur—se parecen al cometa, sombrías, espantosas y terribles: y, sin embargo, sólo pueden considerarse como el presagio de mayores males y funestísimas desgracias que de las mismas traen su origen.

—Preciso es que desembuchemos—dijo Comines á su compañero,—de lo contrario, otros más hábiles nos ganarán por mano, y no podremos despachar nuestros efectos. En una palabra, Crève-Cœur, preparad los oídos y caed muerto de sorpresa... El rey Luis está en Perona.

—¡Cómo!—exclamó el conde asombrado.—¿Se ha retirado el duque sin arriesgar la batalla? ¿Y vosotros venís aquí á divertiros cazando cuando la ciudad está sitiada por los franceses, pues no puedo creer que nos la hayan tomado?

—No por cierto—dijo Hymbercourt,—las banderas de Borgoña no han retrocedido un solo paso; y á pesar de esto Luis se halla aquí.

—Es preciso, pues, que Eduardo de Inglaterra haya pasado el mar con sus arqueros—dijo Crève-Cœur,—y ganado otra batalla de Poitiers.

—Pues para que sepáis—respondió Comines,—ni un solo

buque ha partido de Inglaterra, ni una sola bandera francesa ha sido derribada. Eduardo se divierte demasiado con las mujeres de sus buenos ciudadanos de Londres, para que le acose el deseo de representar el papel del príncipe negro. Oíd la verdad extraordinaria: vos sabéis que cuando gro.nos dejasteis, acababa de romperse la conferencia entre los comisarios franceses y borgoñones, y que no parecía quedar ningún medio de reconciliación.

—En efecto, ni nadie soñaba más que guerra.

—Los acontecimientos posteriores—continuó Comines,—se parecen tanto á un sueño que casi creo que voy á despertar y encontrarme con que efectivamente lo es. No hace más de veinticuatro horas que el duque había tan furiosamente protestado en el consejo contra toda ulterior dilación, que se resolvió á enviar una declaración de guerra á Luis, y á entrar en Francia inmediatamente. Toisón de oro, encargado de esta comisión, acababa de vestirse su traje oficial, y tenía ya el pie en el estribo para montar á caballo, cuando de repente he aquí que llega á nuestro campo el heraldo francés Montjoie. Pensamos desde luego que Luis había querido ganarnos por mano, y estábamos temiendo los efectos de la cólera del duque contra aquellos cuyo dictamen diera causa á no ser el primero en declarar la guerra. Pero habiéndose apresuradamente convocado el consejo, pensad cuál sería nuestra sorpresa cuando el heraldo nos comunicó que Luis, rey de Francia, le seguía á la distancia de una hora, y que venía á visitar á Carlos, duque de Borgoña, con muy poco séquito, á fin de arreglar todas las desavenencias en una solemne entrevista.

—Me sorprendéis en efecto, señores—dijo Crève-Cœur,—y, sin embargo, no quedo tan admirado como pudierais presumir. La última vez que estuve en Plessis-les-Tours, el cardenal de La Balue, en quien tiene puesta su señor toda la confianza, irritado contra Luis, y adicto á nuestra causa, dióme á entender que, conociendo el lado débil de aquel príncipe, sabría convencerle y manejarle de tal manera, que se pondría él mismo con respecto á la Borgoña en situación que permitiría al duque dictar las condiciones de paz.

Pero jamás hubiera creído que un zorro viejo como Luis viniese á echarse voluntariamente en la trampa de este modo. ¿Y qué dice el consejo?

—Se ha hablado mucho, como podéis imaginar—respondió Hymbercourt,—de honor y buena fe, y mucho de las ventajas que puede producir la tal visita; por más que este pensamiento fuese casi evidentemente el único que ocupase á los consejeros, y que no pensasen más que en imaginar algún medio con que salvar las apariencias.

—¿Y qué dijo el duque?—preguntó Crève-Cœur.

—Según su costumbre—respondió Comines,—habló lacónica y resueltamente. ¿Quién de vosotros—preguntó,—fué testigo de mi entrevista con mi primo Luis, después de la batalla de Montlhery, cuando fuí harto inconsiderado para acompañarle hasta las trincheras de París, sin más séquito que unas diez personas, poniéndome así á su discreción?... Yo le respondí que la mayor parte de nosotros habíamos estado presentes, y que nadie podía haber olvidado los sustos que se sirviera darnos en aquella ocasión. Pues, bien—continuó el duque,—vosotros vituperasteis mi locura, y yo os confesé que había obrado como mozo sin juicio: es cierto también que en aquella época aun vivía mi padre, de feliz memoria, y que mi primo Luis hubiera hallado menos ventaja en privarme entonces de la libertad, de la que hallaría yo ahora en apoderarme de su persona. No importa: si mi real pariente viene aquí en esta ocasión con la misma sencillez con que yo procedí entonces, será tratado y recibido como rey; pero, si con esta apariencia de confianza no pretende más que alucinarme y vendarme los ojos hasta haber ejecutado alguno de sus proyectos «políticos,» ¡por San Jorge de Borgoña! que mire bien lo que hace.—Dicho esto, retorciendo sus bigotes y dando una violenta patada, nos mandó montar á caballo para salir al encuentro de tan extraordinario huésped.

—Y de consiguiente salisteis á recibirle—replicó el conde de Crève-Cœur.—Ya voy viendo que no ha pasado todavía el tiempo de los milagros. ¿Y qué séquito llevaba el rey?

—El más simple y menos numeroso que imaginarse pueda

—respondió Hymbercoeurt:—unos treinta arqueros de su Guardia escocesa, algunos caballeros, y un corto número de gentileshombres de su casa, entre los cuales el que más brillaba era su astrólogo Galeoto.

—Ese bribón es en algún modo el protegido del cardenal Ma Bahue—dijo Crève-Cœur.—No me admiraría que hubiese contribuído á que el rey se decidiera á dar un paso de tan dudosa política. ¿Lleva consigo algunos nobles de elevada jerarquía?

—El duque de Orleans y Dunois—respondió Comines.

—¡Dunois!—exclamó Crève-Cœur;—yo ajustaré cuentas con él, resulte lo que quiera; pero tenía entendido que estaban los dos en una prisión.

—Han estado, en efecto, alojados en el castillo de Loches —respondió Hymbercourt,—en ese agradable sitio de recreo destinado para la nobleza francesa; pero Luis les dió la libertad para traérselos consigo: dábale acaso mala espina dejar al duqe de Orleans á sus espaldas. En cuanto al resto de su comitiva, á fe mía, juzgo que los personajes más importantes son Oliverio, su barbero y Tristán, su gran preboste y su compadre, que trae consigo algunos de su ralea. Toda su tropa anda tan miserablemente vestida, que podría tomarse al rey por un vil usurero que hace una excursión para cobrar sus créditos con una turba de corchetes.

—¿Y dónde está alojado?—preguntó Crève-Cœur.

—Ahí está el busilis del cuento y lo maravilloso—respondió Comines.—El duque había ofrecido confiar á los arqueros escoceses la guardia de una de las puertas de la ciudad y del puente de barcas del Soma, señalando al rey por habitación la casa inmediata, propia del rico ciudadano Gil Orthen; pero al trasladarse allá reparó en las banderas de De Lau y de Pencil de Rivière, á quienes desterró de sus dominios, y no acomodándole mucho habitar tan cerca de las casas de refugiados franceses y de los malcontentos que él mismo se creara, pidió alojarse en el castillo de Perona, y, por consiguiente, se ha aposentado allí.

—¡Por vida mía!—exclamó Crève-Cœur.—¿No era bastan-

te aventurarse á entrar en la caverna del león, que aun ha querido meterle la cabeza en la boca? Parece que el viejo artificioso político tiene ganas de que le cojan como en una ratonera.

—¿No os ha contado Hymbercourt—dijo Comines,—la conversación del loco Glorioso? A mi entender, es lo mejor que se ha dicho en esta materia.

—¿Y qué es lo que ha dicho su muy ilustre sabiduría?—preguntó el conde.

—Cuando el duque estaba mandando—respondió Comines,—que se preparasen precipitadamente varios regalos de plata labrada para obsequiar al rey y su comitiva en demostración de bienvenida: amigo Carlos—dijo Glorioso,—no te calientes la cabeza ni exprimas los pocos sesos que tienes por tan poca cosa: yo me encargo de hacer á tu primo Luis un regalo más noble y digno de él, que será mi caperuza, mis cascabeles, y mi vara por añadidura, pues, por las barbas de mi abuelo, fuerza es que sea más loco que yo, para venir aquí á ponerse en tus manos.—Pero si no le doy ocasión para arrepentirse de este paso, ¿qué dirás entonces, bribón?—preguntóle el duque.—En este caso, Carlos—le contestó Glorioso,—será preciso que tomes tú la caperuza, la vara y los cascabeles, pues serás el más loco de los tres.—Yo os aseguro que este sarcasmo hirió al duque en lo más vivo. Yo le vi mudar de color y morderse los labios.—Estas son nuestras noticias noble Crève-Cœur, ¿qué os parecen?

—Una mina bien cargada de pólvora—respondió el conde,—y temo que la suerte me haya elegido á mí para aplicar la mecha. Vuestras noticias y las mías son como el fuego y la estopa que no pueden encontrarse sin que produzcan la llama, ó como ciertas substancias químicas que al mezclarse tienen precisamente que causar una explosión. Caballeros, amigos míos, acercáos; y cuando os haya dicho lo que acaba de pasar en el obispado de Lieja, creo que seréis de mi dictamen, á saber, que el rey Luis hubiera obrado tan prudentemente yendo en peregrinación á las re-

giones infernales, como viniendo tan intempestivamente á Perona á visitar á su primo.

Sus dos amigos se acercaron al conde, uno á cada lado, y escucharon con exclamaciones medio sofocadas, que les arrancaba una sorpresa no menos expresada por los gestos, la relación de los acontecimientos que acababan de pasar en Lieja y en Schonwaldt. Quintín fué llamado y preguntado detenidamente sobre los pormenores de la muerte del obispo, hasta que por fin se negó á responder á nuevas preguntas que ignoraba por qué se le hacían, ni qué uso pretendían hacer de sus respuestas.

Habían entonces llegado á las ricas orillas del Soma, que ofrecían la perspectiva de las antiguas murallas de la pequeña ciudad de Perona la Virgen, y los verdes y espaciosos prados, que blanqueaban en aquella ocasión las numerosas tiendas de campaña del ejército del duque de Borgoña, que constaría como de quince mil hombres.

CAPITULO XXVI

La entrevista

> Las entrevistas de los príncipes deberían los astrólogos señalarlas como funestas conjunciones, llenas de presagios, á semejanza de lass de Marte y Saturno.
>
> «Comedia antigua.»

Difícil sería decir si es un privilegio ó un inconveniente anexo á la calidad de los príncipes verse constreñidos en sus tratos y recíprocas relaciones, á causa del respeto que deben á su propia clase y dignidad, á someter sus sentimientos y discursos á las leyes de una severa etiqueta, que les prohibe entregarse abiertamente á toda agitación algo violenta, conducta que podría pasar por profundo disimulo, á no ser tan público y notorio que no es ello más que un efecto del ceremonial. No es menos cierto también que cuando traspasan estos límites impuestos por la etiqueta para soltar las riendas á sus pasiones y á su cólera, comprometen su dignidad á los ojos del público; de lo que tuvimos notable ejemplo cuando los dos ilustres rivales Francisco I y el emperador Carlos V, se echaron mutuamente á las barbas un «mentís,» y quisieron terminar su contienda en singular combate.

Carlos de Borgoña, el más impetuoso é impaciente, y, sin temor de equivocarnos, el más imprudente de todos los príncipes sus contemporáneos, sintióse, sin embargo, como circunscrito en un círculo mágico trazado por la sumisión

que debía á Luis, su soberano y señor feudal, que se dignaba hacerle el honor de visitarle, no obstante de ser él un vasallo de su corona. Adornado con un manto ducal, y rodeado de sus grandes oficiales, montó á caballo á la cabeza de sus nobles y caballeros más distinguidos, y salió á recibir á Luis XI. Su séquito ostentaba un brillo deslumbrador, tanto era el oro y plata que le cubría, pues agotadas las riquezas de Inglaterra por las guerras de York y de Lancaster, y limitados los gastos de Francia por la economía del monarca, la corte de Borgoña ganaba por aquel tiempo en magnificencia á las demás de Europa. El acompañamiento de Luis, por el contrario, era poco numeroso y comparativamente mezquino: vestía el rey un traje raído, y llevaba el sombrero viejo que, según costumbre, estaba rodeado de imágenes, lo cual hacía más chocante el contraste todavía. El efecto que produjo casi rayó en extravagante cuando el duque, ricamente vestido, ciñendo la corona ducal y cubiertos sus hombros por soberbio manto, se apeó de su arrogante corcel, dobló la rodilla, y se dispuso á tener el estribo para que desmontara de un palafrén chiquito muy manso en que venía.

La acogida que se hicieron los dos potentados fué aparentemente tan afectuosa y cordial, como destituída de sinceridad; pero el duque por razón de su genio hallaba mayores dificultades para dar á su voz, á sus razonamientos y á todos sus gestos las apariencias oportunas, en tanto que el rey estaba tan perfectamente ejercitado en el hábito del fingimiento y disimulo, que estas circunstancias habían pasado á ser en él otra naturaleza, de suerte que los que le conocían más á fondo, no sabían distinguir cuándo fingía ó cuándo hablaba de veras.

La comparación más exacta, si no fuese indigna de tan altos potentados, sería suponer á Luis en la situación de un gitano, que conoce perfectamente las habitudes y disposiciones de la raza perruna, y que por algún fin particular quiere hacerse amigo de un descomunal mastín mohino, que sospecha de él, y está dispuesto á echársele encima á

la más remota sombra de desconfianza ó recelo. El mastín gruñe, eriza los pelos, muestra los dientes, y, sin embargo, se avergonzaría de embestir á un hombre que le da tales muestras de bondadoso y confiado; incomódanle las caricias que le hace y que están muy lejos de amansarle, y espía la primera ocasión que pueda justificar á sus ojos la acción de saltar á la garganta á su nuevo amigo.

El rey conoció sin duda en la alteración de la voz, en el embarazo y en la afectación de los ademanes del duque Carlos, que tenía que representar un papel muy delicado; y acaso se arrepintió más de una vez de haber emprendido el viaje; pero el arrepentimiento era tardío, y no le quedaba más recurso que aquella inimitable destreza y astuta política en que nadie podía igualarle.

La conducta de Luis respecto al duque, se parecía á aquel desahogo de corazón que solemos experimentar cuando nos reconciliamos con un honrado y seguro amigo después de momentánea tibieza causada por antiguas y olvidadas circunstancias. Díjole que sentía mucho no haber dado antes este paso decisivo para convencer á su apreciado pariente con un rasgo de tal confianza, de que los debates y cuestiones suscitadas entre ellos tenían levísimo peso, comparados con todas las pruebas de amistad que recibiera del duque cuando se hallaba desterrado en Francia y en desgracia del rey su padre. Hablóle del difunto duque de Borgoña Felipe el Bueno, como se llamaba generalmente al padre de Carlos, y citó mil rasgos de paternal bondad que de él había recibido.

—Creo, querido primo—le dijo,—que vuestro padre dividía su afecto por iguales partes entre vos y yo, pues me acuerdo que, habiéndome desviado por casualidad en una cacería que hicimos, el buen duque os reprendió al regreso por haberme dejado atrás en el bosque, echándoos en cara vuestro poco cuidado, como si fuera yo vuestro hermano mayor.

Eran las facciones del duque de Borgoña naturalmente duras y severas; y cuando se esforzó en sonreirse para con-

La entrevista

firmar la verdad de lo que le decía el rey, hizo una mueca verdaderamente diabólica.

—¡Bribón consumado!—dijo interiormente;—quisiera que mi honor me permitiese pedirte cuenta de cómo pagaste los beneficios que te hicimos.

—Y por otra parte—continuó el rey,—si los vínculos de la sangre y de la gratitud no fueran suficientes para unirnos recíprocamente, existe también entre nosotros un parentesco espiritual, pues soy el padrino de vuestra hermosa hija María, á quien aprecio tanto como á una de las mías; y cuando los santos, bendito sea su nombre, me enviaron un pimpollo que se marchitó al cabo de tres meses, el príncipe vuestro padre le sacó de pila, y celebró esta ceremonia con más pompa y magnificencia que no se hubiera podido hacer en París. Jamás olvidaré la profunda, la indeleble impresión que la generosidad del duque Felipe y la vuestra, mi querido primo, hicieron en el destrozado corazón de un pobre proscrito.

El duque, viéndose precisado á decir algo, respondió:

—Vuestra Majestad se dignó agradecer aquel corto favor en términos que recompensaban con prodigalidad todo lo que podía hacer Borgoña para acreditar que apreciaba el honor que hicisteis á su soberano.

—Acuérdome bien de los términos de que queréis hablar, mi querido primo—dijo sonriéndose el rey,—eran, si no me engaño, que para recompensaros esta prueba de amistad, no tenía que ofreceros un pobre desterrado, como era yo entonces, más que mi persona, la de mi mujer y de mi hijo. Y creo que cumplí debidamente mi palabra.

—No es mi intento contradecir cosa alguna de lo que Vuestra Majestad se digna asegurar; pero...

—Pero vos me preguntaréis—dijo el rey interrumpiéndole, —cómo correspondieron mis acciones á mis palabras. ¡Fuego de Dios!... A la vista está. El cuerpo de mi hijo Joaquín descansa en suelo borgoñón; esta mañana he colocado sin reserva mi persona en vuestras manos; y en cuanto á la de mi esposa, á la verdad, querido primo, creo que, atendido el tiempo que se ha pasado desde aquella época,

no insistiréis en que cumpla rigurosamente mi palabra. Ella nació el santo día de la Anunciación, cincuenta años hace, añadió haciendo la señal de la cruz y murmurando un «ora pro nobis;» pero no se halla muy lejos: está en Reims, y si deseáis que sea cumplida mi promesa al pie de la letra, la pondré inmediatamente á vuestras órdenes.

Por disgustado que estuviese el duque de la doblez que manifestaba el rey Luis, procurando tomar con él cierto tono de franqueza é intimidad, no pudo menos de reirse al oir la extraña proposición que acababa de hacerle aquel singular monarca, expresándose su buen humor con acentos no menos discordantes que los de la cólera á que frecuentemente se entregaba. Rió á carcajada suelta, más larga y descompasada de lo que permitiría en el día y de lo que permitía entonces el decoro de su dignidad; y riendo de esta suerte, contestó que agradecía al rey el alto honor de proponerle la compañía de la reina, pero que con mayor gusto aceptaría la de su hija mayor, cuya hermosura era tan celebrada.

—Gran fortuna ha sido, querido primo—dijo el rey con una de aquellas equívocas sonrisas que le eran habituales, —que no os hayáis dignado fijar la atención en mi hija Juana. Hubierais entonces tenido que romper una lanza con mi primo de Orleans; y si sucediera alguna desgracia á uno de los dos, fuera quien fuese, yo perdería siempre un buen amigo y afectuso pariente.

—No, no señor—dijo el duque Carlos,—no quiero poner ningún obstáculo á los amores del duque de Orleans. Si rompo alguna lanza con él será por causa más hermosa, ó más recta por lo menos.

Luis, lejos de darse por resentido de esta brutal alusión al talle y fealdad de su hija Juana, vió por el contrario con secreta satisfacción que podía divertirse al duque con groseras zumbas, en cuyo arte no le iba en zaga, quitándole con ello, para valernos de una frase moderna, mucha parte de su hipocresía sentimental. Dió de consiguiente tal giro á la conversación, que Carlos, al paso que tenía por imposible representar el papel de afectuoso amigo recon-

ciliado con un monarca á quien debiera tan malos oficios y cuya sinceridad le era tan sospechosa en esta ocasión, no tuvo la menor dificultad en mostrarse huésped obsequioso de un príncipe tan jovial; por manera, que lo que faltaba á los dos de afectuosos sentimientos, fué reemplazado por aquel tono de cordialidad que existe entre dos buenos compañeros: tono natural al duque por la franqueza, y, si se quiere, la rusticidad de su carácter; y que no lo era menos á Luis, porque hallándose como se hallaba en estado de tomar todos los tonos de la conversación que le vinieran en gana, el que más le convenía era una satírica expresión de ideas groseras.

Mientras duró el banquete, que fué servido en las Casas consistoriales de la ciudad de Perona, halláronse por fortuna los dos príncipes en disposición de sostener el mismo género de plática. Era para ellos una especie de terreno neutral que podían correr juntos sin peligro, y como Luis lo observó fácilmente, nada había más á propósito para mantener al duque de Borgoña en aquel estado de calma que el rey juzgaba necesario á su seguridad.

Sobresaltóse un poco sin embargo, viendo al duque rodeado de varios caballeros franceses de la más distinguida nobleza, que su injusta severidad desterrara de Francia, y á quien Carlos concediera empleos de autoridad y confianza en su palacio. Para ponerse al abrigo de lo que podía recelar de su resentimiento y venganza, pidió ser alojado en el castillo, es decir, en la ciudadela de Perona, con preferencia á la ciudad. El duque Carlos accedió á ello inmediatamente, con una de aquellas sonrisas que es imposible decir si son de buen ó mal agüero para la persona á quien van dirigidas.

Pero cuando el rey, expresándose con la mayor delicadeza y del modo que juzgaba más á propósito para alejar todo género de sospecha, le preguntó si habría dificultad en que los arqueros de su guardia escocesa tuviesen á su cargo custodiar el castillo mientras que le habitaría, en lugar de una de las puertas de la ciudad, á tenor del ofrecimiento que había hecho el mismo duque, Carlos, con el

tono seco y desabrido que le era natural, y que causaba más sobresalto por el hábito que tomara de retorcerse los bigotes mientras hablaba y llevar la mano á su espada ó á su daga, cuya hoja hacía entrar y salir continuamente, exclamó:

—¡Por San Martín! señor, esto no puede ser. Os halláis en el campo y en la ciudad de vuestro vasallo, pues así me llaman con respecto á Vuestra Majestad; este castillo y todas sus fortalezas os pertenecen; mis soldados son los vuestros: es pues indiferente que guarden ellos ó vuestros arqueros las puertas ó las murallas del castillo de Perona. No, ¡por San Jorge!... Perona es una fortaleza virgen; y no perderá su honor por negligencia mía. Es preciso vigilar mucho á las doncellas, mi real primo, si quieren los padres que conserven su reputación.

—No cabe duda, querido primo—respondió el rey;—soy enteramente de vuestro dictamen, y, en efecto, debo interesarme más que vos mismo en la reputación de esta pequeña, pero hermosa ciudad, pues forma parte, como sabéis muy bien, de las plazas de Soma, que se dieron en hipoteca á vuestro padre, de feliz recordación, por las sumas que nos prestó, plazas que yo me propongo desempeñar pagando lo que debo; y para hablaros con franqueza, querido primo, como deudor honrado resuelto á cumplir religiosamente todas las obligaciones que ha contraído, traigo conmigo algunas caballerías cargadas de plata para verificar esta extinción: moneda tendréis para atender á los gastos de vuestra corte por espacio de tres años, sin embargo de su munificencia real.

—Ni un sueldo recibiré—dijo el duque retorciéndose el bigote:—el plazo convenido para el pago hace tiempo que expiró, real primo, ni nunca tuvo alguna de las partes intención verdadera de que se cumpliese el tratado. La cesión de estas plazas fué la única indemnización que mi padre recibió de Francia, cuando en un momento dichoso para vuestra familia consintió en olvidar el asesinato de mi abuelo y trocar la alianza de Inglaterra por la de vuestro padre. ¡Por San Jorge! si así no lo hubiese hecho, Vuestra

Majestad lejos de tener ciudades en el Soma, apenas hubiera podido conservar las de la otra parte del Loira. No, ni una sola piedra os devolveré, aunque me deis el peso equivalente en oro. Gracias á Dios, á la prudencia y valor de mis antepasados, las rentas de Borgoña, aunque no sea más que un ducado, bastan para mantener mi corte, más que reciba un rey en ella, sin verme obligado á enagenar mi patrimonio.

—Pues bien, querido primo—respondió el rey con el mismo tono de serenidad y dulzura, y sin asomos de alteración por los violentos ademanes y arrebatos del duque;—veo que sois tan amigo de Francia, que de nada queréis desprenderos que le haya pertenecido. Pero si llegamos á discutir nuestros negocios en el Consejo, tendremos necesidad de un tercero. ¿Qué os parece de San Pablo?

—Que este apóstol, con San Pedro y todos los Santos del Almanaque, pueden predicarme cuánto les diere la gana—contestó el duque.—mas no serán capaces de persuadirme á que renuncie á la posesión de Borgoña.

—No me comprendéis—dijo el rey de Francia sonriéndose. —Os hablo de Luis de Luxemburgo, nuestro fiel condestable, el conde de San Pablo. ¡Ah, Santa María de Embrun! No nos falta más que su cabeza en nuestra conferencia, la mejor cabeza de Francia, la más á propósito para restablecer entre nosotros perfecta armonía.

—¡Por San Jorge!—exclamó el duque,—estoy sorprendido de oir á Vuestra Majestad hablar así de un hombre que ha sido falso y perjuro á Francia y Borgoña, de un hombre que ha procurado siempre excitar un incendio á la menor chispa de discordia que ha notado entre nosotros. ¿Y por qué? Por la ambición de representar el papel de mediador. Juro por la orden de mi casa, que le he de buscar en sus madrigueras.

—Cachaza, cachaza, querido primo—interrumpió sonriéndose el rey y bajando la voz.—Cuando os decía que la cabeza del condestable podía servir para terminar nuestras leves disensiones, para nada conté con su cuerpo: éste po-

dría muy bien quedarse en San Quintín para mayor comodidad.

—¡Oh! ¡oh! ahora os comprendo, real primo mío—exclamó Carlos con una de aquellas estrepitosas carcajadas que le arrancaban los groseros chistes de Luis, y añadió dando una patada:—Convengo que en este sentido la cabeza del condestable podría ser útil en Perona.

Estos razonamientos y otros muchos con que procuraba el rey sembrar cierta jovialidad y buen humor en la conversación, al propio tiempo que dejaba escapar alguna palabra sobre los asuntos más serios, no se sucedieron consecutivamente unos á otros, sino que fueron traídos con cautela, ya durante el banquete en las Casas consistoriales, ya en una conferencia que en seguida tuvo Luis con el duque en el mismo aposento de este último, aprovechando el rey todas las ocasiones que podían facilitar la discusión de puntos tan delicados.

Verdaderamente, aunque la conducta de Luis pudiese tratarse de temeraria, dando un paso cuyo éxito se presentaba tan dudoso y arriesgado, á causa del impetuoso carácter del duque y los diversos motivos de enemistad inveterada que existían entre ellos, jamás piloto, llegando á desconocida costa, se condujo con igual prudencia y firmeza. Sondeaba con maña y exactitud las profundidades y hondonadas del carácter y pasiones de su rival, y no dejó traslucir levísima muestra de duda ni temor, cuando el resultado de sus experimentos le manifestó que había más falta de buenos anclajes que de bancos de arena y rocas ocultas bajo la superficie de las aguas.

Terminóse, por fin, un día que debió serlo de fatiga para Luis, atendidos los continuos esfuerzos de examen, precaución y vigilancia que exigía su situación, como de violencia para el duque á causa de la necesidad en que se hallaba de reprimir los impetuosos movimientos á que solía abandonarse.

Cuando Carlos entró en su aposento, después de haberse despedido de rey para irse á acostar con todos los requisitos del ceremonial, ya no contuvo por más tiempo la ex-

plosión de las pasiones que comprimiera hasta entonces; y, según expresión de su bufón Glorioso, «arrojó aquella noche un torrente de blasfemias é injurias contra aquellos para quienes no destinaba esta moneda al acuñarla,» agotando sobre cuantos le rodeaban el tesoro de las invectivas que acumulara durante el día, y con que no pudo decentemente regalar al rey ni aun en su ausencia, sin embargo de estar harto llena la copa para no derramarse. Los chistes de su bufón lograron por fin calmar sus arrebatos de malhumor, rió á carcajadas, regaló á su loco una moneda de oro, dejóse desnudar tranquilamente, bebió una gran copa de vino especiado, echóse en la cama, y durmió á pierna suelta.

Acostóse Luis muy de otra manera que Carlos, y merece su retiro mayor atención, pues perteneciendo á la parte animal de nuestra naturaleza la violenta expresión de la cólera, impaciencia y temeridad, más bien que la que está dotada de inteligencia, ofrécenos poco interés comparada con la acción profunda de activo y vigoroso espíritu.

Los chambelanes y oficiales superiores del duque de Borgoña acompañaron á Luis hasta el alojamiento que se eligiera en el castillo ó ciudadela de Perona, y encontró á su entrada fuerte guarnición de arqueros y otra tropa.

Al apearse del caballo para pasar el puente levadizo colocado sobre un foso de extraordinaria latitud y profundidad, echó una mirada á los centinelas, y dijo á Comines, que también le acompañaba con algunos otros caballeros borgoñones:

—Llevan la cruz de San Andrés; pero no es la de mis arqueros escoceses.

—Vuestra Majestad los hallará igualmente dispuestos á morir en vuestra defensa, señor—respondió Comines,—cuyo sutil oído reconociera en el tono de Luis un acento de sospecha que el rey, á pesar de todo su disimulo, no pudo enteramente ocultar. Llevan la cruz de San Andrés como uno de los distintivos dependientes de la Orden del Toisón de Oro de mi señor el duque de Borgoña.

—¿Acaso lo ignoro yo?—dijo Luis mostrándole el collar de esta Orden que se había puesto para honrar á su primo.

—Este es uno de los lazos queridos de fraternidad que me unen con mi buen primo; somos hermanos en caballería como en parentesco espiritual, primos por nacimiento, y amigos por todos los vínculos del afecto y de buena vecindad. No pasaréis de este patio, señores: no puedo permitir que os incomodéis más; bastantes honores me habéis prodigado ya.

—Se nos ha encargado por el duque—respondió Hymbercourt,—acompañar á Vuestra Majestad, y esperamos que nos permitirá ejecutar sus órdenes.

—En un asunto de tan poca importancia—dijo el rey,—confío que vosotros mismos, aunque sus vasallos, convendréis en que mis órdenes deben tener más autoridad que las suyas. Me siento algo indispuesto, un poco fatigado, señores. Tanto cuesta cargar con una gran satisfacción como con un gran pesar. Mañana espero hallarme en mejor estado para disfrutar de vuestra sociedad, y de la vuestra especialmente, señor Felipe de Comines. Sé que sois el analista de esta época. Nosotros, los que deseamos ocupar algún lugar en la historia, quisiéramos merecer alguna atención de vuestra parte; pues se dice que cuando queréis, vuestra pluma escribe con hiel y con sangre. Buenas noches, caballeros, buenas noches á todos y á cada uno en particular.

Los caballeros borgoñones se retiraron muy prendados del afable trato de Luis y de las lisonjeras frases que mañosamente prodigara á cada uno de ellos; y el rey se detuvo con dos personas de su séquito debajo de la puerta abovedada que conducía al patio del castillo de Perona, en uno de cuyos ángulos se veía una gran torre, especie de prisión de estado. Este edificio alto, macizo y sombrío, estaba iluminado entonces por los mismos rayos de la luna que guiaban á Quintín Durward por el camino de Charleroi á Perona, y que, como sabe ya el lector, eran aquella noche muy resplandecientes. La forma de esta fábrica parecíase á la de la torre Blanca de la ciudadela de Londres, pero por su arquitectura era aún más antigua, pues afirmábase que su construcción databa de los tiempos de Carlo-Magno.

Tenían sus paredes un espesor formidable y veíanse pequeñas y enrejadas ventanas con enormes barrotes de hierro. Este vetusto y macizo edificio derramaba en todo el patio negra y azarosa sombra.

—No es aquí donde quiero yo habitar—dijo el rey con un estremecimiento involuntario que parecía de mal agüero.

—No, señor—respondió el viejo senescal, que le acompañaba con la cabeza descubierta;—no lo permita el cielo. Los aposentos de Vuestra Majestad ertán preparados en esotros edificios más bajos, y son los mismos donde durmió el rey Juan dos noches antes de la batalla de Poitiers.

—¡Hum, hum! no es esto tampoco de muy buen agüero —murmuró el rey entre dientes.—Pero, ¿qué tenéis vos que decir de la torre, camarada? ¿Por qué rogáis al cielo que no me aloje en ella?

—Nada de malo, señor—respondió el senescal.—Sólo que los centinelas pretenden que se ven luces, y se oyen pavorosos ruídos durante la noche; lo cual no tendría nada de particular, atendido que fué en otro tiempo una prisión de estado, y se cuentan mil cosas que han pasado en su interior.

Luis no le hizo más preguntas, pues nadie estaba más obligado que él á respetar los misterios de una prisión. A la puerta de los aposentos destinados para él, que, si bien de fecha posterior á la torre, no dejaban por esto de ser tétricos y antiguos, encontró un corto destacamento de sus arqueros escoceses, á quienes el duque, aunque no permitiera que diesen la guardia en el castillo, había mandado introducir para que estuviesen inmediatos á la persona del rey. A su cabeza estaba su viejo comandante el leal lord Crawford.

—Crawford, mi valiente y fiel Crawford—dijo el rey,—¿dónde has estado hoy? ¿Los caballeros borgoñones entienden tan poco las reglas de la hospitalidad, que desairan á uno de los más nobles y esforzados guerreros que pueda tener un soberano en su corte? Yo no te vi en el salón del banquete.

—No acepté la invitación, señor. He perdido mucho; no soy el mismo que antes. En otro tiempo desafiara al más atrevido bebedor de Borgoña hasta con el vino de sus propias uvas; pero hoy día, ocho desgraciados azumbres me ponen fuera de combate, y creí muy conveniente para vuestro real servicio dar hoy ejemplo de sobriedad á todos mis subordinados.

—Eres siempre prudente, Crawford; pero á buen seguro que no han de agobiar los quehaceres, mandando un destacamento tan poco numeroso: á más, en día de fiesta no debe reinar tan severa disciplina como en otro de batalla.

—Cuántos menos hombres tenga que mandar, señor, tanto más interesa que tenga á los tunantes en buen estado de servicio. ¿Todo esto se terminará por una fiesta ó por un combate? Esto es lo que Dios y Vuestra Majestad deben de saber mejor que el viejo Juan Crawford.

—¿Juzgo que no prevés ningún peligro?—preguntóle el rey como de paso, pero bajando la voz.

—No, señor: ¡ojalá que los previese! pues como solía decir el viejo conde Tineman: «Peligro visto, fácilmente evitado.» ¿Cuál es el santo para esta noche, señor, si gusta Vuestra Majestad?

—Sea Borgoña, Crawford, en obsequio de nuestro huésped y de un licor que no te es indiferente.

Ninguna contienda tendré ni con el duque ni con el vino de su nombre, como uno y otro sean de buen quilate. Pase Vuestra Majestad felices noches.

—Adiós, mi leal escocés—respondió el rey,—entrando en su aposento.

A la puerta de su dormitorio encontró al Acuchillado que daba allí guardia.

—Sígueme—díjole al pasar por delante de él. El arquero, semejante á una máquina á la cual acaba de dar movimiento un resorte que se ha tocado, entró tras él en el aposento andando á pasos largos, quedóse parado junto á la puerta, y aguardó inmóvil y silencioso las órdenes del rey.

—¿Tienes alguna noticia de ese paladín errante, sobrino

tuyo?—preguntó Luis,—pues ha sido como perdido para nosotros desde que, semejante á un novel caballero que parte en busca de sus primeras aventuras, nos envió dos prisioneros por principio de sus hazañas.

—Algo de esto ha llegado á mis oídos, señor; mas espero que Vuestra Majestad se persuadirá de que si obró mal, no fué á ello inducido por mis órdenes ni por mi ejemplo, atendido que nunca tuve tan débil juicio para derribar de la silla de su caballo á un príncipe de vuestra ilustre casa, conociendo como conozco mi situación, y...

—Basta, Acuchillado; tu sobrino cumplió en esta parte con su obligación.

—¡Oh! en cuanto á esto, no me había yo descuidado. Quintín, le dije, venga lo que viniere, acuérdate que perteneces á la guardia escocesa, y haz tu obligación sin meterte en los resultados.

—No dudo que hubiese recibido algunas buenas instrucciones de esta clase; pero lo que me interesa en la actualidad es que contestes á mi pregunta. ¿Has tenido de poco tiempo á esta parte noticias de tu sobrino?... Retiraos, caballeros—dijo el rey á otras personas de su comitiva,—se trata de un asunto reservado.

—Señor, he visto esta misma noche á Carlucho, uno de los que acompañaban á mi sobrino y á quien ha enviado desde Lieja ó de un castillo situado en las cercanías que pertenece al obispo, á donde llegó felizmente con las condesas de Croye.

—¡Bendito sea el Santísimo nombre de María!—¿Lo sabes de cierto? ¿Estás seguro de esta buena noticia?

—No puedo estarlo más, señor; y aun creo que Carlucho trae cartas de las señoras de Croye para Vuestra Majestad.

—Corre á buscarle; da tu arcabuz á uno de esos bribones... á Oliverio... al primero que se presente... ¡Oh! ¡qué favor tan especial me ha hecho Nuestra Señora de Embrun! —añadió el rey cuando hubo partido el Acuchillado:—he de hacer de plata la verja de hierro que circuye su altar.

En este arrebato de gratitud y de devoción, Luis, siguiendo su costumbre, se quitó el sombrero, colocóle encima de

una mesa, volvióle del lado donde tenía la imagen favorita de la Virgen, arrodillóse, y repitió con nuevo fervor el voto que había hecho.

Carlucho, el primer mensajero que partió de Schonwaldt, no tardó en entrar, y entregó al rey las cartas que le encargaron las condesas de Croye. Agradecíanle en términos muy fríos la protección que les había dispensado mientras permanecieron en su corte, y con algo más de calor el permiso que se sirviera concederles de partir con toda seguridad, expresión de que, en vez de resentirse Luis, se rió muchísimo. Preguntó en seguida á Carlucho, con cierto tono que indicaba el interés é importancia que diera á esta pregunta, si habían tenido algún susto por el camino, ó si fueron atacados por alguien.

Carlucho, hombre muy estúpido, y que debió á esta circunstancia el haber sido elegido para dicha comisión, dió al rey una noticia muy imperfecta de la lucha en que había quedado muerto su camarada el gascón, y le aseguró que no habían tenido ningún otro encuentro durante el viaje. Luis le pidió entonces noticias más particulares y minuciosas del camino que habían seguido para pasar á Lieja y dió muestras de ir aumentándose su interés cuando supo que al acercarse á Namur emprendieron el camino más corto costeando la orilla izquierda del Mosa en lugar de seguir la derecha, según prevenían sus instrucciones. El rey le despidió después de haberle hecho un regalo, y disfrazó su ansiedad manifiesta atribuyéndola al deseo que tenía de saber si las señoras de Croye estaban en completa seguridad.

Aunque esta noticia le enteró de que quedaba frustrado uno de sus planes favoritos, pareció causar al rey una satisfacción interior, mayor de la que hubiera tenido con el más brillante resultado. Respiró como un hombre cuyo corazón hubiese quedado aliviado de un enorme pesar, murmuró nuevas gracias á los santos con aire de profunda devoción, levantó los ojos al cielo, y apresuróse á meditar otros ambiciosos proyectos, cuyo éxito pudiera ser más seguro.

Con este designio mandó Luis llamar á su astrólogo Galeoto, que compareció con el ademán que solía tomar de arrogante dignidad, pero llevando pintada en su rostro cierta inquietud, como si dudara que el rey le hiciese buena acogida. Fué, sin embargo, más bien recibido que nunca: Luis le llamó su amigo, su padre en las ciencias, el telescopio por cuyo medio podía un rey penetrar los sucesos futuros, y terminó su cumplimiento metiéndole en el dedo una sortija de gran valor.

Galeoto ignoraba qué novedades habían tan repentinamente realzado su mérito á los ojos del rey, pero era demasiado ducho para dejar traslucir su ignorancia. Recibió los elogios de Luis con modesta gravedad; dijo que sólo eran debidos á la perfección de la ciencia que ejercía, ciencia que daba nuevo pábulo á la admiración, produciendo maravillas por conducto de un agente tan débil é insignificante como él. El rey y el astrólogo se despidieron, ambos completamente satisfechos el uno del otro.

Luego que hubo partido Galeoto, Luis, muy fatigado al parecer, echóse en un sillón, y despidió á toda su gente, excepto á Oliverio, que desempeñando sus funciones con celo y sin desplegar los labios, ayudó á su amo en los preparativos para acostarse.

Mientras estaba de esta suerte ejercitando su habitual servicio, el monarca permanecía pasivo y silencioso contra toda su costumbre, extraordinaria mudanza que impresionó vivamente á Oliverio. Las almas más depravadas no se ven siempre destituídas de todo sano principio: los bandidos son fieles á su capitán, y sucede alguna vez que un protegido, un favorito, experimenta un impulso de sincero interés por el príncipe á quien debe su elevación y su fortuna. Oliverio, á pesar del apodo de Malo ó de Diablo ó de cualquier otro que se le diera para indicar sus perversas inclinaciones, no estaba aún tan identificado con Satanás, que cerrase todas las puertas de su corazón á la gratitud que debía á su amo; y no pudo verle sin dolor en aquel

estado de abatimiento y aun, á lo que parecía, de inquietud.

Después de haber dedicado al rey en silencio por un breve rato los acostumbrados servicios de ayuda de cámara, resolvióse por fin á decirle con la libertad que la indulgencia del soberano le permitía en tales ocasiones:

—¡Cómo es ello, señor! Cualquiera diría que Vuestra Majestad ha perdido una batalla; y, sin embargo, yo, que todo el día no me he separado de vuestra real persona, puedo asegurar que nunca os vi con tanto valor, y el campo de batalla ha quedado por Vuestra Majestad.

—¡El campo de batalla!—exclamó Luis levantando la vista y recobrando la malignidad de su tono y ademán...—¡Fuego de Dios! amigo Oliverio, di que he quedado dueño de la arena en un combate contra un toro, pues no creo que exista bruto más ciego, testarudo é indomable que mi primo de Borgoña, á menos que sea un dogo de Murcia adiestrado con el solo objeto de soltarle en el toril. No importa; me parece que le he picado bonitamente. Pero, Oliverio, alégrate conmigo de que ninguno de mis planes haya surtido buen efecto en Flandes ni por lo que toca á las aventureras princesas de Croye, ni relativamente á Lieja... Supongo que comprendes lo que quiero decir.

—No, á fe mía, señor; me es imposible felicitar á Vuestra Majestad por ver frustrados sus proyectos favoritos, á menos que se digne Vuestra Majestad indicarme el motivo que pudo obrar tal variación en sus miras y deseos.

—Tomado el asunto bajo un punto de vista general, no ha ocurrido ninguno, amigo mío; pero ¡fuego de Dios! he aprendido hoy á conocer y profundizar mejor al duque Carlos. Cuando él era conde de Charolais, en vida de su padre el anciano duque Felipe el Bueno, y yo delfín desterrado de Francia, cazábamos, bromeábamos, apurábamos algunas botellas y más de una buena aventura corríamos juntos. En aquella época tenía yo sobre él una superioridad decidida, aquella que el espíritu más fuerte toma naturalmente sobre el más débil; pero de entonces acá ha variado mucho; se ha vuelto pertinaz, emprendedor, arrogante, pen-

denciero, dogmatista, se le trasluce el deseo de llevar las cosas al extremo cuando cree tener ocasión favorable. Si quería yo tocar algún asunto que le disgustase, era necesaria la precaución con que aplicaría el cirujano un hierro candente. Apenas pude pronunciar algunas palabras para hacerle entrever la posibilidad de que esas errantes condesas de Croye hubiesen caído en manos de algún aventirero antes de llegar á Lieja; pues le confesé francamente que tenía motivos para creer que era Lieja el punto á donde se dirigían. ¡Fuego de Dios! se hubiera creído que le hablaba de un sacrilegio. Es inútil te participe lo que dijo sobre el particular; basta insinuarte que creyera sumamente arriesgada mi cabeza si en aquel momento le hubiesen anunciado el feliz éxito del honroso proyecto concebido por ti y tu amigo Guillermo el Barbudo para mejorar su fortuna por medio de un matrimonio.

—Vuestra Majestad tendrá á bien acordarse que no soy yo amigo de Guillermo de la Marck, y que tampoco fuí quien concibió el proyecto de que se trata .

—Tienes razón, Oliverio; pues tu plan era desbancar al Jabalí de las Ardenas: pero no por esto escogías mejor esposo á la condesa Isabel cuando pensabas alzarte modestamente con la prebenda. A más de que, Oliverio, desgraciado el que sea su esposo; pues la horca, la rueda, el pilón de descuartizar, he aquí el más bello regalo que ofrece mi benigno primo á quien se case con su joven vasalla sin su ducal consentimiento.

—Y probablemente no le irritaría menos cualquier movimiento de insurrección que ocurriese en la buena ciudad de Lieja.

—Tanto y mucho más, Oliverio; pero desde que formé la resolución de venir aquí, envié mensajeros á Lieja para calmar por ahora los ánimos exaltados; y mandé decir á mis turbulentos y atareados amigos Pavillón y Rouslaer, que se estuviesen quedos como ratones hasta después de esta mi dichosa entrevista con mi querido primo.

—Parece, pues, atendido lo que Vuestra Majestad acaba de decir, que todo lo mejor que esperáis de esta entrevista

es no pasarlo peor. Esto, á fe mía, se parece á la fábula de la cigüeña que metió su cabeza en la boca de la zorra y luego pudo darse por muy contenta con poderla sacar. Sin embargo, no hace mucho que Vuestra Majestad cumplimentaba al sabio filósofo, cuyas predicaciones determinaron á Vuestra Majestad á arriesgar una partida de que tanta ganancia esperaba.

—No se debe desesperar de la partida hasta haberla perdido, Oliverio—dijo el rey con acritud;—y no tengo motivo para recelar que la pierda: debo, por el contrario, ganarla, si no se atraviesa inesperado suceso que excite la cólera de ese loco vengativo; y sin duda tengo que estar muy agradecido al sabio que me hizo elegir por agente conductor de las señoras de Croye al joven, cuyo horóscopo está tan acorde con el mío, que me ha salvado de un gran peligro, aun contraviniendo á mis órdenes, tomando otro camino que le hizo evitar la emboscada de Guillermo de la Marck.

—Nunca faltarán á Vuestra Majestad agentes prontos á servirle con semejantes condiciones.

—No importa, no importa, Oliverio—dijo Luis con impaciencia;—el poeta pagano habla de «Vota diis exaudita malignis:» esto es, «deseos á que los Santos acceden en su ira:» y en las actuales circunstancias tal hubiera sido el mío relativamente á Guillermo de la Marck, á cumplirse ahora mientras me hallo en poder del duque de Borgoña. Y esto es lo que ha previsto mi arte, corroborada por la de Galeoto. Esto es, previó, no que De la Marck malograría su empresa, sino que la comisión de ese joven escocés se terminaría felizmente para mí. Y esto es lo que ha sucedido, aunque de un modo distinto de lo que yo imaginara: pues los astros nos predicen resultados generales, pero guardan silencio sobre los medios que los producen; resultando frecuentemente muy al contrario de lo que esperamos y aun de lo que apetecemos. Pero, ¿de qué sirve hablarte de estos misterios á ti, que eres peor que el diablo, con cuyo título te han honrado, porque á lo menos el diablo cree y tiembla; y tú eres un incrédulo en religión y en ciencia, y continuarás siéndolo hasta el cumplimiento de tu destino,

que, como me aseguran tu horóscopo y fisonomía, se terminará por la intervención de una horca?

—Si esto sucede—respondió Oliverio con tono de resignación,—será por haber sido un servidor harto agradecido para no ejecutar las órdenes de mi real dueño.

Luis soltó una de aquellas sardónicas carcajadas que le eran habituales.

—Ahora diste en el hito, Oliverio—exclamó,—y por María Santísima lo merezco, pues yo he promovido el combate. Pero háblame seriamente: ¿has descubierto en las disposiciones que se toman, con respecto á nosotros, algo que deba hacer sospechar malas intenciones?

—Señor—respondió Oliverio,—Vuestra Majestad y su sabio astrólogo buscan sus agüeros en los astros y en el ejército de los cielos: yo, que sólo soy un reptil terrestre, no puedo formar juicio sino de lo que se encuentra en el círculo de mi esfera. Paréceme que no se tienen aquí para Vuestra Majestad todos aquellos cuidados y atenciones que prueban que se recibe con placer á un huésped de clase tan superior á la suya. El duque, esta noche, pretextando mucha fatiga, sólo ha acompañado á Vuestra Majestad hasta la puerta de la calle, encargando á los oficiales de su casa que viniesen haciendo sus veces hasta aquí. Estos aposentos han sido arreglados precipitadamente y con muy poco primor. Esos tapices están mal colocados... ved, en uno de ellos podéis observar que las figuras andan patas arriba, y las raíces de los árboles tocan al cielo-raso.

—Bueno, bueno—dijo el rey,—este es un accidente ocasionado por la precipitación. ¿Me viste nunca hacer caso de semejantes bagatelas?

—No merecieran la pena que Vuestra Majestad pensase un instante en ellas—replicó Oliverio,—si no indicasen el grado de respeto por Vuestra Majestad que los oficiales del duque observan en su amo. Esté Vuestra Majestad bien seguro que si el duque hubiera dado muestras de desear que nada le faltase á Vuestra Majestad bajo todos respectos, el celo de sus servidores hubiese hecho en un minuto el trabajo de un día.

Y señalando un jarro y palangana que había en el cuarto:

—¿Desde cuándo—añadió,—se destinan al servicio de Vuestra Majestad vasos y efectos que no sean de plata?

—Esta última observación, Oliverio—dijo el rey con forzada sonrisa,—toca demasiado á tus ocupaciones habituales para responder á ella. Es verdad que cuando no era más que un refugiado, un proscrito, me servían en vajilla de oro por orden de este mismo Carlos, que creía entonces no ser la plata metal digno del Delfín, aunque le parece ahora demasiado precioso para el rey de Francia. Pues bien, Oliverio, vámonos á acostar. Tomamos una resolución, la hemos ejecutado, y no tenemos que hacer más que desempeñar con despejo el papel que nos toca representar. Conozco á mi primo de Borgoña: cierra como los toros los ojos cuando se dispone á embestir: no hay más que espiar ese momento, como los toreadores que vi en Burgos, y su misma impetuosidad le pone á mi discreción.

CAPITULO XXVII

La explosión

> Cuando el relámpago, surgiendo súbito de entre las nubes, aparece en el mediodía, ofúscase nuestra vista, teme el oído y el asombro nos deja mudos.
>
> THOMSON.—«El Verano».

El último capítulo estaba destinado, como lo indicaba su título, á recopilar en cierto modo los sucesos anteriores, para poner al lector en el estado de poder formar juicio por sí mismo de las relaciones que mediaban entre el rey de Francia y el duque de Borgoña, cuando Luis, acaso por el crédito que daba á la astrología, que le había asegurado favorable resultado en esta empresa, é inducido sin duda en gran parte por el íntimo convencimiento de la ventaja que llevaba á Carlos por la superioridad de sus luces y conocimientos, había tomado la resolución extraordinaria é inexplicable bajo cualquier otro punto de vista, de confiar su persona á la fe de un soberbio é irritado enemigo: resolución tanto más inconcebible y temeraria, cuanto en aquellos tiempos de desórdenes abundaban ejemplos de que los más formales y auténticos salvo-conductos no ofrecieran segura garantía á las personas á cuyo favor se otorgaran. En efecto, el asesinato del abuelo del duque en el puente de Montereau y en la misma presencia del padre de Luis XI, cuando tuvieron una entrevista en aquel sitio con la mira de restablecer la paz y adoptar las bases de una amnistía

general, era para Carlos de Borgoña un ejemplo de los más terribles, si se hubiese hallado en disposición de imitarle.

Pero el carácter de este príncipe, aunque violento, arrogante, colérico y porfiado, no dejaba de tener cierta generosidad y buena fe cuando no le arrastraba el ímpetu de sus pasiones: estas dos virtudes sólo son del todo desconocidas á los temperamentos más fríos. No quiso incomodar-

se para hacer al rey mejor recibimiento de lo que exigían las leyes de la hospitalidad; pero tampoco demostró designio alguno de traspasar los sagrados límites que prefijan aquéllas.

Al otro día de la llegada del rey hubo una revista general de las tropas del duque de Borgoña; y eran en tan gran número, y se presentaban tan bien armadas y equipadas, que acaso celebró Carlos tan favorable coyuntura para ofrecer este espectáculo á su gran rival. Al paso que, con toda la atención que debe un vasallo á su señor feudal, le decía que aquellas tropas eran las del rey y no las suyas, el movimiento de su labio superior y el rayo de arrogancia que brillaba en sus ojos indicaban con harta

claridad lo insignificante de este cumplido, y la certeza en que estaba de que un ejército tan lucido, exclusivamente á sus órdenes, estaba tan dispuesto á marchar sobre París, como á cualquiera otra parte que se le antojase. Lo que probablemente aumentaba la mortificación de Luis, era distinguir en él muchas banderas de caballeros franceses, no tan sólo de Normandía y de Bretaña, sí que también de provincias las más inmediatamente sometidas á su autoridad; que por diversos motivos de disgusto se ligaran con el duque de Borgoña, é hicieran causa común con él.

Consecuente con su carácter, manifestó Luis hacer muy poco caso de estos malcontentos, mientras en realidad calculaba en su interior los medios que podría adoptar para separarlos del servicio de Borgoña é incitarlos á entrar en el suyo; y resolvió hacer sondear secretamente á Oliverio y otros agentes sobre este punto á los principales de ellos.

El mismo trabajó con esmero, pero con la mayor precaución, para captarse la voluntad de los primeros oficiales y consejeros de Carlos, empleando al efecto los medios de que sabía valerse, tratándoles con respeto y consideración, dispensándoles con maña ciertas lisonjas de vez en cuando, y haciéndoles con liberalidad algunos regalos, no, según decía, para que faltasen á la fidelidad que debían á su augusto amo, sino con el fin de excitarlos á hacer todos sus esfuerzos para mantener la paz entre Francia y Borgoña, objeto muy loable en sí mismo, y tan evidentemente dirigido á asegurar la felicidad de ambos países y de los príncipes que los gobernaban.

Las atenciones de un poderoso y sagacísimo monarca adelantaban ya mucho por sí mismas: las adulaciones producían nuevo efecto, y los regalos, que las costumbres de aquel tiempo permitían á los cortesanos borgoñones aceptar sin escrúpulo, obtenían aún mayores ventajas. Salieron á la caza del jabalí, y cuando el duque, lleno de ardor en todo lo que emprendía, ya fuesen negocios políticos ú objetos de diversión, se entregaba enteramente al placer de este ejercicio, Luis, libre de la sujeción de su presencia, halló medio de hablar ocultamente y á solas con varios de los

cortesanos en quienes se suponía poderoso influjo sobre el ánimo de Carlos, entre los cuales no fueron olvidados Hymbercourt y Comines. Con las insinuaciones que hizo á estos dos hombres distinguidos, no dejó de mezclar ciertos elogios de valor y talento militar del primero, como á la fina censura y conocimientos literarios del futuro historiador de aquella época.

Esta ocasión de poder personalmente conciliarse, ó sobornar si se quiere, los ministros de Carlos, era acaso lo que se proponía el rey como uno de los principales objetos de su visita, en el supuesto de que sus roncerías no surtiesen buen efecto en el mismo duque. Existían tantas relaciones entre la Francia y la Borgoña, que muchos nobles de este país tenían en el primero intereses presentes ó esperanzas futuras: y el favor de Luis podía serles tan útil en esta parte, como perjudicial su disgusto.

Muy idóneo para este género de maquinaciones como para todas las demás, liberal hasta la profusión cuando lo exigía el logro de sus proyectos, sumamente hábil para dar tanto á sus proposiciones como á sus regalos plausible apariencia, logró el rey someter el orgullo de los unos al yugo del interés, y presentar á los otros, verdaderos ó simulados patriotas, el bien común de la Francia y de la Borgoña como ostensible motivo, en tanto que el beneficio personal de cada uno, semejante á la rueda oculta que da impulso á una máquina, no dejaba de obrar poderosamente por más que no estuviesen á la vista los resortes. Sabía conocer el cebo que convenía á cada uno y el modo de presentarle. Escurríanse sus regalos en la manga de los que eran harto orgullosos para tender la mano; y no ponía la menor duda en que su generosidad, cayendo como el rocío silenciosa é imperceptiblemente, produciría en tiempo oportuno abundante cosecha, por lo menos de buena voluntad y quizá de buenos oficios, en favor del que hacía el obsequio. En fin, aunque desde mucho tiempo tenía abierto el camino por medio de sus agentes, para procurarse en la corte de Borgoña una influencia que pudiese ser ventajosa á los intereses de Francia, sus esfuerzos personales,

con el auxilio seguramente de los informes previamente recibidos, hiciéronle adelantar más en pocas horas de lo que consiguieran en muchos años de negociaciones los instrumentos empleados hasta entonces.

Existía en la corte de Borgoña un individuo que Luis deseaba ardientemente atraer á su partido, á quien buscara inútilmente desde su llegada: era el conde de Crève-Cœur. Muy lejos de estar resentido contra él á causa de la firmeza que desplegó como embajador en el castillo de Plessis, halló por el contrario en su conducta y carácter nuevo motivo para granjearse su amistad si fuese posible. No le agradó mucho, por consiguiente la noticia de que el conde había marchado á la cabeza de cien lanzas á las fronteras de Brabante, para socorrer al Obispo en caso necesario, ya fuese contra Guillermo de la Marck, ó contra sus propios vasallos descontentos; pero consolóse con la idea de que la aparición de aquella fuerza unida á los avisos despachados por fieles mensajeros, impedirían que estallasen en aquel país alborotos prematuros que preveía pudieran hacer muy precaria su situación.

La corte comió en el bosque á medio día, como se acostumbraba frecuentemente en aquellas grandes cacerías, lo que esta vez fué muy del agrado del duque, que deseaba libertarse todo lo posible de aquella solemne y ceremoniosa atención que en todo otro caso se veía obligado á observar con Luis. Realmente, el profundo conocimiento que tenía el rey de las debilidades de la naturaleza humana, fascinárale en esta ocasión. Creyó que el duque no hallaría palabras para expresar la satisfacción de recibir de su soberano semejante prueba de condescendencia y confianza; pero no tuvo presente que la dependencia en que se hallaba el ducado de Borgoña de la corona de Francia, era una secreta y amarga mortificación para un príncipe tan rico, soberbio y poderoso como Carlos, que por cierto nada deseaba tanto como convertir su ducado en reino independiente. La presencia del rey en su propia corte imponíale la obligación de representar en ella el papel secundario de vasallo, y de cumplir diferentes actos de sumisión y aca-

tamiento feudal, lo que en un hombre de tan altivo carácter parecía perjudicar á la calidad de príncipe soberano, que en toda ocasión afectaba sostener en cuanto le era posible.

Pero la misma llaneza que se gastó comiendo sobre el verde césped y abriendo toneles al són de las bocinas, con toda la libertad que permite un banquete campestre, le impulsó con mayor fuerza á observar en el festín de la tarde todas las leyes de la más solemne etiqueta.

Habiéndose dado órdenes anticipadas al efecto, al entrar en Perona, el rey Luis encontró un banquete preparado con un esplendor y magnificencia digna de la opulencia de su formidable vasallo, que poseía casi todos los Países-Bajos, entonces la más rica comarca de Europa. Estaba el duque sentado á la testera de una gran mesa que gemía bajo el peso de una vajilla de oro y plata, en que se sirvieran con profusión los más exquisitos manjares. A su derecha, y en silla más elevada, estaba el rey su huésped; detrás del duque, á un lado, el hijo del duque de Gueldres, que desempeñaba las funciones de gran escudero trinchante, y al otro su bufón Glorioso, que casi nunca se separaba de él; pues, como la mayor parte de los hombres de su carácter ordinario é impetuoso, Carlos llevaba al extremo el gusto general por los locos y bufones, que reinaba en todas las cortes de aquel siglo; experimentando al verles desplegar sus debilidades mentales, ó al escuchar sus extravagantes agudezas, aquel placer que su rival más inteligente, pero no más benévolo, prefería encontrar en la observación y examen de las imperfecciones de la humanidad, considerada bajo un punto de vista más noble, riéndose de «los temores del valiente y de las locuras del sabio.» Y, en efecto, si es verdad, como lo refiere Brantome, que un loco de corte, habiéndole oído Luis XI en uno de sus arrebatos de arrepentimiento y devoción confesar que había sido cómplice en el envenenamiento de su hermano Carlos, duque de Guiena, y que lo contó al día siguiente en la mesa delante de toda la corte reunida, es de creer que los

chistes de los locos de profesión tuvieron muy pocos atractivos para este monarca en todo el resto de su vida.

En esta ocasión no se desdeñó sin embargo de fijar su atención en el loco favorito del duque y aplaudir sus respuestas. Lo hizo con tanto mayor gusto, cuanto que observó que aun cuando la locura de Glorioso se expresase frecuentemente con grosería, no dejaba de contener más finura y mordacidad de la que suele hallarse por lo común entre los hombres de su clase.

Realmente, Tiel Wetzweiller, por sobrenombre Glorioso, distaba mucho de ser un bufón de ordinario temple. Era alto, buen mozo y sobresalía en gran número de ejercicios, lo que parecía apenas conciliarse con la imbecilidad mental, pues necesitó por lo menos de gran paciencia y atención para adquirir estos conocimientos. Seguía ordinariamente al duque á las cacerías y aun á la guerra; y en la batalla de Montlhery, cuando este príncipe corrió grave riesgo, habiendo sido herido en la garganta y hallándose á pique de ser hecho prisionero por un caballero francés que tenía ya asidas las riendas de su caballo, Tiel Wetzweiller atacó á este enemigo con tal denuedo, que le derribó y libertó á su señor. Acaso temió que este servicio pareciese harto importante para un hombre de su condición y le suscitase enemigos entre los caballeros y señores que abandonaron al loco de la corte el cuidado y seguridad de su soberano: lo cierto es que, en lugar de solicitar elogios por esta hazaña, procuró solamente provocar la risa á sus expensas, é hizo tantas fanfarronadas por el modo con que se condujo en la batalla, que muchos creyeron que el socorro ofrecido tan oportunamente al duque era una circunstancia imaginaria, como todo el resto de su narración. En aquel lance recibió el epiteto de «Glorioso,» y no se le llamó en adelante de otra manera.

Glorioso se presentaba ricamente vestido y casi nada conservaba del ordinario traje de la gente de su clase; y si algo aparecía aún en él, expresaba esto más bien un carácter simbólico que literal. En lugar de llevar rapada la cabeza, abundantes rizos de su largo cabello salían por

debajo de su gorro y reuníanse á una barba bien peinada y dispuesta con simetría: sus facciones eran proporcionadas, y pudieran aún pasar por hermosas, á no ser por cierto extravío que se notaba en el brillo de sus ojos. Una pequeña tira de terciopelo colocada en la parte superior de su gorro, parecía anunciar mejor que representar la cresta de gallo, atributo distintivo de un loco de profesión. Su vara de ébano remataba, según costumbre, en una cabeza de loco, de plata, con orejas de asno; pero era tan pequeña y delicadamente esculpida, que, á no examinarse muy de cerca, pudiera creerse que llevaba el bastón de oficio de alguna dignidad más grave. Tales eran en todo su traje las únicas insignias que diesen á conocer su estado. En todo lo demás, rivalizaba en magnificencia con la mayor parte de los caballeros cortesanos. Notábase en su gorro una medalla de oro, y en su cuello una hermosa cadena del mismo metal, sus ricos vestidos no eran más caprichosos que los de aquellos jóvenes petimetres extremados en la moda del día.

Carlos, y Luis para imitar á su primo, dirigieron la palabra varias veces á este personaje durante la comida, y ambos riendo con satisfacción, manifestaban cuánto les divertían las respuestas de Glorioso.

—¿Para quién son esas dos sillas desocupadas?—preguntóle Carlos.

—Una de ellas por lo menos debería pertenecerme por derecho de sucesión—respondió Glorioso.

—¿Y por qué, tunante?—dijo Carlos.

—Porque son para el barón de Hymbercourt y el señor de Comines, que han ido tan lejos para hacer volar sus halcones, que olvidaron la comida. Es así que los que prefieren un halcón volando á un faisán en la mesa son próximos parientes de los locos: luego yo debería tener derecho á sus sillas en la mesa, como parte que forman de su herencia de bienes muebles.

—Ese es un chiste que ya peina canas, amigo Tiel—dijo el duque:—pero sean locos ó sabios, he aquí que llegan para reparar su falta.

Comines é Hymbercourt entraban en este instante en el salón, y después de haber saludado respetuosamente á los dos príncipes, fueron á ocupar silenciosos los asientos que se les habían reservado.

—¡Y bien, señores!—dijo el duque,—preciso es que vuestra caza haya sido muy buena ó muy mala, pues perdisteis en ella tanto tiempo; pero, ¿qué es esto, señor Felipe de Comines? ¿qué triste ademán es el vuestro? ¿Os ha ganado Hymbercourt alguna apuesta de consideración? Sois un filósofo, y deberíais sobrellevar con mayor resignación los caprichos de la fortuna. ¡Por San Jorge! Hymbercourt me parece que está tan consternado como tú. ¿Qué quiere decir esto, señores? ¿no disteis con ninguna pieza de caza? ¿perdisteis los halcones? ¿se os ha presentado alguna bruja? ¿os ha salido al encuentro en el bosque el cazador «fantasma?» Por vida mía, más bien parece que asistís á un entierro que á un festín.

Mientras hablaba el duque de este modo, los ojos de todos los circunstantes se habían dirigido á Hymbercourt y Comines. Estaban ambos muy distantes de ser de aquella clase de hombres en quienes es habitual la expresión de penosa melancolía, razón por la cual fueron más notadas su consternación y desmadejamiento. El buen humor y la alegría debida en gran parte á los copiosos brindis de excelente vino, desaparecieron casi al punto mismo; y sin que nadie pudiese indicar la causa de esta mudanza repentina en la disposición general de los ánimos, cada uno se puso á hablar al oído de su vecino como si estuviese aguardando alguna noticia importante é inesperada.

—¿Qué significa ese silencio, señores?—exclamó el duque levantando la voz, que ya tenía naturalmente muy alta. —Si venís á nuestro banquete con tan extraño aspecto y taciturnidad, más nos valiera que permenecieseis aún en los pantanos cazando garzas reales ó más bien buhos y mochuelos.

—Señor—dijo Comines,—cuando regresábamos de la selva encontramos al conde de Crève-Cœur.

—¡Cómo! ¿Tan pronto ha vuelto del Brabante? Presumo que todo estará tranquilo por allá.

—El mismo conde informará dentro de poco á Vuestra Alteza de las noticias que trae—dijo Hymbercourt,—nosotros las sabemos muy imperfectamente.

—¿De veras? Y ¿dónde está el conde?

—Se está vistiendo otro traje para presentarse á Vuestra Alteza—respondió Hymbercourt.

—¡Otro traje, vive Dios! ¿Qué me importa su traje?—exclamó el impaciente príncipe.—Creo que todos habéis conspirado con él para hacerme perder la cabeza.

—Para hablar con mayor franqueza—dijo Comines,—desea comunicar las noticias que trae en audiencia particular.

—¡Fuego de Dios!—exclamó Carlos.—He aquí, señor, cómo se portan siempre con nosotros nuestros consejeros. Cuando pueden hacerse con alguna nueva que juzgan de algún interés para nuestro oído, toman inmediatamente un aire de gravedad, y se muestran tan orgullosos de lo que traen, como un borrico de una albarda nueva. Decid á Crève-Cœur que se presente aquí sin demora. Llega de las fronteras de Lieja; pero yo, por lo menos—dijo cargando el acento en el pronombre personal,—no tengo en aquel país ningún secreto que no se pueda publicar en presencia de todo el mundo.

Todos estaban en la creencia de que las muchas botellas que había apurado el duque aumentarían su terquedad natural; y aunque varios de sus cortesanos hubieran querido hacerle presente que no era aquella buena ocasión ni para recibir noticias ni para una sesión en el Consejo, sin embargo, harto conocían la impetuosidad de su carácter, para atreverse á hacerle objeción alguna; todos, de consiguiente, quedaron aguardando con ansiedad las novedades que el conde podría comunicar.

Pasáronse algunos minutos, durante los cuales permaneció el duque con los ojos fijos en la puerta con ademán de extrema impaciencia, en tanto que todos los convidados los tenían bajos y dirigidos á la mesa como para ocultar su curiosidad é inquietud. Luis, únicamente, conservaba la

mayor serenidad, y hablaba alternativamente con Glorioso y el gran escudero trinchante.

Por fin llegó Crève-Cœur. Luego que puso el pie en el salón, el duque le saludó preguntándole precipitadamente:

—Y bien, señor conde, ¿qué hay de nuevo en Lieja y en Brabante? La noticia de vuestra llegada ha desterrado la alegría de nuestra mesa; mas espero que vuestra presencia la restablecerá.

—Señor—respondió Crève-Cœur con tono firme pero lúgubre,—las noticias que traigo son más propias para ser oídas en el Consejo que en la mesa del festín.

—¿Qué diablos pueden ser?—exclamó el duque.—Quiero saberlas, aunque tuvieseis que noticiarme la venida del Antecristo; pero, voy á adivinarlo. Los liejenses se han rebelado otra vez.

—Esta es la verdad, señor—dijo Crève-Cœur.

—Ya veis—continuó el duque,—cómo he acertado en un momento lo que tanto recelabais decirme. ¿Con que esos artesanos sin juicio han vuelto á tomar las armas?... Esta noticia no podía llegar más á propósito—añadió, dirigiendo á Luis una mirada llena de hiel y resentimiento, por más que evidentemente procurase moderarse,—pues puedo consultar á mi señor feudal sobre el modo de reprimir á esos revoltosos. ¿Traéis todavía más noticias en vuestra maleta, conde? Abridla sin recelo; y dadme cuenta en seguida del motivo por qué no corristeis en socorro del obispo.

—Me cuesta trabajo, señor, tener que participar á Vuestra Alteza las demás novedades, porque sé que os afligiréis al oirlas. Mi socorro y el de todos los caballeros del mundo no hubieran sido de utilidad al digno prelado. Guillermo de la Marck, auxiliado de los liejenses rebeldes, se apoderó de Schonwaldt, y le asesinó en su propio castillo.

—«¡Le asesinó!»—repitió el duque con voz hueca y baja, que fué oída sin embargo en todos los ángulos del salón.—Habrás recibido algún parte falso, Crève-Cœur... ¡eso es imposible!

—¡Ah, señor!—respondió Crève-Cœur,—lo sé por un tes-

tigo ocular, por un arquero de la guardia escocesa del rey de Francia, que se hallaba en la sala en el momento de cometerse el crimen por orden de Guillermo de la Marck.

—Y que sin duda era fautor y cómplice de este horrible sacrilegio—exclamó el duque levantándose y dando una patada con tanto furor que hizo pedazos la tarimilla que tenía á sus pies.—Cerrad las puertas de esta sala, caballeros; guardad las ventanas; que ningún extranjero, so pena de la vida, se separe del lugar que ocupa. ¡Gentiles-hombres de mi cámara! desenvainad los aceros. Y volviéndose hacia Luis, avanzó lentamente la mano, pero con ademán determinado, al puño de su espada, mientras que el rey, sin mostrar ningún temor, ni aun ponerse en actitud de defensa, le decía fríamente:

—Esta noticia os ha trastornado el juicio, querido primo.

—No—replicó el duque con acento terrible,—pero ha despertado un justo resentimiento que yo había dejado dormitar demasiado tiempo por vanas consideraciones de lugares y circunstancias. ¡Asesino de tu hermano! ¡rebelde contra tu padre! ¡tirano de tus vasallos! ¡aliado traidor! ¡rey perjuro! ¡caballero sin honra! Gracias al cielo, caíste por fin en mis manos.

—Dad más bien gracias á mi locura—dijo el rey.—Cuando nos encontramos en Montlhery con menos desigualdad de fuerzas, presumo que hubierais querido hallaros más distante de mí de lo que estáis ahora.

Continuaba el duque con la mano en el puño de la espada; pero no la desenvainó. Parecía repugnarle hacer uso de ella contra un enemigo que no trataba de defenderse, y cuyo ademán tranquilo no podía disculpar ningún acto de violencia.

Entretanto reinaba en la sala una confusión general. Habíanse cerrado las puertas á la primera orden del duque y tanto éstas como las ventanas estaban bien custodiadas, pero muchos caballeros franceses se habían levantado disponiéndose á defender á su soberano. Luis no había hablado una palabra al duque de Orleans ni á Dunois, desde que habían sido puestos en libertad, sacándolos por disposición

suya del castillo de Loches, si es que podía llamarse libertad ser conducidos como se veían con el séquito del rey, antes bien como objeto de desconfianza y sospechas que de atenciones y afecto. Sin embargo, la voz de Dunois fué la primera que se oyó en medio del tumulto y dirigiéndose al duque de Borgoña le dijo:

—Señor duque, olvidáis que sois vasallo de la Francia, y que nosotros, vuestros convidados, somos todos franceses. Si levantáis la mano contra nuestro soberano, preparáos á los más violentos efectos de la desesperación: en este caso tened entendido que apagaremos nuestra sed con sangre de Borgoña, como acabamos de hacerlo con su vino. Animo, príncipe de Orleans; y vosotros, caballeros franceses, colocáos á mi lado é imitadme.

Estos son los lances en que conoce un rey los vasallos con quienes puede contar. Los pocos caballeros y señores independientes que habían seguido á Luis, la mayor parte de los cuales no recibieran de él más que desprecios y disfavor, se pusieron inmediatamente al lado de Dunois, sin que les impusiera una fuerza infinitamente superior, que no les dejaba más esperanza que una muerte gloriosa; y se abreiron camino hacia la testera de la mesa donde se hallaban los dos príncipes.

Aquellos, por el contrario, á quienes Luis había sacado de la nada para confiarles destinos importantes, que no merecían, se mostraron fríos y cobardes; y permaneciendo tranquilamente sentados, parecían resueltos á conformarse con su destino, sin entrometerse en aquel asunto, por más peligros que corriese su bienhechor.

A la cabeza del partido más generoso y leal estaba el venerable lord Crawford que, con una agilidad que nadie hubiera esperado de su edad, se hizo paso venciendo toda oposición. Es justo, sin embargo, decir que no fué ésta mucha; pues ya por pundonor, ó por oculto deseo de evitar el golpe que amagaba á Luis, la mayor parte de los caballeros borgoñones se apartaron para dejarle pasar. Colocándose atrevidamente entre el rey y el duque echóse á un lado la gorra, de la que se escaparon los blancos me-

chones de su cabello; sus pálidas mejillas y arrugada frente recobraron los colores de la juventud; brilló en sus ojos empañados por la edad toda la viva llama de un guerrero mancebo dispuesto á un acto de valor y de desesperación; y envolviendo su brazo izquierdo con la capa que le colgaba del hombro, desenvainó con la diestra el acero.

—He combatido por su padre y por su abuelo—exclamó: —¡por San Andrés! suceda lo que quiera, no le abandonaré en este trance.

Todo esto, que nos ha ocupado algún tiempo para contarlo, pasó con la rapidez de un relámpago, pues no bien el duque había tomado una actitud amenazadora, que ya Crawford se colocara entre él y el objeto de su venganza, y no se hallaba muy distante Dunois con los caballeros franceses apretados en torno suyo.

El duque de Borgoña seguía con la mano apoyada en su espada, y parecía disponerse á dar la señal de un ataque general, cuyo resultado hubiera sido infaliblemente la muerte y destrucción del partido más débil, cuando Crève-Cœur se adelantó con ímpetu, exclamando con estentórea voz:

—¡Señor duque de Borgoña! pensad lo que vais á hacer. Estáis en vuestra casa; sois vasallo del rey. No derraméis bajo vuestro techo la sangre de un huésped, la sangre de vuestro soberano, en el trono mismo que habéis levantado para él, y en el que se sentó bajo vuestra salvaguardia. Por consideración al terso honor de vuestra familia, no queráis vengar un asesinato horrible con otro más horrible todavía.

—Retírate, Crève-Cœur—contestó el duque,—y déjame saciar mi venganza. Retírate, digo: la cólera de los príncipes es tan temible como la del cielo.

—Sí—añadió Crève-Cœur, con firmeza,—pero sólo cuando es justa como la de Dios. Permitidme suplicaros que reprimáis el primer ímpetu de vuestro genio, por más justamente ofendido que estéis. Y vosotros, caballeros franceses, toda resistencia es inútil: no tengáis á mal que os empeñe á evitar cuando pudiera promover la efusión de sangre.

—Tiene razón—dijo Luis, á quien la serenidad de ánimo no abandonó en esta crisis espantosa, y quien preveía que, empezándose el choque, el mismo calor de la contienda produciría excesos que se evitarían pudiendo conservar la paz.—Primo de Orleans, mi querido Dunois, valiente Crawford, no suscitéis desgracias y derramamientos de sangre, dándoos por agraviados con tanta precipitación. Mi primo el duque está irritado por la noticia de la muerte de un amigo íntimo á quien amaba, del venerable obispo de Lieja, cuyo asesinato siento yo tanto como él. Antiguos y por desgracia nuevos motivos de disturbios le inducen á sospechar que haya yo podido tomar parte en un crimen que me llena de horror. Si mi huésped quisiese asesinarme en este mismo salón, á mí que soy su rey y su pariente, bajo la falsa suposición de haber cooperado al exterminio del prelado, todos vuestros esfuerzos, lejos de aliviar nuestro destino, le agravarían sin duda. Así pues, Crawford, retiráos. Aun cuando debieran ser estas mis últimas palabras, hablo como rey á un oficial mío y exijo obediencia; retiráos, y si os lo reclaman, rendid vuestro acero: yo os lo mando, y vuestro juramento os obliga á cumplir mis órdenes.

—Así es, señor—respondió Crawford, retrocediendo algunos pasos y volviendo á envainar su espada.—Esta es la verdad; pero si me hallase á la cabeza de setenta de mis valientes así como me agobia igual número de años, por vida mía, quisiera ver cómo se lucen esos señoritos con sus cadenas de oro y las preseas que brillan en sus sombreros.

El duque permaneció largo rato con los ojos clavados en el suelo, y dijo después con amarga ironía:

—Tienes razón, Crève-Cœur, mi honor exige que no pague tan precipitadamente como había resuelto á impulsos de mi furor, los beneficios que debo á ese huésped virtuoso, á ese gran monarca, á ese amigo fiel. Obremos de esta suerte para que la Europa entera reconozca la justicia de nuestros procedimientos. ¡Caballeros franceses! fuerza es que entreguéis vuestras armas á mis oficiales. Vuestro señor ha

roto la tregua, y no tiene derecho á reclamarla. Sin embargo, por atención á vuestros nobles sentimientos, y por respeto á la dignidad que ha deshonrado y á la estirpe de que se ha hecho indigno, no exigiré que mi primo Luis rinda su acero como los demás.

—Ninguno de nosotros lo rendirá ni saldrá de este salón —dijo en alta voz Dunois,—sin estar cierto de la seguridad de nuestro rey.

—Ningún individuo de la guardia escocesa depondrá sus armas—añadió Crawford,—sin orden expresa del rey de Francia ó de su gran condestable.

—Valiente Dunois—dijo el rey,—y vos, mi leal Crawford, vuestro celo me será más perjudicial que útil. Confío más—añadió con dignidad,—en la justicia de mi causa, que en una vana resistencia que costaría la vida á mis mejores y más esforzados vasallos. Rendid vuestras armas: los nobles borgoñones que recibirán estas honrosas prendas, os protegerán, como á mí, mejor de lo que pudierais hacer vosotros mismos. Rendid vuestras armas: el rey os lo manda.

De este modo, en tan peligrosa crisis, Luis mostró aquella admirable resolución y presencia de ánimo, que era lo único que podía salvarle. No se le ocultaba que mientras no llegasen á las manos, sería fácil contar con los esfuerzos de la mayor parte de los caballeros borgoñones que se hallaban en el salón para calmar el furor de su amo; pero que si se empeñaba una refriega, debía él ser víctima con su corto número de defensores. Sus más encarnizados enemigos confesaron, sin embargo, que esta vez no hubo en la conducta de Luis circunstancia ninguna que pudiese tildarse de cobardía ni bajeza. Evitó cambiar en frenesí los furiosos arrebatos del duque, pero no dió muestras de temor ni de querer calmar su cólera con humillantes súplicas. Continuó mirándole con aquella atención fija y tranquila que se nota en un hombre de corazón intrépido, que está observando los ademanes amenazadores de un loco, y que se halla persuadido de que la serenidad y firmeza serán un freno capaz por sí solo de reprimir insensiblemente el exceso de la demencia misma.

Crawford, obedeciendo la orden del rey, echó su espada á los pies del conde de Crève-Cœur..

—Tomadla—dijo,—y regocijáos, ya que el diablo lo permite. Aquel á quien pertenece no se degrada rindiéndola; pues no hemos tenido libre el campo para medirla con la vuestra.

—Aguardad, caballeros—exclamó el duque con acento cortado, como el de un hombre á quien la cólera permite apenas articular las palabras,—guardad vuestras armas: me bastará la palabra que me deis de no hacer uso de ellas. En cuanto á vos, Luis de Valois, debéis consideraros como mi prisionero, hasta que justifiquéis no haber sido cómplice en ese sacrílego asesinato. Conducidle al castillo... á la torre del conde Herberto. Désele facultad de elegir seis personas de su séquito para estar con él... Lord Crawford, es preciso que vuestra guardia se retire del castillo; se le designará otro alojamiento, un alojamiento honroso... Alcense todos los puentes levadizos; ciérrense todos los rastrillos; colóquese triple guardia en las puertas de la ciudad; trasládese el puente de barcas á la orilla derecha del río; apóstese en el circuíto del castillo mi regimiento de walones negros, y triplíquese el número de los centinelas en todos los puntos... Hymbercourt, vos cuidaréis de disponer patrullas de infantería que recorran toda la ciudad de media en media hora durante esta noche, y de hora en hora el día de mañana, si acaso es necesaria todavía esta medida, pues es probable que obraremos con prontitud en este asunto. Por fin, vigilad bien la persona de Luis, si hacéis algún caso de vuestra vida.

Levantóse vivamente de la mesa con el mismo aire de enojo y malhumor, lanzó al rey una mirada de enemistad mortal y salió del aposento con paso precipitado.

—Señores—dijo Luis mirando en torno suyo con dignidad,—el dolor por la muerte de su deudo ha causado en vuestro príncipe un arrebato de frenesí. Juzgo que como nobles y caballeros conocéis demasiado vuestro deber, para cooperar con él en alevosas y violentas medidas contra la persona de su señor feudal.

En este instante se oyeron en las calles las diferentes llamadas de cajas y clarines.

—Nosotros somos vasallos de Borgoña—respondió Crève-Cœur, que ejercía las funciones de gran mariscal en la casa del duque,—y como tales debemos obrar. Nuestras esperanzas, ruegos y esfuerzos todos se dirigirán á restablecer la paz y unión entre Vuestra Majestad y nuestro señor el duque; pero entretanto estamos obligados á ejecutar sus órdenes. Los grandes y caballeros de Borgoña, que están presentes, tendrán á mucho honor hospedar en su casa al ilustre duque de Orleans, al valeroso Dunois, y al venerable lord Crawford. En cuanto á mí, me es preciso ser el gentilhombre de cámara de Vuestra Majestad y acompañaros á un aposento muy distinto de lo que yo quisiera, atendida la hospitalidad que me acuerdo haber recibido en Plessis. Vuestra Maejstad no tiene que hacer más que escoger su séquito: las órdenes del duque le limitan á seis individuos.

—En este caso—dijo el rey, recorriendo con la mirada las personas que le rodeaban, y después de un instante de reflexión,—deseo tener cerca de mí á Oliverio el Gamo, á un arquero de mi guardia escocesa, conocido por el sobrenombre de Acuchillado, que puede ir desarmado si así lo queréis, á Tristán el Ermitaño con dos de los suyos á su elección, y á mi fiel y leal filósofo Marcio Galeoto.

—La voluntad de Vuestra Majestad será puntualmente cumplida en todas sus partes—respondió el conde de Crève-Cœur.—Me aseguran—añadió después de haber tomado algunos informes,—que Galeoto está cenando muy bien acompañado, pero se le pasará en seguida el aviso. Los demás acudirán inmediatamente á las órdenes de Vuestra Majestad.

—Vamos, pues—dijo el rey,—trasladémonos al nuevo alojamiento que me designa pla hospitalidad de mi primo. Sé que la plaza es fuerte, espero que no será menos segura.

—¿Sabéis quienes son las personas que el rey Luis ha escogido?—dijo Glorioso en voz baja al conde de Crève-Cœur, siguiendo al monarca que salía de la sala del banquete.

—Sin duda, mi jovial compadre; y ¿qué tienes que decir á esto?

—¡Oh! nada, nada absolutamente, sino que es una elección muy rara: un barbero alcahuete, un matón escocés, el verdugo y dos criados suyos, y por fin, un pícaro charlatán. Allá voy con vos, Crève-Cœur; quiero subir un grado más en la ciencia de la bribonería observándolos bien cuando los acompañéis al lugar de su destino. Al mismo Satanás le hubiera costado trabajo convocar semejante concilio sin poder gloriarse de ser su más digno presidente.

El bufón, á quien todo se permitía, tomó entonces el brazo de Crève-Cœur y echó á andar con él, mientras que con crecida escolta, pero con todas las demostraciones exteriores de respeto, acompañaba al rey á su nuevo alojamiento.

CAPITULO XXVIII

La prisión

Descansad, pues, vosotros los humildes, ya que tenéis esta dicha: el reposo huye de aquellos cuya frente ciñe una corona.
SHAKSPEARE.—«Segunda parte de Enrique IV,» acto III.

Cuarenta soldados interpolados, uno con la espada desnuda y otro con una antorcha encendida, componían la escolta, ó mejor dicho, la guardia que conducía á Luis XI desde las Casas consistoriales de Perona al castillo. Al poner los pies en aquella lóbrega y tétrica fortaleza parecióle oir una voz que le repetía al oído la sentencia que el poeta florentino escribió en la puerta de las regiones infernales: «Vosotros que entráis aquí, renunciad á toda esperanza.»

Si el rey hubiese tenido presente en aquel instante los infelices que á centenares y miles amontonara en los calabozos por ligeras sospechas, y varias veces sin ningún motivo, privándoles de toda especie de libertad y reduciéndoles á maldecir la vida, que sólo conservaban por una especie de instinto animal, acaso habría sentido algún remordimiento en su corazón.

La luz viva de las antorchas ofuscando la de la pálida luna, cuyos rayos resplandecían menos aquella noche que la anterior, y la claridad humosa y rojiza que esparcían por todo aquel antiguo edificio aumentaban todavía lo lúgubre y formidable de la maciza torre que llamaban «del conde

Herberto.» Era la misma que Luis había visto el día antes con una especie de triste presentimiento, y que destinada para su habitación, iba á ocupar ahora, recelando con terror todas aquellas violencias á que el genio iracundo de su poderoso rival podría conducirle en estas bóvedas silenciosas, tan favorables al despotismo.

Para aumentar las penosas impresiones del rey, reparó al cruzar el patio en dos ó tres cadáveres, sobre los cuales habían echado precipitadamente unos capotes de soldado; pero no tardó en distinguir en ellos el uniforme de los arqueros de su guardia escocesa. El destacamento que estaba de facción cerca de las habitaciones del rey, según le informó el conde de Crève-Cœur, no había querido dejarse relevar del punto que se le confió al principio, originándose de aquí una reyerta entre los arqueros y los walones negros del duque, en que hubo varios muertos, antes que los oficiales de ambos cuerpos hubiesen podido restablecer el orden.

—¡Valientes y leales escoceses!—exclamó el rey al ver aquel triste espectáculo,—si hubieseis tenido que combatir hombre á hombre, ni toda Flandes, ni Borgoña pudieran presentar campeones capaces de resistiros.

—No hay duda—dijo el Acuchillado, que iba detrás del rey,—pero Vuestra Majestad no ignora que el número sofoca el valor. Pocos hay que puedan hacer frente á más de dos enemigos á la vez. Yo mismo no me expondría á pelear contra tres, á menos de exigirlo mi obligación, en cuyo caso no se sigue regla.

—¡Ah! ¡ah! ¿tú estás aquí, antiguo servidor?—dijo el rey volviéndose á mirarle,—¿con que tengo todavía á mi lado un vasallo leal?

—Y un fiel ministro, sea en los consejos, ó en los deberes que tiene que desempeñar cerca de vuestra real persona—dijo con meliflua voz Oliverio el Gamo.

—Todos somos leales—añadió con sequedad Tristán el Ermitaño,—porque si el duque mandara dar muerte á Vuestra Majestad, no dejaría la vida á ninguno de nosotros, aun cuando deseásemos conservarla.

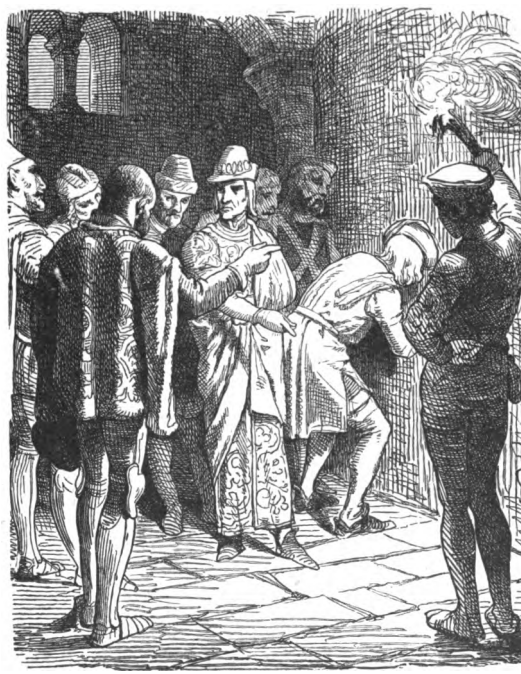
—He aquí lo que yo llamo una excelente garantía de fidelidad—dijo Glorioso, que, como ya hemos hecho presente, y con la volubilidad que caracteriza una cabeza destornillada, se había introducido en el acompañamiento.

Entretanto, el anciano alcaide, que fué llamado apresuradamente, estaba haciendo penosos esfuerzos para dar la vuelta á una pesada llave en la cerradura de la puerta de aquella antigua prisión gótica, que parecía abrirse con dificultad, y se vió obligado á pedir auxilio á uno de los soldados de Crève-Cœur. Luego que estuvo abierta entraron seis hombres con antorchas y mostraron el camino por un corredor angosto y tortuoso, dominado de trecho en trecho por tronerillas y barbacanas abiertas en el espesor de los macizos muros. Hallábase al fin de este pasaje una escalera de igual rudeza que aquél, cuyos escalones sólo eran unos grandes pedazos de roca toscamente cortada á pico y de altura desigual. En lo alto de la escalera, una puerta de hierro les dió paso á lo que se llamaba la gran sala de la torre, donde apenas penetraba la luz á mitad del día, pues sólo llegaba á ella por aberturas que el grueso excesivo de las murallas hacía parecer más estrechas, y mejor tenían traza de rendijas que de ventanas. Sin el resplandor de las antorchas hubiera reinado en ella en aquel momento una obscuridad absoluta. Dos ó tres murciélagos ú otras aves de mal agüero, despertados por esta claridad inusitada, revolotearon alrededor de las hachas y por poco las apagaron; en tanto que el alcaide se excusaba con el rey de no hallarse en mejor estado los principales aposentos del castillo, pretextando la falta de tiempo para prepararlos, y añadiendo que realmente aquel salón había estado veinte años sin servir, y que aun antes, según había oído decir, desde el tiempo del rey Carlos el Simple, era rarísima vez habitado.

—¡De Carlos el Simple!—repitió Luis,—ya conozco ahora la historia de esta torre. Aquí fué asesinado por traición de su pérfido vasallo, Herberto, conde de Vermandois, según aseguran nuestros cronistas. Ya sabía yo que debía haber relativamente al castillo de Perona una tradición, cuyas cir-

cunstancias no recordaba. ¡Con que aquí recibió la muerte uno de mis predecesores!

—No aquí, no precisamente aquí—dijo el viejo alcaide adelantándose con el ademán atareado de un charlatán muy contento en relatar la historia de las curiosidades que muestra al público,—fué un poquito más lejos, en un gabinete que da al dormitorio de Vuestra Majestad.



Abrió muy listo una puerta situada al otro extremo del aposento, que conducía á un dormitorio pequeño, según estilo en aquellos antiguos edificios; pero más cómodo, por esta misma razón, que la gran sala que acababan de atravesar. Se habían hecho en él precipitadamente algunos preparativos para recibir al rey, como cubrir las paredes de tapices, encender lumbre en una chimenea sin servicio mu-

chos años hacía, y echar colchones en el suelo, conforme se usaba entonces, para los que debían pasar la noche en el cuarto del rey.

—Voy á mandar que preparen camas en la antesala para el resto de vuestro séquito, señor—dijo el charlatán anciano,—suplico á Vuestra Majestad que disimule. ¡He tenido tan poco tiempo para dar disposiciones!... Ahora, si es del agrado de Vuestra Majestad pasar por esa puertecita que cubren los tapices, verá el pequeño y antiguo gabinete abierto en el espesor de la misma pared, donde Carlos fué asesinado. Hay en él un pasillo secreto que comunica con el patio, por el cual penetraron los hombres encargados de darle muerte. Vuestra Majestad, cuya vista presumo será mejor que la mía, podrá distinguir en el suelo las manchas de sangre, á pesar de haberse pasado más de quinientos años desde aquel acontecimiento.

Diciendo esto se dispuso á abrir la puertecita de que hablaba.

—Aguarda, anciano—le dijo el rey deteniéndole el brazo, —aguarda un poco todavía, y tendrás que contar una historia más reciente y podrás enseñar manchas de sangre más frescas. ¿Qué os parece, conde de Crève-Cœur?

—Sólo puedo deciros, señor—respondió el conde,—que estos aposentos se hallan á la disposición de Vuestra Majestad como los que ocupaba en el castillo de Plessis, y que la guardia exterior está confiada á Crève-Cœur, nombre que no se denigró jamás con una sospecha de traición ó de asesinato.

—¿Pero el pasillo secreto de que habla ese anciano y se encuentra en ese gabinete?—dijo Luis en voz baja y con tono de inquietud, apretando con una mano el brazo de Crève-Cœur, mientras con la otra le indicaba el cuarto referido.

—Eso será algún sueño de Mornay—respondió Crève-Cœur,—alguna antigua y absurda tradición de este castillo; pero voy á cerciorarme de ello.

Iba á abrir la puerta, cuando Luis deteniéndole, le dijo:

—No, Crève-Cœur, no; vuestro honor me es suficiente

garantía. Pero, ¿qué piensa hacer de mí vuestro duque? No es regular que me tenga mucho tiempo prisionero... En una palabra, Crève-Cœur, manifestadme vuestra opinión.

—Señor—respondió el conde,—Vuestra Majestad puede juzgar por sí mismo cuán grande debe de haber sido el sentimiento del duque de Borgoña á causa del horrible asesinato de uno de sus aliados y más próximos parientes; y sólo Vuestra Majestad se halla en estado de saber los motivos que tenga para presumir que los autores de este crimen hayan sido impulsados á él por los emisarios de Vuestra Majestad; pero mi señor tiene una nobleza de carácter que le hace incapaz de todo manejo oculto, aun en medio de los mayores ímpetus de su furor. Todo lo que practique, sea lo que fuere, lo hará á la luz del día, á la vista de ambas naciones. Yo sólo puedo añadir que el deseo de todos los consejeros que le rodean, excepto acaso uno solo, será de que se porte en esta ocasión con tanta moderación y generosidad como justicia.

—¡Ah, Crève-Cœur!—dijo Luis tomando la mano del conde como si le hubiese afligido algún penoso recuerdo.—¡Feliz el príncipe que tiene cerca de su persona consejeros capaces de oponer un dique al torrente de sus pasiones y de su furor! Sus nombres serán escritos con letras de oro en la historia de su reinado. ¡Noble Crève-Cœur, que no me haya favorecido la suerte con un hombre como vos para estar siempre á mi lado!

—Si así lo hubiese hecho, el cuidado de Vuestra Majestad—dijo Glorioso,—fuera sacudírsele lo más presto posible.

—¡Ah! ¡ah! señor sabio, ¿también estás tú aquí?—dijo Luis volviéndose á él y abandonando el tono patético con que hablara á Crève-Cœur para tomar fácilmente otro muy parecido á la jovialidad.—¿Con que, también nos seguiste, eh?

—Sí, señor; la sabiduría debe ir detrás vestida de colorines, cuando la locura la precede con un manto de púrpura.

—¿Cómo debo entender yo esto, señor Salomón? ¿Quisieras cambiar tu empleo con el mío?

—No, á fe, señor, aunque me dieseis por añadidura cincuenta coronas.

—¿Y por qué no? Según lo que son los príncipes en el día, paréceme que pudiera contentarme de tenerte á ti por rey.

—Muy bien, señor; pero la dificultad consiste en si, juzgando yo del talento de Vuestra Majestad por el hecho de haberse hospedado aquí, me avergonzaría de tener un loco tan poco perspicaz.

—Silencio, bribón—dijo el conde de Crève-Cœur,—ya dais demasiada libertad á vuestra lengua.

—Dejadle hablar—dijo el rey,—no hay objeto más propio para la zumba que las locuras de aquellos que no debieran cometerlas. Toma, juicioso amigo, toma este bolsillo de oro, y recibe al mismo tiempo el consejo de no ser tan loco, que te creas más sabio que los demás. Entretanto, ¿quieres hacer el favor de informarte dónde se halla mi astrólogo Marcio Galeoto, y de enviármelo aquí sin demora?

—Con mucho gusto, señor—respondió el bufón;—y estoy seguro que le encontraré en casa de Juan Dopplethur, pues los filósofos saben tan bien como los locos dónde se vende el mejor vino.

—Espero, conde—dijo Luis,—que daréis orden á vuestra guardia para que permita la entrada á ese docto personaje.

—No habrá ninguna dificultad en que éntre, señor—respondió Crève-Cœur;—pero siento verme obligado á añadir que mis instrucciones me prohiben dejar salir á nadie del aposento de Vuestra Majestad. Deseo á Vuestra Majestad felices noches; voy ahora á disponer lo necesario para que las personas de vuestro séquito, que han de quedarse en la antesala, puedan estar con mayor comodidad.

—No os toméis ningún trabajo sobre este punto, señor conde—dijo el rey:—todos están acostumbrados á una vida dura; y, para hablaros con franqueza, excepto Galeoto, á quien deseo ver, quisiera tener esta noche tan pocas co-

municaciones como puedan prevenirlo las órdenes que habéis recibido.

— Consisten — respondió Crève-Cœur — en dejar á Vuestra Majestad en completa posesión de sus habitaciones. Esto es lo que ha mandado mi señor.

—Vuestro señor, conde de Crève-Cœur—dijo Luis,—y pudiera también añadir el mío, es muy atento y cortés. Mi reino es algo limitado en este momento, puesto que sólo consta de un dormitorio y una sala, pero harto capaz para los vasallos que puedo alabarme de tener en la actualidad.

El conde de Crève-Cœur se despidió del rey; y un instante después oyóse el ruído de los centinelas que iban á colocarse en sus puestos, de los oficiales que les daban el santo y la consigna, y el paso apresurado de los soldados relevados de su guardia que se retiraban. Por fin, sucedió á esto un silencio completo, y no sonó más que el sordo murmullo de las turbias y profundas aguas del Soma que bañaban las murallas del castillo.

—Retiráos á la antesala, camaradas—dijo Luis á Oliverio y á Tristán;—pero velad, estad prontos á recibir mis órdenes, porque algo de provecho nos queda que hacer todavía esta noche.

Oliverio y Tristán se retiraron á la antesala, donde se quedara el Acuchillado con los dos oficiales del gran preboste, mientras ellos seguían á su amo al dormitorio. Encendido un gran fuego de leña que alumbraba y calentaba al propio tiempo la estancia, y bien abrigados con sus capas, echáronse por el suelo en diversas actitudes que indicaban la inquietud y descaecimiento de su ánimo. Tristán y Oliverio creyeron que lo mejor que podían hacer era seguir su ejemplo; y como no fueron grandes amigos en los días de su prosperidad, no quiso el uno tomar al otro por confidente en tan extraño y repentino contratiempo. Toda la compañía quedó pues sumida en el silencio y la consternación.

Entretanto su amo, que quedara solo en el aposento, estaba sufriendo unas angustias que podían servir de ex-

piación á otras muchas de las que él había ocasionado. Tan pronto se paseaba por su cuarto con cortos y desiguales pasos, como se detenía juntando las manos, abandonándose, en una palabra, á una agitación, que tan bien había sabido reprimir en público. Por fin, colocándose delante de la puertecita designada por el viejo Mornay, que suponía conducir á la escena del asesinato de uno de sus predecesores, retorcióse las manos y fué gradualmente expresando sus sentimientos en el monólogo siguiente, que interrumpió muchas veces:

—¡Carlos el Simple!... ¡Carlos el Simple!... Y ¿qué epiteto dará la posteridad á Luis XI, cuya sangre refrescará probablemente las manchas de la suya? ¿Luis el Necio?... ¿Luis el Insensato?... ¿Luis el Fatuo?... No; son términos todavía hatro débiles para expresar mi extremado idiotismo. ¡Creer que esos atolondrados liejenses, á quienes es tan necesaria la rebelión como el aire que respiran, estarían un momento tranquilos!... ¡Pensar que el feroz Jabalí de las Ardenas interrumpiría un solo instante su carrera de violencias y brutalidad sanguinaria!... ¡Presumir que Carlos de Borgoña escucharía el idioma de la razón y la prudencia, antes de haber probado si era fácil domar un toro bravo con argumentos y exhortaciones!... ¡Oh, loco, loco mil veces yo!... Pero ese pícaro de Galeoto no se me escapará: él ha sido el agente principal en este asunto, él y ese clérigo vil, el detestable La Balue. Si salgo de este peligro, yo le arrancaré el capelo de cardenal, aun cuando debiese quedar pegada á él la piel de su cráneo. Pero el otro traidor está en mi poder: todavía soy rey, todavía es bastante dilatado mi imperio para castigar á un charlatán, á un impostor, un impérito, un astrólogo embustero á quien serví de juguete, y que me constituyó prisionero de mi enemigo... ¡La conjunción de las constelaciones!... ¡Sí, sí, la conjunción!... Me ha espetado una cáfila de patrañas, dignas de ser contadas al bruto de mayor marca... ¡y yo fuí harto imbécil para pensar que lo comprendía! No importa: dentro de poco veremos lo que verdaderamente pre-

dijo la conjunción. Pero ante todo, voy á atender á mis devociones.

Encima la puertecilla de aquel gabinete, acaso en memoria del acontecimiento que presenciara, hallábase un nicho con un Crucifijo de piedra toscamente labrada. El rey fijó la vista en esta imagen, é hizo un movimiento como para arrodillarse delante de ella; pero detúvose de repente, como si hubiese aplicado á este emblema religioso los principios de la política mundana, mirando como una temeridad el dirigirle sus súplicas antes de haberse procurado algún poderoso intercesor. Apartó, pues, la vista del Crucifijo como considerándose indigno de mirarle, quitóse el sombrero, pasó revista á las imágenes que enteramente le circuían, y fijándose en la que representaba á Nuestra Señora de Clery, púsose de rodillas y le dirigió la singular oración siguiente. No dejará de advertir el lector que la grosera superstición de Luis consideraba hasta cierto punto á Nuestra Señora de Clery como un sér diferente de Nuestra Señora de Embrun, á quien tenía una devoción particular y consagrara muchísimos votos.

—¡Benigna Virgen de Clery!—exclamó juntando las manos y golpeándose el pecho.—¡Bienaventurada madre de misericordia! Tú que eres todopoderosa con el Omnipotente, apiádate de mí pecador. Es verdad que fuí tibio en tu servicio por el de tu bendita hermana de Embrun; pero soy rey, es grande mi poder, ilimitada mi riqueza, y si acaso no bastase, impondría doble contribución á mis vasallos para pagar á las dos lo que os debo. Abre esas puertas de hierro, llena esos anchos fosos, guíame, como una madre guía á su hijo, para sacarme del apremiante riesgo en que me veo. Si dí á tu hermana el condado de Bolonia para tenerlo en posesión perpetua, ¿no tengo acaso medios para demostrarte también á Ti mi devoción? Te daré la grande y rica provincia de Champaña, cuyas viñas verterán la abundancia en tu convento. La había prometido á mi hermano Carlos; pero murió, como tú sabes... envenenado por ese malvado abad de San Juan de Angely, á quien castigaré si se me deja la vida... Ya lo prometí en otro tiem-

po, pero esta vez cumpliré mi palabra... Si tuve algún conocimiento de este crimen, te aseguro, mi venerada Patrona, que fué porque no veía mejor medio para reprimir á los descontentos de mi reino. No me cargues esta antigua deuda; pero sé ahora lo que siempre has sido, blanda, buena, abogada de los que te invocan. Bondadosa Señora, intercede con tu Hijo para que me perdone todas mis culpas pasadas, y otra... otra muy leve que me es preciso cometer esta noche... pero ni siquiera merece el nombre de culpa: ¡amable Virgen de Clery! no, no lo es: es un acto de justicia privada, pues se trata del mayor impostor que haya vertido la mentira en el oído de un príncipe, y á más de esto tiene tendencia á la infame heregía de los griegos. No merece tu protección; abandónale á mi rigor, y mira lo que voy á hacer como una obra buena, pues es un nigromante, un brujo indigno de que te ocupes de él, un perro cuya vida no debe ser de mayor importancia á tus ojos, que la extinción de una chispa que cae de la torcida de una vela ó que salta de la lumbre. No pienses en esta bagatela ¡dulce y benéfica Señora! piensa sólo en los medios de salvarme de este peligro. Yo te doy mi real palabra delante de tu gloriosa imagen, que cumpliré mi promesa relativamente al condado de Champaña, y que será esta la última vez que te importunaré por negocios de sangre, atendido que tienes el corazón tan tierno y compasivo.

Después de haber hecho este pacto extraordinario con el objeto de su devoción, Luis recitó, muy religiosamente en apariencia, los siete salmos penitenciales, cierto número de Ave Marías y otras oraciones consagradas especialmente á la Vigen. Levantóse en seguida, convencido de que ya tenía asegurada la intercesión de la Virgen, tanto más cuanto que, según la mañosa reflexión que no dejó de hacer, la mayor parte de las culpas á causa de las cuales implorara su mediación en otras circunstancias, eran de un carácter enteramente distinto; y que de consiguiente Nuestra Señora de Clery no debía mirarle como habitual y endurecido asesino, lo que hubieran podido hacer los demás Santos

que el impío fanático tomó varias veces por confidentes en este género de crímenes.

Después de haber así descargado su conciencia, ó digamos más bien, emblanquecídola como un sepulcro, entreabrió el rey la puerta de su cuarto, y asomando la cabeza, llamó al Acuchillado para que entrase.

—Esforzado campeón—le dijo,—mucho tiempo hace que me sirves, y poco ha sido tu ascenso. Hállome aquí en una circunstancia en que tengo delante la muerte y la vida, y no quisiera morir sin satisfacer las deudas de mi gratitud, dejando, en cuanto los Santos me lo permitan, un amigo sin recompensa y un enemigo sin castigo. Ahora bien, el amigo que tengo que recompensar eres tú; el enemigo sobre quien debe recaer mi castigo, es ese malvado, ese traidor infame, ese Marcio Galeoto, que con sus imposturas y especiosos embustes me ha atraído aquí, entregándome á mi mortal enemigo; tan ciertamente con intención de aniquilarme como un carnicero conduce una oveja al matadero.

—Pues bien, yo le desafiaré, ya que tiene fama de diestro en el manejo de las armas, aunque parece estar un poco pesado—respondió el Acuchillado;—el duque de Borgoña aprecia demasiado á los valientes campeones para negarles un palenque y un campo proporcionado; y si Vuestra Majestad vive y goza de suficiente libertad, meverá lidiar con él, y vengarle de un filósofo del modo más completo que desear se pueda.

—Cónstame tu valor y adhesión á mi persona; pero ese bribón es muy vigoroso y aguerrido, y no quisiera exponer tu vida, valiente soldado.

—Permítame Vuestra Majestad decirle, que no sería un valiente soldado, si no me atreviese á contrarrestar á un hombre, aun cuando fuese más terrible que él. Gracioso sería que yo, que no sé leer ni escribir, tuviese miedo de un zopenco, que casi no ha hecho otra cosa en toda su vida.

—No importa; mi voluntad, Acuchillado, es evitarte todo riesgo. Ese traidor va á llegar aquí por orden mía. Lo que

tienes que hacer es escoger un momento oportuno, acercarte á él y abrirle un ojal debajo de la quinta costilla. ¿Me entiendes?

—Sí, señor; pero Vuestra Majestad me permitirá le diga que este es un género de operación para la cual me considero muy poco á propósito. No sería capaz de matar un perro, á menos que promoviese mi enojo ladrando contra mí ó mordiéndome las piernas.

—¡Cómo! ¡tú pretendes tener un corazón sensible, tú que, según me han contado, has sido siempre el primero en los asaltos y en aprovecharte de los placeres y ventajas que puede ofrecer la toma de una plaza ó un castillo á los que tienen un corazón empedernido y una mano pródiga en derramar sangre!

—Con la espada en la mano, señor, jamás he temido ni perdonado á vuestros enemigos. Un asalto es un lance serio; se corren allí peligros que hacen hervir la sangre, ¡y por San Andrés! preciso es que se pasen algunas horas antes que se enfríe; y esto es lo que yo llamo una excusa legítima de pillaje. Dios quiera tener compasión de nosotros, infelices soldados; el peligro nos hace perder la cabeza, y la perdemos más todavía después de la victoria. He oído hablar de una legión entera que estaba toda compuesta de Santos; pues todos deberían ocuparse de interceder por sus compañeros de armas, y rogar á Dios por todo el que lleva plumero, coraza y espada. Pero lo que Vuestra Majestad se propone, se halla fuera de mi círculo, á pesar de que no negaré que es bastante espacioso. En cuanto al astrólogo, si es reo de traición, que sufra la muerte del traidor: yo no debo mezclarme en nada. Vuestra Majestad tiene en la antesala su gran preboste y dos de los suyos: semejante expedición es más propia de ellos, que de un caballero escocés que goza de alguna opinión en el ejército.

—Creo que tienes razón, Acuchillado; pero á lo menos te corresponde asegurar la ejecución de mi justa sentencia, é impedir que nadie la interrumpa.

—Eso sí: defenderé la puerta contra toda Perona. Vuestra Majestad no debe dudar de mi lealtad en todo lo que

puede conciliarse con mi conciencia, y puedo asegurar es bastante ancha, tanto por el interés que me resulta, como por el mejor servicio de Vuestra Majestad, pues he hecho ciertas cosas por vos, señor, que me hubiera comido el puño de mi daga antes de hacerlas por otro.

—No se hable más de esto, y escúchame. Cuando Galeoto haya entrado, y esté cerrada la puerta, tú te pondrás en ella de centinela con la espada en la mano, y no permitirás la entrada á nadie. Esto es todo cuanto exijo de ti; vuelve á la antesala y envíame al gran preboste.

El Acuchillado se retiró, y un momento después Tristán el Ermitaño entró en el cuarto del rey.

—Y bien, compadre—le dijo Luis,—¿qué opinas de nuestra situación?

—Opino que estamos como en capilla—respondió el gran preboste,—á menos que el duque nos envíe una prórroga.

—Prórroga ó no, es preciso que el que nos ha hecho caer en esta trampa tome la delantera, como aposentador, para prepararnos alojamiento en el otro mundo—dijo el rey con sombría y feroz sonrisa.—Tristán, tú has ejecutado muchos actos de buena justicia; pero «finis,» ó más bien «finis coronat opus.» Es preciso que me sirvas hasta el fin.

—Esto es lo que pienso hacer, señor: si no me produzco bien, soy por lo menos agradecido; y mientras viva, la menor palabra de Vuestra Majestad será una sentencia de muerte tan irremisible, tan literalmente ejecutada como cuando ocupabais el regio trono. Yo cumpliré mis deberes tanto en este recinto como en cualquier otra parte, y que hagan de mí en seguida lo que quieran; no me importa un bledo.

—No aguardaba menos de ti, querido compadre. Pero, ¿tienes buenos servidores? El traidor es recio y vigoroso, y dará sin duda grandes voces para pedir auxilio. El escocés no hará más que guardar la puerta, y aun he sido feliz en poder determinarle á ello á fuerza de zalamerías y lisonjas.

Oliverio sólo sirve para mentir, adular y sugerir consejos arriesgados, y ¡por vida de Dios! juzgo que es más pro-

bable que algún día le echen el dogal al cuello, antes que le aplique él á otra persona. ¿Crees tener gente y medios oportunos para despachar prontamente?

—He tomado á Tres-Escalas y Andresillo, tan hábiles en su oficio, que de cada tres hombres ahorcarían uno sin que lo echasen de ver los otros dos. Los tres hemos resuelto vivir y morir con Vuestra Majestad, constándonos muy bien que si Vuestra Majestad no existiese, no nos quedaría más tiempo de vida que el que nosotros concedemos á nuestros pacientes. Pero, ¿quién es el sujeto que debe actualmente pasar por nuestras manos? Yo gusto de conocer á mis víctimas, porque, como Vuestra Majestad tiene la bondad de recordarme algunas veces, me ha sucedido de vez en cuando equivocarme, y tomar en vez del delincuente algún honrado labrador, que en nada ofendiera á Vuestra Majestad.

—No cabe duda. Sabe pues, Tristán, que el condenado á muerte es Marcio Galeoto... ¿Parece que te sorprendes? Sin embargo, esta es la verdad. Ese traidor es quien con sus falsas predicciones me determinó á venir aquí, porque quería entregarme al duque de Borgoña sin defensa...

—Pero no sin venganza—exclamó Tristán.—Aun cuando debiese ser este el último acto de mi vida, me agarraría á él como una avispa moribunda, por más que debieran estrujarme en el acto.

—No dudo de tu fidelidad—dijo el rey,—y sé que al par de toda la gente de bien, hallas un placer en cumplir con tu obligación; pues la virtud, según dicen los sabios, encierra en sí misma la recompensa; pero vete, y prepara los sacerdotes, que la víctima no está lejos.

—¿Vuestra bondadosa Majestad desea que el sacrificio se verifique en su presencia?—preguntó Tristán.

Luis no aceptó esta proposición; pero encargó á su gran preboste que lo tuviese todo dispuesto para ejecutar puntualmente sus órdenes en el momento que el astrólogo saliera de su gabinete.

—Pero quiero ver por última vez á ese malvado—dijo el rey,—aun cuando no sea más que para observar cómo se

portará en presencia de su señor, á quien condujo al despeñadero. No me disgustará ver cómo el temor de la muerte borra los colores de sus inflamadas mejillas y enturbia la brillantez de aquellos ojos que tan vivos aparecieran cuando me vendía... ¡Oh!... ¡que no tenga yo igualmente en mi poder aquel cuyos consejos han secundado sus pronósticos!... Pero si escapo de esta... cuidado con vuestra púrpura, señor eminentísimo: Roma misma no tendrá poder bastante para libertaros... dicho sea con perdón de San Pedro y de la Virgen de Clery, cuya misericordia es inagotable. Y bien, ¿qué aguardas? Vete á prevenir tu gente. El traidor puede llegar de un momento á otro. Permita el cielo que nada sospeche. Si no viniese, fuera ello cruel contrariedad para mí. Pero, vete, Tristán: no solías antes ser tan lento en el desempeño de tus funciones.

—Al contrario, señor, pues Vuestra Majestad me reprendía siempre por mi precipitación, y se quejaba de que no le comprendía bien, equivocando los sujetos al ejecutar vuestras órdenes. Quisiera, pues, que Vuestra Majestad se dignase darme una señal, por cuyo medio pudiese conocer al despedirse Galeoto, que vuestras intenciones siguen siendo las mismas; pues he visto una ó dos veces á Vuestra Majestad mudar de dictamen, y reprenderme por haber sido harto ejecutivo.

—¡Criatura sospechosa! Te digo que mi resolución es invariable; pero para poner término á tus observaciones, atiende bien lo que diré á ese bribón cuando le despida. Si le digo: «Hay un Dios en el cielo que debe juzgarnos,» manos á la obra. «Id en paz,» será señal de que habré variado de opinión.

—No creo, señor, que haya entre todos los de mi oficio quien tenga el entendimiento más obtuso que yo. Dignáos repetírmelo. Si le decís que vaya en paz, será señal de que tengo que poner manos á la obra: si...

—No, no, idiota, no; en este caso deberás estarte quieto; pero si le digo: «Hay un Dios en el cielo que debe juzgarnos,» pondrás su cabeza al nivel de los planetas que tan bien conoce.

—No sé si tendremos aquí los medios...

—Pues bien, si no puedes subirla, la bajarás á tus pies. ¿Qué importan los medios como se logre el fin?—dijo el rey con torva sonrisa.

—¿Y qué haremos del cuerpo?

—Reflexionémoslo un momento. Las ventanas de la sala son harto estrechas; pero la de este cuarto es bastante ancha. Arrojaréis su cuerpo al río, y aplicaréis á su pecho un papel con esta inscripción: «Dejad pasar la justicia del Rey.» Los oficiales del duque podrán pescarle si les diere la gana.

El gran preboste salió del aposento de Luis, y llamó á sus dos ayudantes á un rincón de la sala para celebrar una junta. Habiendo colocado Tres-Escalas una antorcha en la pared para no estar á obscuras, hablaron en voz baja, aunque no corriesen gran peligro de ser oídos, ni por Oliverio, que parecía sumido en completo descaecimiento, ni por el Acuchillado, que dormía profundamente.

—Camaradas—dijo Tristán,—vosotros imaginabais sin duda que nuestras ocupaciones estaban terminadas, y que en lugar de ejercer vuestro ministerio con los demás, era más verosímil que representaríamos á nuestra vez el papel de pacientes; pero ánimo, amigos míos, nuestro bondadoso amo nos proporciona todavía una ocasión propicia para ejercitar nuestro talento, y es preciso desplegarle airosamente, como hombres que desean vivir en la historia.

—Ya presumo lo que es—dijo Tres-Escalas,—nuestro amo es como los antiguos Césares de Roma, que cuando se hallaban reducidos al último apuro, como diríamos nosotros, al pie de la escalera, escogían entre los ministros de su justicia algún servidor fiel y experimentado, para evitar á su sagrada persona alguna torpe tentativa de una mano novicia, ó de un intruso en nuestra profesión. Era excelente usanza entre paganos; pero yo, como buen católico, tendría á cargo de conciencia poner la mano en el rey cristianísimo.

—Sois harto escrupuloso, hermano—dijo Andresillo.—Si el rey da la orden de su propia ejecución, no sé cómo po-

dríamos dispensarnos de cumplirla. El que vive en Roma, debe obedecer al papa. Es fuerza que los soldados del gran preboste ejecuten las disposiciones de su jefe, como éste las de Su Majestad.

—Silencio, tunantes—dijo Tristán,—nada tiene que ver aquí la persona del rey. Se trata únicamente de la del hereje griego, de ese impío, de ese brujo mahometano Marcio Galeoto.

—¡Galeoto!—dijo Andresillo,—pues no hay cosa más natural. No he conocido ninguno de esos charlatanes, de esos volteadores que pasan su vida bailando sobre una cuerda horizontal, que no la haya terminado agitándose en el extremo de otra perpendicular.

—Lo que siento—dijo Tres-Escalas, alzando hipócritamente los ojos al cielo,—es que esa pobre criatura va á morir sin confesión.

—¡Bah! ¡bah!—replicó Tristán,—es un hereje contumaz, un nigromante... una comunidad entera de clérigos no le absolvería del castigo que tiene merecido. Además, si se le ocurriera esa idea, tú, Tres-Escalas, estás dotado de un talento particular para servirle de padre espiritual. Pero lo más importante para nosotros es que creo tendréis que hacer uso de vuestros puñales, amigos míos; pues no hay aquí los instrumentos necesarios á vuestra profesión.

—No permita Nuestra Señora de la Isla de París que las órdenes del rey me encuentren jamás desprevenido—dijo Tres-Escalas.—Traigo siempre conmigo un cordón que me da cuatro vueltas por el cuerpo, y no falta en uno de los cabos un hermoso lazo corredizo.

—Y yo—añadió Andresillo,—traigo siempre en la faltriquera una buena garrucha y un grueso espigón de rosca, á fin de poder ejercer mis funciones sin dificultad, caso de hallarnos en algún paraje donde los árboles sean escasos, ó tengan las ramas demasiado altas, lo cual me ha sido de mucha utilidad.

—Perfectamente—dijo el gran preboste,—no hay más que colocar la garrucha en la viga que está encima de la puerta: vos echaréis en ella vuestra cuerda, y cuando Galeoto saldrá del cuarto del rey se la aplicaréis prontamente debajo de la barba, mientras que yo le entretengo conversando con él; y después...

—Después izaremos la cuerda—añadió Andresillo,—y «chic,» nuestro astrólogo estará en el cielo, pues dejará de tener los pies en la tierra.

—Pero—dijo Tres-Escalas dirigiendo la vista á la chimenea,—¿no podrían esos caballeros empezar un noviciado en nuestra profesión, ayudándonos en algo?

—No, no—respondió Tristán.—El barbero no sirve más que para imaginar el mal, y lo deja ejecutar á los demás; en cuanto al escocés, custodiará la puerta mientras nosotros estaremos ocupados en una operación en la cual no

tiene bastante talento ni destreza para tomar parte. Cada uno á su oficio.

Los dignos ejecutores de las órdenes del gran preboste, con una actividad y una especie de placer que les hacía olvidar la precaria situación en que ellos mismos se hallaban, prepararon su garrucha y cuerda para dar cumplimiento á la sentencia dictada contra Galeoto por el monarca cautivo; manifestándose muy satisfechos de que su última acción pudiese ser tan conforme con el proceder del resto de su vida. Tristán el Ermitaño miraba muy contento estos preparativos; Oliverio no hacía caso de ellos; y si Luis Lesly se despertó al ruído de estas previas disposiciones, pensó que se ocupaban de asuntos muy ajenos á su deber, y de los cuales bajo ningún aspecto podía considerársele responsable.

CAPITULO XXIX

La recriminación

> El término de tus dían aún no llegó; el diablo á quien sirves no te ha abandonado todavía. Ayuda á los amigos que para él trabajan, á la manera que aquel guía ayudaba al ciego, prestándole su brazo para andar por caminos llanos y escabrosos, hasta que al llegar al borde del alto despeñadero le precipitaba abajo.
>
> «Comedia antigua».

Obedeciendo la orden, ó mejor dicho, la súplica de Luis, pues este príncipe, sin embargo de su soberanía, hallábase en situación en que no podía hacer mucho más que suplicar, partió Glorioso en busca de Marcio Galeoto, sin que esta comisión le costase gran fatiga. Fuese en derechura á la mejor taberna de Perona, que tenía motivos de conocer, pues la frecuentaba él mismo muy asiduamente; tan aficionado era á aquella especie de licor que ponía la cabeza de los demás al nivel de la suya.

Allí encontró al astrólogo sentado en un rincón de la sala pública, llamada en flamenco como en alemán «stove,» platicando con una mujer que llevaba un traje singular con resabios de morisco ó asiático; la cual al ver que se acercaba Glorioso, se levantó como para retirarse, y dirigiéndose á Galeoto:

—Estas son noticias con cuya certeza absoluta podéis contar—le dijo. Y alejándose en seguida, desapareció entre la multitud de bebedores agrupados en diferentes mesas.

—Primo filósofo—dijo el loco al presentársele,—no bien releva el cielo al centinela, que ya envía otro para ocupar su lugar. Una cabeza sin seso acaba de dejarte; y yo,

que no tengo mucho más que ella, he venido aquí en tu busca para conducirte á la habitación de Luis de Francia.

—¿Y á ti te escogió por mensajero?—dijo Galeoto, fijando en él sus ojos penetrantes, y conociendo al momento el empleo que ejercía en la corte el que le dirigía la palabra, sin embargo de los pocos indicios que daba de ello su exterior, como ya lo observamos á nuestros lectores.

—Sí, á fe mía; y si lo discurre bien vuestra ciencia, cuando el poder envía á la locura en busca de la sabiduría, es seña! infalible de querer indagar de que pie cojea el paciente.

—¿Y si yo me niego á ir cuando tal mensajero viene á buscarme en hora tan intempestiva?

—En este caso os procuraremos todas las comodidades y os llevaremos allá—respondió Glorioso.—Tengo aquí á la puerta una docena de robustos soldados borgoñones que Crève-Cœur me ha proporcionado al efecto. Bueno será que sepáis que mi amigo Carlos de Borgoña y yo no hemos quitado á nuestro primo Luis la corona que ha sido bastante necio para poner á nuestra disposición; nos hemos limitado á limarla y cercenársela un poco; pero, aunque más delgada y ligera, no por esto deja de ser de oro puro. Por fin, y hablando en plata, es todavía soberano de los individuos que forman su acompañamiento, sin exceptuaros á vos, y rey cristianísimo de la gran sala de la torre de Herberto en el castillo de Perona, donde como vasallo leal es preciso que os trasladéis inmediatamente.

—Ya os sigo, caballero—respondió Galeoto, viendo que acaso no le quedaba ningún medio de evadirse; y marchóse en compañía de Glorioso.

—Hacéis muy bien—le dijo el bufón por el camino,—pues tratamos á nuestro primo Luis como á un león hambriento en su jaula. De vez en cuando se le echa un ternero para que no tenga ociosas sus quijadas.

—¿Queréis significar con esto que el rey quiera injuriarme?—preguntó Galeoto.

—Eso vos lo sabréis mejor que yo—dijo el bufón,—pues

á pesar de la obscuridad de la noche, estoy seguro que no dejáis de ver los astros. En cuanto á mí, nada sé. Sólo recuerdo haberme dicho mi madre que no debemos acercarnos sino con mucha precaución á un ratón viejo cogido en la ratonera; pues entonces es cuando más desea clavar sus dientes.

El astrólogo no le hizo más preguntas; pero Glorioso, según estilo de la gente de su profesión, continuó propinándole una desatinada sarta de locuras y sarcasmos mezclados en extravagante confusión, hasta que llegaron á la puerta del castillo. Allí dejó al filósofo en manos de la guardia, que le hizo pasar de centinela en centinela hasta la torre del conde Herberto.

Galeoto, que no había perdido una palabra de la conversación del loco, notó cierta cosa que parecía confirmar sus sospechas en las miradas y expresión de Tristán, que le condujo al cuarto del rey con facha sombría, taciturna y de mal agüero. El astrólogo observaba con tanta atención lo que pasaba en la tierra como los movimientos de los astros, por lo tanto no se escaparon á su penetrante vista la garrucha ni la cuerda; y aun ésta, hallándose en estado de vibración, indicóle que acababan de hacerse estos preparativos atropelladamente, y que sólo su llegada repentina los había interrumpido. Previó, pues, el peligro que le amenazaba, llamó en su auxilio toda su destreza para evitarle, y resolvió, si no lograba feliz éxito, hacer pagar su vida al primero que se presentase para atacarle.

Habiendo tomado esta determinación, y afectando un semblante y modo de andar correspondientes á ella, entró el astrólogo en el cuarto del rey, sin mostrarse confundido por el mal resultado de sus predicciones, ni temeroso de la cólera del monarca ni de las consecuencias que podía tener.

—Sean todos los planetas benéficos favorables á Vuestra Majestad—dijo Galeoto haciendo al rey una cortesía casi oriental.—No derrame ninguna constelación maligna funestas influencias sobre su sagrada persona.

—Paréceme—dijo el rey—que examinado este aposento, viendo dónde se halla situado y la gente que le guarda,

vuestra penetración debiera haber conocido que mis planetas favorables no me guardaron fidelidad y que las constelaciones malignas no podían todas serme más funestas. ¿No te avergüenzas, Marcio Galeoto, de verme aquí preso, trayendo á la memoria las seguridades que me diste y me determinaron á venir á Perona?

—¿Y no os avergonzáis vos mismo, señor, vos, cuyos progresos en las ciencias han sido tan rápidos; vos, cuya imaginación es tan viva y tan constante la perseverancia, de dejaros abatir por el primer contratiempo, como el cobarde al primer choque de las armas? ¿Qué se hicieron los deseos de elevaros hasta los misterios que hacen al hombre superior á las pasiones, á las penas y sufrimientos de la vida, privilegio que se puede obtener sino rivalizando en firmeza con los antiguos estoicos? ¿El primer golpe de la adversidad os hará dar un golpe retrógado? ¿Olvidáis el glorioso premio á que aspirabais? ¿Abandonáis la carrera como un corcel trasijado, asustado por males imaginarios, por una sombra?

—¡Males imaginarios!... ¡Una sombra! ¡Perro pagano!—exclamó el rey.—¿Es acaso imaginaria esta torre? ¿Son sombras por ventura las armas de los soldados de mi detestable enemigo de Borgoña, esas armas cuyo choque puedes oir á la puerta? ¿Cuáles son, pues, los males efectivos, ¡traidor! si no das valor alguno á la privación de la libertad, á la pérdida de una corona, al peligro de la vida?

—La ignorancia, hijo mío—respondió el filósofo con mucha firmeza,—la ignorancia y la preocupación son los dos solos males verdaderos. Creedme: un rey, en toda la plenitud de su poder, si está sumido en la ignorancia y cegado por las preocupaciones, goza de menos libertad que un sabio en su calabozo cargado de cadenas. Es deber mío guiaros hacia esa felicidad verdadera, y deber vuestro conformaros con mis instrucciones.

—¿Y á esa libertad filosófica pretenden conducirme vuestras lecciones?—dijo el rey con amargura.—Yo quisiera que me hubieseis dicho en Plessis que este nuevo dominio, que

tan liberalmente me prometíais, era un imperio sobre mis pasiones; que el feliz resultado que me asegurabais, tenía relación con mis progresos en la filosofía, y que podía ser tan sabio, tan docto como un vagabundo, un charlatán, á precio de una bagatela como es la pérdida de la más hermosa corona de la cristiandad, y la detención en un calabozo. Salid de mi presencia; pero no creáis escaparos del castigo que merecéis. «Hay un Dios en el cielo que debe juzgarnos.»

—Me es imposible abandonaros á vuestro destino, señor, antes de haber justificado, aún á vuestros ojos, por más empañados que estén, aquella celebridad, perla más brillante que todas las que adornan vuestra corona, y que todavía admirará el universo en los futuros siglos, cuando toda la estirpe de Capeto se habrá consumido en el olvido bajo las bóvedas de San Dionisio.

—Pues bien, habla. Tu descaro no me hará variar de opinión ni de propósito. Esta será acaso la última sentencia que pronunciaré como rey; no quiero condenarte sin haberte oído. Habla, pues; pero lo mejor que puedes hacer es confesar la verdad. Concédeme que yo he sito tu juguete; y que tú eres un impostor; que tu supuesta ciencia no es más que un sueño, y que los planetas que brillan sobre nuestras cabezas no tienen más influencia en nuestros destinos, de la que ejerce su imagen reflejada en las aguas de un río para variar su curso.

—¿Y cómo seríais vos capaz de conocer la influencia de esos gloriosos luceros, vos que pretendéis que no puede cambiar el curso de las aguas? Luego ignoráis vos que la misma luna, el más débil de todos los planetas, porque es el más inmediato á nuestro miserable globo, domina no siempre arroyos como ese Soma, sino las aguas del vasto Océano, cuyo flujo y reflujo siguen sus diferentes fases, como el esclavo que obedece á la menor señal de una sultana? Ahora bien, Luis de Valois, responded á vuestra vez á mi parábola: confesadlo. ¿No sois vos como el insensato pasajero que regaña á su piloto porque no puede introducirle en el puerto sin tener que luchar de vez en

cuando contra el ímpetu de los vientos y de las corrientes? Yo podía indicaros como feliz el resultado probable de vuestra empresa; pero sólo el cielo tenía facultad para conduciros al término de ella, y si es de su agrado haceros pasar por áspero y peligroso camino, ¿estaba en mi mano aplanarle y desviar los riesgos? ¿Qué se hizo aquella sabiduría que os obligaba á confesar ayer que los medios de que se vale el destino nos son muchas veces útiles aun cuando contradicen nuestros deseos?

—Es cierto—dijo el rey,—y esto mismo me recuerda una de tus falsas predicciones. Tú me aseguraste que el encargo que confié al joven escocés se terminaría favorablemente á mi interés y felicidad. No ignoras cómo se ha terminado; nada podía perjudicarme de una manera más mortal que el éxito de este asunto, y la impresión que va á causar en el furioso espíritu del toro bravo de Borgoña. Luego proferiste sobre este punto el más solemne embuste. Difícil es que encuentres disculpas: sólo puedes decirme que las cosas variarán, y aconsejarme que me quede sentado á la orilla del río como un verdadero idiota para esperar que se haya agotado el agua. Tuviste muy poco juicio en hacerme una predicción especial, cuyo éxito ha probado claramente su falsedad.

—Al contrario, el éxito probará su verdad y exactitud—respondió el astrólogo con resolución.—No quisiera mayor triunfo del arte sobre la ignorancia, que el que resultará del cumplimiento de esta profecía. Os dije que desempeñaría lealmente toda comisión honrosa. ¿No lo ha hecho así? Os previene que tendría á cargo de conciencia favorecer una picardía; ¿no se ha realizado del mismo modo? Si lo dudáis, preguntadlo al gitano Hayraddin Maugrabin.

Viéronse en este instante pintadas en el rostro del rey la cólera y la vergüenza.

—Os predije—continuó Galeoto,—que la conjunción de los planetas, bajo cuyo influjo partía, indicaba peligro á su persona: ¿no lo ha corrido? Os aseguré que su viaje sería feliz para quien le enviaba: no tardaréis en recoger el fruto.

—¡En recoger el fruto!—exclamó el rey.—Pues, ¿no le he recogido ya? El oprobio y la prisión.

—No—respondió el astrólogo.—El fin os es incierto todavía. Vos mismo os veréis obligado á confesar, dentro de poco, que nada os podía ser tan propicio como el modo con que vuestro mensajero desempeñó su comisión.

—Esta es mucha insolencia—gritó el rey.—¡Engañar é insultar al mismo tiempo! Retírate, y no esperes que tu descaro quede sin castigo. «Hay un Dios en el cielo que debe juzgarnos.»

Galeoto hizo un movimiento para salir de la estancia.

—Aguarda—dijo Luis.—Tú sostienes perfectamente tu impostura; respóndeme á una pregunta, y reflexiona bien la contestación que vas á darme. ¿Tu supuesta ciencia puede indicarme la hora de tu muerte?

—Unicamente con relación á la de otro—respondió el astrólogo sin inmutarse.

—¿Qué quieres decir con eso?—preguntó Luis.

—Sabed pues, ¡oh rey! que todo lo que puedo asegurar de mi postrera hora—replicó Galeoto,—es que debe preceder exactamente de un día á la de Vuestra Majestad.

—¡Cómo!—exclamó el rey perdiendo el color.—Aguarda... un poco; no te vayas todavía. ¿Estás bien seguro que mi muerte debe seguir á la tuya con tan corto intervalo?

—Veinticuatro horas no más—repitió el astrólogo con firmeza,—como exista una chispa de verdad en esas brillantes y misteriosas inteligencias, que cada una dentro de su órbita saben hablar sin necesidad de lengua.

—Espera, espera—dijo el rey deteniéndole por el brazo y separándole de la puerta.—Galeoto, yo he sido para ti un buen amo; te enriquecí, te consideré como mi amigo, mi compañero y mi maestro en las ciencias: sé franco conmigo, encarecidamente te lo suplico. ¿Hay algo de cierto en ese arte que pretendes profesar? ¿El desempeño de la comisión del joven escocés me será verdaderamente ventajoso? ¿Es bien auténtico y seguro que el hilo de tu vida y el de la mía debe romperse á tan poca distancia uno de otro? Confiésame, mi querido Galeoto, que me has querido

¡Hay un cielo sobre nosotros!

jugar una morisqueta de las tuyas; no me lo niegues, hazme este favor, y no tendrás que arrepentirte de ello. Cuento ya alguna edad, me hallo preso, probablemente en vísperas de perder un reino: para un hombre reducido á tal extremo, la verdad vale mil coronas; y de ti, mi querido Galeoto, estoy esperando esta inestimable joya.

—Ya se lo he dicho todo á Vuestra Majestad, con peligro de veros entregado á un arrebato de furor, volviéndose contra mí para despedazarme.

—¿Quién? ¿yo, Galeoto?—replicó Luis con dulzura.—¡Ah! me conoces muy mal. ¿No soy cautivo? ¿No debo sufrir con resignación cuando la cólera no me serviría más que para dar una prueba de mi impotencia? Háblame, pues, con sinceridad. ¿Me has engañado, ó tu ciencia es segura? ¿Puede creerse lo que me has dicho?

—Perdóneme Vuestra Majestad si le respondo que el tiempo, el tiempo únicamente y el éxito de los acontecimientos pueden convencer al incrédulo. Indecoroso sería para mí, después del empleo de confianza que desempeñé en el consejo del ilustre conquistador Matías Corvino de Hungría, y aun en el gabinete del mismo emperador, reiterar la seguridad de lo que dí una vez por cierto. Si no queréis creerme, no tengo más apelación que al porvenir. Uno ó dos días de paciencia son suficientes para probar si os he dicho ó no la verdad relativamente al joven escocés. Consiento en morir en la rueda, en que se rompan los miembros de mi cuerpo uno tras otro, si no resulta una ventaja muy importante á Vuestra Majestad de la intrépida conducta de Quintín Durward. Pero cuando yo muriese en medio de los mayores tormentos, Vuestra Majestad haría muy bien en llamar á un padre espiritual, pues desde el momento que yo exhale el último suspiro, no os quedarán más que veinticuatro horas para confesaros y hacer penitencia.

Luis continuó teniendo á Galeoto cogido por el brazo; guióle hacia la puerta, y al abrirla, le dijo en alta voz:

—Mañana continuaremos esta conversación. «¡Id en paz!» docto padre; «¡id en paz! ¡id en paz!»

Tres veces pronunció estas palabras; y recelando todavía que el gran preboste se equivocara, entró él mismo en la antesala sin soltar el brazo de Galeoto, como si temiese que se lo arrancasen para darle la muerte en su presencia. No se retiró á su cuarto hasta haber repetido dos veces más la frase de salutación: «Id en paz:» y á más de esto hizo disimuladamente una seña á Tristán para prevenirle que respetara la persona del astrólogo.

De esta suerte, Galeoto, á favor de algún informe secreto y de su audacia y presencia de ánimo, logró evitar el más inminente peligro; y Luis, el más sagaz y vengativo de los soberanos de aquella época, vió frustrados sus proyectos de venganza por la influencia de la superstición sobre su carácter egoísta, y por el temor de la muerte, cuyo horror aumentaba á sus ojos una conciencia corroída por infinidad de crímenes.

Causóle, sin embargo, una mortificación verse obligado á renunciar á su propuesta venganza; y los satélites que tenían el encargo de ejecutar la sentencia no quedaron menos disgustados por la contraorden que acababan de recibir. El único que se manifestó del todo indiferente fué el Acuchillado, que se separó de la puerta luego que vió no ser necesaria su presencia, tumbóse por allí y se durmió casi al mismo instante.

El gran preboste, mientras sus subalternos se disponían á dormir, luego que el rey se hubo retirado, clavó la vista en el vigoroso astrólogo, al modo que un mastín sigue con los ojos el pedazo de carne que el cocinero le ha quitado de la boca. Sus dos satélites en tanto se comunicaban en voz baja y pocas palabras los sentimientos que caracterizaban á cada uno de ellos.

—Ese pobre ciego nigromante—dijo Tres-Escalas con ademán de conmiseración y de unción espiritual,—ha perdido la más bella oportunidad de expiar algunas infames brujerías de las suyas, muriendo á impulsos de esta cuerda.

—Yo también—dijo Andresillo—me hallo privado del excelente medio que tenía para saber cuánto un peso de ciento y cincuenta libras puede dilatar una cuerda de tres

hilos. Este experimento no hubiera sido inútil en nuestra profesión; y luego ¡el viejo y jovial compadre hubiera muerto con tanta comodidad!...

Durante este diálogo, colocóse Galeoto en el rincón de la inmensa chimenea opuesto á aquel en que estaban agrupados aquellos temibles compañeros; y los miraba de reojo con cierta desconfianza. Lo primero que hizo fué deslizar la mano debajo de su vestido para asegurarse de que podía aplicarla con facilidad á un puñal de dos filos que llevaba siempre consigo, pues, según tenemos manifestado, aunque algo obeso, era robusto, con figura de atleta y diestro y activo en el manejo de las armas. Convencido de que este fiel instrumento no le faltaría, sacó de su seno un pergamino arrollado que contenía caracteres griegos y signos cabalísticos; añadió leña á la chimenea, y encendió un fuego claro, por cuyo medio pudo distinguir las facciones y actitud de todos sus compañeros de antesala: el pesado y profundo sueño del soldado escocés, que yacía inmóvil y cuyas rudas facciones semejaban tan impasibles como si fuesen de bronce; el pálido é inquieto rostro de Oliverio, que tan pronto aparentaba dormir, como entreabría los ojos, y levantaba de súbito la cabeza, como excitado por algún dolor interno, ó cual si le despertara un lejano ruído; el avinagrado, descontento y brutal aspecto de Tristán que parecía haberse quedado «burlado en sus deseos, no saciado aún y ávido de matanza;» en tanto que el fondo del cuadro se viera ocupado por el sombrío é hipócrita semblante de Tres-Escalas, cuyos ojos estaban levantados al cielo como si rezara mentalmente sus devociones; y las facciones móviles y grotescas de Andresillo que se divertía remedando los gestos y muecas de su compañero antes de entregarse al sueño.

En medio de estos vulgares é innobles entes, resaltaban mucho más el majestuoso talle, proporcionado rostro é imponentes facciones del astrólogo, que hubiera podido tomarse por un antiguo mago encerrado en una caverna de bandidos, ocupándose en evocar un espíritu para obtener de él su libertad; y cuando sólo hubiese llamado la aten-

ción por la nobleza que diera á su fisonomía una hermosa y rizada barba que caía sobre el misterioso pergamino que tenía en la mano, dudárase por un momento que la naturaleza había favorecido con tan respetable atributo á un hombre que sólo dedicaba las ventajas del talento, luces y elocuencia, como igualmente las de un bello exterior, á objetos de falacia y á miras de impostura.

Así se pasó la noche en la torre del conde Herberto, dentro del castillo de Perona. Cuando el primer rayo de la aurora penetró en la antigua cámara gótica, el rey llamó á Oliverio. El barbero encontró á Luis sentado y en bata; y se sorprendió de la variación que causara en todas sus facciones una sola noche pasada entre inquietudes mortales. Hubiera expresado las que experimentaba él mismo sobre este punto; pero el rey le impuso silencio, entrando en el detalle de los diferentes medios que había adoptado para procurarse amigos en la corte de Borgoña, y encargando á Oliverio la continuación de los mismos manejos luego que obtuviese el permiso de salir.

Jamás este astuto ministro quedó más sorprendido de la imperturbable presencia de ánimo de su amo y del superior conocimiento que tenía de todos los resortes que pueden influir en las acciones de los hombres, como en esta memorable conferencia.

Oliverio, cosa de dos horas después, obtuvo del conde de Crève-Cœur el permiso de salir de la torre, y fué á ejecutar las órdenes del rey, que mandando entonces entrar al astrólogo, á quien parecía haber vuelto su confianza, tuvo con él una larga consulta, cuyo resultado le dió más esperanzas y seguridad de la que hubiera mostrado al principio. Vistióse y cuando entró el conde de Crève-Cœur para hacerle los cumplidos que se acostumbran por la mañana, recibióle con una serenidad de que quedó tanto más admirado el caballero borgoñón, cuanto ya tenía noticia de que el duque había pasado muchas horas en una exaltación de ideas que parecía hacer muy peligrosa la situación del monarca.

CAPTULO XXX

Incertidumbre

Nuestros propósitos flotan indecisos como la vacilante barca, que fluctúa en medio de la lucha de encontradas corrientes.
«Comedia antigua.»

Si Luis pasó la noche entre la inquietud y la agitación, más desasosegado fué el descanso de Carlos de Borgoña, pues en ningún tiempo supo, como el rey de Francia, reprimir sus pasiones; antes al contrario, estaba acostumbrado á dejarlas ejercer en su espíritu libre y desenfrenado imperio.

Según estilo de aquel tiempo, dos de sus principales consejeros, á quienes dispensaba más confianza, Hymbercourt y Comines, pasaron la noche en su cuarto, á cuyo efecto se les prepararon camas cerca de la del príncipe. Nunca fué más necesaria su presencia que en aquella ocasión; pues la amargura, la cólera, la sed de venganza, y un sentimiento de honor que le impedía abusar de la situación en que el propio Luis se colocara, despedazaban alternativamente el corazón del duque. Parecíase su agitado espíritu á la erupción de un volcán, que arroja todas las diversas materias contenidas en su seno, mezcladas y fundidas en una ardiente masa.

No quiso desnudarse ni hacer ningún otro preparativo para acostarse, y pasó la noche entregado sucesivamente á los más violentos arranques de pasión. En algunos de sus arrebatos hablaba sin cesar á sus consejeros con tan precipitado tono y no vista volubilidad, que llegaron á creer

que perdía la cabeza. Tomaba por objeto de sus discursos las prendas y bondad de corazón del obispo de Lieja, asesinado indignamente, y recordaba todas las pruebas de afecto y mutua confianza que tantas veces se habían dado. Por fin, á fuerza de hablar, promovió hasta tal punto su dolor, que se echó de rostro contra la cama, pareciendo que se ahogaba con los esfuerzos que hacía para contener sus lágrimas y sollozos. Saltando en seguida del lecho, se entregó á otro arrebato de más furioso carácter. Dió largos pasos por la sala profiriendo incoherentes amenazas, y juramentos de venganza que lo eran todavía más, dando violentas patadas, según su costumbre, y tomando por testigos á San Jorge, San Andrés y todo lo que miraba de más sagrado, de que tomaría sangrienta venganza de Guillermo de la Marck, del pueblo de Lieja y de «aquel» que era la primera causa de los excesos que cometieran. Estas última amenazas, expresadas no tan á descubierto como las demás, tenían evidentemente por objeto la persona del rey; y una vez manifestó Carlos la resolución de enviar por el duque de Normandía, hermano de Luis, con quien estaba éste muy enemistado, y obligar al monarca cautivo, ó á abdicar la corona, ó á ceder alguno de sus más importantes derechos y heredamientos.

Otro día y otra noche se pasaron en estas agitadas y tumultuosas deliberaciones, ó mejor dicho, en una serie de rápidas transiciones de una pasión á otra. En todo este tiempo no se desnudó el duque, y satisfizo apenas las primeras necesidades de la naturaleza. Reinaba, en fin, tal desorden en sus discursos y acciones, que hacía temer que su furor terminara en rematada locura. Sin embargo, se fué poco á poco tranquilizando, y empezó á tener con sus ministros varias conferencias, en que se propusieron muchas cosas sin resolver ninguna. Comines asegura que un correo de gabinete estuvo ya una vez montado á caballo pronto á partir con objeto de llamar al duque de Normandía; en cuyo caso es probable que el monarca depuesto habría encontrado en su prisión, como se ha visto con frecuencia en semejantes casos, rápido camino para la sepultura.

En otros momentos, cuando sus furiosos arrebatos agotaran sus fuerzas, Carlos permanecía con los ojos fijos y todas las facciones en estado de rígida é inflexible inmovilidad, como hombre que medita algún proyecto desesperado á que no ha podido resolverse todavía. Es indudable que una insidiosa indicación, por ligera que fuese, de parte de alguno de los consejeros que le rodeaban, hubiera bastado para impulsar al duque á los últimos excesos. Pero los nobles borgoñones, por consideración al carácter sagrado de la persona de un rey y señor de vasallos, así como por el miramiento debido á la fe pública y honor del duque, que comprometiera su palabra cuando Luis se puso en sus manos, sentíanse casi unánimemente inclinados á recomendarle medidas de moderación: los argumentos de que Hymbercourt y Comines se atrevieran á echar mano durante la noche para calmarle, fueron reproducidos en las horas más tranquilas de la siguiente mañana por Crève-Cœur y otros que los alegaron con instancia. Acaso el celo que mostraban en favor del rey no era absolutamente desinteresado. Muchos de los cortesanos, como ya dijimos, experimentaran los efectos de la liberalidad de Luis; otros tenían en Francia dominios ó pretensiones que los sometían un poco á su influencia; y lo cierto es que el tesoro que trajera el rey á Verona en cuatro mulas, aligeróse mucho durante el curso de estas negociaciones.

Al tercer día, el conde de Campo-Basso rindió al consejo de Carlos el tributo de su talento italiano; y fué gran fortuna para Luis que no se presentara más pronto, cuando se hallaba el duque en los primeros arrebatos de furor. A su llegada convocóse al instante un consejo ordinario para deliberar sobre las medidas que convenía adoptar en tan rara crisis.

Campo-Basso apoyó su dictamen con la fábula del viajante, la víbora y la zorra, y recordó al duque el consejo que da la zorra al hombre, de destruir su mortal enemigo mientras que el destino le pone á su disposición. Comines, que vió centellear los ojos del duque al oir una proposición que le sugiriera ya muchas veces la violencia de

su carácter, dióse prisa en hacer presente la posibilidad de que Luis no hubiese tomado parte directa en el espantoso asesinato cometido en Schonwaldt.

—Acaso—dijo—se halla en estado de defenderse de esta acusación, y dispuesto á resarcir los daños y perjuicios que han ocasionado sus manejos en los dominios del duque y de sus aliados.

Añadió que un acto de violencia ejercida contra la persona del rey no podía dejar de acarrear á Francia y Borgoña terribles desgracias que resultarían de ella; y que entre otras no sería por cierto la menor el que los ingleses podrían aprovecharse de la discordia y divisiones intestinas que estallarían sin duda, para ponerse otra vez en posesión de la Normandía y de Guiena, y renovar aquellas desastrosas guerras que sólo se terminaron, no sin dificultad, por la unión de Francia y Borgoña contra el enemigo común. Dió fin á su discurso diciendo que no pretendía aconsejar al duque que diese la libertad á Luis pura y simplemente y sin condición alguna; pero que era de parecer que sólo debía aprovecharse de la situación en que se hallaba la Francia para celebrar entre los dos países un justo y equitativo tratado, exigiendo de Luis garantías que le impidiesen faltar á su palabra, y perturbar en lo sucesivo la paz interior de Borgoña. Hymbercourt, Crève-Cœur y otros se declararon altamente contra las violentas medidas propuestas por Campo-Basso, y sostuvieron que por medio de un tratado podían obtener ventajas más duraderas y hermosas para la Borgoña, que por medio de una acción que la llenaría de oprobio, cual sería la falta de fe y hospitalidad.

Escuchaba el duque todos estos argumentos con los ojos bajos y frunciendo sus espesas cejas, de modo que no sólo las acercaba una á otra, sino que las confundía en una. Y cuando el conde de Crève-Cœur añadió que no creía que Luis hubiese tomado parte en el acto de atroz violencia cometido en Schonwaldt, Carlos levantó la cabeza; y lanzando una severa mirada á su consejero, dijo:

—¿Con que ha llegado también á vuestros oídos, Crève-Cœur, el sonido del oro de Francia? Paréceme que se

oye en mi consejo como las campanas de San Dionisio. ¿Quién se atreverá á decir que Luis no ha fomentado la rebelión en Flandes?

—Señor—respondió el conde,—mi mano ha estado siempre menos acostumbrada á manejar el oro que el acero; y estoy de tal modo convencido de que Luis es culpable de haber suscitado los disturbios de Flandes, que no hace mucho le acusé de ello en presencia de toda su corte, desafiándole en vuestro nombre. Pero, aunque sus intrigas hayan sido la primera causa de esas conmociones, estoy tan lejos de creer que autorizara el asesinato del obispo, como sé de cierto que uno de sus emisarios protestó públicamente contra aquel crimen; y podría presentarle á Vuestra Alteza si fuese de su agrado.

—¡Si fuese de mi agrado! ¿Podéis acaso dudar que no desee yo proceder con arreglo á la más severa justicia? Aun en medio del más fuerte arrebato de furor, el mundo sabe que no soy capaz de fallar contra la equidad y rectitud. Yo mismo veré á Luis de Francia, le expondré mis quejas, y la reparación que exijo, reparación que podrá ser más suave si está inocente de este asesinato. Pero si ha sido cómplice en él, ¿quién osará decir que una vida consagrada á la penitencia en un apartado monasterio, no sea una sentencia tan benigna como merecida? ¿Quién podrá negar—añadió, enardeciéndose al paso que iba hablando—que una venganza más pronta y directa no sería más legítima y oportuna? Presentadme ese testigo de que me habláis. Pasaremos al castillo á las once; redactaremos algunos artículos, y será fuerza que los acepte. De lo contrario, ¡desgraciado de él! Otros dependerán del resultado que dén los procedimientos. La sesión está terminada, señores; ya podéis retiraros. Voy solamente á mudar de traje; pues este es poco decente para presentarme á mi «dignísimo soberano.»

Cargó el duque el acento en estas últimas palabras con honda y amarga ironía, y levantándose al mismo tiempo, salió de la sala con precipitado paso.

—La seguridad de Luis y, lo que es más importante to-

davía, el honor de Borgoña, penden de un cabello—dijo Hymbercourt á Crève-Cœur y á Comines.—Corre al castillo, Comines. Tu lengua es más afilada que la de Crève-Cœur y que la mía. Da noticias á Luis de la tempestad que le amenaza, y así sabrá mejor cómo precaverse. Espero que ese joven arquero no dirá nada que pueda agravar la situación del rey, pues, ¿quién sabe cual podía ser la comisión secreta de que fué encargado?

—Ese joven—respondió Crève-Cœur,—parece atrevido, pero más prudente y circunspecto de lo que pudiera esperarse de su edad. En todo lo que me ha referido, ha manifestado guardar mucha atención al rey, como á un príncipe en cuyo servicio se hallaba. Espero que hablará del mismo modo en presencia del duque. Entretanto es preciso que vaya á buscarle, así como también á la joven condesa de Croye.

—¡La condesita!—exclamó Hymbercourt,—¿no habéis dicho que la dejasteis en el convento de Santa Brígida?

—Es verdad, pero las órdenes del duque me han obligado á enviar por ella, y la han traído aquí en una silla cubierta; pues encontrábase algo fatigada para viajar de otro modo. Hallábase sumamente abatida, tanto á causa de la incertidumbre por la suerte de su tía, la condesa Amelina, como por razón de la inquietud que no deja de tener por su propio destino: pues se ha hecho culpable de un grave delito feudal, atreviéndose á sustraerse á la protección de su señor: y no es el duque Carlos hombre para mirar con indiferencia el menor desacato á sus derechos de señoría.

La noticia de que la condesita estaba en poder de Carlos, presentó la posición de Luis más espinosa todavía á sus propios ojos. No ignoraba que ella podía dar cuenta de los manejos de que se valiera para determinarla á pasar á Francia con su tía, y suministrar de este modo contra él las pruebas que tuvo buen cuidado de hacer desaparecer mandando ahorcar á Zamet Maugrabin. Sabía también que esta intervención de su parte en los derechos del duque de Borgoña cuando fuere bien probada, ofrecería á

Carlos un pretexto y un motivo para aprovecharse de todas sus ventajas.

Atormentado por todos estos recelos sobre su situación, platicaba el rey con el señor de Comines, cuyas luces y político talento congeniaban más con Luis, que el franco y militar carácter de Crève-Cœur y el orgullo feudal de lbarón de Hymbercourt.

—Esos soldados cubiertos de hierro, mi querido Comines —dijo el rey á su futuro historiador,—deberían permanecer siempre en la antesala con sus alabardas y partesanas, y nunca poner el pie en el gabinete de los soberanos. Sus brazos son ciertamente á propósito para combatir por nosotros; pero el monarca que quiere dar á sus cabezas otra ocupación que la de servir de yunque á las espadas y mazas de sus enemigos, procede como aquel loco que quería aplicar al cuello de su querida el collar de un perro. Sólo á hombres como vos, Felipe, á hombres cuyos sentidos están dotados de aquel exquisito discernimiento capaz de penetrar más allá de la superficie de los negocios, deben abrir los príncipes su gabinete, las salas de sus consejos, y ¿qué diré yo?... los pliegues más ocultos de su corazón.

Era muy natural que á Comines, hombre lleno de instrucción y de talento, le lisonjease esta aprobación del príncipe de Europa tenido por el más sagaz; y no pudo ocultar tan enteramente la satisfacción interior que experimentaba, que dejase de conocer el rey cuanto le había impresionado.

—¡Ojalá—continuó—hubiese yo tenido semejante servidor, ó mejor dicho, que fuese yo digno de tenerlo! No me hallaría en la infeliz situación en que me veo; y, sin embargo, apenas me pesaría encontrarme en ella, como pudiese descubrir los medios de asegurarme los servicios de tan experimentado estadista.

Comines respondió que todas sus facultades, cualesquiera que fuesen, estaban al servicio de Su Majestad cristianísima, salvo empero la fidelidad que debía á su señor legítimo Carlos, duque de Borgoña.

—¿Soy yo capaz de querer seduciros y corromper vuestra fidelidad?—exclamó Luis con tono patético.—¡Ah! ¿no me hallo yo mismo en peligro en este momento por haber dispensado demasiada confianza á uno de mis vasallos? ¿A quién puede parecer más sagrada la fidelidad feudal que á mí, que no veo otro medio de salvación que implorarla altamente? No, Felipe de Comines, continuad sirviendo á Carlos de Borgoña, y de ningún modo podéis hacerlo mejor que negociando un tratado razonable entre el duque y Luis de Francia. Obrando de esta suerte, serviréis á entrambos, y veréis que uno de los dos por lo menos está agradecido. Me han asegurado que vuestro sueldo en esta corte iguala apenas al del gran Halconero. ¿Es posible que los servicios del más sabio consejero de Europa se pongan al nivel, ó se desprecien, por mejor decir, considerándolos inferiores á los de un pajarero y médico de aves de rapiña? La Francia posee hermosas tierras; su rey no carece de oro. Permitidme, amigo mío, rectificar esta escandalosa desigualdad. Los medios no están muy lejos: dejad que haga uso de ellos.

Al decir estas palabras, el rey le ofreció una gran talega de plata; pero Comines, cuyos sentimientos eran más delicados que los de la mayor parte de los cortesanos de su tiempo, rehusó el regalo, dándole las gracias y diciendo que estaba perfectamente satisfecho de la liberalidad de su señor; y aseguró á Luis, que aun cuando hubiese aceptado el ofrecimiento que le hacía, no fuera esta circunstancia capaz de aumentar los deseos que tenía de serle útil.

—¡Hombre extraordinario!—exclamó el rey,—permitidme que abrace al solo cortesano de este siglo que sea al mismo tiempo sabio é incorruptible. La sabiduría es mucho más preciosa que el oro más puro; y creedme, Felipe, tengo mayor confianza en vuestra asistencia en estos momentos de crisis, que en los socorros comprados de otros que han aceptado mis regalos. Os conozco, Comines, y estoy seguro de que no aconsejaréis á vuestro señor que

abuse de la ocasión que la fortuna, ó para hablaros con franqueza, mi propia locura le ha proporcionado.

—¡«Que abuse!» No, ciertamente—respondió Comines,—pero sí le aconsejaré que «use» de ella.

—¡Cómo! ¿Hasta qué punto? No soy tan mentecato para presumir que me suelte sin rescate; pero á lo menos que sea moderado. Tan dispuesto me hallo á atender la razón en Perona, como en París ó en Plessis.

—Pero si Vuestra Majestad me permite decírselo, la razón en París ó en Plessis solía hablar con tan humilde tono y baja voz, que no siempre podía alcanzar audiencia de Vuestra Majestad; pero en Perona tiene más sonoro é imperioso órgano y habla la trompeta de la necesidad.

—Vuestro estilo es harto figurado—dijo Luis, incapaz de reprimir un movimiento de malhumor.—Soy hombre liso y llano, señor de Comines; os ruego que dejéis á un lado vuestros tropos y que vengamos al hecho. ¿Qué espera de mí vuestro duque?

—No soy yo el portador de sus proposiciones, señor; él mismo os enterará cuanto antes de las que tiene que haceros. Sin embargo, acuérdome de algunas á que es preciso que Vuestra Majestad esté preparado. Por ejemplo, la cesión de las ciudades de Soma.

—Ya me lo imaginaba.

—La declaración de no haber tomado parte en los crímenes cometidos por los liejenses y Guillermo de la Marck.

—Tan cierto como no he celebrado pacto con el demonio.

—Os pedirá rehenes ó algunas fortalezas, por garantía de que os abstendréis en lo sucesivo de excitar la rebelión entre los flamencos.

—Algo ridículo es, Felipe, que un vasallo pida garantías á su soberano; pero pase esto también.

—Un infantazgo proporcionado é independiente para vuestro ilustre hermano el aliado y amigo de mi amo: la Normandía ó la Champaña, por ejemplo. El duque, señor, aprecia mucho la casa de vuestro padre.

—Sí; ¡fuego de Dios! La aprecia tanto, que quiere hacer

reyes á todos sus hijos. Y bien, ¿hase agotado vuestro almacén de proposiciones?

—Todavía no. Vuestra Majestad será requerido seguramente de no molestar más al duque de Bretaña, como lo ha hecho últimamente; y de no disputar por más tiempo el derecho que tienen vuestros grandes feudatarios de acuñar moneda y de nombrarse duques y príncipes por la gracia de Dios.

—En una palabra, reconocer por reyes á mis vasallos. Señor Felipe, ¿queréis que sea fratricida? Os acordáis de mi hermano Carlos? Pues bien, apenas fué duque de Guiena murió. ¿Y qué quedará para los descendientes y representantes de Carlo Magno, después de haberse desprendido de tan ricas provincias? Sólo el privilegio de hacerse ungir en Reims, y de comer sentados bajo dosel.

—Disminuiremos los cuidados de Vuestra Majestad en esta parted ividiéndolos con un compañero en esa distinción, que os era exclusivamente reservada. Aunque el duque de Borgoña no pida por ahora el título de rey independiente, desea sin embargo estar exento en lo sucesivo de ciertas humillantes muestras de sujeción que está obligado á guardar con el rey de Francia. Tiene también la intención de arreglar su corona ducal del mismo modo que la de los emperadores y de colocar un globo en la parte superior en señal de la independencia de sus dominios.

—¿Y cómo el duque de Borgoña—exclamó Luis levantándose precipitadamente y mostrando un grado de agitación nada común en él,—cómo un vasallo de mi corona se atreve á proponer á su soberano condiciones que, según todas las leyes de Europa, le harían reo de prevaricación?

—En este caso, la pena que se le imponga será harto difícil de ejecutar—dijo con calma Comines.—No ignora Vuestra Majestad que la observancia de las leyes del feudalismo empieza á desatenderse hasta en el mismo imperio Germánico; y que los señores feudales, lo propio que los vasallos, procuran mejorar su posición respectiva lo más que se lo permiten la fuerza y las ocasiones. Las relaciones secretas de Vuestra Majestad con los vasallos del duque en

Flandes servirán á mi amo de pretexto, suponiendo que insista en que la Francia, reconociendo su independencia absoluta, se ponga en estado de no poder entregarse en lo sucesivo á semejantes maquinaciones.

—¡Comines!... ¡Comines!...—dijo Luis volviendo á levantarse y paseándose por su cuarto con ademán pensativo.—Este es un terrible comentario del texto: «¡Væ Victis!» ¿Supongo que no queréis darme á entender que insistirá el duque en tan duras condiciones?

—Quisiera á lo menos, señor, que Vuestra Majestad estuviera preparado á discutirlas.

—Sin embargo, amigo mío, nadie lo sabe mejor que vos: la moderación en la prosperidad es necesaria para asegurar las ventajas que pueden resultar de ella.

—Vuestra Majestad me permitirá le diga que siempre es el que pierde quien ensalza el mérito de la moderación. El que gana, hace mayor caso de la prudencia que le impele á no dejar escapar la ocasión de que puede aprovecharse.

—Pues bien, lo reflexionaremos. Pero presumo que al menos indicasteis ya todas las pretensiones descabelladas del duque? ¿Se atrevería á llevarlas más allá? Sí; leo en vuestros ojos que aun no lo habéis dicho todo. ¿Qué quiere, pues? ¿qué puede desear? ¿Acaso mi corona, que habrá ya perdido sus más ricas joyas si le concedo todas las demandas que habéis significado?

—Lo que me resta deciros, señor, depende en gran parte de la voluntad del duque; pero tiene intención de pedir vuestro consentimiento, pues á la verdad es un punto que os interesa muy de cerca.

—¿Y de qué se trata?—preguntó el rey con impaciencia. —¿Deberé enviarle mi hija por concubina? ¿ó de qué otro deshonor pretende cubrirme?

—El proyecto que ha concebido no encierra ningún deshonor. El primo de Vuestra Majestad, el ilustre duque de Orleans...

—¡Ah!—dijo el rey; pero Comines continuó sin hacer ningún caso de esta interrupción.

—Habiendo puesto su cariño en la joven condesa Isabel de Croye, el duque desea que Vuestra Majestad dé su conenstimiento á este matrimonio como él ha dado el suyo, y que os unáis á él para asegurar á los dos consortes un patrimonio que, unido á los dominios de la condesa, forme decoroso estado para un príncipe de la sangre.

—¡Jamás!... ¡jamás!—exclamó el rey entregándose á un furor que no le había costado poco reprimir hasta entonces, paseándose á largos pasos por el cuarto con un desorden que formaba singular contraste con su serenidad habitual...—¡Jamás! ¡no, jamás! Traigan unas tijeras, córtenme el pelo como al loco de una parroquia, á quien tanto me han igualado mis necesidades; ábrase para mí la puerta de un monasterio ó la del sepulcro; empléense hierros candentes para privarme de la vista; recúrrase á la cuchilla, al veneno, á todo lo que se quiera; pero Orleans no faltará á la fidelidad que ha prometido á mi hija, no tendrá jamás otra esposa mientras ella viva.

—Antes de pronunciaros tan vivamente contra este proyecto, señor, dígnese Vuestra Majestad reflexionar que no tiene medio alguno para impedir su ejecución. El hombre sabio que ve desgajarse un pedazo de roca, no forma el vano intento de detenerla en el aire.

—Pero un hombre intrépido sabe esperar su tumba debajo de ella. Comines, considerad que este enlace causaría la ruína, la destrucción entera de mi reino; pensad que no tengo más que un hijo, un hijo enfermizo, y que Orleans es después de él el heredero de la corona. Tened presente que la Iglesia ha accedido á su unión con Juana, unión que tan felizmente amalgama los intereses de las dos ramas de mi familia; no olvidéis que este ha sido el proyecto favorito de toda mi vida; que he meditado, velado, combatido, rogado... y pecado para llevarle á efecto. No, Felipe de Comines, eso no; no desistiré de esta empresa. Tened lástima de mí en tan extrema aflicción; reflexionad, reflexionad: vuestro ingenioso talento puede encontrar con facilidad algún objeto para substituir á ese sacrificio, algún cordero que ofrecer en lugar de lo que me es tan

querido como lo era al Patriarca su único hijo. Doléos de mí, Felipe; vos, por lo menos, debéis saber que la destrucción de un plan, para cuyo cumplimiento se ha discurrido y trabajado mucho, trastorna más á un hombre dotado de criterio y previsión, que á un ente ordinario, cuyas penas son pasajeras, porque sus deseos sólo son efecto de una pasión momentánea. Vos, que tenéis obligación de compadecer el pesar que ocasionan la prudencia vendida, la sagacidad engañada, aflicción incomparablemente más profunda que todas las que dimanan de otros sentimientos, ¿no os interesaréis por la pena que agobia mi corazón?

—Me intereso por ella, señor, tanto como lo que debo á mi amo.

—No me habléis de él—exclamó Luis, cediendo ó aparentando ceder á un impulso irresistible que le ponía como fuera de sí y le hacía olvidar su acostumbrada reserva.—Carlos de Borgoña ¿es digno acaso de vuestro afecto? ¿Carlos, que es capaz de insultar y aun de sacudir al más fiel de sus consejeros, y de aplicar al más sabio de ellos el injurioso epiteto de «Cabeza embotada?»

Todo el talento de Felipe de Comines no impidiera que dejase de tener muy favorable opinión de su propia importancia; y le causaron tal impresión las palabras que acababa de pronunciar el rey, sin embargo de ser proferidas en un arrebato que no le permitía, según toda apariencia, reflexionar lo que decía, que no pudo menos de repetir:

—«¡Cabeza embotada!» Es imposible que el duque haya motejado así al servidor que ha visto siempre á su lado desde que fué capaz de montar un palafrén. ¡Y en presencia de un monarca extranjero! Repito que es imposible.

Luis conoció inmediatamente el efecto de sus expresiones, y evitando tomar un tono de pésame que hubiera podido parecer insultante, ó de compasión que tuviese trazas de afectado, dijo con sencillez y dignidad al mismo tiempo:

—Mis infortunios me han hecho olvidar la urbanidad, sin lo cual no os hubiera hablado de lo que sin duda debe seros desagradable. Pero vos pretendéis que lo que os ha dicho es imposible: esto ofende mi amor propio, y vendría

á conceder que es fundada vuestra acusación, si no os refiriese que el duque, pensando reventar de risa, me contó las circunstancias que dieron lugar á ese apodo insultante, cuya repetición no ofenderá vuestros oídos pasando por mi boca. Díjome, pues, que un día, volviendo de una cacería á que le habíais acompañado, después de apearse del caballo os rogó que le descalzaseis las botas. Leyendo acaso en vuestros ojos natural descontento por ocupación tan baja y humillante, mandó que os sentarais y comenzó á prestaros el mismo servicio que acababa de recibir de vos. Pero ofendido de que hubieseis interpretado su última orden al pie de la letra, luego que os hubo descalzado una bota, os dió con ella recio en la cabeza, hasta que chorreó sangre, declamando contra la insolencia de un vasallo que permitía que la mano de su señor se degradase hasta tal punto; y desde entonces se divierte mucho con esta aventura, y no solamente os moteja con el absurdo y ridículo nombre de «Cabeza embotada,» sino que ha permitido que Glorioso, su bufón favorito, hiciese otro tanto.

Con la narración de esta anécdota disfrutaba Luis de doble placer: primero, de herir en lo vivo á la persona con quien hablaba, satisfacción en que por naturaleza se complacía, aún cuando no tuviese, como en el caso de que se trata, una especie de excusa para entregarse á su propensión; y luego, de ver que había por fin logrado descubrir en el carácter de Comines un punto vulnerable, que podía inducirle insensiblemente á abandonar los intereses de Borgoña para abrazar los de Francia. Pero, por más que el profundo resentimiento que el cortesano ofendido concibió contra su amo, le indujese para más adelante á dejar el servicio de Carlos por el de Luis, contentóse en aquel momento con asegurar al rey del interés que tomaba por la Francia en términos generales que Luis, según le constaba, sabía muy bien interpretar. Sería el colmo de la injusticia acusar á este excelente historiador de haber olvidado en esta ocasión lo que debía á su amor; pero es cierto que se sentía en aquel instante con disposición más favorable á Luis, que cuando entró en el aposento.

—No creía—dijo haciendo un esfuerzo sobre sí mismo para reirse de la anécdota que el rey acababa de contar,—que una bagatela, una locura semejante se radicase tanto en el espíritu del duque, que pudiese hacer mención de ella alguna vez. Algo hay de verdad en esa historia de las botas, y Vuestra Majestad sabe que el duque no es muy delicado en sus chanzas; pero ésta ha sido muy adornada y ampliada por su imaginación. Por fin, no hablemos más de esto.

—Sí, sí, no hablemos más—dijo el rey,—vergüenza es que nos hayamos detenido en ello un momento. Ahora bien, espero, señor Felipe, que sentís por la Francia suficientes simpatías para aconsejarme en esta espinosa crisis. Estoy seguro de que vos tenéis un hilo que podría sacarme de este laberinto, si quisieseis darme el cabo.

—Vuestra Majestad puede disponer de mis consejos y de mis servicios—respondió Comines,—siempre con la reserva de lo que debo á mi amo.

Esto era lo que con corta diferencia había ya dicho el cortesano; pero lo repetía ahora con tan diverso tono, que Luis, que de la primera manifestación de Felipe había deducido que lo que debía á su señor era la primera de sus atenciones, comprendió muy bien que ahora cargaba más el acento en la promesa de sus consejos y servicios, que en una salvedad alegada únicamente, á lo que parecía, por cumplimiento y decoro. Volvió á sentarse, obligó á Comines á que tomara una silla á su lado, y le escuchó como si estuviese oyendo á un oráculo. El diplomático le habló en voz baja, con aquel tono que raras veces deja de impresionar al que escucha, porque indica sinceridad y una especie de precaución; y con una lentitud que parecía prevenir al monarca que pesase bien cada palabra que salía de su boca, como si hubiese tenido un sentido particular y determinado.

—Las proposiciones que he sometido á la consideración de Vuestra Majestad—dijo,—por más duras que os parezcan, han sido substituídas á otras mucho más violentas todavía, que se presentaron antes y fueron sostenidas en el

consejo por gente animada de miras más hostiles que las mías con respecto á Vuestra Majestad: no tengo necesidad de recordaros que los más directos y violentos consejos son siempre los que encuentran más fácil acogida en el duque; porque gusta de llegar al término del viaje por el camino más corto, por peligroso que sea, antes que seguir el más seguro, como tenga que hacer algún rodeo.

—Es muy cierto—dijo el rey;—yo le he visto atravesar un río á nado, con peligro de ahogarse, cuando á trescientos pasos hubiera podido pasarlo por un puente.

—No cabe duda, señor; y aquel que mira como objeto mezquino su vida cuando se trata de halagar la impetuosa pasión de un momento, seguirá igual impulso y preferirá el gusto de satisfacer sus caprichos al aumento esencial de su poder.

—Yo opino del mismo modo. Un loco prefiere la apariencia del dominio á la realidad; y me consta que tal es el carácter de Carlos de Borgoña. Pero, mi apreciado amigo Comines, ¿qué consecuencias sacáis de esta proposición en que estamos acordes?

—Señor, esta: ¿no ha visto Vuestra Majestad á un hábil pescador hacerse dueño de un gran pez, y sacarle del agua con el delgado hilo de su caña, empleando la astucia, cuando se hubiese querido apoderarse de él atropelladamente, no resistiera el hilo, aunque fuera diez veces más recio, á la violencia de sus esfuerzos? Pues del mismo modo Vuestra Majestad, satisfaciendo al duque en aquellos objetos en que especialmente funda sus ideas de honor y de venganza, podrá eludir muchas exigencias más desagradables todavía, y en especial, pues debo hablar con franqueza á Vuestra Majestad, aquellas que tendrían una tendencia directa á desmembración de la Francia. Así las olvidará por el momento: se escaparán luego de su memoria; y dejándolas para otra junta, se retardará la discusión y no se hablará más de ellas.

—Os comprendo, apreciable Felipe; pero vamos al casso. ¿Cuál consideráis que sea de todas esas disparatadas pro-

posiciones, aquella cuya contradicción le pusiera más furioso é intratable?

—Cualquiera de ellas: precisamente aquella en que le contradigáis. Esto es lo que Vuestra Majestad debe evitar; y para volver á mi primera alegoría, es menester que estéis siempre en acecho; y cuando le veréis dispuesto á entregarse á violento ímpetu, aflojadle la caña para que no la rompa. Así su furor, considerablemente disminuído, se disipará por sí mismo, si no encuentra oposición, y poco después le veréis más blando y más afable.

—Sin embargo—dijo el rey con aire pensativo,—entre las proposiciones que mi primo tiene intención de hacerme, debe haber algunas que tomará más á pecho que otras. ¿No hubiera medio de distinguirlas, señor Felipe?

—Vuestra Majestad puede hacer que la más insignificante de las demandas sea para el duque la más empeñada, con sólo que os opongáis á ella. Juzgo, sin embargo, deber deciros, señor, que es preciso perder toda esperanza de acomodamiento sin abandonar á los liejenses y á Guillermo de la Marck.

—Ya he dicho que los abandonaría, y no merecen otra cosa de mí. ¡Miserables!... ¡Dar principio á semejante tumulto en una ocasión en que podía costarme la vida!

—El que aplica la mecha á un reguero de pólvora no debe maravillarse de oir la explosión de la mina—replicó Comines.—Pero no bastará al duque Carlos que Vuestra Majestad los abandone. Yo sé que se propone reclamar vuestra asistencia para vencer esa insurrección, y vuestra presencia real para sancionar el castigo que prepara á los rebeldes.

—No sé si mi honor me permite acceder á esta demanda, Comines.

—Pues yo no sé si el cuidado de vuestra seguridad individual os deja mucho campo para rehusarla. Carlos está determinado á probar á los flamencos que no deben contar con los ofrecimientos ni con los socorros de la Francia, y que si se rebelan, nada podrá ponerles al abrigo del furor y la venganza de la Borgoña.

—Hablemos francamente, señor Felipe. Si lográsemos ir entreteniendo las cosas, ¿esos miserables liejenses no podrían ponerse en estado de resistir al duque? Los pícaros son tercos y en gran número: ¿no serían capaces de defender la ciudad contra él?

—Algo pudieran hacer con los mil arqueros que Vuestra Majestad les ha prometido; pero...

—¡Que yo les he prometido! ¡Ah! ¡mi apreciable señor Felipe! me agraviáis con esa suposición.

—Pero sin esto—continuó Comines no atendiendo á la interrupción del rey,—y supuesto que «por ahora» Vuestra Majestad no juzgará probablemente oportuno enviárselos, ¿cómo unos artesanos pueden prometerse defender una ciudad en que no se han reparado todavía las anchas brechas de sus murallas, mandadas hacer por el duque Carlos después de la batalla de Saint Tron, de suerte que los lanceros de Hainault, de Brabante y de Borgoña pueden atacar á veinte de frente?

—¡Imprudentes idiotas! Si así han desatendido ellos mismos su seguridad, no merecen mi protección. No; no me empeñaré por ellos. Continuad.

—Temo que Vuestra Majestad ponga más interés en el siguiente punto.

—¡Ah!—exclamó el rey,—queréis hablar de ese infernal matrimonio. Nunca consentiré en romper el tratado que une á mi primo de Orleans con mi hija Juana. Eso sería arrancar el cetro de la Francia á mi posteridad; pues el Delfín tiene la salud muy delicada; es un capullo marchito que no dará ningún fruto. Este matrimonio entre Juana y el duque de Orleans ha sido el objeto de mis reflexiones durante el día, de mis sueños en la noche. Os repito, Felipe, que no puedo acceder á ello. A más de que, es una barbarie exigir de mí que destruya con mis propias manos y de un solo golpe el plan político que más aprecio, y la felicidad de dos jóvenes, criados uno para otro desde la infancia.

—¿Con que es grande su cariño?—preguntó Comines.

—De una parte por lo menos—respondió el rey:—aque-

lla por la cual debo yo tomar mayor interés. Pero vos os sonreís, Felipe: ¿no creéis en la fuerza del amor?

—Al contrario, señor; permitid que os diga que soy tan poco incrédulo en esta materia, que iba á preguntaros si tendríais un poco menos de repugnancia en acceder al enlace propuesto entre Luis de Orleans é Isabel de Croye, si yo os probase que la condesa tiene una inclinación tan decidida por otra persona, que probablemente se negará á dar la mano al duque.

—¡Ah, mi bueno y querido amigo!—dijo suspirando el rey.—¿De qué sepulcro habéis sacado este consuelo para un hombre muerto? ¡Su inclinación! ¡qué! Para decir la verdad, supongamos que Orleans detesta á mi hija Juana: ¿qué importa? Sin este amontonamiento de desdichas debidas á la trama de este mal urdido lance, de buena ó mala gana hubiera tenido que casarse con ella. ¿Qué puede acontecer para que esa doncella niegue la mano al esposo que se le destina, cuando se vea obligada á ello por una necesidad de esta clase? ó mejor dicho, ¿cómo querrá negársela tratándose de un príncipe de la sangre real de Francia? No, no, Felipe; no debemos lisonjearnos de que ella sea insensible al cariño de tal amante. «Varium et mutabile,» Felipe.

—Creo que en esta ocasión no pesa Vuestra Majestad en buena balanza el valor determinado de esa joven. Procede de caprichosa y obstinada estirpe; y he sabido por Crève-Cœur, que profesa un afecto de novela á un joven escudero que realmente le ha prestado grandes servicios en el camino.

—¡Ah!—exclamó el rey,—¿un arquero de mi guardia que se llama Quintín Durward?

—El mismo, á lo que creo—respondió Comines,—y ha sido hecho prisionero con la condesa. Viajaban juntos, casi mano á mano.

—¡Benditos y alabados sean Dios Nuestro Señor, Nuestra Señora, el señor San Martín y el señor San Julián! ¡Gloria y honor al sabio Galeoto, quien leyó en los astros que el destino de ese joven estaba en conjunción con el

mío! Si esa condesita se le ha aficionado de modo que se oponga por ello á las órdenes del duque, verdaderamente ese Quintín Durward me ha prestado señaladísimo servicio.

—Según me ha contado Crève-Cœur, señor, puede esperarse hallarla suficientemente obstinada. A más de que, á pesar de la suposición que se ha dignado hacer ahora poco Vuestra Majestad, el noble duque no renunciará sin duda voluntariamente á la mano de su hermosa prima, con quien se halla comprometido tanto tiempo hace.

—¡Hum, hum!—contestó el rey.—Vos no habéis visto á mi hija Juana; es un mochuelo, señor Felipe; un verdadero mochuelo; casi me avergüenzo de ser su padre. Pero, ¿qué importa? Que tenga ahora bastante entendimiento para casarse con ella, y luego le permitiré que pierda el juicio por la mujer más hermosa de Francia. Ahora bien, presumo que se habrá ya terminado la lista de las pretensiones de vuestro amo.

—Os he dado á conocer, señor, los puntos sobre los cuales está más dispuesto á insistir en la actualidad; pero Vuestra Majestad ya sabe que el carácter del duque es un torrente impetuoso, cuyas aguas corren tranquilas sólo cuando no hallan oposición alguna en su camino, siendo imposible prever qué obstáculos pueden interponerse y hacerle salir de madre. Si llegase á obtener inopinadamente más evidentes pruebas de los manejos de Vuestra Majestad con los liejenses y Guillermo de la Marck (perdonad, señor, la expresión, el tiempo urge y no permite ciertos cumplimientos,) entonces podrían ser más terribles las consecuencias. Han llegado muy extrañas noticias de aquel país. Se dice que De la Marck se ha casado con Amelina, la mayor de las condesas de Croye.

—Esa vieja loca tenía tantas ganas de casarse, que hubiera aceptado la mano del mismo Satanás; pero que De la Marck, tan bruto como es, se haya decidido á cargar con ella, me parece más extraordinario.

—Asegúrase igualmente que un heraldo ó enviado por parte de Guillermo de la Marck, está para llegar á Perona. Esto solo basta para excitar en el duque un arrebato de

cólera. Espero que Vuestra Majestad no habrá tenido correspondencia con Guillermo de la Marck, y que éste no podrá presentar ninguna pieza ni documento justificativo.

—¡Yo escribir á un «jabalí!» No, no, señor Felipe; no soy tan necio para echar margaritas á los cerdos. Las pocas relaciones que he tenido con ese animal feroz, sólo consistieron en mensajes de viva voz, y no empleé más que vagabundos y miserables cuyo testimonio no se admitiría para probar el robo de los huevos de un gallinero.

—Sólo me queda que recomendar á Vuestra Majestad—dijo Comines levantándose,—que estéis siempre prevenido, que obréis según las circunstancias, y, sobre todo, que sólo empleéis con el duque el lenguaje y los discursos más propios de vuestra actual situación que de vuestra dignidad.

—Si mi dignidad me molesta—respondió el rey,—lo que raras veces me sucede cuando trato negocios de interés, tengo un remedio especial contra esa intumescencia del corazón, y es echar una mirada á cierto ruinoso gabinete que se halla á dos pasos de aquí, y pensar en la muerte de Carlos el Simple: esto me la quitará tan eficazmente, como un baño frío apagaría mis ardores. Y ahora, mi querido amigo, mi digno consejero, ¿es preciso que os separéis de mí? Y bien, señor de Comines, tiempo vendrá en que os cansaréis de dar lecciones de política á ese toro de Borgoña, que no se halla en estado de comprender el más sencillo de vuestros argumentos: cuando llegue este caso, si Luis de Valois vive todavía, pensad que tenéis un amigo en la corte de Francia. Si vos fueseis allá, mi querido Felipe, consideraría vuestra presencia como una bendición para mi reino, porque á los profundos conocimientos en la diplomacia, agregáis una conciencia que os facilita conocer y discernir el bien del mal, en tanto que... ¡Dios, Nuestra Señora, y el señor San Martín me lo perdonen!... Oliverio y La Balue tienen el corazón tan duro como una piedra de molino. Mi vida está llena de amargura por los remordimientos de los crímenes que me han hecho cometer, y por la penitencia que me es preciso hacer con este motivo; pero vos, señor Felipe, vos que poseéis la sabiduría de

los tiempos pasados y presentes, vos podríais enseñarme á ser grande sin dejar de ser virtuoso.

—Esta es difícil empresa—dijo el historiador,—pocos príncipes la han llevado á cabo; sin embargo, hállase todavía al alcance de los que quieran hacer algún esfuerzo para conseguirlo. Yo me retiro, señor: preparáos para la conferencia que el duque no tardará á tener con Vuestra Majestad.

Luis permaneció algún rato con los ojos fijos en la puer-

ta por donde Comines acababa de salir.

—El me ha hablado de pesca—dijo con amarga sonrisa, —y no es mal anzuelo el que yo le he hecho tragar. Se cree virtuoso porque ha rehusado mi dinero; pero no pudo cerrar el oído á mis ofrecimientos y lisonjas: no es insensible al placer de vengar un agravio hecho á su vanidad. ¡Ha rehusado mi dinero! es verdad: resulta de esto que es más pobre, pero no por ello más honrado. Es preciso, sinembargo, atraerle porque es en efecto la cabeza mejor organizada de toda la Borgoña. Ahora me preparo á más noble lucha. Tengo que hacer frente á ese leviatán de Car-

los, que va á cruzar los mares para llegar hasta mí. Fuerza es que, como á marinero temeroso, le eche algo desde la cubierta para entretenerle; pero acaso hallaré un día ocasión propicia... para hundirle un arpón en las entrañas.

———

CAPITULO XXXI

Los dos amantes

> Permanece firme en tu lealtad, joven soldado. Cumple tu empeñada palabra: dejad sus astucias á la vejez, y á los políticos de encanecida cabeza sus embrollos y falsedades. Sed sencillos y puros, como lo es por la mañana el cielo, antes que el sol extraiga de la tierra los vapores que empañan más tarde su limpidez.
>
> «El proceso».

En la importante y peligrosa mañana que precedió á la entrevista de los dos príncipes en el castillo de Perona, Oliverio el Gamo sirvió á su amo como agente no menos activo que hábil, prodigando por doquier los regalos y promesas para granjear partidarios á Luis, con objeto de que cuando estallara el furor del duque hubiese muchos interesados en sofocar el incendio, y nadie procurase aumentar su voracidad. Introdújose como la noche de tienda en tienda y de casa en casa, ganando amigos por todas partes, no en el sentido del apóstol, sino con el cebo de la iniquidad; y valiéndonos de la expresión que se aplicó á otro agente político no menos activo que él, «tenía el dedo en la mano y la boca en el oído de todos,» de suerte que, por diversas razones, de las cuales dimos ya muchas á conocer, procuróse los buenos oficios de gran número de caballeros borgoñones que tenían algo que esperar ó que temer en Francia, ó que juzgaban que si la autoridad de Luis quedase limitada, avanzaría el duque con firme y más seguro paso hacia el despotismo, por el cual mostrara inclinación harto decidida.

Cuando se trataba de ganar á alguno para quien consideraba insuficientes sus argumentos y presencia, valíase del influjo de algún otro servidor del rey. Obtuvo de este modo el permiso del conde de Crève-Cœur para que lord Crawford y el Acuchillado pudiesen tener una entrevista con Quintín Durward, que desde el día de su llegada á Perona estaba sin comunicación, aunque honrosamente tratado. Alegáronse negocios particulares como objeto de la demanda; pero es probable que Crève-Cœur, temiendo que las impetuosas pasiones de su señor le arrastrasen á la deshonra con algún acto violento contra Luis, celebró poder suministrar á Crawford la ocasión de dar al joven arquero algunos consejos que pudiesen ser útiles al rey de Francia.

La entrevista de los tres compatriotas fué cordial y aun interesante.

—Sois un joven original—dijo lord Crawford á Durward como lo hiciera un abuelo con su nieto.—La fortuna por cierto os favorece, como si hubieseis nacido de pies como los gatos.

—Todo esto procede de haber obtenido tan joven una plaza de arquero—dijo el Acuchillado.—Nunca se ha hablado tanto de mí, querido sobrino; porque tenía ya veinticinco años cumplidos cuando salí de paje.

—Y qué paje montañés tan endiabladamente feo debías hacer, Luis—dijo el anciano comandante,—con una barba como pala de panadero y unas espaldas como el viejo Wallace Wight.

—Creo—dijo Quintín bajando los ojos—que no llevaré mucho tiempo este título distinguido; pues es mi intento muchsepararme del servicio de los arqueros de la guardia.

El Acuchillado quedó mudo de sorpresa, y las facciones del viejo lord Crawford expresaron el desagrado. El primero pudo al fin articular estas palabras:

—¡Dejar el servicio!... ¡Renunciar una plaza de arquero de la guardia escocesa! ¿Quién soñó jamás tal desatino?... Yo no daría la mía por el empleo de gran condestable de Francia.

—Silencio, Luis—dijo el lord Crawford.—¿No ves que ese

joven sabe seguir el viento que sopla, mejor que nosotros, que somos del tiempo antiguo? Su viaje le ha proporcionado poder contar lindas historietas relativamente al rey Luis, y va á hacerse borgoñón para sacar algún provecho relatándolas al duque Carlos.

—Si así lo creyese—dijo el Acuchillado,—le enviaría al otro mundo con mis propias manos, aunque fuera cincuenta veces el hijo de mi hermana.

—Pero antes, querido tío—respondió Quintín,—os informaríais de si merezco ser tratado de esta manera. En cuanto á vos, milord, sabed que no soy ningún soplón, y que ni el potro ni los tormentos me arrancarían en perjuicio del rey Luis una sola palabra de cuanto he podido indagar mientras le he servido. Mi deber me impone silencio en esta parte; pero no le serviré por más tiempo, puesto que á más de los peligros que puedo correr combatiendo honrosamente contra sus enemigos, estoy expuesto á emboscadas preparadas por mis propios amigos.

—Si las emboscadas no le gustan—dijo el Acuchillado que era muy tardo en comprender, mirando tristemente á lord Crawford,—lo siento mucho, señor, pero temo que nada haremos de él. Yo mismo he dado en treinta emboscadas, y preparado á mi parecer más de sesenta: estos son los ardides militares favoritos de nuestro rey.

—Es verdad, Luis—dijo lord Crawford;—y sin embargo, calláos, pues creo entender mejor que vos este asunto.

—Permita Nuestra Señora que así sea, milord—respondió el Acuchillado;—pero se me parte el corazón al pensar que mi sobrino tiene miedo de una emboscada.

—Yo, joven—dijo Crawford,—comprendo en parte lo que queréis decir. Habéis experimentado alguna traición en el viaje que acabáis de hacer por orden del rey, y tenéis motivo para sospechar que Su Majestad sea el autor.

—Estaba muy próximo á dar con una cumpliendo exactamente las órdenes del rey; pero tuve la dicha de burlarla. Si Su Majestad es inocente ó culpada, allá se las avendrá con Dios y su conciencia. El me dió de comer cuando tenía hambre, me recogió cuando iba errante en país extraño, y

jamás le perjudicaré en la adversidad con acusaciones que pueden ser injustas, porque las oí salir únicamente de los labios más impuros.

—¡Querido hijo! ¡excelente muchacho!—exclamó lord Crawford, estrechándole en sus brazos;—esto es pensar y hablar como verdadero escocés. Lo eres, en efecto, de pies á cabeza. Procedes como hombre que olvida la causa de la disputa que promovió un amigo, cuando le ve en mal estado, para no acordarse sino de los favores que de él ha recibido.

—Puesto que mi capitán ha abrazado á mi sobrino—dijo Luis Lesly,—bien puedo yo hacer otro tanto. Quisiera, sin embargo, que supiese que es tan necesario á un soldado entender bien el servicio de las emboscadas, como á un cura leer su Breviario.

—¡Silencio, Luis!—dijo Crawford:—eres un borrico, amigo mío; y no conoces todo lo que debes al cielo por haberte favorecido con semejante sobrino. Ahora bien, Quin-

tín, amigo mío, decidme, ¿está enterado el rey de la digna, noble y cristiana resolución que habéis tomado? pues en la crisis en que se encuentra, tiene el pobre monarca suma necesidad de saber con quién puede contar. ¡Si hubiese traído consigo toda la brigada de su guardia!... Pero hágase la voluntad de Dios... Respondedme, ¿está el rey enterado?

—Lo ignoro—respondió Quintín.—Sin embargo, he asegurado á su sabio astrólogo Marcio Galeoto, que estaba decidido á guardar silencio en todo lo que podría perjudicar al rey en sus relaciones con el duque de Borgoña. Ruégoos que me disimuléis si no entro en pormenores sobre este punto, y podéis pensar que he sido todavía más lacónico con el astrólogo.

—¡Ah! ¡ah!—dijo lord Crawford;—acuérdome, efectivamente, que Oliverio me ha dicho que Galeoto profetizó con mucha firmeza al rey la conducta que vos observaríais; y celebro que se apoyase en una autoridad mejor que la de los astros.

—¡Profetizar él!—exclamó el Acuchillado riendo.—¿Le han dicho jamás los astros que el honrado Luis Lesly ayudaba á una moza muy salada á gastar los lindos ducados que le echaba el filósofo en su delantal?

—Chitón, Luis—le dijo su capitán,—chitón, bruto. Si tú no respetas mis canas, porque yo soy de la alegre cofradía, respeta á lo menos la juventud é inocencia de tu sobrino, y no vengas á decirnos esas sandeces.

—Vos, mi capitán, tenéis derecho para decir lo que os dé la gana—respondió Luis;—pero á fe mía, la penetración de Saunders Souplejaw, zapatero de Glenhoulakin, hubiera dejado atrás ese talento profético de Galloto, Gallipoto, ó como le llamen. Aquél predijo que todos los hijos de mi hermana morirían un día, é hizo esta predicción cuando nació el más joven, que era Quintín que está aquí presente, y sin duda morirá un día, para que se cumpla la profecía en todas sus partes; ya veis que poco falta, pues excepto él, toda la ninada voló ya. Me predijo Saunders en cierta ocasión á mí mismo, que un casamiento haría mi fortuna,

lo que seguramente sucederá á su tiempo y lugar, pues no ha sucedido todavía; bien que ignoro el cómo y el cuándo, porque no me he cuidado de tomar el estado del matrimonio y Quintín es aún muy mozo. Por fin, Saunders predijo...

—A menos que esa predicción venga muy á pelo, mi buen Luis—dijo lord Crawford,—te ruego que nos dispenses de ella; porque es preciso que los dos dejemos á vuestro sobrino, suplicando humildemente á Nuestra Señora que le proteja en sus buenas intenciones, pues se trata de un caso en que una palabra pronunciada sin reflexión, causaría mayor mal del que podría reparar después todo el Parlamento de París. Recibe mi bendición, hijo mío, y no te precipites en eso de separarte de nuestro cuerpo; pues habrá dentro de poco buenas suertes que echar á la faz del mundo, sin temer ninguna emboscada.

—Recibe también mi bendición, sobrino mío—dijo Luis, —pues ya que mi noble capitán está satisfecho, también es deber mío estarlo.

—Un momento, milord—dijo Quintín llamando aparte á lord Crawford,—no debo olvidar deciros que existe además en el mundo un sér á quien he comunicado esas circunstancias, respecto á las cuales exige actualmente la seguridad del rey que se guarde secreto; y no teniendo como yo que cumplir un deber que me imponen mi empleo y la gratitud, podría creer que la obligación de callar no se extiende á ella.

—«¡A ella!»—exclamó lord Crawford.—A fe mía, si entra alguna mujer en el secreto, que el cielo se apiade de nosotros, pues estamos todavía en peligro de naufragar.

—No lo creáis, milord—respondió Durward,—pero emplead plead vuestra influencia con el conde de Crève-Cœur para que me permita tener una entrevista con la condesa Isabel de Croye. Ella es la que está enterada de mi secreto, y no dudo conseguir que lo guarde, como lo haré por cierto yo mismo, en todo lo que pueda excitar el resentimiento del duque contra el rey Luis.

El viejo comandante discurrió un buen rato, alzó los ojos

al techo, fijólos después en el suelo, movió la cabeza, y dijo por fin:

—Hay en todo esto un enigma que, palabra de honor, no acierto á descifrar. ¡La condesa Isabel de Croye! ¡Una entrevista con una dama tan distinguida por su clase, nobleza y fortuna! Y tú, joven escocés sin más haber que la capa y la espada, tan seguro de alcanzar de ella lo que quieres pedirle, preciso es que tengas extraña confianza en ti mismo, mi joven amigo, ó que hayas empleado muy bien el tiempo durante tu viaje. Pero, por la cruz de San Andrés, hablaré en favor tuyo á Crève-Cœur; y como teme verdaderamente que la cólera lleve al duque á cometer algún exceso deshonroso para él y para la Borgoña, considero bastante probable que acceda á tu súplica, bien que, á fe mía, la encuentro muy cómica.

Diciendo esto y encogiéndose de hombros, el viejo lord salió del aposento, seguido de Luis Lesly, que siendo el más exacto imitador de su jefe, aunque ignorando lo que acababa de pasar entre éste y Quintín, procuró afectar un aire de importancia y de misterio como el mismo Crawford.

Al cabo de algunos momentos lord Crawford volvió, pero sin el Acuchillado. El anciano parecía animado de un humor particular. Reíase con expresión maligna y chocarrera, que formaba vivo contraste con sus facciones naturalmente rígidas y graves, y movía á uno y otro lado su cabeza, como si le ocupara alguna idea que no podía menos de desaprobar, aunque la hallase irresistiblemente chistosa.

—Vamos, paisano—dijo á Quintín,—no te pierdes por encogido. No creo que te impida la timidez hacer progresos con una buena moza. Ya he hecho tragar tu proposición al conde de Crève-Cœur, á pesar de haber sido para él como un vaso de vinagre, pues me ha jurado por todos los santos de Borgoña, que si no se tratara del honor de los dos príncipes y la paz de ambos Estados, jamás llegaríais á ver ni el vestigio de una huella de la condessa Isabel. Si no estuviese casado, y con linda mujer, sospecharía que quisiera romper una lanza por su prisionera. Acaso tiene algún proyecto en favor de su sobrino el conde Esteban.

¡Una condesa!... ¡No tender tus lazos á un pajarillo de menos cuenta! Pero vamos, vamos; sígueme. Piensa que tu conferencia con ella debe ser corta; pero tú sabes sin duda aprovechar los instantes. ¡Oh! ¡oh! ¡oh! ni valor tengo, en verdad, para reprenderte por tu presunción, tanto me mueve á risa.

Rojas las mejillas como la grana, ofendido y á un tiempo avergonzado por las insinuaciones algo duras del anciano lord, picado y confuso de ver que su pasión era mirada como ridícula por todo el que tenía un poco de imaginación y de experiencia, Durward siguió silenciosamente á lord Crawford al convento de las Ursulinas, donde estaba hospedada la condesita; y entrando en el locutorio, encontraron allí al conde de Crève-Cœur.

—¿Y bien, mancebo—dijo el conde á Quintín con severidad,—parece que es preciso que volváis á ver todavía á la hermosa compañera de vuestra novelesca expedición?

—Sí, señor conde—respondió Quintín con firmeza,—y lo que es más, necesito verla sin testigos.

—¡No tal!—exclamó Crève-Cœur.—A vos os nombro juez en esta causa, lord Crawford. Esa niña, la hija de mi antiguo amigo, de mi compañero de armas, la más rica heredera de Borgoña, ha confesado una especie de... ¿qué iba yo á decir ahora?... en una palabra, es una loca, y vuestro escudero un fatuo presumido... y no se verán sin testigos.

—En este caso no hablaré una sola palabra á la condesa, pues no he de despegar los labios en vuestra presencia—dijo muy gozoso Quintín.—Por más presumido que sea, lo que acabáis de noticiarme excede en mucho lo que me hubiera yo atrevido á esperar.

—Tiene razón, mi querido amigo—dijo Crawford al conde,—vuestra lengua se ha precipitado más de lo que aconsejaba la prudencia; pero ya que me habéis nombrado juez, os diré, que como hay una buena reja en el locutorio, os aconsejo que fiéis de ella, y dejadles hacer todo el mal que puedan con la lengua. ¡Por vida de!... ¿Debe ponerse en balanza la vida de un rey y la de muchos miles de hombres, con los requiebros con que dos jóvenes podrán

regalarse mutuamente los oídos durante un par de minutos?

Dicho esto se llevó á Crève-Cœur fuera del locutorio: y el conde, siguiéndole á pesar suyo, se retiró echando miradas de enojo al joven arquero.

Apenas había partido, cuando se presentó la condesa Isabel al otro lado de la reja. Cuando advirtió que Quintín estaba solo en el locutorio, se detuvo y permaneció con los ojos bajos cosa de medio minuto.

—¿Y por qué he de mostrarme yo ingrata—dijo por fin,—á causa de las injustas sospechas que otros han concebido? ¡Mi protector!... ¡mi salvador!... tal habéis sido para mí en medio de tantos peligros como he corrido; mi fiel y constante amigo!

Diciendo esto, se iba adelantando hacia él, y le tendió la mano sacándola por la reja sin hacer esfuerzos para retirarla mientras él la cubría de besos y la humedecía con sus lágrimas. Limitóse á decirle:

—Si debiésemos volver á vernos, Durward, no os permitiría esta locura.

Si se consideran los peligros de que la había preservado Quintín, si se reflexiona que él había sido, en verdad, su único, fiel y celoso defensor, mis hermosas lectoras, aun cuando se hallasen entre ellas condesas y ricas herederas, perdonaran á Isabel esta derogación de su dignidad.

Apartó, en fin, su mano de las de Durward, alejóse un poco de la reja, y le dijo con suma turbación:

—Y bien, ¿qué tenéis que pedirme? pues se trata de una súplica que debéis hacerme: lo he sabido por el anciano lord escocés que vino poco rato hace con mi primo Crève-Cœur. Si la demanda es razonable, tal que la pobre Isabel pueda otorgarla sin faltar á su deber ó á su honor, no temáis que os la niegue... Pero no os precipitéis en hablar—añadió, paseando en derredor suyo una tímida mirada,—procurad que no salga de vuestros labios una palabra que pueda interpretarse en descrédito nuestro, si acaso nos escuchan.

—Nada temáis, noble señora—respondió Quintín con amargura.—No es aquí donde puedo yo olvidar la distancia que

Y le permitió cubrir su mano de besos

el destino ha colocado entre nosotros, y exponeros á la censura de vuestros orgullosos parientes, como objeto del amor más puro de un hombre que es más pobre ó menos poderoso que ellos, no tal vez menos noble. Pase esta idea como un sueño nocturno para todos, excepto para un corazón en que, por sueño que sea, ocupará el lugar de la realidad.

—¡Silencio! ¡silencio!—exclamó Isabel,—por consideración mía, por vuestro interés, no habléis así. Antes decidme lo que tenéis que suplicarme.

—Generoso perdón para un hombre que, con miras de egoísmo, se portó con vos como enemigo.

—¡Oh! yo perdono á todos mis enemigos; pero, ¡ah Durward! ¡de qué terribles escenas me han librado vuestro valor y vuestra presencia de ánimo!... ¡Aquel salón ensangrentado!... ¡Aquel digno obispo!... Hasta ayer no me enteré de todos los horrores que pasaron en mi presencia, sin que yo llegase á presumirlo.

—Olvidadlos—dijo Quintín viendo que los vivos colores que animaron las mejillas de Isabel durante esta conversación se desvanecían, dando lugar á una palidez mortal. —No echéis la vista atrás; mirad delante con el valor que deben tener los que viajan por peligroso camino. Oídme: nadie mejor que vos, señora, tiene derecho de dar á conocer al rey Luis por lo que realmente es, y proclamarle por un político falso y astuto; pero si le acusáis de haberos excitado á huir de Borgoña, y sobre todo de haber combinado un plan para haceros caer en manos de Guillermo de la Marck, causaréis con toda probabilidad el destronamiento y acaso la muerte del rey; y en cualquiera de estos casos ocasionaréis entre la Francia y la Borgoña la más sangrienta guerra que haya ocurrido entre las dos naciones.

—¡No permita Dios que sea yo la causa de tales desgracias, si es posible evitarlas!—dijo Isabel.—Aun cuando fuese yo capaz de albergar algunas ideas de venganza, la menor insinuación de parte vuestra haría que renunciase á ellas. ¿Sería posible que tuviese más presentes los agra-

vios del rey Luis, que los inestimables servicios que me habéis prestado? Pero, ¿qué conducta podré adoptar? Cuando me halle en presencia de mi soberano el duque de Borgoña, será preciso que guarde silencio ó que diga la verdad. Si me niego á hablar me acusarán de terca, y presumo que no pretenderéis que me degrade con una mentira.

—No por cierto; pero cuando tengáis que hablar, no debéis decir de Luis sino aquellas verdades que hayáis adquirido personalmente. Si os veis obligada á hacer mención de lo que otros os han contado, citadlo como simples rumores, y por más verosímiles que parezcan, no les deis importancia aparentando creerlos. No aseguréis más que lo que haya pasado por vos misma. El consejo de Estado de Borgoña no puede negar á un monarca la justicia que se concede en mi país al último de los acusados; y no debe considerarle como reo hasta que los delitos que se le imputan sean apoyados por pruebas positivas y suficientes. Ya veis que para probar los hechos que no adquiristeis personalmente, no se podrán alegar más que datos de oídas.

—Juzgo comprenderos—dijo la condesa.

—Voy á explicarme todavía con más claridad—dijo Quintín. Y empezó á hacer más inteligibles sus consejos por medio de ejemplos; pero cuando estaba en lo mejor de la explicación, tocó la campana del convento.

—Esta es la señal de que debemos separarnos... y separarnos para siempre!—dijo la condesa.—Pero no me olvidéis, Durward: yo no os olvidaré nunca... vuestros leales servicios...

No pudo continuar; pero volvió á alargarle la mano, que él aplicó de nuevo á sus labios, y... yo no sé cómo sucedió; pero lo cierto es que, queriendo retirarla, la condesita acercó tanto su rostro á la reja, que Quintín se atrevió á imprimir en sus labios su último adiós. Isabel no le reprendió por esto, y acaso no tuvo tiempo para hacerlo; pues casi al mismo instante Crève-Cœur y Crawford, que desde un gabinetito inmediato y secreto lo vieron, y, no

sabemos, si también lo oyeron todo, entraron atropelladamente en el locutorio, el primero arrebatado de cólera, mientras el otro le detenía riendo.

—¡Retiráos, joven loca, retiráos!—gritó el conde á Isabel, que echándose el velo en la cara se retiraba apresurada,—mereceríais que os pusiesen en una celda á pan y agua por todo alimento. En cuanto á vos, caballerito mío, que tan poca prudencia mostráis, tiempo vendrá en que los intereses de los reinos y de los soberanos no tendrán relación ninguna con gentes como vos, y se os hará saber el castigo que merece la audacia de un mendigo que se atreve á poner los ojos en...

—Basta, basta, no se hable una palabra más—exclamó el viejo lord,—y vos, Quintín, silencio también; yo os lo mando. Volved á vuestro alojamiento. Señor conde de Crève-Cœur, ahora que él no puede oirlo, permitidme que os lo diga, no hay para qué tomar un tono de tanto desprecio: Quintín Durward es tan hidalgo como el rey, como dicen los españoles; pero no muy sobrante de bienes. Es tan noble como yo, y á fe mía, que soy el jefe y cabeza de mi familia. No nos habléis, pues, de castigos.

—¡Milord! ¡milord!—dijo con impaciencia Crève-Cœur,—la soberbia de esos mercenarios extranjeros ha pasado ya á proverbio; y vos, que sois su jefe, deberíais reprimirla en lugar de estimularla.

—Cincuenta años hace que mando los arqueros de la guardia, señor conde, y nunca necesité consejos de ningún francés, ni borgoñón; y con vuestro permiso, seguiré pasándome sin ellos mientras conserve este destino.

—Bien, bien, milord, no tenía intención de ofenderos: vuestra edad y nobleza os dan ciertos privilegios. En cuanto á esos jóvenes, olvidaré lo pasado á favor de las enérgicas medidas que voy á tomar para que no vuelvan á verse jamás.

—No juréis esto por la salud de vuestra alma, Crève-Cœur —dijo riendo el anciano lord.—Dicen que las montañas pueden juntarse, y, ¿cómo no podrían hacerlo criaturas vivientes, que tienen buenas piernas, y un ardiente amor para

ponerlas en movimiento? Aquel besito fué muy tierno, Crève-Cœur; á mí me parece del mal agüero.

—¿Queréis todavía desesperarme, milord? Pero no os daré esa ventaja sobre mí... ¡Oíd! esta es la campana del castillo. Llama á consejo... ¡qué momento!... Dios sólo sabe el resultado de lo que va á suceder.

—¡El resultado, conde! Yo puedo predecíroslo—dijo Crawford.—Si ocurre algún acto de violencia contra la persona del rey, aunque sus amigos sean en muy corto número y estén rodeados por sus enemigos, él no caerá solo ni sin venganza. Mi mayor pena es que su orden positiva me haya impedido tomar medidas para prepararme á tal acontecimiento.

—Anticipar semejantes desgracias, milord, es el medio más seguro de ocasionarlas. Obedeced las órdenes de vuestro señor, no deis un pretexto á la violencia irritándoos con demasiada facilidad; y veréis cómo se pasa el día tranquilamente, más de lo que sin duda os figuráis ahora.

CAPITULO XXXII

La información

> Preferiría que mi corazón sintiese el consuelo de saber que me amas, á ver con desagrado tus demostraciones de cortesía. Levanta, primo, levanta; tus pensamientos, no lo ignoro, se levantan lo menos hasta aquí (señalando su propia cabeza), aunque tus rodillas...
> SHAKSPEARE.—«Ricardo II», acto III, escena III.

Al primer toque de la campana que llamaba á consejo á los principales señores borgoñones y al cortísimo número de pares de Francia que pudieron hallarse presentes en aquella ocasión, el duque Carlos, seguido de un destacamento de sus guardias, armados con hachas y partesanas, se trasladó á la torre de Herberto, en el castillo de Perona.

Luis, que esperaba esta visita, se levantó viendo entrar al duque, dió dos pasos hacia él, y le aguardó de pie con un aire de dignidad que sabía tomar perfectamente cuando lo juzgaba necesario, á pesar de lo ruín de su traje y de la familiaridad de sus maneras habituales. Su exterior tranquilo y sosegado en este momento de crisis, causó evidentemente alguna impresión en su rival. Este había entrado en el aposento con violento y precipitado paso; pero viendo la serenidad de Luis, su marcha tomó un carácter más propio de un gran vasallo que se presenta á su señor feudal. Parecía que el duque había resuelto tratar á Luis, á lo menos en los primeros momentos, con el

ceremonial debido á su elevada clase; pero se le conocía al mismo tiempo que, obrando de este modo, no le costaba poco trabajo reprimir su natural fogosidad, y que apenas podía contener los impulsos de resentimiento y la sed de venganza que inflamaban su corazón: así pues, aunque se esforzaba en cumplir exteriormente los ordinarios actos de acatamiento y respeto y en adoptar el lenguaje á ellos debido, mudaba su rostro de color á cada instante; era ronca su voz, brusco su tono, é interrumpidos sus acentos; y todo su cuerpo temblaba como si se resintiese de la violencia que se estaba haciendo. Fruncía las cejas, mordíase los labios hasta hacerse saltar la sangre, y todos sus movimientos y miradas indicaban al príncipe más impetuoso de cuantos han existido, entregado á uno de sus más terribles arrebatos de furor.

Contempló el rey serena y sosegadamente la batalla que se libraban entre sí las arrebatadas pasiones de Carlos, pues aunque las miradas del duque le anticipaban la agonía de la muerte, que temía como hombre pecador, había resuelto, á fuer de hábil y experimentado piloto, no ceder al temor de la tempestad, ni abandonar el timón mientras le quedase alguna esperanza de salvar la nave. Cuando el duque con voz áspera y bronca, pretendió excusarse relativamente á los muebles algo mezquinos de la estancia, respondióle sonriendo que no tenía de qué quejarse, pues la torre de Herberto no había sido todavía para él una residencia tan fatal, como lo fué para uno de sus predecesores.

—¡Ah!—dijo el duque.—¿Con que ya os han enterado de la tradición? Sí: aquí es donde le asesinaron; pero fué porque se negó á tomar el hábito y á terminar sus días en un monasterio.

—Hizo un disparate—dijo Luis afectando indiferencia,—pues murió como mártir, y no hizo méritos para llegar á santo.

—Yo vengo—dijo el duque,—á suplicar á Vuestra Majestad que asista á un gran consejo en que van á discutirse y resolverse varios asuntos importantes que interesan igual-

mente á Francia y á Borgoña. Seguidme, pues, si es de vuestro real agrado.

—Querido primo—respondió el rey,—no llevéis la cortesía hasta el punto de suplicar, cuando podéis mandar tan libremente. Vamos al consejo, si así os place. Mi comitiva no es brillante—añadió, dirigiendo una mirada al corto número de sus servidores que estaban cerca de él y se preparaban á seguirle,—pero vos, primo, os encargaréis de brillar por los dos.

Precedidos por Toisón de Oro, jefe de los heraldos de Borgoña, salieron de la torre del conde Herberto, y entraron en el patio del castillo. Luis observó que estaba lleno de caballería y de los guardias de corps del duque, todos sobre las armas y espléndidamente equipados. Habiendo cruzado el patio, entraron en la sala del consejo, que estaba en un edificio más moderno que el que Luis habitara. Hallábase también en evidente estado de degradación, pero la habían recompuesto apresuradamente para que fuese digna de la solemne junta que en ella iba á celebrarse. Dos tronos se habían levantado bajo el mismo dosel; el destinado para el rey era dos escalones más alto que el que debía ocupar el duque; á derecha é izquierda había unas veinte sillas en que se sentaron los principales caballeros de la corte de ambos príncipes, de suerte que, reunida la asamblea, parecía estar presidida por el mismo individuo que debía ser juzgado, pues tal era el objeto de la reunión en cierto modo.

Acaso para desvanecer más prontamente esta contradicción entre las apariencias y la realidad, habiendo el duque saludado al rey con una leve inclinación de cabeza, abrió la sesión de un modo harto violento con el discurso siguiente:

—¡Buenos vasallos! ¡fieles consejeros! No ignoráis los muchos desórdenes que ha habido en mis dominios, tanto en tiempo de mi padre como en el mío; las muchas rebeliones de vasallos contra sus señores feudales, de súbditos contra sus príncipes. Muy recientemente hemos tenido la más poderosa prueba del extremo á que han llegado estos

excesos en nuestros días, en la escandalosa fuga de las condesas Isabel de Croye y Amelina, su tía, para refugiarse en los estados de una potencia extranjera, faltando así á la fe que nos debían, haciéndose culpables de prevaricación conmigo, é incurriendo en la pena de confiscación de sus feudos. Otro más deplorable y espantoso ejemplo tenemos aún en el sanguinario y sacrílego asesinato de mi hermano y querido aliado el obispo de Lieja, y el levantamiento de esa pérfida ciudad, que habíamos tratado con demasiada indulgencia cuando estalló su última insurrección. Estoy infomado de que estors tristes acontecimientos pueden atribuirse no sólo á la locura é imprudencia de dos mujeres y á la presunción de unos plebeyos muy engreídos de sus riquezas, sí que también á las maquinaciones de una potencia extranjera, á las gestiones de un poderoso vecino, de quien, si los favores recibidos merecen ser pagados con la misma moneda, sólo debía esperar la Borgoña la amistad más sincera y afectuosa. Si estos hechos llegan á probarse—continuó el duque rechinando los dientes y apretando fuertemente su talón contra el tapiz que cubría las gradas de su trono,—¿qué consideración podría impedirnos, teniendo como tenemos en nuestro poder los medios, que tomásemos medidas para detener una vez por todas la corriente de los males que se derraman sobre nosotros todos los años, cerrando para siempre su manantial?

Había el duque principiado su discurso con tono bastante moderado, pero al terminarlo levantó su voz con más calor, y pronunció su última frase con una expresión que hizo temblar á todos los consejeros, é imprimió por un momento la palidez en las mejillas del rey. Pero Luis recobró al instante todo su valor, y dirigió á su vez la palabra al consejo con tanta serenidad y soltura, que el duque, por más que pareciese desear interrumpirle, conoció que no podía hacerlo sin faltar á las leyes del decoro.

—¡Nobles de Francia y de Borgoña!—dijo el rey,—¡caballeros del Espíritu Santo y del Toisón de Oro! ya que un rey debe defender su causa como reo, cuéntase por

feliz de tener por jueces á la flor de la nobleza, del honor y de la caballería. Mi amado primo de Borgoña no ha hecho más que llenar de obscuridad la contienda que nos ha enemistado, absteniéndose por cortesía de exponerla en términos precisos. Yo, que no tengo las mismas razones para observar igual delicadeza, y que la situación en que me hallo, por otra parte, acaso no me permite hacerlo, os pido permiso para hablaros con mayor claridad. Yo, caballeros, yo, el señor feudal, el aliado, el pariente de vuestro duque, á quien desgraciadas circunstancias han agriado la razón y exasperado el carácter, soy el objeto de odiosa acusación, de haber inducido á sus vasallos á faltar á la lealtad, fomentando la revolución de los habitantes de Lieja, y excitando al proscrito Guillermo de la Marck á cometer un asesinato tan cruel como sacrílego. ¡Nobles de Francia y de Borgoña! yo podría alegar las mismas circunstancias en que me encuentro, como una justificación completa de cuanto se me acusa. ¿Es posible suponer, por poco criterio que tuviese como ente dotado de razón, que me haya puesto sin reserva en poder del duque de Borgoña cabalmente en un momento en que estaba cometiendo con respecto á él una traición que no podía dejar de descubrirse, y que una vez descubierta me dejaba sin defensa, como me veo ahora, en manos de un príncipe justamente irritado? La locura de un hombre que se acostara sobre una mina para descansar después de aplicada la mecha que debe causar al instante la explosión, fuera acción cuerda en comparación de la mía. No extrañaría que entre los malvados que se han hecho culpables de los crímenes cometidos en Schonwaldt, se oyese á algún miserable abusar de mi nombre; pero, ¿debe caer sobre mí la responsabilidad, no habiéndole facultado para proferirle? Si dos mujeres insensatas, por algún motivo novelero ó de disgusto contra el duque, buscaron un refugio en mi corte, ¿es esto una prueba de que yo las haya empeñado á hacerlo? Cuando se hayan tomado exactas informaciones sobre este asunto, se verá que, pues las leyes del honor y de la caballería no me permitían

enviarlas presas á la corte de Borgoña, lo que no creo me hubiese aconsejado ninguno de los que llevan el collar de esas órdenes, dispuse tan pronto como me fué posible ponerlas en manos de un venerable padre de la Iglesia que ya goza de la gloria celestial. (Aquí Luis se mostró muy conmovido y llevó el pañuelo á sus ojos.) Sí, en manos de un miembro de mi familia, más íntimamente ligado con la de Borgoña, de un hombre á quien su situación, su elevada dignidad en la Iglesia, y... ¡ay de mí! sus virtudes le daban derecho para ser el protector, durante algún tiempo, de dos mujeres alucinadas, y hacerse mediador entre ellas y su señor feudal. Digo, pues, que las solas circunstancias que pueden dar lugar á injustas sospechas contra mí, según la opinión que mi hermano de Borgoña ha formado muy precipitadamente de este asunto, son de tal naturaleza, que pueden explicarse por las razones más puras y más honrosas; y añado que es imposible se presente la menor prueba verosímil de las injuriosas acusaciones que han obligado á mi hermano á proceder de esta suerte, cambiando la sala de consejo en tribunal de justicia, y en cárcel su hospitalario castillo, contra un monarca que ha venido á encontrarle con la confianza completa de la amistad.

—¡Señor! ¡señor!—exclamó Carlos luego que el rey hubo cesado de hablar.—Si vos os halláis aquí en un instante que coincide tan desgraciadamente con la ejecución de vuestro proyecto, sólo puedo explicarlo suponiendo que los que hacen el oficio de engañar á los demás, son víctimas con frecuencia de su propio engaño. El petardo quita muchas veces la vida al ingeniero que lo preparó. En cuanto á las consecuencias venideras, dependerán del resultado de esta información legal... Que entre la condesa Isabel de Croye.

Llegó Isabel, entre la abadesa del convento de las Ursulinas y la condesa de Crève-Cœur, que á este efecto recibiera órdenes de su marido. Luego que la vió entrar, exclamó el duque con la dureza habitual de su voz y de sus modales:

—¡Ah! ¡con que ya estáis aquí, hermosa princesa!... Va-

ya, que por no poder respirar siempre que teníais que responder á mis órdenes justas y razonables, supisteis cobrar bastante aliento, para correr más que una cierva perseguida por los cazadores. ¿Qué pensáis de la linda obra que ha salido de vuestras manos? ¿Celebráis haber casi ocasionado una guerra entre dos grandes príncipes, entre dos estados poderosos, con esa figura de muñeca?

La publicidad de esta escena, la violencia y los sarcasmos de Carlos, hicieron tal impresión en el espíritu de Isabel, que le fué imposible ejecutar la resolución que había formado de arrojarse á los pies del duque, á fin de suplicarle que tomase posesión de sus bienes y le permitiese retirarse á un convento. Permaneció inmóvil, al modo de una mujer que sorprendida por una tempestad y oyendo los truenos rugir en torno suyo, detiénese asustada, temiendo que, un solo paso, deba atraer el rayo sobre su cabeza.

La condesa de Crève-Cœur, dotada de tanto talento y valor como de nobleza y hermosura, que conservaba todavía á pesar de su edad ya algo avanzada, creyó deber intervenir, y tomando la palabra, dijo al duque:

—Señor, mi hermosa prima se halla bajo mi protección. Yo sé mejor que Vuestra Alteza cómo deben tratarse las mujeres: nos retiraremos al momento si no toma Vuestra Alteza otro tono, y no emplea hablando con nosotras, un lenguaje más conveniente á nuestra clase y sexo.

El duque soltó una carcajada.

—¡Crève-Cœur!—exclamó,—¡fénix de los maridos! Parece que tu mujer se te ha puesto los calzones; pero esto no me incumbe á mí. ¡Dad una silla á esa joven inexperta! Muy lejos de estar resentido contra ella, llevo idea de dispensarle nuevas gracias y honores. Sentáos, hermosa, y decidnos, ¿qué furia se apoderara de vos al decidiros á abandonar vuestra patria y correr el mundo en busca de aventuras?

Con mucho trabajo y frecuentes interrupciones, confesó Isabel que, decididamente resuelta á no aceptar el marido

que le propuso el duque de Borgoña, había esperado obtener la protección de la corte de Francia.

—Y la del monarca francés—añadió Carlos.—¿Sin duda estabais de antemano bien segura de ella?

—A lo menos creía estarlo—respondió Isabel,—sin lo cual no me atreviera á dar un paso que tanta resolución exigía.

Al decir esto la condesa, Carlos miró á Luis con una sonrisa llena de resentimiento; pero la serenidad del rey no se desmintió, pudiendo notarse solamente que sus labios no tenían el subido color de otras veces.

—Pero yo no podía juzgar de las intenciones del rey Luis con respecto á mí—continuó la condesita, después de una breve pausa,—sino por lo que me dijo mi desgraciada tía la condesa Amelina; y aun esta misma sólo fundaba su opinión en esta parte, en las aserciones é insinuaciones de miserables, que he conocido después por los traidores más viles y las personas más sospechosas del mundo.

Expuso entonces en pocas palabras cuanto sabía de las traiciones de Marta y de Hayraddin, y añadió que no dudaba que el hermano mayor de este último, Zamet Maugrabin, que había sido el primero en aconsejarles la fuga, era capaz de toda especie de perfidias y de hacerse pasar por agente del rey de Francia, sin ningún derecho ni motivo para revestirse de este carácter.

Después de una pausa de un instante, continuó Isabel su historia y la explicó muy brevemente desde el momento en que abandonó el territorio de Borgoña con su tía, hasta la toma del castillo de Schonwaldt y su encuentro con el conde de Crève-Cœur.

Reinó en la sala el más profundo silencio cuando hubo terminado su narración concisa é interrumpida; y el duque de Borgoña, fijando en el suelo sus negros y encendidos ojos, permanecía en la actitud de un hombre que busca un pretexto para entregarse sin ningún respeto al furor, y que se irrita por no hallar ninguno plausible que pueda justificar sus arrebatos, aun á sus propios ojos.

—El topo—dijo por fin lanzando una mirada á Luis—no deja por cierto de cavar su morada subterránea debajo de

nuestros pies, aunque nosotros, bien que conozcamos sus movimientos, no podamos seguirlos todos con los ojos. Sin embargo, yo quisiera que el rey Luis tuviese la bondad de decirnos por qué recibió á esas señoras en su corte, si fueron allá sin haberlas invitado.

—Yo no las recibí en mi corte, amado primo; las vi únicamente como particular compadecido, y aproveché la primera ocasión que se me presentó para ponerlas bajo la protección del respetable obispo, vuestro propio aliado. ¡Dios le tenga en su santa gloria! Este digno prelado era más capaz que yo, y que ningún otro príncipe secular, para conciliar la protección de unas ilustres fugitivas con la fidelidad debida á un príncipe aliado, de cuyos dominios se escaparon. Que diga francamente esa joven si hallaron mucha cordialidad en la acogida que les dispensé, y si fué tal que les hizo más bien expresar su disgusto de haber escogido mi corte para morada de refugio.

—Estuvo tan lejos de ser cordial—respondió Isabel,—que consideré imposible que Vuestra Majestad nos hubiese hecho invitar á que pasáramos á su corte, como nos lo aseguraban los que pretendían ser vuestros agentes; pues, suponiendo que hubiesen sido autorizados para ello, era difícil conciliar los procedimientos de Vuestra Majestad con lo que teníamos derecho á esperar de un rey, de un caballero, de un simple hidalgo.

La condesita, al expresarse de este modo, dirigió á Luis una mirada, como haciéndole una reconvención; pero no hacía mella en el corazón del rey semejante artillería. Al contrario, recorriendo con la vista todos los circunstantes, y alargando el brazo con un gesto de satisfacción, pareció llamar con aire de triunfo la atención de cada uno, para preguntarle si la respuesta de la condesa podía ser un testimonio más irrefragable de su inocencia.

Sin embargo, dirigióle el duque siniestra mirada que parecía decirle que si hasta cierto punto se veía reducido al silencio, distaba mucho de estar convencido. Volviéndose en seguida á la condesa le dijo con tono áspero:

—Hermosa dama, en toda era relación de vuestro viaje,

nada nos habéis contado de vuestras aventuras amorosas... ¡Ah! ¿ya os ponéis colorada?... ¿No hubo ciertos caballeros en el bosque que pretendieron interrumpir vuestro viaje? Este incidente ha llegado ya á mis oídos, y veremos muy luego si es posible sacar de él alguna ventaja. Decidme, rey Luis, para impedir á esa nueva Elena que siga sembrando la discordia entre los reyes, ¿no será oportuno darle un marido?

El rey sabía de antemano la desagradable proposición que iba probablemente á hacérsele: sin embargo, respondió haciendo un movimiento afirmativo con calma y serenidad á lo que el duque acababa de decir. Pero Isabel, viendo que iba á ponérsela en el mayor compromiso, se armó de nuevo valor. Dejó el brazo de la condesa de Crève-Cœur en que se había apoyado hasta entonces, adelantóse con ademán tímido y lleno de dignidad, y arrodillándose ante el trono del duque, le dijo:

—Noble duque de Borgoña, mi señor feudal, conozco la falta que cometí separándome de vuestros dominios sin vuestro superior beneplácito, y me someto humildemente al castigo que tendréis á bien imponerme. Pongo á vuestra disposición mis tierras y mis castillos; imploro solamente de vuestra generosidad, por atención á la memoria de mi padre, que me concedáis lo que sea indispensable para asegurar la admisión del último vástago de la familia de Croye en un convento para pasar allí el resto de su vida.

—¿Qué pensáis, señor, de la petición de esa joven?—preguntó el duque á Luis.

—Pienso—respondió el rey,—que es una santa y humilde súplica, inspirada sin duda por aquella gracia divina á que no debemos negarnos ni resistir.

—El humilde será exaltado—dijo Carlos.—Levantáos, condesa Isabel; yo os aprecio más de lo que os apreciáis vos misma. No es mi intento secuestrar vuestros bienes, ni disminuir vuestros honores. Al contrario, quiero aumentar los unos y hacer mayores los otros.

—¡Ah, señor!—respondió Isabel.—Vuestras finezas mismas

son las que yo temo. Las temo más que vuestro desagrado, pues ellas son las que m obleigan...

—¡Por San Jorge de Borgoña!—exclamó el duque.—¿Será á cada instante contrarrestada mi voluntad? ¿Desatendidas mis órdenes? Levantáos, joven y retiráos por ahora. Cuando tendré lugar de ocuparme de vos, arreglaré las cosas de modo que ¡por vida de Dios! será fuerza que me obedezcáis ó nos oirán los sordos.

A pesar de esta severa respuesta, Isabel permanecía á sus pies y su obstinación hubiera probablemente llevado al duque á hablarle con mayor dureza, si la condesa de Crève-Cœur, que conocía mucho mejor que su joven parienta el genio del duque, no se hubiese adelantado para levantarla y llevársela fuera de la sala del consejo.

Dispúsose entonces que se presentara Quintín Durward, quien compareció delante del rey y del duque con aquel despejo que dista tanto de la tímida reserva, como de presuntuosa osadía: modo digno de un joven bien nacido y educado, que sabe honrar y respetar á quien corresponde, sin dejarse fascinar ó intimidar por la presencia de los mismos á quienes honra y respeta. Su tío le proporcionara los medios de presentarse de nuevo con las armas y uniforme de los arqueros de la Guardia escocesa; y sus facciones, su modo de andar, todo su exterior, en fin, daban nuevo realce á su espléndido traje. Su extremada juventud inspiraba á todos los consejeros sentimientos que le eran favorables; tanto más cuanto que ninguno de ellos podía llegarse á persuadir que un rey sagaz como Luis hubiese escogido á un mancebo de tan pocos años por confidente de sus manejos políticos. De tal suerte aquel príncipe, así en este como en otros casos, sacó grandes ventajas de la extraña elección que hacía de sus agentes, procurándoselos de una edad y de una clase que nadie lo hubiera imaginado.

A tenor de la orden del duque, sancionada por Luis, empezó Quintín la relación de su viaje con las señoras de Croye hasta las inmediaciones de Lieja, dando principio por las instrucciones que había recibido del rey y de su

encargo de conducirlas con seguridad al castillo del Obispo.

—¿Y vos habéis ejecutado lealmente mis órdenes?—preguntó el rey.

—Sí, señor—respondió Durward.

—Os olvidáis de una circunstancia—dijo el duque,—vos fuisteis atacado en el bosque, cerca de Tours, por dos caballeros.

—No me conviene hablar de este incidente, ni acordarme de él—respondió el joven arquero con modesto rubor.

—Pues á mí—dijo el duque de Orleans—tampoco me conviene pasarlo por alto. Este joven desempeñó su comisión con intrepidez y ejecutó sus deberes de un modo que no me será fácil olvidar en mucho tiempo. Ve á mi alojamiento, joven arquero, después que se haya terminado la sesión, y allí verás que tengo bien presente tu ardimiento. Mucho celebro que tu modestia corra parejas con tu valor.

—Ve á verme también á mí—le dijo Dunois,—tengo un casco para ti, pues creo que te debo uno.

Quintín les saludó con respeto, y continuóse el interrogatorio. A petición del duque puso en su mano las instrucciones que había recibido por escrito del itinerario que debía seguir.

—¿Cumplisteis estas instrucciones al pie de la letra?—le preguntó el duque.

—No, señor—respondió Quintín,—ellas me prescribían, como podéis verlo, pasar el Mosa cerca de Namur, y á pesar de esto costeé la orilla izquierda del río para llegar á Lieja; era el camino más corto y seguro.

—¿Y por qué esa variación?—preguntó el duque.

—Porque la fidelidad de mi guía empezaba á serme sospechosa.

—Atiende bien ahora á las preguntas que voy á hacerte—dijo el duque.—Responde á ellas sin faltar á la verdad, y no temas el resentimiento de nadie. Pero si procedes con doblez ó vas buscando subterfugios, te mandaré colgar con una cadena de hierro en la punta de la torre de la iglesia del Mercado, y podrás llamar mucho tiempo la muerte antes que se digne escucharte.

Siguióse á esto un profundo silencio. Por fin, habiendo dado al joven, á lo que le pareció, el tiempo suficiente para reflexionar la situación en que se hallaba, Carlos le preguntó quién era su guía, quién se lo había dado, y por qué llegó á sospechar de él.

Quintín contestó á la primera pregunta nombrando á Hayraddin Maugrabin, el gitano; á la segunda, que el guía se lo proporcionó Tristán el Ermitaño; y para responder á la tercera, contó todo lo que había pasado en el convento de padres Franciscanos cerca de Namur; cómo el gitano había sido arrojado de él; por qué motivos se determinó á seguirle, y el medio con que logró oir su conversación con un lansquenete de Guillermo de la Marck, conversación que tenía por objeto combinar un plan para sorprender á las dos señoras que estaban entonces bajo su protección.

—Y esos malvados... cuidado, joven—dijo el duque,—que tu vida depende de tu veracidad. ¿Esos malvados dijeron que estaban autorizados por el rey... por el rey Luis de Francia aquí presente, para tramar ese plan de sorpresa, á fin de apoderarse de las personas de esas dos señoras?

—Aun cuando aquellos infames bribones lo hubiesen dicho—replicó Quintín,—no por esto lo creyera yo; porque tenía que oponer á sus palabras las del mismo rey.

Luis, que había escuchado con ansiosa atención hasta entonces, no pudo menos de respirar con fuerza al oir la respuesta de Durward, como un hombre cuyo pecho queda repentinamente aliviado de un peso que le oprimía. Mostróse el duque confuso y descontento; pero volviendo á la carga, preguntó de nuevo á Quintín si pudo comprender por el hilo de la conversación de aquellos miserables, que tramaban dicha conspiración con anuencia del rey Luis.

—Nada oí, señor, que pueda autorizarme á responderos afirmativamente—respondió Quintín, que, si bien convencido en su interior de que Hayraddin sólo había obrado á tenor de las órdenes secretas de Luis, creyó, sin embargo, que no le permitía el deber dejar traslucir las sospechas que concibiera;—y repito que aun cuando hubiese oído que

tales malvados lo aseguraban, no tuviera su testimonio el menor peso para mí, atendidas las instrucciones positivas que había recibido de su misma Majestad.

—Eres fiel mensajero—dijo el duque con amarga sonrisa,—y me atrevo á decir que obedeciendo con tanta exactitud las instrucciones del rey, le diste un solemne chasco, que hubiera podido costarte caro, si los posteriores acontecimientos no imprimieran á tu ciega fidelidad la apariencia de buen oficio.

—No os comprendo, señor—replicó Durward.—Todo lo que yo sé es que mi amo el rey Luis me dió orden de proteger á esas señoras, y que obré en cunsecuencia lo mejor que supe, tanto para llegar á Schonwaldt, como en medio de las crueles escenas que ocurrieron en el castillo. Las instrucciones del rey eran honrosas, y honrosamente las ejecuté. Si hubiese tenido que darme algunas de distinta especie, no hubieran podido convenir á un hombre ni de mi apellido ni del país de mi nacimiento.

—Altivo como un escocés—exclamó Carlos, que, aun cuando disgustado de la contestación de Durward, no era bastante injusto para reprobársela. Pero dime, pues, ¿en virtud de qué instrucciones corriste las calles de Lieja, según me han informado algunos de los tristes fugitivos de Schonwaldt, á la cabeza de los revoltosos que luego asesinaron cruelmente á su príncipe secular y padre espiritual? Poco tiempo después de haberse cometido el asesinato, ¿no pronunciaste un discurso en que te vendiste por agente de Luis, para acreditarte con los malvados que acababan de perpetrar tan abominable crimen?

—Señor—respondió Quintín,—no sería difícil hallar suficientes testigos para probar que no tomé en Lieja la calidad de agente del rey Luis. Sólo la obstinación del pueblo me confirió este título á mi pesar; todos mis esfuerzos para desengañarle fueron inútiles. Así lo dije á los servidores del obispo, después de haber logrado escaparme de la ciudad. Les encargué que velasen por la seguridad del castillo; y si hubiesen seguido mis consejos, acaso previnieran las calamidades y horrores que acaecieron la siguien-

te noche. Es verdad, lo confieso, que en el momento del mayor peligro aproveché la influencia que podía atribuirme la calidad con que se me condecorara por antojo, con el único objeto de salvar á la condesa Isabel, poner á salvo mi propia vida, é impedir nuevas atrocidades que estaban próximas á realizarse. Repito, y lo sostendré á mano armada contra todo el mundo, que no tenía ninguna comisión del rey Luis para el pueblo de Lieja, y mucho menos instrucciones para instigarles á amotinarse; y que, por fin, cuando adopté el título de enviado que tan intempestivamente y contra mi voluntad se me había conferido, fué como si cogiera un escudo para mi defensa y la de los demás en tan inminente riesgo, sin entretenerme en averiguar si tenía derecho de usar los blasones que en él se vieran.

—Y en esto—dijo Crève-Cœur, incapaz de guardar silencio por más tiempo,—mi compañero de viaje, mi joven prisionero, obró con juicio y valor. Su modo de portarse en aquel lance no puede, en justicia, imputarse como un crimen al rey Luis.

Un murmullo general de aprobación resonó por todos los ángulos de la sala que lisonjeó los oídos del rey Luis, al paso que produjo sensación desagradable en los de Carlos. Lanzó miradas de furor en derredor suyo; y los sentimientos tan generalmente expresados por los más poderosos vasallos y más sabios de sus consejeros no le hubieran retraído de entregarse á toda la violencia de su despótico carácter, si Comines, que previó la tempestad, no lograse desviarla anunciándole oportunamente la llegada de un heraldo enviado por la ciudad de Lieja.

—¡Un heraldo enviado por aquellos tejedores y herreros!—exclamó el duque.—Que entre al instante, y por las barbas de mi padre, ese heraldo nos dirá, acerca de los proyectos y esperanzas de los que le envían, alguna cosita más de lo que parece lleva intención de hacer ese joven guerrero franco-escocés.

CAPITULO XXXIII

El heraldo

Ariel.—Oid qué alaridos dan.
Próspero.—Deja que los acosen de firme.
SHAKSPEARE.—«La Tempestad», acto IV.

Todos en la Asamblea dejaron libre el centro, pues sus individuos tenían gran curiosidad de ver al heraldo que los liejenses insurreccionados se atrevían á enviar á un príncipe tan orgulloso como era el duque de Borgoña, en un momento en que se hallaba contra ellos en el colmo del furor.

Bueno será tener presente que en aquella época no se enviaban heraldos sino de un príncipe soberano á otro, y sólo en casos que exigían la mayor solemnidad; la nobleza de segundo orden no se valía más que de perseverantes, oficiales inferiores al rey de armas. Puédese también notar de paso que Luis XI, que sólo hacía caso de lo que le ofrecía alguna ventaja efectiva ó sólido aumento de poder, miraba sobre todo con el mayor desprecio lo relativo á la ciencia del blasón y á los reyes de armas «con sus colores encarnados, azules ó verdes y todas sus tonterías;» al paso que el orgullo de Carlos su rival, que era de una clase enteramente distinta, no daba poca importancia á este ceremonial.

El heraldo, que en este instante fué introducido ante de los dos príncipes, llevaba por vestido un tabardo en que se veían bordadas las armas de su amo, entre las

cuales se distinguía la cabeza del jabalí, bien que, según el dictamen de los maestros en el arte heráldico, resaltaba más de lo que permitían las reglas del blasón. El resto de su traje, ridículo á fuerza de magnificencia, estaba sobrecargado de galones, bordados y adornos de toda especie;

la pluma que llevaba era tan alta, que parecía destinada á barrer el techo de la sala; en una palabra, todos sus atavíos tenían traza de ser una exageración ó caricatura del brillante traje de los reyes de armas. No solamente estaba bordada la cabeza del jabalí en todas las prendas de su vestuario, sino que hasta su gorra tenía la forma de tal, viéndose en ella una lengua y colmillos de color de sangre, ó, para valernos del lenguaje propio, de «gules lengüetados y dentados.» Podíase notar en el ademán de este hombre cierta expresión que indicaba á un tiempo el te-

mor y la audacia, como si estuviese convencido de haberse encargado de una comisión peligrosa y de no poderla llevar á cabo sino á fuerza de descaro. La misma mezcla de desvergüenza y timidez se distinguió y notó en el modo de saludar á los dos príncipes, en que demostró grotesca torpeza, poco común en los heraldos acostumbrados á presentarse delante de los soberanos.

El modo con que Carlos recibió á aquel singular enviado no fué menos extraordinario.

—¿Quién diablos eres tú?—le preguntó.

—Soy Jabalí-Rojo—respondió el heraldo,—rey de armas de Guillermo de la Marck, por la gracia de Dios y elección del cabildo, príncipe obispo de Lieja...

—¡Ah!—exclamó Carlos; pero reprimiendo su impetuosidad le hizo seña de que continuara.

—...Y por parte de su esposa, la excelentísima condesa Amelina, conde de Croye, y señor de Bracquemont.

La admiración que causó á Carlos el exceso de osadía del enviado atreviéndose á pronunciar semejantes títulos en su presencia, le impidió el uso de la lengua, al paso que el heraldo, atribuyendo tal vez este silencio á la impresión que hiciera en el ánimo del duque la enumeración de las calidades de su amo, continuó como sigue:

—«Annuntio vobis gaudium magnum:» Carlos, duque de Borgoña y conde de Flandes, os participo en nombre de mi amo, que en virtud de una dispensa de nuestro beatísimo padre el Papa, que aguarda dentro de poco, y que contendrá el nombramiento de un substituto conveniente «ad sacra,» se propone desempeñar las funciones de príncipe obispo de Lieja, y sostener sus derechos como conde de Croye.

El duque de Borgoña en esta y otras pausas del discurso del heraldo, no hizo más que exclamar de nuevo: «¡Ah!» ó pronunciar alguna interjección por este estilo, con el tono de un hombre, que, aunque sorprendido é irritado, quiere oir todo lo que tienen que decirle antes de dar una respuesta. Con grande admiración de todos los circunstantes, no hizo ninguno de aquellos bruscos y violentos adema-

nes que le eran habituales, sino que mordía la uña de su pulgar, que era su actitud favorita cuando escuchaba con atención y permanecía con los ojos bajos, como si temiese mostrar la rabia que se viera chispear en ellos.

Jabalí-Rojo continuó desempeñando su comisión con audacia é intrepidez.

—Debo, pues, requeriros, duque Carlos, en nombre del príncipe obispo de Lieja y conde de Croye, que desistáis de vuestras pretensiones sobre la ciudad libre é imperial de Lieja y de las usurpaciones de sus derechos cometidas con tolerancia ó autorización del difunto Luis de Borbón, obispo que fué de aquella ciudad.

—¡Ah!—volvió á exclamar el duque.

—Como también que restituyáis las banderas de los gremios, en número de treinta y seis, de que os apoderasteis á mano armada; que reparéis las brechas que abristeis en las murallas; que reedifiquéis las fortificaciones que arbitrariamente desmantelasteis, y que reconozcáis á mi amo Guillermo de la Marck como obispo de Lieja, legal y libremente elegido por el cabildo, cuya acta auténtica os presento.

—¿Habéis concluído?—preguntó el duque.

—Todavía no—respondió el heraldo.—Estoy además encargado, de intimaros de parte del excelentísimo y reverendísimo príncipe obispo y conde, que mandéis retirar las guarniciones que pusisteis en el castillo de Bracquemont y demás plazas fuertes del condado de Croye, sea que lo hicieseis en vuestro nombre, en el de Isabel, á quien llaman condesa de Croye, ó en cualquiera otro, hasta que se haya decidido por la Dieta imperial si los feudos de que se trata, deben ó no pertenecer á la hermana del difunto conde, la excelentísima condesa Amelina, con preferencia á su hija, en virtud «juris emphyteusis.»

—Vuestro amo es muy sabio—dijo el duque.

—Sin embargo—continuó el heraldo,—el noble y venerable príncipe, obispo y conde, está dispuesto, cuando ya no exista ninguna disensión entre la Borgoña y el país de

Lieja, á asegurar á su sobrina Isabel un heredamiento y dote correspondientes á su clase.

—Es muy generoso, muy desinteresado—dijo el duque con el mismo tono irónico.

—A fe de loco—dijo Glorioso al oído del conde de Crève-Cœur,—preferiría verme en el pellejo de la desgraciada vaca que hubiese muerto de enfermedad contagiosa, antes que bajo los bordados vestidos de ese bribón. Parécese á un borracho que apura botellas sin contarlas y sin observar las rayas que el mozo de la posada traza con lápiz en el postigo de la ventana.

—¿Tenéis todavía algo más que decirme?—preguntó el duque.

—Una sola palabra relativa al digno y fiel aliado de mi referido noble y venerable amo, el rey cristianísimo.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó el duque estremeciéndose y pronunciando esta exclamación con tono más iracundo del que empleara hasta entonces en las otras; pero se contuvo y afectó un semblante tranquilo y atento.

—Del rey cristianísimo, cuya real persona se asegura que vos, Carlos de Borgoña, detenéis por fuerza en esta ciudad, en desprecio de vuestros deberes como vasallo de la corona de Francia, y contra la fe observada entre príncipes cristianos. Por cuya razón, mi dicho noble y venerable amo os manda, por mi medio, que pongáis inmediatamente en libertad á su real y cristianísimo aliado, ó que admitáis el desafío que yo os presento de su parte.

—¿Habéis por fin concluído?—dijo el duque.

—Sí, y aguardo la respuesta de Vuestra Alteza, confiando que será tal que evite el derramamiento de sangre cristiana.

—Pues bien—exclamó el duque,—por San Jorge de Borgoña...

Pero antes que pudiese pasar adelante, levantóse Luis y tomó la palabra con tal aire de majestad y autoridad, que Carlos se vió en la precisión de no interrumpirle.

—Querido primo de Borgoña—dijo el rey,—con vuestro permiso reclamo el derecho de prioridad para contestar á

ese bribón... ¡Insolente heraldo! Seas quien fueres, vete á decir al perjuro, al asesino, al proscrito Guillermo de la Marck, que el rey de Francia se hallará dentro de poco delante de Lieja, con el objeto de vengar el sacrílego asesinato de su amado pariente Luis de Borbón; y que se propone mandar ahorcar á Guillermo de la Marck, para castigar la osadía que ha tenido de nombrarle su aliado, y ofender su real nombre poniéndole en la boca de tan villano mensajero.

—Y añadirás de mi parte—dijo Carlos,—todo lo que un príncipe puede tener que decir á un bandido y á un asesino. Vete... Aguarda un momento, sin embargo. Ningún heraldo partió jamás de la corte de Borgoña sin alguna muestra de mi liberalidad. Que le dén una buena paliza hasta que se le salte la piel.

—Dígnese Vuestra Alteza reflexionar—dijeron á un tiempo mismo Crève-Cœur é Hymbercourt,—que es un heraldo, un hombre privilegiado.

—¿Es posible—dijo el duque—que seáis tan idiotas para creer que el tabardo hace al heraldo? Por el modo con que ese bribón lleva puestos sus blasones, conozco que es un impostor. Venga Toisón de Oro, é interróguele en presencia nuestra.

A pesar de su natural descaro, se le vió perder el color al enviado del Jabalí de las Ardenas, sin embargo de haber usado de algún artificio para pintarse el rostro. Toisón de Oro, jefe de los heraldos del duque, según dijimos ya, y rey de armas en sus dominios, adelantóse con la gravedad de un hombre que no ignora los requisitos necesarios á su empleo, y preguntó á su supuesto cofrade en qué colegio estudiara la ciencia que profesaba.

—Fuí perseverante de armas en el colegio Heráldico de Ratisbona—respondió Jabalí-Rojo,—y recibí el diploma de «ehrenhold» de aquella sabia cofradía.

—No podía dimanar vuestro saber de más puro manantial—dijo Toisón de Oro inclinándose más profundamente de lo que hiciera antes,—y si me tomo la libertad de conferenciar con vos sobre los misterios de nuestra sublime

ciencia, para obedecer las órdenes de Su Alteza el duque, es con la esperanza de ilustrarme con vuestras luces, y no de comunicaros las mías.

—Al grano, al grano—gritó el duque con impaciencia,—dejáos de ceremonias; hacedle alguna pregunta que nos dé á conocer su talento.

—Ridículo sería—replicó Toisón de Oro—preguntar á un discípulo del ilustre colegio de Ratisbona si conoce los términos ordinarios del blasón; pero sí puedo preguntarle sin ofenderle, si está enterado de las misteriosas y secretas expresiones, por cuyo medio los más sabios de nosotros se explican entre sí emblemática y parabólicamente lo que dicen á los demás en lengua vulgar; de aquellas frases, quiero decir, que son en cierto modo el ornamento del arte heráldico.

—Yo conozco á la perfección todos los ramos dependientes de esta ciencia—respondió Jabalí-Rojo con osadía,—pero acaso nuestros términos en Alemania, no serán los mismos que los vuestros en Flandes.

—¡Es posible que habléis así!—exclamó Toisón de Oro.—Nuestra noble ciencia, que es el estandarte de la caballería y la gloria de la generosidad, es la misma en todos los países cristianos, y hasta la conocen los moros y sarracenos. Os suplicaré, pues, que me describáis por el método celeste, es decir, por el sistema de los planetas, las armas que tuviereis á bien elegir.

—Describidlas vos mismo, como os diere la gana—respondió Jabalí-Rojo,—yo no vine aquí para estas boberías. ¿Creéis hacerme saltar á vuestro gusto por encima de un palo como una mona?

—Presentadle algún escudo de armas y haga la descripción á su modo—dijo el duque,—pero si no lo hace, yo le prometo que en sus espaldas habrá «gules, azur y sable.»

—He aquí—dijo el heraldo borgoñón, sacando de su faltriquera un pergamino,—he aquí unas armas que ciertas consideraciones me han obligado á trazar, tan bien como me lo permiten mis débiles conocimientos. Suplico á mi co-

frade, si efectivamente ha estudiado en el docto colegio de Ratisbona, que me las descifre en términos técnicos.

Glorioso, que parecía divertirse mucho con esta discusión, adelantóse entonces hasta ponerse cerca de los dos heraldos.

—Yo voy á ayudarte, mocito—dijo á Jabalí-Rojo, que miraba el pergamino con cierta consternación...—¡Príncipes y caballeros! Este escudo representa un gato que está acechando en la ventana de una lechería. Esta agudeza de Glorioso promovió la risa, y Jabalí-Rojo encontró en ello alguna ventaja, pues Toisón de Oro, irritado de que así se interpretase su dibujo, dió inmediatamente él mismo la explicación, diciendo que era el escudo que llevaba Childeberto, rey de Francia, después de haber hecho prisionero á Gundemaro, rey de Borgoña, representando una onza ó gato montés detrás de una reja, emblema del monarca cautivo. Dió en seguida la definición en términos técnicos, que sólo un heraldo pudiera comprender.

—Por mi vara—dijo Glorioso,—que si la Borgoña se ve representada por ese gato, es preciso confesar que en el día de hoy está en la parte más ventajosa de la reja.

—Tienes razón, amigo mío—dijo Luis sonriéndose, mientras que todos los espectadores y el mismo Carlos estaban algo confusos por esta chanza, cuya aplicación era tan evidente.—Te debo una moneda de oro por haber amenizado un lance que empezó en tono algo triste y patético, y que espero finalizará más alegremente.

—Silencio, Glorioso—dijo el duque.—Y vos, Toisón de Oro, que sois demasiado sabio para que os entiendan, retiráos. Que se adelante ese pícaro. Escucha, miserable—exclamó tomando su acento más áspero,—¿conoces la diferencia que existe entre el oro y la plata, dejando aparte la que tienen en la moneda?

—Por amor del cielo, señor, tened compasión de mí; noble rey Luis, interceded por mí.

—Habla por ti mismo—exclamó el duque,—¿eres heraldo ó no?

—No lo soy sino por esta vez—confesó el heraldo, viendo descubierto su engaño.

—Por San Jorge—dijo el duque dirigiendo á Luis una mirada á hurtadillas,—no hay monarca ni caballero que hubiese querido prostituir así la noble ciencia en que descansan la nobleza y la majestad real, excepto aquel rey que envió á Eduardo de Inglaterra un criado disfrazado de heraldo.

—Tal estratagema—dijo Luis riendo ó fingiendo reirse—no podía justificarse sino en una corte donde no se hallaba ningún heraldo en aquella ocasión, siendo urgente el caso; pero aunque tuviese feliz resultado entre rudos y groseros isleños, era preciso no tener más juicio del que es capaz un jabalí, para creer que semejante farsa no se descubriría en la ilustrada corte de Borgoña.

—Venga de donde venga—dijo el duque,—yo le aseguro que no se volverá sin una felpa. Que le lleven á la plaza del Mercado y que le azoten con bridas de caballos y látigos de los perros, hasta que caiga su tabardo hecho girones... Sús, al Jabalí-Rojo, aquí, aquí, píllale, píllale.

Cuatro ó cinco perrazos, semejantes á los que se ven pintados en los cuadros de cacerías en que trabajaron juntos Rubens y Schneider, oyeron las últimas palabras, para ellos harto conocidas, y se pusieron á aullar y ladrar como si viesen salir de su cubil á un jabalí.

—¡Por la Santa Cruz!—dijo Luis aparentando el mismo humor de su peligroso primo,—ya que el asno se adornó con la piel del jabalí, ¿por qué no hemos de dejar á los perros que se la quiten?

—Tenéis razón, no hay cosa mejor—exclamó el duque, en cuya cabeza encontró al momento buena acogida el capricho.—Así se hará; suéltense los perros, pónganse en el rastro, y le correremos desde la puerta del castillo hasta la del parque del lado de Oriente.

—Espero que Vuestra Alteza me tratará como bestia de caza—dijo el pícaro haciendo, como suele decirse, de las tripas corazón cuanto le fué posible,—y que me dejará los mismos medios de defensa.

—Eres una asquerosa sabandija—respondió el duque,—y como tal, la letra del código de las cacerías no te concede derecho á protección alguna. Sin embargo, aunque no sea más que por tu descaro sin igual, tendrás cien pasos de ventaja. Vamos, caballeros, vamos; es preciso ver esta nueva especie de cacería.

De esta manera se levantó atropelladamente la sesión del consejo. Todos corrieron á disfrutar de la diversión de la caza de un hombre, sugerida por el rey Luis; pero nadie anduvo más solícito que los dos príncipes.

El placer que se prometían fué completo, porque Jabalí-Rojo, á quien daba alas el miedo y que llevaba en zaga diez ó doce feroces perros de caza, azuzados por el sonido de las cornetas de monte y los gritos de los cazadores de caballo, corrió con la celeridad del viento; y á no ser por el vestido de heraldo que le incomodaba mucho, y era el peor traje para un corredor ó volante, acaso se hubiera escapado de los perros: aun con este estorbo evitó más de una vez sus patas y dientes, variando repentinamente de dirección con una agilidad que todos los espectadores no pudieron menos de elogiar. Pero nadie, sin exceptuar el mismo Carlos, celebró tanto esta caza como el rey Luis, quien, parte por consideraciones políticas, y parte porque el espectáculo de los sufrimientos de los hombres estaba muy lejos de serle desagradable cuando se presentaba bajo un punto de vista burlesco, llegó á llorar y pensó desternillarse de risa. En su arrebato de satisfacción hasta se asió del manto de armiño del duque como para sostenerse; en tanto que Carlos, entregado á igual tranporte, apoyó su mano sobre el hombro del rey, mostrándose así mutuamente una confianza y familiaridad muy extraordinarias, atendido lo que acababa de suceder pocos momentos antes.

Por fin, la legalidad del falso heraldo no pudo librarle por más tiempo de los dientes de los enemigos que le perseguían. Los perros le alcanzaron, le derribaron, y hubieran probablemente acabado con él, á no gritar el duque:

—¡Detenedlos, detenedlos, llamad á los perros! Ha corri-

do tan bien, que á pesar de no haber hecho gran resistencia en los últimos apuros, no quiero abandonárselo por ralea.

Diéronse prisa los cazadores en arrancar los perros de la presa con que estaban encarnizados; echóseles de nuevo la traílla, y persiguióse á los que huían llevándose en triunfo los fragmentos del tabardo destrozado, con que el infeliz enviado se engalanara en aciago momento.

En este instante y mientras el duque estaba harto ocupado todavía en lo que pasaba delante de él para atender á lo que ocurría á sus espaldas, Oliverio el Gamo acercóse quedito al rey, y le dijo al oído:

—Es el gitano Hayraddin Maugrabin; convendría no hablase al duque.

—Es preciso que muera—respondió el rey en el mismo tono:—los muertos no hablan.

Poco rato después, Tristán el Ermitaño, á quien Oliverio había dado sus instrucciones, presentóse al rey y al duque, y dijo con el tono áspero que le era familiar:

—Esa pieza de caza me pertenece, y la reclamo, si es del agrado de Vuestra Majestad y de Vuestra Alteza. Lleva mi marca, una flor de lis en la espalda, como todos pueden verlo. Es un malvado bien conocido; ha asesinado muchos vasallos de Vuestra Majestad, robado iglesias, violado vírgenes, muerto gamos en los sotos reales y...

—Basta, basta—dijo el duque Carlos,—mi real primo tiene derecho por más de un título á esa propiedad. ¿Qué dispone Vuestra Majestad?

—Si se le deja á mi disposición—respondió el rey,—le mandaré dar una lección del arte heráldico en que está tan poco instruído. Conocerá por experiencia lo que es una «cruz de polea,» añadiéndole por adorno un lazo corredizo...

—Con que no se adornará, pero que le servirá de sostén —continuó el duque,—y recibirá sus grados por escalones de maestro y doctor tan aprobado en esta ciencia, como es vuestro compadre Tristán.

Al decir esto prorrumpió Carlos en una gran carcajada

promovida por este rasgo de ingenio. Luis correspondió á su jovialidad de un modo tan cordial, que el duque no pudo menos de mirarle amistosamente, diciéndole al mismo tiempo:

—¡Ah, Luis, Luis! ¡Pluguiese al cielo que fueseis tan fiel aliado como sois chistoso camarada! Muchas veces me acuerdo todavía de los alegres días que pasamos juntos.

—Pues en vuestras manos está el hacerlos renacer—respondió Luis.—Yo os otorgaré tan favorables condiciones como podáis exigir de mí en la situación en que me encuentro, sin que seáis la burla y el desprecio de la cristiandad; y juraré cumplirlas sobre la sagrada reliquia que tengo siempre la dicha de llevar conmigo, la cual es un fragmento de la verdadera cruz.

Dichas estas palabras, sacó de su seno un pequeño relicario de oro, pendiente de su cuello por medio de una cadena del mismo metal, que llevaba entre la camisa y los demás vestidos, y añadió:

—Nunca se prestó un falso juramento sobre esta santísima reliquia, sin que el delincuente haya dejado de sufrir el mismo año la pena de su perjurio.

—No obstante—dijo el duque,—es la misma sobre la cual me jurasteis eterna amistad al separarnos de Borgoña, lo que no impidió que poco tiempo después enviaseis al bastardo de Rubempré para asesinarme ó apoderarse de mi persona.

—¡Ah, querido primo!... ¡Qué quejas tan antiguas desenterráis! Pero os aseguro que en este punto padecéis notable error. Por otra parte, no presté entonces el juramento sobre «esta» misma reliquia, sino sobre otro fragmento de la verdadera cruz, que me regaló el Gran Señor, cuya virtud se debilitara sin duda, por haber permanecido entre infieles. Pero, finalmente, ¿no estalló la guerra del bien público aquel mismo año? ¿No vi acamparse en San Dionisio el ejército borgoñón, apoyado por todos los grandes feudatarios de la corona de Francia? ¿No me obligasteis á ceder la Normandía á mi hermano?... ¡Dios me preserve de perjurar sobre una reliquia como esta!

—Pues bien, primo mío—respondió el duque,—creo que habéis recibido una lección que os enseñará á proceder de buena fe en lo sucesivo. Y en la actualidad, decidme franca y lealmente, ¿cumpliréis la palabra que me habéis dado de marchar conmigo contra ese asesino De la Marck y esos miserables liejenses?

—Marcharé contra ellos—dijo Luis,—y me haré seguir por toda la nobleza de mi reino, la alta y la de las provincias, tremolando el oriflama.

—No, no, esto es más de lo que necesito, más de lo que conviene. La presencia de vuestra guardia escocesa, y un par de centenares de lanzas escogidas, bastarán para probar que obráis libremente. Un ejército considerable podría...

—Libertarme en realidad, queréis decir. ¿No es así, amado primo? Pues bien, vos mismo me prevendréis el número de tropas que deberán seguirme.

—Y para que nada tengamos que temer de la hermosa Elena que ha sido causa de nuestras discordias, accederéis á que la condesa Isabel de Croye dé la mano al duque de Orleans.

—Querido primo, vos sometéis mi cortés complacencia á una prueba harto dura. El duque es futuro esposo de mi hija Juana. Sed generoso, no insistáis sobre este punto; mejor será que tratemos de las plazas del Soma.

—Mi consejo hablará de este objeto á Vuestra Majestad. En cuanto á mí, me interesa menos un aumento de territorio, que una reparación de los agravios que recibí. Vos os metisteis en negocios de mis vasallos, y quisisteis disponer á vuestro antojo de la mano de una pupila del ducado de Borgoña: pues bien, ya que queréis casarla, sea con un individuo de vuestra familia. Sin esto, quedan rotas nuestras negociaciones.

—Nadie me creerá, amado primo, si yo dijese ahora que lo hago de buena voluntad. Juzgad, pues, cuál es el deseo que tengo de complaceros, cuando os digo con gran sentimiento mío que si las partes interesadas acceden á ello

y se puede obtener la dispensa del Papa, no me opondré por ningún estilo al enlace que me proponéis.

—Todo esto se arreglará por medio de nuestros ministros—dijo el duque,—y he aquí que hemos vuelto á ser primos y amigos.

—Demos gracias—dijo Luis—á la bondad del cielo que, teniendo en sus manos los corazones de los príncipes, los dispone misericordiosamente á la paz y á la clemencia, para evitar la efusión de sangre... Oliverio—continuó dirigiéndose en voz baja á aquel favorito, que siempre iba dando vueltas en torno suyo, como el espíritu familiar que está á las órdenes de un hechicero—oye, di á Tristán que despache pronto á ese condenado gitano.

CAPITULO XXXIV

El suplicio

> Te llevaré al bosque poblado de verdes árboles, y podrás tú mismo escoger el que quieras.
>
> «Balada antigua».

—¡Gracias sean dadas á Dios, que me ha concedido la facultad de reir y hacer reir á los demás, y oprobio al necio que se avergonzara de desempeñar el empleo de bufón! He aquí una broma, y no por cierto de las más graciosas, bien que ha tenido la suerte de divertir á dos príncipes, cuyo éxito ha sido más feliz del que produjeran mil razones de estado para impedir una guerra entre Francia y Borgoña.

Tal fué la consecuencia que sacó Glorioso cuando, de resultas de la reconciliación de que dimos cuenta al final del capítulo anterior, fué relevada la triple guardia colocada en el circuíto del castillo de Perona. El rey dejó de habitar la funesta torre del conde Herberto, y con gran satisfacción de los franceses y borgoñones, la amistad y la confianza parecieron restablecidas, á lo menos exteriormente, entre el duque Carlos y su señor feudal. Sin embargo, el rey, aunque tratado con todo el ceremonial y respeto debido, conocía perfectamente que no dejara aún de ser el objeto de las sospechas de su poderoso rival; pero aparentaba prudentemente no advertirlo; antes al contrario, parecía considerarse como del todo libre.

No obstante, como suele suceder en semejantes casos, cuando las principales partes interesadas habían casi transigido sobre sus diferencias, uno de los agentes subalternos de sus maquinaciones experimentaba amargamente cuán verdadera es aquella máxima política de que, si bien los grandes necesitan á menudo valerse de viles instrumentos, indemnizan á la sociedad del perjuicio que le causan, abandonándolos á su destino no bien les son inútiles.

Este agente era Hayraddin Maugrabin, á quien los oficiales del duque habían entregado al gran preboste del rey de Francia y puéstole éste en manos de sus fieles ayudantes Tres-Escalas y Andresillo, encargados de despacharle á la eternidad sin pérdida de tiempo. Colocado entre estos dos dignos personajes, uno tocando el «allegro» y otro el «penseroso,» seguidos de algunos soldados y de inmenso gentío, avanzaba, para servirnos de una comparación moderna, como Garrick entre la Tragedia y la Comedia, hacia un bosque inmediato donde para ahorrarse el ceremonial y molestia de una horca, los árbitros de su destino resolvieron colgarle del primer árbol que les pareciese á propósito.

No tardaron mucho en dar con un roble que, como dijo chistosamente Andresillo, era digno de ostentar semejante bellota. Dejando, pues, al reo á la vigilancia de algunos soldados, empezaron á improvisar sus preparativos para la catástrofe final. En este instante Hayraddin, dirigiendo una mirada al tropel de gente que le había venido acompañando, reparó en Quintín Durward, que creyendo haber reconocido á su pérfido guía en la persona del heraldo impostor, siguió á la multitud que corría á ver la ejecución para asegurarse de la identidad.

Cuando los dos ejecutores fueron á participarle que todo estaba dispuesto, Hayraddin, con la mayor cachaza, dijo que tenía que pedirles una gracia.

—Pedidnos, hijo mío, todo lo que pueda conciliarse con nuestra obligación, y estad seguro de obtenerlo—le respondió Tres-Escalas.

—Es decir—replicó Hayraddin,—¿todo, excepto la vida?

—Cierto—dijo Tres-Escalas,—y aun un poquito de ella; pues como tenéis traza de estar resuelto á hacer honor á nuestra profesión, muriendo como mueren los hombres, sin muecas ni visajes, no nos negaremos á concederos diez ó doce minutos, si es preciso, por más estrechas que sean nuestras órdenes.

—Esta es demasiada generosidad—dijo Hayraddin.

—Es verdad que pueden echárnoslo en cara—añadió Andresillo,—pero, ¿qué importa? Yo sacrificaría mi vida por un guapo muchacho, activo, firme, ágil, de buen humor, que lleva intención de dar con gracia el último salto, como corresponde á un hombre honrado.

—Así pues—dijo Tres-Escalas,—si deseáis un confesor...

—O bien—añadió su jovial compañero,—si queréis media azumbre de vino...

—O entonar un salmo...—dijo la Tragedia.

—O cantar alguna copla...—dijo la Comedia.

—Nada de todo esto, mis apreciados y diligentes amigos —respondió el gitano,—sólo os pido algunos momentos de conversación con aquel arquero de la guardia escocesa.

Los ejecutores vacilaron un momento, pero Tres-Escalas, acordándose de haber oído decir que Quintín Durward, á causa de ciertas circunstancias, gozaba de gran favor con el rey, resolvió permitirle la entrevista.

Llamaron á Durward. El joven arquero, mientras se iba adelantando hacia el reo, no pudo menos de afligirse al verle tan próximo á la muerte, sin embargo de estar persuadido que la merecía. Los restos de su pomposo traje de heraldo, desgarrado por los dientes de los perros y armas de los bípedos que le arrancaran del furor de aquéllos para entregarle á los verdugos, le infundían un aspecto ridículo y lastimoso al mismo tiempo. Veíanse todavía en su rostro algunos vestigios del color con que se había pintado y en su barba algún residuo del pelo postizo que se pegó á ella para desfigurarse. La palidez de la muerte invadía sus labios y mejillas; y, sin embargo, armado de un valor pasivo, como la mayor parte de los de su casta,

con vivos aunque desencajados ojos y forzada sonrisa, parecía desafiar la muerte que le estaba aguardando.

El horror y la compasión que se apoderaron de Quintín al acercarse á este miserable le hicieron sin duda moderar el paso, pues Andresillo le gritó:

—Dáos un poco más de prisa, señor arquero, un poco más de prisa. Nuestro parroquiano no tiene mucho tiempo que perder, y vos andáis como si los guijarros fuesen huevos y tuvieseis miedo de romperlos.

—Es preciso que le hable á solas—dijo el criminal, en cuyo acento parecía percibirse la desesperación al pronunciar estas palabras.

—Esto no se conforma sobrado con nuestro deber, mi jovial saltarín—dijo Andresillo,—mucho tiempo hace que nos conocemos; sois una anguila harto escurridiza para que nos fiemos de vos.

—¿No me habéis atado los pies y manos con las cinchas de vuestros caballos?—dijo el gitano.—¿No podéis vigilarme á una distancia regular, desde donde no podáis oirme? A más de que ese arquero es un servidor de vuestro rey. ¿Y si os doy diez guilders?

—Esta suma podría ser muy útil á su pobre alma, empleándola en sufragios—dijo Tres-Escalas.

—Y consolar también mi pobre cuerpo, si se gasta en vino y aguardiente—dijo Andresillo.—A ver, á ver esos guilders, mi querido bailarín de cuerda floja.

—Saciad esos perros hambrientos—dijo Hayraddin á Durward,—nada perderéis en ello: no me han dejado siquiera un maravedí cuando me han cogido.

Satisfizo Quintín á los ejecutores lo que se les había prometido; ellos, como hombres de palabra, se retiraron bastante lejos para no oir la conversación de Hayraddin, pero no perdiéndole de vista y siguiendo con sus ojos el menor movimiento de su víctima. Durward aguardó un momento á que el infeliz le hablase, pero viendo que guardaba silencio:

—Y bien—le dijo en fin,—¿á este extremo te veo reducido?

—Sí—respondió Hayraddin,—no se necesitaba ser astrólogo, fisonomista ni nigromante para predecir que moriría como los demás de mi familia.

—Este fin prematuro te lo ha acarreado una larga serie de crímenes y traiciones.

—No, ¡por el resplandeciente Aldebarán y todos sus centelleantes cofrades! Hámele acarreado mi propia locura, la cual me hizo creer que la crueldad sanguinaria de un franco podría contenerse por lo que mira él mismo como lo más sagrado de la tierra. Los hábitos de un sacerdote no me hubieran sido más propicios que el tabardo de un heraldo: tal es la buena fe que contienen vuestras protestas de justicia y de caballería.

—Un impostor descubierto no tiene derecho á reclamar los privilegios del disfraz que ha usurpado.

—¡Descubierto! Mi jerigonza en el hablar valía tanto como la de ese viejo loco de heraldo. Pero no importa: lo mismo tiene hoy que mañana.

—Parece que olvidas que el tiempo pasa. Si algo tienes que decirme, date prisa, y luego consagra algunos instantes á la salvación de tu alma.

—¡De mi alma!—exclamó el gitano con horrible sonrisa. —¿Imagináis que una lepra de veinte años puede curarse en un momento? Si tengo un alma, se halla en tal estado desde la edad de diez años y aun mucho antes, que necesitaría un mes para acordarme de todos mis crímenes, y otro mes para confesarlos á un sacerdote; y á concedérseme este plazo, apostaría cinco contra uno que empleara muy diversamente el tiempo.

—¡Pecador endurecido! no blasfemes—dijo Durward con un horror acompañado de compasión,—dime prontamente lo que tienes que comunicarme y te abandono á tu destino.

—Debo pediros un favor; pero antes es fuerza que lo compre—dijo Hayraddin,—porque vuestra tribu con todas sus protestas de caridad no da nada gratis.

—Te diría que pereciesen tus dones contigo, si no te hallases en el borde de la eternidad. ¿Qué favor aguardas de mí? Habla y guarda tus regalos, que no me acarrearían buena suerte: no he olvidado todavía los buenos oficios que querías prestarme.

—Sin embargo, os apreciaba—dijo Hayraddin,—os quería bien por lo que hicisteis en las márgenes del Cher; deseaba contribuir á que os casarais con una rica dama. Vos llevabais sus colores, y este fué el motivo de mi engaño; por otra parte estaba persuadido de que Amelina, cuyas riquezas eran de más fácil transporte, os convenía más que esa pollita con su antiguo gallinero de Bracquemont, sobre el cual Carlos ha extendido sus garras y que es muy probable sabrá guardar.

—Tú pierdes el tiempo en palabras vanas, desdichado; veo que esas gentes empiezan á impacientarse.

—Dadles otros diez guilders por diez minutos más—dijo el gitano, que, á pesar de su endurecimiento, deseaba como todos los que se hallan en la misma situación, retardar el instante fatal. Lo que tengo que deciros os valdrá mucho más.

—Aprovecha, pues, los nuevos instantes que voy á comprar—respondió Durward.

Y no le fué difícil concluir un nuevo tratado con los confidentes del gran preboste.

Arreglado esto, Hayraddin continuó:

—Sí, os aseguro que os quería bien. Amelina era la mujer que os convenía; habríais hecho de ella lo que hubieseis querido: ya veis que no ha despreciado al Jabalí de las Ardenas, á pesar de no haberse devanado mucho los sesos para obsequiarla, y reina en su cubil, como si hubiese estado toda su vida acostumbrada á alimentarse de bellotas y fabucos.

—Da fin á tus brutales é intempestivas chanzas; ó, te lo repito, te abandono á tu destino.

—Tenéis razón—dijo Hayraddin después de una pausa de un momento.—Ello es fuerza saber arrostrar lo que es inevitable: os participo, pues, que yo he venido aquí con

este maldito disfraz, con la esperanza de recibir una recompensa de Guillermo de la Marck y otra más rica todavía del rey Luis, no sólo para traer al duque el mensaje de que habréis oído hablar, sino para comunicar al rey un importante secreto.

—Mucho te arriesgaste—dijo Durward.

—Por esto me pagaban bien; pero todo se ha echado á perder. De la Marck había inventado ya entablar relaciones con Luis por medio de Marta; pero parece que sólo pudo acercarse al astrólogo, á quien refirió todo cuanto ocurriera en el viaje y en Schonwaldt, y será gran casualidad que el rey oiga hablar jamás de esto, si ya no es bajo la forma de una profecía. Pero escuchad mi secreto, que es mucho más importante que todo lo que ella pudiera decir. Guillermo de la Marck ha reunido considerables fuerzas en la ciudad de Lieja, y las aumenta todos los días con los tesoros del difunto prelado; pero no lleva intención de arriesgar una batalla campal contra la caballería de Borgoña, ni menos de sostener un sitio en una plaza desmantelada. Lo que cuenta hacer es lo siguiente: Dejará acampar sin oposición al exaltado Carlos delante de la ciudad, y la noche siguiente hará una salida contra él con todas sus fuerzas. Cierto número de tropas llevarán el uniforme de soldados franceses, y gritarán: «¡Francia! ¡San Luis! ¡Montjoie! ¡Saint Denis!» Esto no dejará de sembrar la confusión entre los borgoñones, que creerán que ha llegado á la ciudad un numeroso cuerpo de franceses auxiliares; y si el rey Luis con sus guardias, su séquito y los soldados que podrá procurarse, quiere tomar parte en la empresa, el Jabalí de las Ardenas no desconfía de acabar con todo el ejército borgoñón. Este es mi secreto, y en vos le deposito: sacad de él el partido que os acomode, vendiéndole al rey Luis ó al duque Carlos. Favoreced el plan ó impedid sus efectos; salvad ó perded al que mejor os parezca: á mí poco me importa. Todo mi sentimiento consiste en no poder hacerle volar como una mina para destruir los dos partidos.

—Es verdaderamente un secreto importante—dijo Quintín

que comprendió en seguida cuan fácil era despertar el resentimiento nacional en un campo compuesto de franceses y borgoñones.

—Sí, importante—dijo Hayraddin,—y ahora que le poseéis, quisierais estar bien lejos y abandonarme, sin hacerme el favor que os he pagado con anticipación.

—Dime lo que deseas, y te lo concederé si me es posible.

—No os será difícil—respondió Hayraddin.—Se trata de mi pobre Klepper, de mi palafrén, del único sér sirviente que puede notar mi falta. Le encontraréis á una milla de aquí hacia el Sur, paciendo á sus anchas cerca de la choza desamparada de un carbonero. Silbad de este modo (y al mismo tiempo silbó de una manera particular,) llamadle por su nombre Klepper, y os vendrá á encontrar. He aquí su brida que había ocultado debajo de mis vestidos: fortuna ha sido que esos pícaros bribones no me la hayan quitado, pues no puede sufrir otra. Apoderáos de él y cuidadle, no diré por amor á su dueño, sino porque he puesto á vuestra disposición el éxito de una importante jornada. Tendréis en él un compañero leal en las necesidades. La noche y el día, la avena y el salvado, los buenos y los malos caminos, una buena caballeriza ó la bóveda de los cielos, todo es igual para Klepper. Si hubiese podido pasar las puertas de Perona y llegar á donde le he dejado, no me hallaría en el apuro en que me veo. ¿Tendréis buen cuidado de Klepper?

—Os lo prometo—respondió Quintín conmovido por aquel rasgo de adhesión singular en un carácter tan endurecido.

—¡Adiós, pues!... Un instante, sin embargo, un instante. No quiero ser tan descortés que olvide, muriendo, desempeñar la comisión de una dama. He aquí un billete escrito por la excelentísima señora esposa del Jabalí de las Ardenas á su sobrina de los ojos negros. Leo en los vuestros que cumpliréis exactamente este encargo... Todavía una palabra; iba ya á olvidarme de deciros que encontraréis en el interior de mi silla de montar una rica bolsa muy llena de monedas de oro, las que me determinaron á correr la aventura que tan cara me cuesta. Tomadlas; ellas os in-

demnizarán por centenares los guilders que habéis dado á esos bribones: os nombro mi heredero.

—Las emplearé en buenas obras para el descanso de tu alma—dijo Quintín.

—¡No pronunciéis más esta palabra!—gritó Hayraddin tomando su fisonomía una expresión que horrorizó á Quintín.—No hay alma; es imposible que la haya.

—¡Infeliz obcecado! Entra en ti mismo; permite que te envíe un sacerdote: alcanzaré de esas gentes nueva dilación, compraré su condescendencia. ¿Qué puedes esperar si mueres en esos sentimientos de impenitencia?

—Ser devuelto á los elementos—respondió el ateo endurecido, apretando contra su pecho sus brazos cargados de ataduras.—Mi esperanza, mi creencia, mi expectación es que este misterioso cuerpo perecedero se fundirá en la masa general de donde saca la naturaleza lo que necesita para reproducir cuanto vemos desaparecer todos los días. Las partículas de agua que se hallan en mí, enriquecerán las fuentes y los arroyos; las de tierra fertilizarán el suelo; las de aire suministrarán su soplo á los vientos; y las de fuego, alimentarán los rayos de Aldebarán y de sus brillantes hermanos. Tal es la creencia en que he vivido y en la que voy á morir! Adiós; retiráos, no me incomodéis más. Ya pronuncié la última palabra que se oirá salir de mi boca.

Lleno de horror por tan profunda dureza de corazón, conoció Durward que era inútil procurar persuadirle representándole los espantosos resultados de una muerte en estado de impenitencia. Despidióse de él; pero sólo le contestó el gitano con una leve inclinación de cabeza, con el ademán distraído y melancólico de un hombre entregado á meditaciones que siente se le interrumpan. Quintín entró en el bosque, y halló fácilmente la cabaña cerca de la cual Hayraddin había dejado á Klepper. Silbó y le llamó, y el animal compareció al momento; pero se pasó algún rato antes que se dejase coger. Relinchaba y se encabritaba al acercársele el extranjero. Por fin, los conocimientos generales que tenía Durward de las costumbres de los caballos,

y acaso los que adquiriera del carácter particular de Klepper, habiéndole admirado varias veces durante el viaje que hiciera con Hayraddin, le facilitaron tomar posesión de la manda que acababa de legarle el gitano.

Mucho tiempo antes que Quintín hubiese regresado á Perona, ya estaba Hayraddin en el lugar donde la vanidad de su impía creencia debía sujetarse á juicio. ¡Juicio terrible para un delincuente que no había mostrado arrepentimiento por lo pasado, ni temor de lo venidero!

CAPITULO XXXV

El premio honroso

Insigne honor es para la hermosura
verse conquistado por la mejor lanza.
«El conde Palatino».

Cuando Quintín Durward llegó á Perona, el consejo de Estado se hallaba reunido, y el resultado de esta reunión debía ser mucho más interesante para él de lo que nunca llegara á imaginar, pues aunque compuesto de personas cuya clase no permitía pensar que tuviesen la menor relación con él, influyó, no obstante, extraordinariamente en su destino.

El rey Luis, después de haberse divertido con el intermedio del enviado de Guillermo de la Marck, no dejara escapar ocasión alguna de fomentar el recobro del afecto que esta circunstancia parecía haber inspirado al duque; y no dejó de ocuparse en convenir con él, ó mejor dicho, conformarse con su dictamen, relativamente al número y á la calidad de tropas que debía llevar consigo para seguirle como auxiliar en su expedición contra Lieja. Vió claramente que el cuidado que puso Carlos en no pedir más que muy reducido número de soldados, y en insistir en que fuesen acompañados de señores franceses de elevada clase, llevaba por objeto más bien procurarse rehenes que auxiliares. Sin embargo, no olvidando los consejos que le había dado Comines, accedió á todo lo que el duque quiso en esta parte, con tanto gusto como si hubiese obrado libre y espontáneamente.

No dejó con todo de indemnizarse de esta complacencia, haciendo recaer los efectos de su vengativo genio en el cardenal de La Bahue, cuyos consejos le determinaron á otorgar tan excesiva confianza al duque de Borgoña. Tristán, que llevó la orden á las tropas auxiliares que debían marchar contra Lieja, tuvo al mismo tiempo el encargo de conducir al cardenal al castillo de Loches, y encerrarle en una de aquellas jaulas de hierro, de que se asegura había sido él mismo el inventor.

—Así podrá juzgar del mérito de su invención—dijo el rey.—Como pertenece al alto clero, no podemos derramar su sangre; pero ¡vive Dios! que si por espacio de diez años se halla reducido su obispado á tan estrechos límites, lo tendrá situado á lo menos en fronteras inconquistables, y esto le servirá de indemnización. Haced que las tropas se pongan en marcha inmediatamente.

Acaso Luis con esta pronta complacencia esperaba eludir una condición más desagradable para él, como prenda de su reconciliación. Pero si realmente concibió esta esperanza, no conocía bien aun el carácter de su primo, que de todos los hombres del mundo era acaso el más terco en sus resoluciones, el menos dispuesto á desistir de lo que el resentimiento de supuesta injuria ó el espíritu de venganza le empeñaran á exigir una vez.

Apenas había Luis despachado los expresos necesarios para que se pusieran en marcha las tropas que debían obrar como auxiliares de la Borgoña, cuando le requirió el duque para que diese su público consentimiento al matrimonio del duque de Orleans con Isabel de Croye. El rey condescendió arrojando un profundo suspiro, y se limitó á observar que convenía asegurarse previamente del consentimiento del mismo duque de Orleans.

—Esta formalidad no se ha descuidado—respondió Carlos.—Crève-Cœur habló de esto al duque; y, ¡cosa extraña! le encontró tan insensible al honor de casarse con la hija de un rey, que miró la proposición de recibir la mano de la condesa de Croye, como el más agradable ofrecimiento que pudiera hacerle el mejor padre.

—Tanto más ingrato y más culpable—dijo el rey,—pero sea, querido primo, todo lo que quisiereis, con tal que obtengáis el consentimiento de las partes interesadas.

—En cuanto á esto desechad toda inquietud—respondió el duque.

Y en consecuencia, algunos minutos después de haber propuesto este negocio se mandó comparecer delante de los dos príncipes al duque de Orleans y á la condesa de Croye, que llegó acompañada, como la otra vez, de la condesa de Crève-Cœur y la abadesa de las Ursulinas. Carlos de Borgoña les participó que la prudencia de los príncipes había resuelto su unión, como una prenda de la perpetua alianza que debía reinar en lo sucesivo entre Francia y Borgoña. Luis oyó esta declaración sin hacer objeción alguna, guardando triste silencio y sintiendo la mengua de su autoridad.

Al duque de Orleans le costó mucho trabajo reprimir los arrebatos de alegría que le causara esta noticia, y á la cual no le permitía la delicadeza entregarse abiertamente en presencia de Luis, siendo necesaria la influencia del temor que le inspiraba habitualmente este monarca para no dar publicidad á sus deseos y limitarse á responder «que era deber suyo dejar la elección de esposa al gusto de su soberano.»

—Querido primo de Orleans—dijo Luis con ceñuda gravedad,—ya que me es posible hablar en ocasión tan poco agradable, no necesito recordaros que el aprecio que tributaba á vuestro mérito me excitó á elegiros una esposa en mi propia familia; pero ya que mi primo de Borgoña está persuadido de que el disponer de otro modo de vuestra mano será la más segura prenda de la unión que debe reinar entre sus Estados y los míos, me es demasiado sagrado este objeto, para sacrificar á él mis deseos y mis esperanzas.

El duque de Orleans se hincó de rodillas, y besó, por esta vez con sincero afecto, la mano que el rey le alargó, pero volviendo el rostro. Conoció con esto, lo propio que todos los testigos de esta escena, que daba el rey su

consentimiento contra su voluntad; pues de esta manera, iniciado en los misterios del arte del disimulo, quiso en esta ocasión que fuese visible su repugnancia y que se conociese en él un rey que abandona su plan favorito y sacrifica el cariño paternal al interés de la patria y necesidades del Estado. El mismo duque de Borgoña experimentó alguna agitación; pero el corazón de Luis de Orleans saltó de alegría involuntaria, por verse tan inopinadamente libre de los lazos que le ligaban con la princesa Juana. Si él hubiese sabido las maldiciones que el rey le echaba interiormente en este instante, los proyectos de futura venganza que trazaba ya, es probable que su delicadeza le ahorrara algunas reconvenciones secretas que le estaba haciendo.

Carlos, dirigiéndose entonces á la condesita, le manifestó con aspereza que la unión proyectada era un negocio que no admitía retardo ni vacilación; añadiendo al mismo tiempo, que debía considerarse como un resultado harto favorable por cierto de su terquedad en otra ocasión.

—Señor—dijo Isabel recogiendo todo su valor,—conozco los derechos de Vuestra Alteza y me someto á ellos.

—Basta, basta—dijo el duque interrumpiéndola,—ya arreglaremos lo demás. Vuestra Majestad—continuó dirigiéndose á Luis—ha disfrutado esta mañana de la caza del jabalí, ¿desearía dedicarse ahora á la del lobo?

La condesita se vió en la necesidad de armarse de resolución.

—Vuestra Alteza no me ha comprendido bien—dijo con timidez, pero bastante alto y en tono suficientemente decidido para obligar al duque á concederle una atención que, de otro modo, acaso le hubiera llevado á negarla cierta previsión de lo que iba á decir.—La sumisión de que hablo, sólo se refiere á las tierras y dominios que los antepasados de Vuestra Alteza otorgaron á los míos, y pongo otra vez á la disposición de la casa de Borgoña, si mi soberano cree que mi desobediencia en un solo punto me hace indigna de conservarlos.

—¡Ah, por San Jorge!—exclamó el duque dando una pa-

tada con furor.—¿Sabe esa joven loca en presencia de quién se encuentra y á quién se dirige?

—Señor—respondió Isabel sin inmutarse,—sé que me hallo delante de mi señor feudal, y espero todavía en su justicia. Si me priváis de los bienes que la generosidad de vuestros abuelos concedió á mi casa, rompéis los lazos que la ligan á la vuestra. Yo no os debo á vos este débil y perseguido cuerpo, y mucho menos el espíritu que le anima: mi intención es consagrar á Dios uno y otro en el convento de las Ursulinas y de vivir allí bajo la dirección de esta su venerable madre abadesa.

La rabia del duque llegó entonces á su colmo; y su sorpresa sólo puede compararse á la que experimentaría un halcón si viese á una paloma erizar sus plumas para resistirle.

—¿Y la venerable madre abadesa os recibirá sin dote?—preguntóle con insultante sonrisa.

—Si recibiéndome como decís—respondió Isabel—ocasiona algún perjuicio á su convento, me lisonjeo de que queda todavía bastante caridad entre los nobles amigos de mi familia para no dejar sin socorro á una huérfana, último vástago de la casa de Croye.

—Eso es falso—exclamó el duque,—es un pretexto para encubrir alguna secreta é indigna pasión... Duque de Orleans, ella será vuestra, aunque debiese yo arrastrarla al altar con mis propias manos.

La condesa de Crève-Cœur, dama de gran valor, que contaba con el mérito de su marido y el favor de que gozaba, no pudo guardar por más tiempo el silencio.

—Señor—dijo al duque,—vuestro enojo os arrebata y hace empleéis un lenguaje indigno de vos. La fuerza no puede disponer de la mano de una mujer ilustre.

—Y no es propio de un príncipe cristiano—añadió la abadesa—oponerse á los deseos de un alma piadosa, que fatigada de los trabajos y persecuciones del mundo, quiere ser la esposa del Señor.

—Y mi primo de Orleans—dijo Dunois—no puede acep-

—No se dispone por fuerza de la mano de una dama

tar decorosamente una proposición de matrimonio con una dama que tanto se opone á ello públicamente.

—Si se me concediese algun tiempo—dijo el duque de Orleans, en cuyo ánimo impresionable hicieran profunda sensación los atractivos de Isabel—para que se mirasen mis pretensiones á la mano de la condesa bajo un punto de vista más favorable...

—Señor—dijo Isabel alentada nuevamente por lo que acababa de oir,—ese plazo sería inútil. He tomado ya la resolución de no acceder á este enlace, aunque infinitamente superior á mis merecimientos.

—Pues yo—dijo el duque de Borgoña—no tengo tiempo de aguardar á que sus caprichos cambien con la primera fase de la luna. Príncipe de Orleans, yo haré que esa joven se persuada dentro de una hora de que la obediencia es para ella objeto de primera necesidad.

—Pero no será ya en favor mío, señor—respondió el duque, que conoció que el honor no le permitía prevalerse de la obstinación de Carlos,—una sola negativa pública y terminante es suficiente para un príncipe de la sangre real de Francia; después de esto es imposible que yo conserve tal pretensión.

El duque lanzó entonces una mirada de furor al príncipe de Orleans y luego á Luis; y viendo en las facciones de éste cierta expresión de secreto triunfo, que el rey, á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo enteramente disimular, estalló su cólera como una tempestad.

—Escribid—dijo dirigiéndose al secretario del consejo,—escribid mi sentencia de confiscación y de encierro contra esa rebelde é insolente vasalla. Que se la ponga en el «Zuchthaus,» en la casa de la reclusión; y que tenga por compañeras á aquellas infames mujeres que, por sus desórdenes, fueron sus iguales en descaro y desvergüenza.

Esta disposición promovió un murmullo general en toda la asamblea.

—Señor—dijo el conde de Crève-Cœur, encargándose de llevar la palabra en nombre de los demás,—semejante orden necesita madura reflexión. Nosotros, vuestros fieles vasallos,

no podemos permitir que recaiga tal mancha sobre la nobleza y la caballería de Borgoña. Si la condesa es culpable, castíguesela, pero de un modo decoroso á su clase y á la nuestra: y que no se extienda el oprobio hasta los que estamos unidos á su casa con los vínculos de la sangre y parentesco.

El duque guardó silencio por un rato, mirando de frente al que acababa de hablarle así, al modo que un toro á quien obliga su conductor á separarse del camino que quiere seguir, para calcular si le obedecerá, ó si se le echará encima para hacerle volar con sus astas.

La prudencia, sin embargo, sujetó el furor. El duque vió que los sentimientos que Crève-Cœur acababa de expresar eran los de todos sus consejeros; y temiendo que Luis sacase alguna ventaja del descontento de sus vasallos, y llegando, probablemente, porque era más vivo é impetuoso que malvado, á avergonzarse del indecoroso exceso á que se dejara arrastrar:

—Tenéis razón, Crève-Cœur—dijo al fin,—he hablado con demasiada precipitación. Su destino se determinará según las leyes de la caballería: su fuga á Lieja fué la señal del asesinato del obispo; y el vengador de este crimen, quien me presente la cabeza del Jabalí de las Ardenas, podrá reclamar su mano por recompensa, y si ella entonces se niega á obedecer, obtendrá aquél todos sus dominios y dejaré á la generosidad del vencedor el concederle la suma que tenga por conveniente á fin de que pueda retirarse á un monasterio.

—Señor—dijo Isabel,—considerad que soy la hija de vuestro antiguo amigo, de vuestro leal y valeroso servidor el conde Reinaldo. ¿Quisierais destinarme por premio al brazo que mejor supiese manejar una espada?

—La mano de vuestra abuela fué ganada en un torneo—respondió el duque,—y se combatirá para conseguir la vuestra en una verdadera batalla. Solamente, por atención á la memoria del conde Reinaldo, vuestro esposo deberá ser noble y gozar de una reputación sin tacha. Pero sea quien fuere el vencedor de la Marck, aun el más pobre de cuan-

tos hubiesen ceñido cinturón, tendrá por lo menos el derecho de disponer de vuestra mano: y lo juro por San Jorge, por mi corona ducal y por la distinguida orden de mi casa. Y bien, señores—continuó dirigiéndose á sus consejeros,—juzgo que esto es lo más conforme á las leyes de la caballería?

Las observaciones de Isabel fueron sofocadas por mil aclamaciones y muestras de satisfacción general, oyéndose sobre todas las demás la voz del viejo lord Crawford, que se lastimaba de que el peso de los años le impidiese aspirar á tan hermoso premio. El duque quedó satisfecho de este murmullo general de aprobación, y empezó á calmarse su violencia, como la de un río salido de madre que vuelve á su primer cauce.

—¿Y nosotros á quienes la suerte ha proporcionado ya compañeras, nos veremos obligados á ser meros espectadores de esta gloriosa lucha?—dijo Crève-Cœur.—Mi honor no me lo permite. He hecho un voto, y debo cumplirle á expensas de ese bruto de erizado pelo y ensangrentados colmillos, de ese infame De la Marck.

—Pues bien, ánimo, Crève-Cœur—dijo el duque;—hiere de punta y tajo; gánala, y si no puedes casarte con ella, dispondrás de su mano como gustes: la cederás al conde Esteban tu sobrino, si así te place.

—Muchas gracias, señor—respondió Crève-Cœur;—me portaré del mejor modo que sepa en la pelea; y si logro desalojar y derribar al Jabalí, Esteban verá si su elocuencia es más spersuasiva que la de la digna abadesa.

—Presumo—dijo Dunois—que no les será prohibido á los caballeros franceses el disputar tan hermosa prez.

—¡No lo permita Dios, valiente Dunois!—replicó el duque, —aunque no fuese más que para ver cómo os lucís. Me conformo en que la condesa Isabel se case con un francés... Sin embargo—añadió,—se entiende que el conde de Croye pasará á ser vasallo de Borgoña.

—Basta—exclamó Dunois,—si ha de ser así, la corona del conde de Croye no dominará jamás la banda de mi

escudo. Quiero vivir y morir francés; pero bien puedo, renunciando á sus dominios, blandir la espada por una dama.

El Acuchillado no se atrevió á levantar la voz en tal asamblea; pero estuvo murmurando á solas:

—Vamos, Saunders Souplejaw, piensa en tu promesa. Siempre me dijiste que nuestra casa debería su fortuna á un matrimonio: nunca encontrarás más propicia ocasión de cumplir tu palabra.

—Nadie piensa en mí—dijo Glorioso:—sin embargo, tengo mayor seguridad de ganar el premio que ninguno de vosotros.

—Tienes razón, mi sabio amigo—dijo Luis;—tratándose de una mujer, el más loco es siempre el más favorecido.

Mientras que los príncipes y caballeros de su comitiva se chanceaban de este modo sobre el destino de Isabel, la madre abadesa y la condesa de Crève-Cœur que se retiraran con ella, procuraban en vano consolarla. La primera le aseguró que la santa Virgen no permitiría que lograsen obligarla á desechar la resolución que había formado de consagrarse á Dios en el recinto de una casa protegida por Santa Ursula. La segunda le prodigó consuelos más temporales, diciéndole que ningún caballero, digno de este nombre, que llevase á cabo la empresa á cuyo éxito había señalado el duque el premio de su mano y de sus bienes, querría aprovecharse de esta circunstancia para forzar su albedrío; y hasta añadió que el afortunado vencedor no era imposible fuese uno que alcanzara gracia á sus ojos y hallase medio de reconciliarla con la obediencia. Tanto el amor como la desesperación se asen de la más ligera rama; y por débil y vaga que fuese la esperanza que le ofrecía este discurso, el llanto de Isabel al escucharle se vertía con menos amargura.

CAPITULO XXXVI

El ataque del arrabal

> El mísero enfermo desahuciado, próximo á separarse de la vida, todavía abriga esperanzas, todavía confía. A cada nuevo dolor que desgarra sus entrañas, renace la esperanza.
>
> La esperanza, semejante el resplandor de una antorcha, embellece y anima el camino: cuanto más crece la oscuridad de la noche, con mayor viveza brilla.
>
> GOLDSMITH.

No se pasaron muchos días sin que Luis recibiese, con la sonrisa de la venganza satisfecha, la noticia de que su consejero favorito, el cardenal de La Balue, gemía en una jaula de hierro, dispuesta de modo que no podía tenerse en pie ni tenderse en ella, y donde permaneció, por decirlo de paso, cerca de doce años por orden de aquel implacable monarca.

Las fuerzas auxiliares que el duque le exigió habían llegado también, y aunque insuficientes para luchar contra el ejército de Borgoña, si tal hubiese sido el intento del rey, eran sin embargo harto considerables para defender su persona, y esta reflexión le ofrecía algún consuelo. Por otra parte, podía libremente volver á tratar, cuando llegara el tiempo oportuno, del matrimonio del duque de Orleans con su hija; y aunque conocía que era para él una afrenta servir con sus más nobles pares bajo las banderas de un vasallo, y contra un pueblo cuya causa había favorecido, hizo muy poco caso de esta circunstancia, esperando que

podría desquitarse algún día. Pues, como dijo á su leal Oliverio, la casualidad puede hacer algunas bazas, pero la paciencia y la experiencia acaban por ganar la partida.

Entregándose á tales reflexiones, Luis, en un hermoso día de fines de verano, montó á caballo, y dándosele muy poco cuidado de que le viesen como formando parte del séquito de un vencedor triunfante, más bien que como monarca independiente, rodeado de sus guardias y caballeros, salió de Perona, pasando por la puerta gótica que daba entrada á la ciudad, para reunirse con el ejército borgoñón que empezaba á ponerse en marcha contra Lieja.

Gran número de señoras de distinción residente entonces en Perona, hallábanse en las murallas y fuertes exteriores de la ciudad ataviadas con sus más ricas galas, para ver pasar á los gallardos guerreros que partían. La condesa de Crève-Cœur había llevado consigo á Isabel, que mostró gran repugnancia en seguirla; pero Carlos había ordenado perentoriamente, que la que debía la recompensa del vencedor, se mostrase á los caballeros que iban á entrar en la lucha.

Cuando desfilaban, después de haber pasado la puerta, distinguíase más de una bandera y escudos con nuevos emblemas que expresaban la firme resolución de los caballeros de hacer todo lo posible para ser dignos de tan hermoso premio. Viérase aquí un corcel precipitándose á la carrera, allá una flecha lanzada contra el blanco; uno llevaba pintado en su escudo un corazón traspasado para indicar su pasión; otro una calavera y una corona de laurel, para manifestar su determinación de vencer ó morir. Difícil sería hacer una descripción de todos estos emblemas, tanto por lo dilatado y engorroso, como por existir algunos que habían tenido el arte de pintarlos tan complicados y obscuros, que dejaran burlada seguramente la ciencia del más hábil intérprete. Ya se deja adivinar también que cada caballero hizo corvetear, lo más graciosamente que pudo á su caballo, y tomó en la silla la más airosa actitud al pasar por delante de aquel bello enjambre de damas y señoritas, que estimulaban su valor con

agradables sonrisas, agitando sus velos y pañuelos. Los arqueros de la Guardia, escogidos de entre la primera flor de la nación escocesa, se atrajeron en especial las mira-

das y aplausos por su bello porte y la magnificencia de su traje.

Uno de estos extranjeros se atrevió á hacer un cumplimiento particular á la condesa Isabel, manifestando que la conocía; cuya libertad se guardaron bien de tomar ni aun los más nobles caballeros franceses. Era Quintín Durward,

quien, pasando por delante de ella, le presentó respetuosamente en la punta de la lanza la carta de su tía, que le fuera entregada por Hayraddin.

—¡Por vida mía!—exclamó el conde de Crève-Cœur,—¿hase visto una insolencia igual á la de ese indigno aventurero?

—No le deis ese nombre, Crève-Cœur—dijo Dunois,—tengo buenas razones para abonar su valor, y aun por esa misma dama cabalmente hubo de acreditarlo.

—He aquí mucho ruído por poca cosa—dijo Isabel ruborizándose de enojo.—Esta es una carta de mi desgraciada tía. Me escribe chistosamente, aunque su situación debe ser espantosa.

—Veamos, veamos—dijo Crève-Cœur,—participadnos lo que os dice la esposa del Jabalí.

La condesa Isabel leyó la carta, en que su tía procuraba hacer valer lo mejor que pudo una mala especulación y compensar la falta de decoro de su precipitado matrimonio, con la exagerada felicidad de tener por esposo á uno de los hombres más esforzados del siglo, que acababa de ganar un principado con su valor. Suplicaba á Isabel que no juzgase á su Guillermo, según ella le llamaba, por lo que oía decir á los demás, sino que aguardara á hacerlo cuando le conociese personalmente. «¿De qué podrán acusarle?—añadía.—¿De que tiene sin duda sus defectos? Los mismos se ven ciertamente en hombres á quienes tributara siempre la mayor veneración. ¿De que es aficionado al vino? El valiente señor Godofredo, uno de sus abuelos, no le iba en zaga. ¿De tener el carácter violento y aun sanguinario? Tal hubiera sido el del conde Reinaldo, padre de Isabel, de feliz memoria. ¿De ser brusco en su conversación? ¿Qué alemán deja de serlo? ¿Algo imperioso y amigo de salirse con la suya? ¿A qué hombre no le gusta predominar?» Esta comparación justificativa era mucho más extensa y terminaba por suplicar á Isabel que procurase sustraerse del poder del tirano de Borgoña, por medio del portador de su carta, para pasar á la corte de su amado esposo en Lieja, donde las leves diferencias que podrían

existir entre ellas relativamente á sus mutuos derechos de sucesión al condado de Croye, se arreglarían fácilmente por medio del matrimonio de Isabel con Carl Eberson, algo más joven á la verdad que su futura esposa; pero esta diferencia de edad, como lo decía la condesa Amelina, acaso por experiencia, era un inconveniente que podía soportarse más fácilmente de lo que su sobrina imaginara.

Detúvose aquí Isabel por la observación que con semblante mojigato hizo la abadesa, de que aquello era ocuparse demasiado de las vanidades del mundo, y por haber exclamado el conde de Crève-Cœur:

—¡Al diablo, esa bruja seductora! Su carta se parece á un pedazo de queso frito en una ratonera. ¡Malhaya, amén mil veces la vieja, tan ducha en imposturas!

La condesa de Crève-Cœur reconvino gravemente á su marido por esta exclamación, que le pareció demasiado dura.

—Quillermo de la Marck—dijo,—puede haber engañado á la condesa Amelina con una apariencia de cortesanía.

—¿El manifestar una apariencia de cortesanía?—exclamó el conde.—No, no; yo le absuelvo del pecado de disimulo en esta parte. ¡Cortesanía! más bien podríais esperarla de un jabalí de veras. Mejor efecto haría una hoja de oro sobre el hierro viejo y mohoso de una argolla. No—repito,—por idiota que ella sea, no es tan bestia todavía que se haya enamoricado del zorro que la zampó en su misma madriguera. Pero vosotras, las mujeres, todas sois cortadas por una misma tijera. Con cuatro palabritas azucaradas se os embauca, y casi me atrevo á decir que mi linda prima arde ya en deseos de ir á reunirse con su tía en el paraíso de esa loca, y aun de dar la mano al hijo del Jabalí.

—Lejos de ser capaz de tal disparate—dijo Isabel,—deseo ahora doblemente el castigo de los asesinos del buen obispo, á fin de que mi tía no se halle por más tiempo en poder de tal malvado.

—Tan dignos sentimientos me hacen reconocer en vos la noble heredera de los condes de Croye—dijo Crève-Cœur; y no se trató más de la carta.

Pero es fuerza advertir que Isabel, leyendo á sus amigos la carta de su tía, no juzgó necesario participarles el contenido de una postdata en que la condesa Amelina, como suelen hacerlo las señoras, dábale circunstanciados detalles de sus ocupaciones, y le decía que por entonces había suspendido el bordado de una rica sobrevesta que destinaba á su marido, en que resaltarían reunidas las armas de Croye y De la Marck, en atención á que su Guillermo había resuelto, á consecuencia de un plan político, que algunos de sus súbditos llevasen sus armas y se adornasen con su traje en la primera acción de guerra que ocurriese, y tomar él mismo el escudo de armas de Orleans con la banda de bastardía, es decir los blasones de Dunois. Venía también dentro de la carta un billetito, cuyo contenido tampoco creyó prudente comunicar, y que sólo contenía estas pocas palabras, escritas por diferente mano: «Si pronto no adquirís noticias mías por la fama, deducid en consecuencia que he muerto, pero de un modo digno de vos.»

Una idea que siempre había hasta entonces desechado como increíble, se ofreció en aquel instante con doble fuerza al espíritu de Isabel. Y como el ingenio de una mujer suele ser fértil y abundante en medios para la realización de sus proyectos, supo gobernar tan bien las cosas, que antes que las tropas hubiesen partido, recibió Durward por mano desconocida la carta de la condesa Amelina, con tres cruces al margen del párrafo en que se hablaba del proyecto de Guillermo de la Marck, para llamar su atención, y luego venían añadidas las siguientes palabras: «El que no temió las armas de Dunois cuando brillaban en el pecho del valiente guerrero á quien legítimamente pertenecen, menos las temerá cuando un tirano asesino pretende disfrazarse con ellas.»

El joven escocés besó y apretó una y mil veces contra su corazón este útil aviso, pues le indicaba el camino que debía seguir para llegar al punto donde el honor y el amor hallarían una recompensa; y le comunicaba un secreto ignorado de todos los demás, para conocer á aquél cuya

muerte podía sólo dar vida á sus esperanzas; secreto que prudentemente resolvió guardar en lo íntimo de su corazón.

Vió, sin embargo, la necesidad de obrar de un modo distinto en punto al aviso que le diera Hayraddin, puesto que la salida que se proponía hacer Guillermo de la Marck podía causar la destrucción del ejército sitiador si no se burlaba su estratagema; tan difícil era, en un género de guerra muy poco usado en aquella época, evitar la confusión de una sorpresa nocturna. Después de haberlo reflexionado mucho, resolvió participar personalmente este ardid á los dos príncipes reunidos, acaso porque temía que si comunicaba á Luis en particular tan fina como bien tramada astucia, podría llegar á ser una tentación sobrado fuerte para la probidad equívoca de este monarca, y que le viniese en mientes el cooperar al logro de esta intentona antes que impedir su cumplimiento. Decidió pues aguardar, para descubrir este secreto, que Luis y Carlos se hallasen juntos; pero esta ocasión era posible que tardara en presentarse, pues ninguno de ellos era muy aficionado á la sujeción que les impusiera la sociedad ó compañía de su rival.

Entretanto el ejército confederado continuaba su marcha y entró muy pronto en el territorio de Lieja. Allí los soldados borgoñones, ó á lo menos una parte de ellos, es decir, aquellas bandas á quienes se había dado el nombre de «Ecorcheurs,» esto es, desolladores, dieron pruebas positivas de merecer tan honroso título por el modo con que trataron á los aldeanos, so pretexto de vengar la muerte del obispo. Esta conducta perjudicó mucho á la causa de Carlos; pues los aldeanos maltratados, que hubieran podido permanecer neutrales en esta contienda, tomaron las armas para defenderse, les hostigaron en su marcha, atacaron los destacamentos que se separaban del cuerpo del ejército, y replegándose por fin sobre Lieja, fueron aumentando las fuerzas de los que estaban resueltos á defender esta ciudad con el valor de la desesperación. Los franceses, por el contrario, reducidos á muy corto número, y aun

éste la flor y nata de las tropas de su país, permanecían siempre bajo sus banderas con arreglo á las órdenes del rey y observaban la más estrecha disciplina: contraste que aumentó las sospechas de Carlos, quien no pudo menos de notar que obraban mejor como amigos de Lieja que como aliados de Borgoña.

Por fin, el ejército reunido, sin haber experimentado ninguna resistencia formal, llegó al rico valle del Mosa, delante de la grande y populosa ciudad de Lieja. Vieron allí que el castillo de Schonwaldt había sido arrasado; y supieron que Guillermo de la Marck, que no tenía más virtudes que algún talento militar, había concentrado todas sus fuerzas en la ciudad y resuelto evitar toda acción en campo llano con los ejércitos de Francia y de Borgoña, pero no se pasó mucho tiempo sin que los invasores experimentaran el peligro que hay siempre en atacar una grande y populosa ciudad, aunque abierta, cuando los habitantes están decididos á obstinada defensa.

Desmantelada Lieja, y con anchas brechas abiertas en sus murallas, imaginaron los borgoñones que componían la vanguardia que nada podía impedirles penetrar en la ciudad. Entraron, pues, sin precaución en uno de sus arrabales, gritando descompasadamente:

—¡Borgoña, Borgoña! ¡Sangre, sangre! ¡Todo es nuestro aquí!... ¡Acordáos de Luis de Borbón!

Pero como se internaron desordenados por estrechas calles, y se dispersaban para entregarse al pillaje, un numeroso cuerpo de habitantes salió repentinamente de la ciudad, echóseles encima, é hizo en ellos horrible mortandad. Las mismas brechas de las murallas sirvieron á Guillermo de la Marck para mandar salir á un mismo tiempo á los defensores de la ciudad por varios puntos, y entrando estos destacamentos por diferentes lados en el mencionado arrabal, atacaron á los acometedores de frente, por flanco y retaguardia. Sorprendidos éstos por tan vivo é inesperado ataque de unos enemigos, que parecían irse multiplicando, apenas se sirvieron de las armas para defender-

se, y la noche, que empezaba á difundir sus sombras, aumentó todavía su confusión y peligro.

Al llegar esta noticia al duque Carlos, dióle un arrebato de cólera, que no logró apaciguar el ofrecimiento que le hizo el rey Luis de enviar su caballería francesa en socorro de la vanguardia para sacarla de apuros. Rechazando la oferta en rudo y desabrido tono, quiso ponerse él mismo á la cabeza de su guardia para ir á libertar á aquellas tropas que incautamente se comprometieran en su avance; pero Crève-Cœur é Hymbercourt le rogaron que se sirviese darles esta comisión, y dirigiéndose por dos distintos puntos al lugar de la acción, con mejor orden que el empleado hasta entonces, y de modo que pudieran mutuamente sostenerse, aquellos dos célebres capitanes lograron rechazar á los liejenses y libertar la vanguardia, que á más de los prisioneros, sufrió una pérdida de ochocientos hombres por lo menos, de los cuales un centenar eran hombres de armas ó caballería escogida.

Los prisioneros, sin embargo, no fueron muchos; á la mayor parte les libró aún Hymbercourt, que habiendo quedado dueño del arrabal, colocó una gran guardia enfrente de la ciudad, separada de este punto por un espacio descubierto de siete á ochocientos pasos, que formaba una explanada sin ningún edificio que pudiese perjudicar á la defensa de aquélla. No había ningún foso entre la ciudad y el arrabal, porque el terreno era demasiado pedregoso para poder abrir uno en dicho sitio. Enfrente del arrabal veíase una puerta favorable para las salidas, lo propio que dos ó tres brechas inmediatas, que eran de las que el duque mandara abrir en las murallas después de la batalla de Saint-Tron, y que los liejenses se habían limitado á reparar con estacadas. Hymbercourt mandó apuntar dos culebrinas contra la puerta, y dirigió otras dos hacia las brechas, á fin de imponer á los que quisieran salir de la ciudad, y volvióse en seguida al cuerpo del ejército borgoñón, que encontró en el mayor desorden.

El hecho fué que el centro y la retaguardia del numeroso ejército del duque continuaran avanzando; mientras que

la vanguardia rechazada se retiraba desordenada y precipitadamente. Los fugitivos chocaron con los cuerpos que venían de frente, y causaron en ellos una confusión que se propagó de fila en fila. La indispensable ausencia de Hymbercourt, que llenaba las funciones de mariscal de campo, ó como diríamos ahora, de general en jefe, aumentó el desorden, y para que nada faltase, cerró la noche obscura como boca de lobo, sobrevino una fuerte lluvia, y el suelo, en que debían precisamente tomar posición los sitiadores, era pantanoso y cortado por diferentes canales.

Apenas sería posible formarse una idea de la confusión que reinaba entonces en el ejército de Borgoña. Los jefes no encontraban á los soldados y los soldados estaban separados de sus banderas y oficiales: todos, desde el primero hasta el último, buscaban acomodo y asilo en donde podían individualmente encontrarlo. Los fugitivos, rendidos por la fatiga y heridos la mayor parte, clamaban en vano por alimento y socorro; la retaguardia, ignorante de tan desastroso acontecimiento, marchaba á paso redoblado y se confundía con el desordenado centro, temiendo llegar demasiado tarde para tomar parte en el saqueo de la ciudad, que creía alegremente haber ya empezado.

Hymbercourt, al llegar, vió que el establecer el orden era empresa de difícil desempeño, y llenóse de nueva amargura á causa del furor á que se entregó su amo, sin tener ningún miramiento al encargo todavía más urgente que acababa de desempeñar. Toda la paciencia del valiente caballero no pudo resistir á las injustas reconvenciones del duque.

—Señor—le dijo,—con arreglo á vuestras órdenes he partido á socorrer la vanguardia: á cargo de Vuestra Alteza quedó el cuidar del cuerpo principal del ejército; y después de desempeñar mi comisión le encuentro en tal desorden, que la vanguardia, el centro, la retaguardia, todo está confundido.

—Mejor; así nos parecemos á un barril de arenques—dijo Glorioso,—y esta es la más natural comparación para un ejército flamenco.

El chiste del bufón hizo reir al duque, é impidió tal vez que tuviese mayor transcendencia el altercado entre él y el barón de Hymbercourt.

Apoderáronse de una pequeña «lust-haus,» ó casa de campo, propia de un rico vecino de Lieja; mandóse desocupar por todos los que la habitaban, y el duque estableció en ella su cuartel general. Hymbercourt y Crève-Cœur colocaron allí cerca una guardia de cuarenta hombres de caballería escogida: los soldados, habiendo demolido algunos edificios exteriores dependientes del principal, sirviéronse de sus ruínas para encender una grande hoguera.

A poca distancia sobre la izquierda, entre esta casa y el arrabal que, como hemos dicho, estaba enfrente de una de las puertas de la ciudad, ocupado por la vanguardia del ejército borgoñón, veíase otra quinta situada entre un patio y un jardín, que tenía á sus espaldas dos ó tres pequeños cercados. Aquí fué donde el rey de Francia estableció su cuartel general. No se gloriaba de poseer grandes conocimientos militares; pero su nada común sagacidad suplía por ellos, reuniendo además natural serenidad en los peligros. Tenía siempre sumo cuidado en emplear los más hábiles y experimentados en aquella profesión y depositaba en ellos la confianza que merecían. Luis y los principales personajes de su séquito se alojaron en esta casa; parte de los arqueros de la guardia escocesa fueron colocados en el patio, donde había algunos edificios que podían servirles de cuartel, y los otros vivaquearon en el jardín. Las demás tropas francesas se acamparon en las inmediaciones en buen orden, y estableciéronse puestos avanzados para dar la señal de alarma en caso de ataque.

Dunois y Crawford, auxiliados de algunos antiguos oficiales y soldados, entre los cuales se distinguía el Acuchillado por su actividad, lograron, derribando paredes, taladrando setos, llenando zanjas y haciendo otras operaciones semejantes, facilitar la comunicación entre los diferentes cuerpos, de modo que pudiesen reunirse cómodamente y sin confusión si necesario fuese.

Luis, entretanto, juzgó á propósito pasar sin ceremonia

al cuartel general del duque de Borgoña, para enterarse del plan de operaciones que había adoptado, y preguntarle en qué deseaba que cooperase á él. Su presencia fué causa de que se celebrase un consejo de guerra, formalidad en la cual, sin esto, acaso no pensara el duque.

Entonces fué cuando Quintín Durward pidió ser admitido, é insistió vivamente en ello, manifestando que tenía que comunicar un negocio muy importante á entrambos príncipes. No tuvo que vencer muchas dificultades para lograr ser introducido en la sala del consejo, y Luis quedó sumamente admirado oyéndole detallar con serenidad y precisión el proyecto concebido por Guillermo de la Marck, de hacer una salida nocturna contra el campo de los sitiadores, tremolando banderas francesas y con soldados que vistiesen uniformes de aquella nación. Luis hubiera preferido sin duda que tan importante noticia se le hubiese participado á solas; pero como acababa de ser públicamente referida, contentóse con decir que «una confidencia de esta clase, verdadera ó falsa, merecía particular atención.»

—Yo opino todo lo contrario—dijo con indiferencia el duque,—si tal proyecto hubiese existido, no sería un arquero de la guardia escocesa quien vendría á participármelo.

—Sea lo que fuere, querido primo—respondió Luis,—ruégoos que tengáis entendido vos y vuestros capitanes, que para precaver las desagradables consecuencias que podrían resultar de un ataque de esta clase, si llegara á verificarse, daré orden á todos mis soldados que lleven una faja blanca en el brazo... Dunois, id á dar disposiciones inmediatamente para la ejecución de esta orden... se entiende, si es del agrado de nuestro hermano, de nuestro general.

—Nada tengo que objetar—dijo el duque,—si los nobles franceses quieren correr el riesgo de ser llamados en lo sucesivo «caballeros de la manga de camisa.»

—No sería descabellado el apodo, amigo mío—dijo Glorioso,—puesto que una mujer debe ser la recompensa del más valeroso.

—¡Bravo, Sabiduría!—dijo Luis.—Buenas noches, primo:

voy á armarme... pero, á propósito: si conquisto yo mismo á la condesa, ¿cómo lo gobernaremos entonces?

—En este caso—respondió el duque con voz alterada,—será preciso que Vuestra Majestad pase á ser un verdadero flamenco.

—No puedo ya serlo más de lo que soy—replicó el rey con un tono de la más sincera familiaridad.—Todo lo que yo quisiera, querido primo, es que estuvieseis bien convencido de ello.

El duque sólo respondió dando al rey las buenas noches con un tono que se parecía al resoplido de un caballo bravío, que se niega á las caricias del jinete que va á montarle, y quien á este efecto le toca suavemente para que se esté quieto.

—Bien pudiera perdonarle toda su doblez—dijo el duque á Crève-Cœur luego que el rey hubo partido,—pero no le perdono el creerme tan soberanamente necio que me deje alucinar por sus protestas.

Luis, de regreso á su cuartel general, tenía también sus conferencias que hacer á Oliverio el Gamo.

—Ese escocés—le dijo,—es un tal conjunto de disimulo y sencillez, que no sé qué pensar ni qué hacer de él... ¡Maldito sea! Fué por cierto imperdonable locura ir á publicar el proyecto del honrado De la Marck en presencia de Carlos, Crève-Cœur y de todos esos borgoñones, en lugar de venir á contármelo al oído, para dejarme á lo menos la libertad de declararme en pro ó en contra.

—Vale más que las cosas se hayan pasado así, señor—respondió Oliverio.—Hay muchos en vuestro ejército que tendrían á cargo de conciencia atacar á los borgoñones sin provocación, y pasar á ser auxiliares de Guillermo de la Marck.

—Tenéis razón, Oliverio—replicó el monarca,—existen efectivamente tales imbéciles en el mundo, y no tenemos tiempo suficiente para neutralizar sus escrúpulos con una dosis de interés personal. Preciso es, Oliverio, que seamos leales y seguros aliados de Borgoña, por esta noche á lo menos. Los tiempos venideros pueden acaso ofrecernos al-

guna favorable suerte: ve á dar la orden que nadie deje las armas, y en caso de necesidad que carguen tan vigorosamente á los que griten: «¡Francia y San Dionisio!» como si gritasen «¡Infierno y Satanás!» Yo mismo pasaré la noche sin quitarme la armadura. Que Crawford coloque á Quintín Durward de primer centinela avanzado del lado de la ciudad: justo es que sea el primero en sacar partido del aviso que nos ha dado. Si tiene la felicidad de escapar, tanta mayor será su gloria. Pero, sobre todo, Oliverio, tenme particular cuidado con Marcio Galeoto, procura que permanezca en la retaguardia ó en algún otro punto donde se halle en completa seguridad. Es muy inclinado á aventurarse, y podría darle la locura de querer ser soldado y filósofo á un mismo tiempo. Trata de cumplir todo esto, Oliverio, y buenas noches. ¡Dígnense Nuestra Señora de Clery y el glorioso San Martín de Tours ampararme en mi descanso!

CAPITULO XXXVII

La salida

Miró, y vió una inmensa muchedumbre que salía de las puertas de la ciudad.
MILTON.—«El Paraíso conquistado».

Pronto reinó un profundo silencio en el numeroso ejército que estaba reunido bajo las murallas de Lieja. Durante largo rato, los gritos de los soldados repitiendo sus señas y procurando incorporarse cada uno bajo sus banderas, resonaron como los ladridos de los perros extraviados que buscan á sus amos. Pero agotadas sus fuerzas al fin por las fatigas del día, se refugiaron en cuantos sitios de abrigo pudieron encontrar; y los que se vieron privados de esta ventaja se echaron por el suelo á lo largo de las paredes, de los setos ó allí donde encontraban una guarida contra los elementos para esperar la venida del día, día que algunos de ellos no debían ver. Cerró un profundo sueño los ojos de todos en el campamento, excepto los de aquellos que, abrumados de cansancio, hacían la guardia delante del cuartel general del rey y del duque.

Los peligros y las esperanzas del siguiente día, y hasta los proyectos de gloria que muchos caballeros jóvenes formaban pensando en el espléndido premio ofrecido al que vengara la muerte del obispo de Lieja, cedieron á la fatiga y el sueño, pero no sucedió lo mismo á Quintín Durward. La certidumbre de que él solo poseía los medios de dis-

tinguir á Guillermo de la Marck en la refriega, el favorable presagio que podía sacar del modo cómo Isabel lo puso en su noticia, la idea de que la fortuna le colocara en peligrosa crisis, cuyo resultado, aunque incierto, podía ser para él el más brillante triunfo, quitáronle las ganas todas de dormir é infundiéronle vigor infatigable.

Colocado por orden expresa del rey en el punto más avanzado entre el campo y la ciudad, á la derecha del arrabal de que hablamos, deseaba que sus ojos hubiesen podido penetrar las tinieblas que le impedían la vista de Lieja, y sus oídos prestaban la mayor atención para poder percibir el más ligero ruído que indicase algún movimiento de parte de la ciudad sitiada. Pero los relojes de la misma habían dado sucesivamente las tres y todo estaba tranquilo y silencioso como el sepulcro.

Por fin, cuando empezaba á creer que la proyectada salida no se verificaría hasta el amanecer, y se lisonjeaba de que habría entonces bastante claridad para distinguir la banda de bastardía sobre la flor de lis de Orleans, distintivo de Dunois, creyó oir en la ciudad un murmullo semejante al zumbido de las abejas cuando las molestan en su colmena y tratan de defenderse. Redobló su atención y convencióse más y más de que no se engañaba; pero lo que oía era un tan vago é indeterminado ruído, que bien podía ser el soplo del viento que agitase las ramas de los árboles de un bosquecillo situado á alguna distancia, ó el murmullo de las aguas de algún arroyo crecido por la última lluvia, y que desaguase en el Mosa con mayor impetuosidad de la acostumbrada. Estas reflexiones disuadieron á Quintín de dar la señal de alarma, pues se hubiera tenido por grave falta el darla inconsideradamente. Pero aumentándose el ruído poco á poco, y pareciendo acercarse al arrabal y al sitio que él ocupaba, juzgó deber suyo retroceder con tanto silencio como le fué posible y llamar á su tío, que mandaba el reducido cuerpo de arqueros destinados á sostenerle. En menos de un segundo todos estuvieron de pie, haciendo el menor ruído que pudieron, y un instante después lord Crawford se hallaba ya

á su cabeza. Despachó éste un arquero para dar aviso al rey y á su séquito, y retiróse con su pequeño destacamento á alguna distancia de la hoguera que habían encendido, á fin de que su resplandor no les diese á conocer. Por fin, aquella especie de confuso é indistinto ruído que se oyera hasta entonces y que parecía acercarse á ellos repentinamente, fué reemplazado por otro que indicaba evidentemente la marcha más lejana de una tropa numerosa que se adelantaba hacia el arrabal.

—Esos perezosos borgoñones se han dormido en sus puestos—dijo lord Crawford en voz baja:—corre al arrabal, Cunningham, y despierta á esos estúpidos animales.

—Dad la vuelta por la parte de atrás—dijo Durward,—pues ó mis oídos me han engañado mucho, ó el primer cuerpo que hemos advertido se halla entre nosotros y el arrabal.

—Bien dicho, Quintín; bien dicho, hijo mío: tú eres mejor soldado de lo que promete tu edad. Los primeros sólo se han detenido, para aguardar á los demás; pero quisiera saber dónde se hallan.

—Yo procuraré reconocerlos, milord; y vendré á daros parte de lo que ocurra.

—Anda, hijo mío, anda; tienes buenos oídos, buenos ojos y buena voluntad; pero sé prudente. Bien sabe Dios que no quisiera perderte por toda una ciudad.

Quintín, preparado el arcabuz y pronto á disparar, adelantóse con precaución por un terreno que reconociera el día anterior durante el crepúsculo, y pudo asegurarse de que, no sólo un cuerpo de tropas muy considerable se adelantaba entre el arrabal y el cuartel general del rey, sino que iba precedido de un destacamento poco numeroso que había hecho alto, y del cual se hallaba bastante inmediato para oir á sus individuos hablar en voz baja, como si consultasen lo que debían hacer. Por fin dos ó tres soldados destacados de esta avanzada se acercaron á poca distancia de él; y viendo que no podía retirarse sin riesgo de ser descubierto, dióles Quintín el «¿quién vive?»

—«¡Li... li... eja!» digo «¡Francia!» respondió un soldado, corrigiendo al instante su primera contestación.

Durward disparó al momento; y notó que caía gimiendo un hombre, y en medio del ruído de una cerrada graneada de mosquetes disparados al azar, pero que probaban que este primer cuerpo era más numeroso de lo que creyera al principio, retiróse á su puesto.

—Perfectamente ejecutado, hijo mío—dijo Crawford.—Ea, muchachos, repleguémonos entretanto hacia el cuartel general: no tenemos suficientes fuerzas para hacerles frente en campo abierto y raso.

En conformidad á esta disposición, entraron en la quinta donde estaba alojado el rey, y lo hallaron todo en el mejor orden, formada la tropa de diferentes armas tanto en el patio como en el jardín. El mismo Luis iba á montar á caballo.

—¿A dónde os dirigís, señor?—le preguntó Crawford.—Vuestra Majestad está muy seguro aquí en medio de sus guerreros.

—No lo creáis—respondió Luis,—es preciso que vaya yo inmediatamente á encontrar al duque, y que se convenza de nuestra buena fe en este momento crítico, sin lo cual van á echársenos encima á un tiempo mismo los liejenses y los borgoñones.

Diciendo esto montó á caballo, dispuso que Dunois tomase el mando de la tropa en el exterior de la casa, y que Crawford se encargase de la defensa del interior con sus arqueros y otros guardias. Dió orden de avanzar cuatro piezas de artillería de campaña que se habían dejado como á media milla de distancia, y de mantenerse firmes en sus puestos, prohibiendo que nadie se adelantase, cualquiera que fuese el éxito que se pudiese obtener. Dadas estas disposiciones, partió para el cuartel general del duque, acompañado de una pequeña escolta.

La demora que permitió coordinarlo todo de este modo, fué debida á la circunstancia de que Quintín, disparando su arcabuz, había muerto al propietario de la casa de campo donde el rey se alojaba, que servía de guía á la co-

lumna destinada á atacarla; y sin este acontecimiento, el ataque habría probablemente tenido feliz éxito.

Durward, á tenor de las órdenes del rey, le siguió al cuartel general del duque. Halláronle entregado á unos arrebatos de cólera que casi le imposibilitaban desempeñar las funciones de general; y sin embargo, la urgencia era extremada, pues además de un furioso combate que se estaba dando en el arrabal á la izquierda del ejército, y del ataque dirigido contra el cuartel general del rey en el centro, que se sostenía de una y otra parte con valor, una tercera columna de liejenses, superior en número á las otras dos, que había salido de la ciudad por una brecha más distante, y venido por varias trochas, viñas y senderos que tenían bien conocidos los naturales del país, acababa de echarse sobre el ala derecha del ejército borgoñón, que alarmado por los gritos de ¡viva Francia! «¡Montjoie! ¡Saint-Denis!» que se confundían con los de «¡Lieja! ¡Jabalí-Rojo!» y sospechando alguna traición por parte del ejército francés confederado, sólo hizo débil é imperfecta resistencia, mientras que el duque, echando espumarajos, jurando y maldiciendo á su señor feudal y á todo cuanto le pertenecía, gritaba que se hiciese fuego indistintamente contra todos los franceses negros ó blancos, queriendo dar á entender con esto las fajas blancas que los soldados del rey llevaban en el brazo, conforme á sus órdenes.

La llegada de Luis acompañado únicamente de una docena de arqueros, entre los cuales se veía á Quintín y al Acuchillado, restableció la confianza entre franceses y borgoñones. Hymbercourt, Crève-Cœur y otros caudillos de Borgoña, que inmortalizaran su nombre en acciones de guerra, se encargaron de dirigir el combate más militarmente; y mientras los unos mandaban avanzar cuerpos más distantes que no participaran de aquel terror pánico, los otros echándose en medio de la refriega reanimaron el instinto de la disciplina, y el mismo duque se puso en las primeras filas peleando como simple soldado. El rey, por su parte, se conducía á fuer de general, lleno de serenidad, de sosiego y de penetración, que no busca ni evita el peligro; y sus

órdenes respiraban tal discreción y prudencia, que los mismos generales borgoñones no vacilaban en obedecerlas. Por fin, pudo formarse el ejército en batalla, y los liejenses se hallaron muy molestados por el fuego de la artillería.

La escena había pasado entonces á ser animada y horrible en extremo. En el ala izquierda, el arrabal, larga y vivamente disputado, fué entregado á las llamas; y el voraz incendio no impedía que se siguiese combatiendo por la posesión de las humeantes ruínas. En el centro las tropas francesas, aunque atacadas por fuerzas muy superiores, sostenían un fuego tan nutrido y constante, que parecía la quinta rodeada de rayos de luz, como la aureola de un mártir. En la izquierda, el éxito de la batalla se disputaba con encarnizamiento, y los dos partidos ganaban ó perdían sucesivamente terreno, á medida que iban recibiendo los liejenses refuerzos de la ciudad, y los borgoñones cuerpos de reserva de los que mandaban avanzar.

Batiéronse así denodadamente sin interrupción por espacio de tres horas mortales, que dieron lugar á que despuntara el alba, tan deseada por los sitiadores. Los esfuerzos del enemigo en el centro y en la derecha parecieron debilitarse, y se oyeron muchas descargas de artillería del cuartel general del rey.

—¡Bendita y alabada sea la gloriosa Virgen María!—exclamó Luis, luego que el estrépito de los cañones hirió sus oídos.—Las piezas de campaña han llegado ya y no hay nada que temer por nuestra quinta.

Volviéndose entonces á Quintín y al Acuchillado, les dijo:

—Llevad la orden á Dunois de pasar con toda nuestra tropa, á excepción de la que sea necesaria para la defensa de la casa, entre el ala derecha y la ciudad, á fin de impedir la salida de los refuerzos que esos tercos liejenses envían á cada instante al ejército.

El tío y el sobrino partieron á galope y fueron á reunirse con Dunois y Crawford, que cansados de la defensiva, obedecieron gustosos esta orden; y partiendo á la cabeza de cerca de doscientos caballeros franceses seguidos de sus escuderos, de otra caballería, y de una parte de los ar-

queros de la guardia escocesa, atravesaron el campo de batalla hollando muertos y heridos, y llegaron á los flancos del cuerpo principal de los liejenses, que atacaba el ala derecha del ejército borgoñón con indecible furor. El día, que empezaba á rayar, les permitió ver que salían aún nuevas fuerzas de la ciudad, ya fuese para continuar la batalla en este mismo punto, ó para proteger la retirada de las tropas que combatían.

—¡Vive Dios!—dijo el viejo Crawford á Dunois,—que si no estuviera cierto de que te tengo á mi lado, creería verte en medio de esos artesanos y bandidos, ordenándolos con tu bastón de mando en la mano. Unicamente que, si es cierto que te hallas allí, me parece que estás más grueso de lo que sueles. ¿Tienes completa seguridad de que aquel armado caudillo no es tu sombra, tu «hombre doble,» como dicen esos flamencos?

—¡Mi sombra!—respondió Dunois,—no entiendo lo que queréis decir; pero no hay duda que veo un pícaro que se atreve á llevar mis armas en su escudo y cimera. Voy á castigarle por su insolencia.

—¡En nombre del cielo, señor!—exclamó Quintín,—confiadme el encargo de vuestra venganza.

—¡A ti, joven!—respondió Dunois,—por cierto que es una súplica modesta. No, no; se trata de un caso que no admite substitución.

Y volviéndose á los que le seguían, exclamó:

—¡Caballeros franceses! formad vuestras filas, lanza en ristre y abrámonos un camino por entre esos marranos de Lieja y esos jabalíes de las Ardenas que se visten de máscara con nuestras antiguas armas.

Todos contestaron con grande gritería:

—¡Dunois! ¡Dunois!... ¡Viva el valiente bastardo!... ¡Orleans y á ellos!

Y siguiendo á su caudillo, cargaron á todo escape. No tenían que disputar la acción con cobardes enemigos. El numeroso cuerpo, contra el cual se dirigían, constaba enteramente de infantería, á excepción de algunos oficiales que iban á caballo. Los soldados de la primera fila, apo-

yando en tierra el régatón de sus lanzas y doblando una rodilla, agachados los de la segunda, y en pie los de la tercera avanzando las suyas por encima de las cabezas de los demás, opusieron á esta carga la misma resistencia que opone el erizo á su enemigo. Pocos lograron abrirse paso por entre aquella muralla de hierro; pero Dunois fué de este número, porque dando un espolazo á su corcel, hizo saltar á este noble animal un espacio de más de doce pies, y de un solo brinco se halló en medio de la falange enemiga. Procuró entonces cerrar de cerca al objeto de su animosidad, y no se sorprendió poco viendo á Quintín Durward combatir en la primera fila á su lado: la juventud, el ardimiento, el amor, la firme determinación de vencer ó morir, sostuvieron á nuestro escocés en la misma línea que el mejor caballero de toda Europa, pues Dunois gozaba de esta reputación, y en efecto la merecía.

Pronto se rompieron sus lanzas; pero los lansquenetes no se hallaban en estado de resistir al corte de las largas y pesadas tizonas que tan bien manejaban los dos guerreros, en tanto que sus lanzas hacían muy poco daño en la armadura completa de acero de que estaban cubiertos jinetes y caballos. Esforzábanse á porfía los dos en romper las filas para llegar al punto donde el guerrero que se había apropiado los blasones ajenos cumplía con los deberes de hábil y valiente caudillo, cuando Dunois, notando en otra parte la cabeza y colmillos de jabalí, usual distintivo de Guillermo de la Marck, dijo á Quintín:

—Eres digno, en efecto, de vengar el insulto hecho á las armas de Orleans. A ti te lo confío. Acuchillado, auxilia á tu sobrino; pero que nadie se atreva á disputar á Dunois la caza del jabalí.

Ya se deja considerar que Quintín Durward aceptaría con gran satisfacción la parte que le cupo en esta división de trabajo; y cada uno de ellos se dió prisa en abrirse camino hacia el objeto que quería alcanzar, seguido y sostenido por los que pudieron mantenerse á su lado.

Pero en este instante la columna que De la Marck se proponía sostener cuando el cuerpo que mandaba fué de-

tenido por Dunois, había perdido toda la ventaja que conservó durante la noche, y los borgoñones al amanecer recobraron la que corresponde á la superioridad de la disciplina. La grande masa de los liejenses se vió obligada á retirar, y luego echó á correr; pero cayendo sobre aquéllos que luchaban con los franceses, pronto el campo de batalla no ofreció más que una confusión de combatientes,

fugitivos y acometedores, torrente que se dirigía hacia los muros de la ciudad y al fin vino á parar á la ancha brecha sin defensa, por donde salieran al campo los liejenses.

Durward hizo esfuerzos sobrehumanos para alcanzar al que era objeto especial de su persecución, quien con sus gritos y ejemplos en vano procuraba empeñar de nuevo el combate, siendo secundado por un cuerpo de lansquenetes escogidos. El Acuchillado y algunos de los suyos seguían todos los pasos de Quintín, y admiraban el valor extraor-

dinario de tan joven guerrero. Cerca de la brecha, Guillermo de la Marck, pues era él mismo, logró reunir un momento los fugitivos y detener á los que más inmediatamente los perseguían. Llevaba en la mano una especie de clava de hierro que destruía todo lo que tocaba; y hallábase de tal modo cubierto de sangre, que era casi imposible distinguir en su escudo ningún vestigio de los blasones que tanto irritaron á Dunois. A Durward se le ofreció entonces poca dificultad para acercarse á él; pues la ventajosa posición que tomara en la misma brecha y el uso que hacía de su terrible clava, empeñaban á la mayor parte de los sitiadores á buscar un punto de ataque menos peligroso que el que fuera defendido por tan formidable antagonista. Pero Quintín, que conocía mejor la importancia de la victoria que se alcanzase contra aquel terrible enemigo, echó pie á tierra junto á la brecha, y dejando á su noble corcel, que le había regalado el duque de Orleans, correr á su capricho en la refriega, comenzó á trepar por entre las ruínas para medir sus armas con el Jabalí de las Ardenas.

Guillermo de la Marck, como si hubiese adivinado su intención, volvióse á él con la clava levantada, y estaban ya á punto de empezar la lucha, cuando tumultuosa gritería producida por aclamaciones de triunfo y alaridos de desesperación indicó que los sitiadores entraban en la ciudad por otro punto más allá de los que defendían la brecha. A estos clamores de desaliento, De la Marck abandonó la brecha, y llamando con la voz y con el sonido de la corneta á los que quisieran participar de su desesperada suerte, procuró verificar su retirada hacia una parte de la ciudad desde donde pudiese pasar á la orilla opuesta del Mosa. Los que le siguieron, formaban un cuerpo de guerreros bien disciplinados, que no habiendo nunca concedido cuartel á nadie, estaban resueltos á no pedirle para sí; y en aquel instante de desesperación se alinearon en tan buen orden, que su fondo ocupaba todo lo ancho de la calle por la cual se iban retirando lentamente, parándose de cuando en cuando para hacer cara á los que

les perseguían, algunos de los cuales empezaban á buscar una ocupación menos peligrosa, derribando las puertas de las casas para saquearlas.

Es, pues, probable que sin la persecución infatigable de el Acuchillado y de algunos de sus camaradas, Guillermo de la Marck hubiera logrado escaparse, por ocultarle su disfraz á las pesquisas de aquéllos que se prometían alcanzar honores y riquezas á costa de su cabeza. A cada pausa que hacían los lansquenetes, empeñábase un furioso combate entre ellos y los arqueros, y en cada refriega Quintín procuraba alcanzar á De la Marck; pero éste, cuyo único objeto era efectuar su retirada, parecía querer evadir el propósito del joven escocés de comprometerle á singular combate. En todas partes era general la confusión. Los gritos y chillidos de las mujeres, los alaridos de los aterrados habitantes, expuestos todos á los insultos de la desenfrenada soldadesca, formaban un estrépito no menos horroroso que el de la batalla. Las voces de desconsuelo y la desesperación contendían con las de la violencia y del furor sobre quién movería más alboroto.

En el momento en que De la Marck, continuando su retirada en medio de esta escena de horror, acababa de pasar por delante de la puerta de una capillita á que se atribuía milagroso influjo y santidad particular, nuevos gritos de «¡Francia, Francia! ¡Borgoña, Borgoña!» le indicaron que un numeroso cuerpo de sitiadores entraba por el otro extremo de la calle, que era estrecha, y tenía de consiguiente cortada la retirada.

—Conrado—dijo á su teniente,—lleváos toda esa gente; cargad á esos pícaros vigorosamente, y procurad abriros paso por entre sus filas. En cuanto á mí, ya lo ves: el jabalí se halla acosado por todas partes; pero me siento con bastante fuerza todavía para enviar á los infiernos, antes que yo llegue allá, algunos de esos vagabundos escoceses.

Conrado obedeció, y poniéndose á la cabeza de la mayor parte de los lansquenetes que quedaban, marchó á paso de carga hacia el otro extremo de la calle contra los

enemigos que iban avanzando, con intento de perecer ó de abrirse paso por medio de ellos. No quedaron con De la Marck más que media docena de sus mejores soldados, determinados á morir con su jefe, é hicieron frente á los arqueros, que no eran en mayor número.

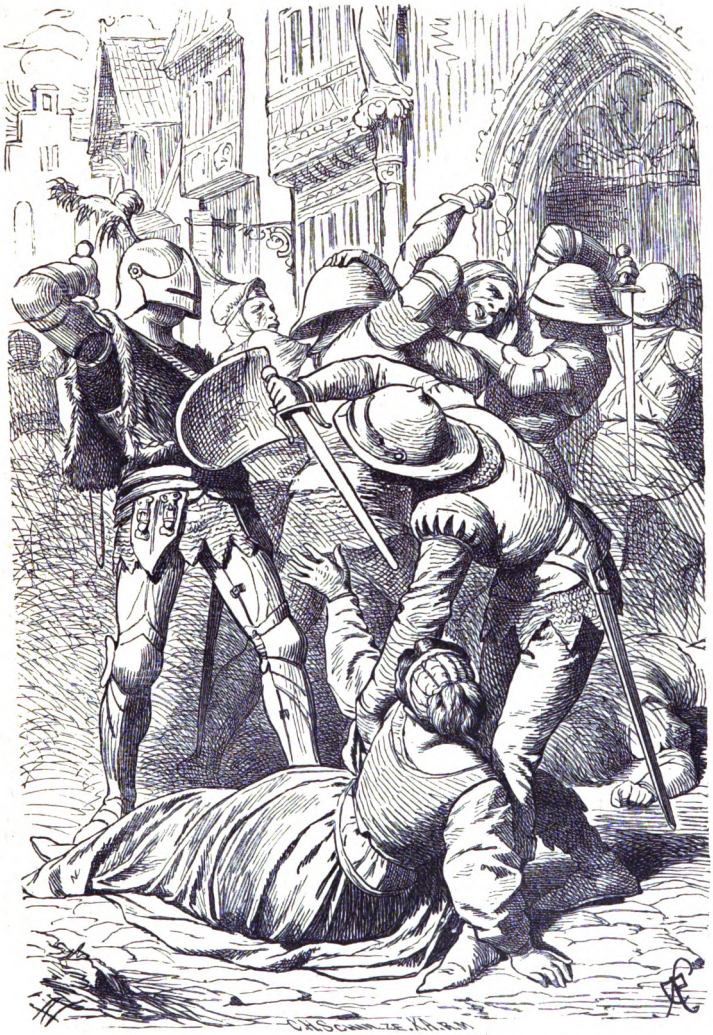
—«¡Jabalí! ¡Jabalí!»—exclamó el malvado, pero intrépido caudillo blandiendo su clava.—¡Hola! señores escoceses, ¿cuál de vosotros quiere ganar una corona de conde? ¿Quién quiere coger la cabeza del jabalí? Vos, joven, parece que lo deseáis mucho; pero es preciso ganar la recompensa antes de alcanzarla.

Quintín oyó estas palabras muy imperfectamente, pues el baberol De la Marck hacía poco distinta su voz, sin embargo de ser muy fuerte; pero no pudo dejar de comprender sus intenciones, pues apenas tuvo tiempo de gritar á su tío y á sus camaradas que se mantuviesen atrás si eran hombres de honor, porque De la Marck se le echó encima dando un brinco como un tigre, y levantando al mismo tiempo la clava de modo que le diese en la cabeza cuando llegarían sus pies al suelo. Durward, cuya planta era tan ligera como perspicaz su vista, dió un salto hacia un lado y evitó un golpe que le fuera fatal si le alcanzara.

Combatieron entonces cuerpo á cuerpo, como el lobo con el mastín cuando le ataca, permaneciendo sus compañeros á cada lado inmóviles espectadores del combate, pues el Acuchillado gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Armas iguales! ¡armas iguales! Aunque fuese tan temible como Wallace, no temería por mi sobrino.

Y no era infundada la confianza del veterano, pues por más que los golpes del desesperado bandido cayesen sobre el joven arquero como los del martillo sobre el yunque, la rapidez de los movimientos de Durward y la destreza con que sabía manejar la espada hacían que los evitase, y que dirigiese otros con la punta de un arma menos estrepitosa, pero que producía mayor efecto, pues el terreno en que combatía su antagonista estaba ya cubierto de su sangre y su fuerza extraordinaria empezaba á rendirse á



— ¡Por amor de ella no me abaudonéis!

la fatiga. Sin embargo, sostenido por el valor y la rabia combatía siempre con la misma energía; y la victoria de Quintín parecía aún dudosa y lejana, cuando oyó detrás de sí la voz de una mujer que le llamaba por su nombre, gritando:

—¡Socorro!... ¡socorro!... ¡Por amor de la Santísima Virgen!

Volvió un momento la cabeza, y una sola mirada le bastó para reconocer á Gertrudis Pavillón. Le habían arrancado de los hombros el manto que tenía puesto, y se la llevaba arrastrando un soldado francés que, como otros muchos, penetrara en la capillita inmediata, refugio de mujeres atemorizadas, de quienes se apoderaron como de legítima presa.

—Aguardadme un solo momento—gritó Quintín á De la Marck; y corrió á libertar á su bienhechora de una situación que consideraba con fundamento muy peligrosa para ella.

—Yo no miro la conveniencia de nadie—dijo De la Marck blandiendo su clava; y empezó á retirarse.

—Pues os prestaréis á la mía, si os parece bien—dijo el Acuchillado.—No quiero que la obra de mi sobrino quede sin concluir. Y sacando su espada de dos manos, atacó inmediatamente á De la Marck.

Sin embargo, el empeño de Quintín de libertar á Gertrudis no fué de tan fácil ejecución como se figuró desde luego. Su raptor no quería soltar la presa y algunos de sus camaradas le sostuvieron. Mientras que auxiliado por dos ó tres de sus compatriotas procuraban obligarle á que cediese, Durward veía huir de su alcance la ocasión propicia que le ofreciera la fortuna para conseguir el colmo de la felicidad. De manera, que cuando al fin hubo libertado á Gertrudis, se encontró que no había nadie en la calle, excepto ellos dos. Olvidando entonces la situación de su compañera, que no tenía más apoyo que el suyo, iba á correr en busca del Jabalí de las Ardenas, como el lebrel sigue la liebre por el rastro; pero Gertrudis desesperada, asiéndose de su ropa, le dijo:

—Por el honor de vuestra madre, no me abandonéis así; si sois caballero, amparadme, conducidme á casa de mi padre, á la misma que os sirvió de asilo á vos y á la condesa Isabel. En su nombre os lo suplico; no me abandonéis.

Esta invocación era cruel pero irresistible; renunciando, pues, con el corazón oprimido por inexplicable amargura á las risueñas esperanzas que le alentaran durante todo el tiempo de la batalla, y que estuvieron á pique de realizarse, Quintín, como un espíritu que obedece á pesar suyo á un talismán á que no puede resistir, acompañó á Gertrudis á casa de su padre, y llegó muy á propósito para amparar al síndico Pavillón y librar su casa del furor de la licencia soldadesca.

Entretanto el rey y el duque entraron en la ciudad á caballo, pasando por una brecha. Llevaban ambos armadura completa; pero Carlos, cubierto de sangre desde el plumaje hasta las espuelas, cruzó la brecha á galope largo, mientras que Luis se adelantó con el majestuoso paso de un pontífice que marcha á la cabeza de una procesión. Enviaron órdenes para impedir el saqueo de la ciudad, que ya había empezado, y para reunir las tropas dispersas. Pasaron en seguida á la iglesia mayor, tanto para proteger á los principales habitantes que se refugiaron allí, como para celebrar una especie de consejo militar, después de haber oído una misa solemne.

Lord Crawford, ocupado, como los demás oficiales de su clase, en reunir á todos los que servían bajo sus órdenes, halló al volver la esquina de una calle que daba al Mosa, al Acuchillado, que se dirigía tranquilamente al río, llevando en su mano la cabeza de un hombre que tenía agarrada por los cabellos ensangrentados, con tanta indiferencia como lleva su zurrón el cazador.

—Y bien, Luis—dijo su comandante.—¿Qué significa ese pedazo de carroña?

—Es un pequeño negocio cuyas tres cuartas partes había ya hilvanado mi sobrino—respondió el Acuchillado,—y al que yo acabo de dar la última mano. Un pobre diablo á

quien he despachado allá abajo, y el que me rogó que echase su cabeza al río. Hay ciertas gentes que tienen unos caprichos muy raros cuando la muerte les está tocando; pero ya podemos gobernarlo como queremos, ello al cabo es preciso que nos haga bailar á todos, y no hay más que guardar nuestro turno.

—¿Y ahora vais á echar esa cabeza al Mosa?—dijo Crawford mirando con mayor atención aquel fúnebre trofeo de la muerte.

—Sí, á fe mía—respondió Luis,—si se niega á un moribundo su última demanda, se corre riesgo de ser atormentado por su alma; y yo gusto de pasar las noches tranquilas.

—Fuerza es que os aventuréis á ver el alma en pena, Luis—dijo Crawford,—esta cabeza es más preciosa de lo que imagináis. Venid conmigo; no hay que replicar; seguidme.

—Bien es verdad que yo nada le he prometido—respondió Luis,—pues yo creo que le había ya cortado la cabeza antes que su lengua acabase de hacerme la súplica. Por otra parte, ¡por San Martín de Tours! no me ha asustado cuando vivo, y no le temeré más después de muerto. Luego, en caso de necesidad, mi buen compadre, el fraile de San Martín, me dará un poco de agua bendita.

Cuando se hubo celebrado una misa solemne en la iglesia catedral de Lieja, y restablecídose un poco el orden en la ciudad, Luis y Carlos rodeados de sus pares, se dispusieron á oir la relación de los altos hechos de guerra que ocurrieron durante el combate, á fin de recompensarlos según el mérito de cada uno. Llamóse, como era justo, al que podía tener derecho de reclamar la mano de la hermosa condesa de Croye y sus ricos dominios; pero, con general admiración, se presentaron muchos pretendientes, y cada uno de ellos se sorprendió más todavía de hallar rivales, cuando creía haber merecido solo el premio. Esta circunstancia envolvió sus pretensiones en misteriosa duda. Crève-Cœur presentó una piel de jabalí, seme-

jante á la que Guillermo de la Marck solía llevar; Dunois mostró un escudo acribillado de golpes, con los blasones del Jabalí de las Ardenas; muchos otros alegaron igualmente el mérito de haber matado al asesino del obispo, produciendo pruebas semejantes, pues la preciosa recompensa ofrecida al vencedor de Guillermo acarreó la muerte á todos los que tomaron traje y armas parecidas á las suyas.

Esta rivalidad ocasionaba disputas y contestaciones entre los competidores; y Carlos, que sentía interiormente la inconsiderada promesa que dejaba al capricho de la fortuna el cuidado de disponer de la mano y bienes de su hermosa vasalla, empezaba á esperar que en medio del conflicto ocasionado por tantas reclamaciones podría encontrar algún medio para evadirlas todas, cuando lord Crawford se abrió paso entre la multitud, llevando tras sí al Acuchillado que le seguía con ademán tímido y desmañado, semejante á un mastín, que sigue de mala gana al que le lleva atado.

—De nada sirven los pellejos ni las planchas de hierro pintadas—exclamó el anciano lord:—sólo ha muerto al jabalí el que puede enseñar sus colmillos.

Diciendo esto, echó en el suelo la cabeza ensangrentada de Guillermo de la Marck, fácil de conocer por la singular extructura de sus quijadas, que tenían realmente una especie de analogía con las del animal cuyo nombre se gloriaba de llevar; y todos los que le habían visto, le conocieron inmediatamente.

—Crawford—dijo Luis, mientras que Carlos guardaba silencio, tristemente sorprendido y descontento,—juzgo que habrá sido uno de mis leales escoceses quien ha ganado el premio.

—Sí, señor—respondió el viejo comandante,—es Luis Lesly, por otro nombre Acuchillado.

—Pero, ¿á qué clase pertenece?—preguntó el duque.—¿Es noble? Ya sabéis que esta es condición inseparable de mi ofrecimiento.

—Convengo en que es una viga mal cortada—respondió

Crawford mirando al arquero que procuraba ponerse bien; —pero os aseguro que no por esto deja de ser de excelente madera. Es un vástago salido de la cepa de los Rothes; y los Rothes son tan nobles como pueda serlo cualquier familia de Francia y de Borgoña, desde que se ha dicho del fundador de su casa:

En el prado le encontró,
y allí le mató
y allí le dejó.

—No hay pues objeción que hacer—dijo el duque,—y fuerza será que la más hermosa y rica heredera de Borgoña dé la mano á un grosero soldado mercenario como éste, ó que muera encerrada en un convento... ¡La hija única de mi fiel Reinaldo de Croye!... Me precipité demasiado.

Cubrióle la frente una opaca sombra, con grande admiración de todos sus consejeros, que con muy poca frecuencia le veían dar la menor señal de arrepentirse de una resolución una vez tomada.

—Tenga Vuestra Alteza un instante de paciencia—dijo lord Crawford,—y conocerá que el negocio no presenta tan mal aspecto com oimagina. Dígnese solamente escuchar Vuestra Alteza lo que ese caballero tiene que decirle... Y bien—añadió volviéndose al Acuchillado,—revienta de una vez ó llévente los diablos.

Pero el veterano, aunque avezado á hablar harto inteligiblemente al rey Luis, que le trataba con familiaridad, se halló en el caso de no poder expresar su resolución delante de tan respetable é imponente asamblea. Avanzando un hombro hacia los dos príncipes con el preludio de una sonrisa que parecía una mueca, y dos ó tres contorsiones de las más zafias, las únicas palabras que pudo pronunciar fueron las siguientes:

—Saunders Souplejaw...—y el resto del discurso se le quedó atravesado en el gaznate.

—Si me lo permiten Vuestra Majestad y Vuestra Alteza—

dijo Crawford,—hablaré por mi paisano y antiguo camarada. Preciso es que sepáis que un adivino le predijo, en su país, que su casa alcanzaría gran fortuna por medio de un matrimonio. Pero como, lo mismo que yo, no se halla ya en la primera flor de la juventud, y prefiere la tienda de vinos generosos al tocador de una dama; en una palabra, como conserva ciertas inclinaciones de cuartel, á que no podría abandonarse con el fausto y la grandeza, adopta el consejo que le he dado, y cede todas las pretensiones á que tiene derecho por la muerte de Guillermo de la Marck, al que puede ser mirado como el verdadero vencedor del Jabalí de las Ardenas, pues le había reducido previamente al último apuro; es decir, á su sobrino, el hijo de su hermana.

—Yo salgo garante de la prudencia y leales servicios de ese joven—dijo el rey, muy satisfecho de ver que el destino había concedido tan hermoso premio á una persona sobre quien podía prometerse alguna influencia,—sin su vigilancia y fidelidad, esta noche hubiera sido fatal para nosotros. El fué quien vino á participarnos la salida proyectada por los enemigos.

—En este caso—dijo el duque Carlos,—le debo una satisfacción por haber dudado de su veracidad.

—Yo puedo acreditar su valor como caballero—añadió Dunois.

—Pero—exclamó Crève-Cœur,—aunque el tío sea un hidalguillo escocés, esto no prueba que su sobrino, el hijo de su hermana, proceda de buena estirpe.

—Es de la casa de Durward—dijo Crawford—que desciende del célebre Allan Durward, gran intendente de Escocia.

—¡Ah! si es el joven Durward—respondió Crève-Cœur,—nada tengo que decir. La fortuna se pronuncia muy decididamente en su favor, para que yo quiera luchar por más tiempo contra esa divinidad caprichosa. Pero es asombroso ver cómo esos escoceses se prestan recíproco auxilio, desde el señor hasta el último lacayo.

—Los escoceses se acercan unos á otros para sostenerse

mutuamente—dijo lord Crawford, riéndose de la mortificación del orgulloso conde.

—Nos falta saber—dijo Carlos con ademán pensativo,—cuáles podrán ser los sentimientos de la hermosa condesa relativamente á ese feliz aventurero.

—¡Por la santa misa!—contestó Crève-Cœur,—tengo á la verdad fundadas razones para asegurar á Vuestra Alteza, que la encontraréis mucho más dócil á vuestra autoridad de lo que ha sido hasta aquí. Pero, ¿por qué me han de incomodar el ascenso y la felicidad de ese joven? No me asiste la razón, á fe mía, porque al «ingenio,» al «valor» y á la «resolución,» debe la «mano» de una bella dama, la «elevación» y la «riqueza.»

CONCLUSION

Había ya enviado á la imprenta los pliegos que preceden, y cuyo desenlace ofrece, á mi entender, una excelente lección moral, pudiendo servir de estímulo á todos los emigrantes de ojos azules, cabellos rubios y largas piernas de mi país natal, á quienes en algún tiempo de turbulencias provocase el deseo de abrazar la hermosa profesión de caballeros de aventuras. Pero un amigo, un sabio consejero, un individuo de aquellos que gustan de las migajas de azúcar que quedan en el fondo de una taza de té, tanto como del sabor del mejor pastel, me ha hecho sobre este punto una amarga reconvención, é insiste en que dé detallada y circunstanciada relación del desposorio del joven heredero de Glen-houlakin con la amable condesa de Croye; que entere al curioso lector de los torneos que en tan interesante ocasión se celebraron, cuántas lanzas se rompieron en ellos; y que les participe, por fin, el número de los vigorosos hijos que heredaron el valor de Quintín Durward, y de las preciosas hijas en quienes Isabel de Croye vió renacer sus gracias. Yo le he contestado á vuelta de correo, que los tiempos habían variado, y que pasó enteramente la moda del ceremonial público de los matrimonios. Hubo un tiempo, es verdad, y no tan distante de nosotros, que no pueda yo acordarme de algún vestigio, en que no tan sólo los quince amigos de la feliz pareja eran convidados á ser testigos de su unión, sino que los músicos

continuaban meneando la cabeza hasta el amanecer, como en el «Antiguo marinero.» Bebíase el «sack-posset» en la cámara nupcial; echábase al aire la media de la novia, y se disputaban la liga en presencia de los dichosos consortes que el himeneo acababa de convertir en una sola carne. Los escritores de aquella época seguían esta moda religiosamente, y en esto tenían razón: no se olvidaban de citar ningún instante de aquellos en que se ponía colorada la novia ó echábale su marido cariñosa mirada. Contaban los diamantes que adornaban los cabellos de la hermosa, y los botones de la chupa bordada del esposo; y no terminaban hasta haber colocado con Astrea «al héroe y á la heroína en el lecho nupcial.» Pero estos pormenores no se avienen mucho con los sentimientos de modestia que obligan á nuestras novias modernas, amables y tímidas criaturas, á evitar la pompa y el aparato, la admiración y la lisonja, y á buscar como el buen Shenstone

«La libertad en una posada.»

Ello es cierto que la exacta relación de las circunstancias y publicidad que acompañaban siempre la celebración de un matrimonio en el siglo XV, no podría menos de disgustar á nuestras hermosas. Isabel de Croye sería considerada por ellas muy inferior á la moza que ordeña las vacas y á la más ruín fregona; pues ésta, aunque se hallase en la misma puerta de la iglesia, negaría la mano al mancebo zapatero que va á casarse con ella si le propusiera «faire des noces» conforme dicen las muestras en París, en vez de subir al imperial de una diligencia para ir de incógnito á pasar la primera luna de miel en Deptford ó en Greenwich. No hablaré, pues, una palabra; y me retiraré sin ruído de la boda de la condesa de Croye, como lo hizo Ariosto de la de Angélica, dejando á quien bien le parezca la libertad de añadir á mi historia todas las circunstancias que podrá sugerirle su imaginación.

«Otro bardo quizás cantará con mejor plectro cómo las

góticas puertas del castillo de Bracquemont se abrieron con solemne pompa, cuando su amable heredera otorgó su hermosa mano y dió un rico condado al aventurero escocés.»

«E come á ritornare in sua contada
Trovasse e buon naviglio e miglior tempo
E dell' India á Medor desse lo scettro
Forse altri canterà con miglior plettro.»

«Orlando Furioso,» canto XXX, octava 16.

FIN

INDICE DEL TOMO PRIMERO

	Páginas
Introducción al Quintín Durward.	3
Introducción.	14
Capítulo I.—El contraste.	44
Capítulo II.—El peregrino.	53
Capítulo III.—El castillo.	68
Capítulo IV.—El almuerzo.	78
Capítulo V.—El guerrero.	99
Capítulo VI.—Los gitanos.	113
Capítulo VII.—El alistamiento.	134
Capítulo VIII.—El mensajero.	148
Capítulo IX.—La caza del jabalí.	173
Capítulo X.—El centinela.	188
Capítulo XI.—La galería de Rolando.	206
Capítulo XII.—El político.	220
Capítulo XIII.—El astrólogo.	237
Capítulo XIV.—El viaje.	249
Capítulo XV.—El guía.	266
Capítulo XVI.—El vagabundo.	278
Capítulo XVII.—El espía espiado.	294
Capítulo XVIII.—La quiromancia.	307

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

	Páginas
Capítulo XIX.—La ciudad.	1
Capítulo XX.—El billete.	18
Capítulo XXI.—El saqueo.	33
Capítulo XXII.—La borrachera.	49
Capítulo XXIII.—La fuga.	66
Capítulo XXIV.—La prisionera.	87
Capítulo XXV.—La visita inesperada.	101
Capítulo XXVI.—La entrevista.	112
Capítulo XXVII.—La explosión.	135
Capítulo XXVIII.—La prisión.	154
Capítulo XXIX.—La recriminación.	174
Capítulo XXX.—Incertidumbre.	187
Capítulo XXXI.—Los dos amantes.	210
Capítulo XXXII.—La información.	225
Capítulo XXXIII.—El heraldo.	240
Capítulo XXXIV.—El suplicio.	254
Capítulo XXXV.—El premio honroso.	264
Capítulo XXXVI.—El ataque del arrabal.	275
Capítulo XXXVII.—La salida.	289
Conclusión.	310

LA REVOLUCION DE JULIO

EN BARCELONA

SU REPRESION, SUS VICTIMAS

PROCESO DE FERRER

CON EL INFORME COMPLETO DEL FISCAL Y EL DEL DEFENSOR SEÑOR GALCERAN

RECOPILACION COMPLETA DE SUCESOS Y COMENTARIOS

por JOSÉ BRISSA

Esta interesante y completísima obra que contiene una amplia relación de los acontecimientos ocurridos en España desde el comienzo de la guerra del Rif, y especialmente en Barcelona, hasta fin de Enero de 1910, va adornada con ciento doce ilustraciones fotográficas: vistas del Consejo de guerra, barricadas, retratos, etc., etcétera, está impresa en excelente papel satinado, consta de 352 páginas y cuesta DOS PESETAS.

Encuadernada en tela, con planchas doradas, TRES PESETAS.

ESPAÑA EN MARRUECOS

Crónica de la campaña de 1909 con magníficas ilustraciones de corresponsales y dibujantes particulares

por

A. RIERA

Esta importante obra forma un hermoso volúmen (25 × 16 ½) de 416 páginas, impreso en buen papel satinado y adicionado con un mapa plegable de las posesiones conquistadas por España en el Rif y ocho láminas litográficas.

Precio: 3'50 pesetas. Encuadernada en tela, con planchas doradas, 5 pesetas.

MIS ULTIMAS
TRADICIONES PERUANAS

POR

RICARDO PALMA

Es continuación y fin de la serie que con el título de *Tradiciones peruanas* publicó la casa Montaner y Simón, y va seguido de *Cachivachería*, comprendida en el mismo tomo. Esta parte del libro, á más de documentos interesantísimos, contiene un concienzudo estudio de Bolívar, Monteagudo y Sánchez Carrión, que fué causa en su tiempo de acaloradísima polémica. Constituye una de las obras más curiosas y amenas.

Un tomo de 608 páginas, lujosamente encuadernado, 8 pesetas.

MANUAL DIPLOMÁTICO CONSULAR
HISPANO-AMERICANO

COMPILADO Y REDACTADO

por

D. SIMON BARCELÓ

EX-ENCARGADO DE NEGOCIOS DE VENEZUELA EN FRANCIA

Esta utilísima obra destinada á circular especialmente por el mundo americano, constituye el mejor y más completo libro de consulta para cuantos se dediquen á la carrera consular ó á estudios especiales con ella relacionados.

Un grueso tomo de 364 páginas, esmeradamente encuadernado en pasta española.—25 pesetas.

NOVISIMO CUDIGO PENAL REFORMADO

CON LAS PENAS GRADUADAS Y DIVIDIDAS AL MARGEN DE CADA ARTÍCULO
POR EL TENIENTE FISCAL D. ANGEL SELMA Y CORDERO

La principal innovación introducida en este libro por el autor, consiste en que al margen de cada artículo va la pena correspondiente dividida, lo que supone un ahorro de trabajo material evidente, aumentando la utilidad de la obra los siete apéndices que la completan con todas las leyes especiales promulgadas hasta la fecha, como son la Ley de Jurisdicciones, la de Explosivos, Represión del Anarquismo, Trata de blancas, Abono de prisión preventiva, Condena condicional y Aplicación de la gracia de indulto.

Forma un volumen de 300 páginas á dos columnas, impreso en excelente papel y clara lectura, esmeradamente encuadernado en tela. Precio 5 ptas.

PRIMER DICCIONARIO ILUSTRADO
DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Con la representación gráfica por medio de millares de grabados, de voces de Arquitectura, Arqueología civil y religiosa, Heráldica, Numismática, Indumentaria, Pintura, Escultura, Grabado, Música, Agricultura, Agronomía, Botánica, Agrimensura, Zoología, Mineralogía, Artes y Oficios, Física, Química, Mécánica, Hidráulica, Metalurgia, Medicina, Girugía, Farmacia, Astronomía, Geología, Geodesia, Comercio, Navegación, Marina, Arte Militar, Etnografía, Antropología, Caza, Pesca, Equitación, etc., etc., por

D. JOSÉ DEL VILAR

Y

D. L. DE BUSTAMANTE Y RÍOS

AUTORES DE VARIAS OBRAS

con la colaboración de distinguidos escritores españoles y americanos

Dos tomos de gran tamaño, (32 centímetros de largo por 22 de ancho) á dos columnas, con mil páginas cada tomo, ilustrados con cerca de seis mil grabados, ricamente encuadernados en pasta española: *55 pesetas.*

NOVÍSIMO DICCIONARIO UNIVERSAL
DE AGRICULTURA

POR

J. T. MULLER

autor de célebres obras de Agricultura

(EDICIÓN HISPANO-AMERICANA)

Comprende todo lo referente á Horticultura, Arboricultura, Viticultura, Olivicultura, Plantas alimenticias, Cultivos; Jardines. Enfermedades de los árboles y plantas y sus remedios, Aguas, Riegos. Abonos, Máquinas, Instrumentos y aparatos agrícolas, Agrología, Agronomía y Agrimensura, Arquitectura rural, Metereología agrícola, Ganadería, Zootecnia general y especial, Legislación y economía rurales, Bibliografía agrícola y en general todo lo que tiene relación con la Agricultura y sus ciencias auxiliares.

Tres tomos de gran tamaño, (30 centímetros de largo por 22 de ancho) á dos columnas, con 2.300 páginas en conjunto, ilustrados con cerca de dos mil grabados intercalados, en rico papel satinado y esmeradamente encuadernados en pasta española: *65 pesetas.*

NOVÍSIMO DICCIONARIO
FRANCÉS-ESPAÑOL
Y
ESPAÑOL-FRANCÉS

EL MÁS EXACTO Y CORRECTO DE TODOS LOS QUE SE HAN PUBLICADO HASTA EL DÍA

POR

M. NUÑEZ DE TABOADA

Esta importante obra forma dos volúmenes de 21 × 14 centímetros y 536-678 páginas respectivamente, impresos á tres columnas, ricamente encuadernados en tela. Precio de la obra: *10 pesetos.*

STELLA

(NOVELA DE COSTUMBRES ARGENTINAS)

POR

CÉSAR DUAYEN

Edición de lujo, ilustrada, en un tomo. **3 pesetas.**

* * * *

MARAVILLAS AMERICANAS

POR LA

BARONESA DE WILSON

2 tomos profusamente ilustrados.—Precio de la obra: **5 pesetas.**

EL MUNDO LITERARIO AMERICANO

por la misma autora

obra ilustrada en dos tomos.—**4 pesetas.**

AMERICA EN FIN DE SIGLO

obra ilustrada profusamente de la misma autora. Un volumen **6 pesetas.**

* * * *

VIAJE AL PAÍS DE LA DECADENCIA

POR

SANTIAGO ARGÜELLO

Un tomo. **Una peseta.**

* * * *

LOS RAROS

POR

RUBEN DARIO

estudio de las personalidades artísticas más salientes. Un tomo **2 pesetas.**

CIEN HOMBRES CÉLEBRES

(CONFESIONES LITERARIAS)

POR

JUAN JOSE DE SOIZA REILLY

CON UN PRÓLOGO DE PAOLA LOMBROSO

Contiene entrevistas y reportajes hechos á Su Majestad el Rey de España Alfonso XIII, el rey de Italia Víctor Manuel III, César Lombroso, Gabriel D' Annunzio, Jean Richepin, José Echegaray, Octavio Mirbeau, Paul Verlaine, Olavo Bilac, Max Nordau, Don Carlos de Borbón, Nakens, Galdós, Pío X, Ferri, Matilde Serao, viuda de Zola, Salvador Rueda, Luis Barzini, condesa Gloria Laguna, Remy de Gourmont, Unamuno. Don Jaime de Borbón, Amicis, Zorrilla de San Martín, Barón de Río Branco, Alvarez Quinteros, tenor Oxilia, Grazia Deledda, Bistolfi, Querol. Herrera y Reisig, Presidente del Brasil. Dr. Penna, Augusto Rodín, Abate Perosi. Felipe Turati, Pietro Mascagni. Camille Mauclair, Alberto Arno, El Mesías Meva. Catulle Mendes. Maragliano. el torero Mazzantini, Mariano de Cavia. Menéndez Pelayo. Tolstoy, Santiago Rusiñol, Pompeyo Gener. Casas, Tailhade, Antonio de Valbuena, Cardenal Arcoverde. Florencio Parravicini, Merry del Val. Carolina Invernizio, Alfredo Vicenti, López Ballesteros, Francos Rodriguez, Chaliapine.

Después de leído este libro, puede preciarse el lector de que conoce personalmente, podríamos decir, á las mayores celebridades del mundo; tanta es la realidad con que están trazadas sus semblanzas literarias y la perfección de sus fotografías.

Un tomo de 500 páginas, con 130 ilustraciones fotográficas, en rústica, 4 pesetas; encuadernado en tela, con planchas doradas, 6 pesetas.

OBRA NUEVA, DE ACTUALIDAD

EL MILITARISMO

POR

GUILLERMO FERRERO

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO

POR

GONZALO CALVO

(COMANDANTE DE ESTADO MAYOR)

La inmensa cultura histórica de Ferrero que se refleja en éste libro. iluminada por los destellos de su magna inteligencia, muestran al lector nuevos senderos no presentidos siquiera. Son tantos los puntos que trata, que es totalmente imposible dar una idea en cortas líneas: la fiereza humana y la civilización; las guerras coloniales de España; la moral de las civilizaciones militares; la desaparición progresiva de las guerras; debilidad del militarismo francés; Atila y Napoleón; el porvenir de Turquía; origen psicológico de la guerra; oficiales y señoras en los siglos pasados; España y la guerra de Cuba; la sociedad española y causas de su decadencia; las sociedades militares y el absolutismo; el militarismo en varios Estados; pueblos dominadores y pueblos dominados, son subtítulos de los muchísimos que comprenden las diez conferencias, subdivididas en capítulos, que forman el tibro, llamado á difundir en España y América latina las modernas doctrinas del gran pensador italiano, jamás reñidas con el verdadero espíritu militar y la disciplina. Forma un volúmen de 384 páginas impreso en papel satinado de 21 × 13 y ½ centímetros con cubierta alegórica. Precio: 4 pesetas.

Digitized by Google

8°
DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE BARCELONA
BIBLIOTECA CENTRAL
Reg.º 327712
Sig.ª Mts 1654
BIBLIOTECA DE CATALUNYA
Digitized by Google

Digitized by Google